

Susana Martín Gijón
Más que cuerpos



Susana Martín Gijón
Más que cuerpos

anantes
ebook

**Somos editorial y productores de
cultura**

**Catálogo completo en
www.anantescultural.net**

anantes

Primera edición digital: Mayo de 2015

© Susana Martín Gijón

© Anantes Gestoría Cultural

www.anantescultural.net

Diseño y maqueta: [Anantes Gestoría Cultural](#)

ISBN: 978-84-943633-9-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático o de venta por internet, ni compartirlo con fines lucrativos en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Prólogo

La novela negra policiaca española conoció el auge a mediados de los años setenta, coincidiendo con los años de transición y de crisis social. Durante este período se caracterizó por mostrar un punto de vista típicamente patriarcal, que reafirmaba las virtudes masculinas; la mujer aparecía de forma estereotipada, como mujer fatal en todas sus acepciones, y casi siempre acababa siendo castigada.¹

*Habría que esperar a los años ochenta para que se introdujera la perspectiva femenina en este género en España. La escritora mallorquina María Antònia Oliver crea a su detective privada Lònia Guiu «una mujer atractiva, atrevida e independiente en una sociedad todavía machista y discriminadora», cuando publica en 1983 *On ets, Mònica? (¿Dónde estás Mónica?)*.²*

Sin embargo, no será hasta los años noventa cuando, en España, se valore más positivamente la institución de la policía que, hasta entonces, y durante la dictadura, se había caracterizado por una imagen al servicio del régimen represor y autoritario. Fue en esta década cuando Alicia Giménez Bartlett comenzó a publicar sus novelas, introduciendo por primera vez en el género a la Inspectora de policía Petra Delicado. La serie policiaca de Giménez Bartlett «nace de su cuidadosa exploración de las posibilidades del protagonismo femenino en la creación de un(os) texto(s) autorreflexivo(s) y consciente(s) del género policial como un área tradicionalmente dominada por escritores y protagonistas masculinos».³

*Encuadrada en el género negro policiaco se halla esta primera novela de Susana Martín Gijón, *Más que cuerpos*, que contribuye a dar una perspectiva femenina al aún patriarcal género de novela negra en nuestro país.*

La policía Annika Kaunda, una mujer audaz pero cuya juventud y raíces africanas le dificultan a veces la confianza de algunos sectores de la sociedad, se adentra en su primer misterio, en el que tendrá que enfrentarse con violencia de género, explotación de personas, y otras injusticias

sociales que perduran en la Extremadura y España actuales.

La sociedad corrupta que describe y su consiguiente crisis de valores sitúan esta novela dentro de la corriente de crítica social, propia del género de la novela negra. Asimismo, la presentación de la trata de mujeres como uno de los problemas más duros e injustos existente en nuestras sociedades, y que es uno de los más claros exponentes de la desigualdad entre hombres y mujeres, convierten esta novela en un texto indudablemente humanista. Por otro lado, y como en la novela policiaca clásica, nos ofrece una visión optimista de las posibilidades de regeneración de la sociedad.

Rosa García Rayego
Madrid, febrero de 2013

Más que cuerpos

*A mi madre,
que me transmitió la pasión por las letras.*

*No le dolieron en la cara, sino al lado del alma,
en ese rincón que no se le puede enseñar a nadie.*

DULCE CHACÓN

Se levantó con desgana y se dirigió hacia el pequeño cuarto de aseo.

Alzó la vista, y no se reconoció en la chica escuálida de mirada vacía que le devolvió el reflejo en el espejo. Solo unas semanas habían bastado para transformarla por completo. Incluso su cabello, una preciosa melena rubia de la que tanto le había gustado presumir, había perdido su brillo y se le adhería lánguidamente al rostro.

Hacia hoy tres días y tres noches que había dejado de luchar. Tres días y tres noches que algo había cambiado en su interior. Primero había creído que se trataba de un error. Había intentado en vano explicarles, que se apiadaran de ella, que comprendieran su sufrimiento. Después había pedido ayuda. Había gritado día y noche, con todas sus fuerzas, confiando en que alguien pudiera escuchar sus lamentos y acudir en su auxilio. Como el príncipe azul que rescataba de la torre del castillo a la princesa secuestrada en los cuentos que no hacía tanto había dejado de leer. Pero los príncipes azules no existían. Al menos no en la vida real, al menos no para ella. En aquellas semanas había visto de todo menos eso.

La única respuesta a sus voces habían sido las palizas, cada vez mayores. Aún podía ver en su cuerpo los restos de los cardenales.

Más tarde, había depositado sus esperanzas en un descuido. Alguien que olvidara cerrar la puerta y le permitiera escapar para siempre de allí. Daba igual hacia dónde. En su mente no podía imaginar nada peor.

Pero la oportunidad de huir tampoco llegaba y recordaba perfectamente el momento en que había sentido ese clic en su interior, cuando aquel joven había abandonado la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Aquel joven con una apariencia inicial tímida, con cara aniñada, que le había hecho por un momento pensar que podría confiar en él. Entonces se atrevió a mirarle a los ojos buscando algo. Bondad, quizá. O empatía. Él le devolvió la mirada y supo que se había equivocado. Su apariencia anterior había dado paso a una personalidad distinta, sádica, más sádica aún que la de sus captores. No es que hubiera sido el peor, pero había sido el que lo había desencadenado. Ese nuevo atisbo de esperanza frustrado le había hecho sobrepasar su límite. Y se había rendido.

La furia, la desesperación y la tristeza habían dado paso a una indolencia permanente que la envolvía desde entonces. Había entrado en una fase en la

que nada le importaba. Solo sabía que algo en su interior le impulsaba a sobrevivir. Desplazó la vista hacia su hombro derecho, hacia el tatuaje que lo decoraba, y lo acarició. Un trébol de cuatro hojas, con una letra mayúscula bellamente ornamentada en cada una de sus hojas. Dos letras «A» y dos letras «S» que lo habían significado todo para ella. Era la conexión con su pasado, pero era también algo más. De alguna forma, sentía que seguía siendo importante.

Retiró la mirada del espejo y regresó, justo a tiempo para escuchar el sonido de una llave introduciéndose en la cerradura. No era la hora en la que solían traerle la comida. Suspiró. La pesadilla volvía a comenzar.

I. Viernes, 14 de octubre

Annika decidió hacer un descanso y fue a la máquina de café. Allí, como era habitual, encontró a Mati degustando su *capuccino* de media mañana. Ella sacó otro, cruzó algunas palabras con él y regresó a su puesto.

De vuelta al escritorio, intentó centrarse en lo que tenía por delante. Estaba convencida de que detrás de ese club había una red de tráfico y trata de mujeres de Europa del Este.

Si solo encontrara un poco de respaldo por parte de Daniel, podría abrir la investigación.

Pero en un entorno de hombres no muy sensibilizados, y con un jefe que parecía sentirse amenazado por ella, el asunto no se presentaba fácil.

«Tengo que conseguir pruebas», pensó. El problema era que no tenía el consentimiento del jefe para trabajar en ello. Y sin esa base, era difícil encontrarlas. A menos que le desobedeciera, claro, lo cual implicaba unos riesgos.

Lo más sencillo sería ir allí directamente y echar un vistazo, pero eso para ella quedaba descartado. Podría decirse que entre sus cualidades como policía no se encontraba la de ser una persona que pasara desapercibida. Su piel color chocolate le delataba donde quiera que fuera, mucho más en una ciudad tan pequeña y con tan escasa población inmigrante como era Mérida. Sumado al hecho de ser mujer en una profesión mayoritaria de hombres, hacía que nadie se olvidara de ella. A la pregunta de «¿quién le atendió?», la respuesta era siempre la misma: «La chica negra». No es que hubiera mucho donde elegir.

De modo que presentarse en un club a hacer preguntas sobre las mujeres que se encontraban allí no era una opción. Quizá si convenciera a Mati lograrían obtener algo. Él era un hombre. Hombre joven blanco. La cosa cambiaba mucho, pues no llamaría la atención su presencia en un sitio así, pero pedirle eso no sería solo pedirle que trabajara horas extra, sino que era el equivalente a decirle que incumpliera las instrucciones del jefe, y no podía ponerle en ese compromiso. Una cosa era que ella misma a veces las pasara por alto, y otra muy distinta pedirle a un compañero que lo hiciera.

Siguió hojeando los datos que tenía. Uno más de esos clubs de alterne.

Cincuenta y nueve en toda la región. Le alteraba la sangre la tolerancia de la gente ante esos hombres que trataban a las mujeres como simples objetos, pagando dinero para utilizar a las que lo necesitaban. A la mayoría de ellas no les quedaba otra opción, pero cuando se daba el caso de que habían sido traídas a España engañadas y eran obligadas a tener sexo con todos los hombres que les metieran en una habitación, esto llegaba al extremo. Un extremo no permitido, pero ampliamente tolerado e ignorado.

Los ojos que no quieren ver, no verán jamás. «A menos que lo pongas delante de sus narices y no puedan desviar la mirada», pensó indignada, pues el tema le afectaba más de lo que admitía.

Fue entonces cuando se acordó de Bruno. Él era justo la persona que necesitaba. Un joven periodista con ganas aún de cambiar el mundo. Y, por tanto, con poco futuro, a menos que lo cambiara pronto y mucho. Creía recordar que era *freelance*, lo que ella entendía como una palabra sofisticada para quien no tenía un sueldo fijo y tenía que ir tirando con algún que otro trabajillo.

Sí, le llamaría y le propondría que hiciera un reportaje sobre ello. Si lo hacía bien y conseguía llegar a los medios y que el tema suscitara la suficiente polémica, a su jefe no le quedaría otra alternativa que intervenir.

Buscó en la agenda de su teléfono móvil el número del chico. Por suerte aún no lo había borrado y lo marcó con decisión. A la tercera llamada escuchó una voz masculina al otro lado que reconoció de inmediato como la de Bruno. Conversaron brevemente y cuando ella le planteó citarse para abordar una cuestión de trabajo, él le propuso cenar juntos al día siguiente para hablar de ello.

Al colgar se dio cuenta de que estaba de mejor humor. Ahora las cosas se presentaban de otra forma, pensó, a la vez que terminaba su último sorbo de café y se disponía a sumergirse nuevamente en la investigación.

* * *

Violeta se organizó mentalmente mientras conducía en dirección al centro infantil.

Recoger a Celia y dejársela a su suegra durante unas horas, comer algo, preparar la cena, ir a la peluquería, volver al despacho, reunirse con el comercial de esa nueva marca de cosmética, revisar el correo, pasarse por la

tintorería antes de que cerraran, regresar a por la pequeña y llegar a casa para la hora de la cena de esta. Bien. Podría hacerlo.

«Todo es cuestión de organización», pensaba siempre. Mucho más con una niña de tres años en casa.

Desde que tuvo a Celia las cosas se habían desmadrado. Demasiados cambios, nuevas rutinas, nuevas exigencias, y, sobre todo, nuevas prioridades. Pero, tres años y medio después, creía que ya empezaba a adaptarse y coger el ritmo de nuevo. Y en su empresa tampoco le iban a permitir otra cosa. No si quería mantener su puesto y seguir teniendo posibilidades de ascender, de que la siguieran teniendo en cuenta. Pero nadie dijo que llevar un hogar fuera fácil.

Se acordó de Annika. Cuando hablaban de esto se enfadaba. «Antonio tiene que hacer lo mismo que tú, tendríais que compartir todas las tareas», le decía muy seria. Siempre le recriminaba que cargara sola con todo el peso de la familia. Ocuparse de la niña, de la casa, y de buena parte de los ingresos. *Superwoman*, la llamaba, burlándose de ella.

«Antonio tiene bastante ya con lo que tiene», contestaba invariablemente Violeta. La jornada en el negocio de coches no era poca cosa y los mínimos que tenía que cumplir ya suponían bastante presión.

La conversación siempre derivaba hacia este punto, en el que nunca se encontraban. Violeta pensaba que, aunque tenían una infancia y una juventud comunes, en las que habían estado muy unidas y lo habían compartido casi todo, habían evolucionado hacia formas muy diferentes de enfocar la vida.

Quizá esa era una de las cosas por las que se habían distanciado un poco. Annika siempre estaba con lo mismo y eso le obligaba a plantearse cosas que no se quería plantear. A ella le gustaba lo que hacía. Le gustaba ser la responsable de su casa, la organizadora que lo tenía todo bajo control y se sentía orgullosa de ello.

Aunque lo cierto era que tampoco le quedaba tiempo para más. Llegaba exhausta a los fines de semana, y ese era el momento para pasar algo de tiempo con Antonio y la niña. Y, a veces, incluso volver, como en los viejos tiempos, a salir a tomarse unas cañas juntos, o incluso unas copas.

Esa era su prioridad. Y no llegaba a más.

A pesar de esta y alguna otra diferencia, Annika era sin ninguna duda la mejor amiga de Violeta. En realidad eran mucho más que eso. El hecho de que ambas hubieran crecido en un centro de menores, sin más apoyo que ellas mismas, les había hecho sentir que eran como hermanas. La una era la familia

de la otra. Aunque pasaran mucho tiempo sin verse, ambas sabían que eso no cambiaba.

Pensó que debería llamarla. La echaba de menos. ¿Qué andaría haciendo? Desde que había rehecho su vida después de lo de Fernando, el chico con el que había salido durante algunos años, no sabía mucho más de ella. Cuando iba a verles, Annika se pasaba las horas con Celia, a la que adoraba, pero hacía mucho tiempo que no hablaban de ellas mismas. ¿Tendría alguna historia? Le extrañaba. Eso no iba mucho con Annika. Estaría centrada en su mundo de perseguir a los malos. Igual se fijaba en alguno, se dijo, y eso le hizo sonreír, sabiendo cuán improbable era.

* * *

Las cosas no pintaban demasiado bien para Bruno.

Era jueves por la mañana, llevaba toda la semana sin trabajar y empezaba a estar un poco harto de esa situación.

Su madre le había llamado para saber si iría a casa el fin de semana, y, de paso, para preguntarle si se había decidido con «lo de Paquita». Paquita era una vecina del pueblo, de más de ochenta años, viuda con tiempo y con dinero, que se había empeñado en tener su propia biografía y quería que el hijo periodista de su amiga se la escribiera.

La idea de pasarse los días escuchando a esa mujer no le apasionaba en absoluto. Pensó que tenía que estar muy desesperado para aceptar el encargo, pero se mordió la lengua en lugar de decírselo a su madre. Había aprendido que ciertas cosas era mejor callarlas, y solo le faltaba que esta se enfadara con él, por eso en lugar de decirle lo que pensaba, le había dado largas. En todo, en «lo de Paquita» y en lo de irse al pueblo. Sus amigos no irían ese fin de semana, y los que quedaban por allí estaban todos ennoviados. Le pondría un *WhatsApp* a Paco por si acaso, pero estaba seguro de que se quedaría en casa viendo una película con su chica. «Cómo cambia la gente cuando se echa novia», se dijo, fastidiado.

Y, sin embargo, no podía menos que darle vueltas a la propuesta. Si no tenía pronto una historia, se lo tendría que empezar a plantear. «Total, para quedarme escuchando la vida de las famosas del *Sálvame*. Al menos esta me pagaría», pensó.

Eso le recordó lo mal que andaba de pasta. Pasta, sí, eso era lo que llevaba

comiendo toda la semana. Excepto el día que Edu, su compañero de piso, había hecho paella para impresionar a Laura y se había estirado invitándoles a Julio y a él. Qué menos, ya que Laura se pasaba la vida en su casa, pensó. Otra que estaba en paro. Bueno, pero no era mala chica, tampoco había que ponerse tan gruñón. No hacer nada le estaba agriando el carácter.

De repente sonó el móvil. Era Annika, la chica africana que conoció hace unos meses, y a la que estuvo rondando, sin ningún éxito por cierto. Se preguntó qué querría ahora, a la vez que descolgaba el teléfono.

Annika le había dicho que quería quedar durante el fin de semana para proponerle algo, y él no lo había dudado un momento. Habían quedado para cenar. No sabía de qué se trataría, pero desde luego el plan era atractivo. Y la chica más todavía. Las perspectivas del fin de semana habían mejorado sustancialmente. Al menos en ese aspecto podía permitirse ser optimista.

Decidió ponerse a limpiar la casa y ordenar la habitación. Quién sabía cómo podía terminar la noche.

* * *

Juana estaba haciendo la cena cuando escuchó gritos en el piso de enfrente.

«Otra vez esa pareja discutiendo», pensó disgustada. «¿Es que nunca van a entenderse? Menos mal que la gente convive ahora antes de casarse. Porque estos dos no tienen mucho futuro juntos.» Juana nunca habría acertado a imaginar lo premonitorio de su reflexión.

Sara y Álvaro eran una pareja joven, muy agradables y respetuosos con ella. Más que respetuosos. Cuando Juana se torció el tobillo, Álvaro le hizo la compra un par de veces. Y Sara le llevó una mañana churros para desayunar. A ella, para la que los churros eran su debilidad, y que no había podido bajar al bar a tomarlos en dos meses, casi se le saltan las lágrimas al verla llegar con la bolsa, aún calentita.

Si no fuera porque las paredes de esos bloques de pisos eran como eran, Juana diría que Sara y Álvaro eran la pareja perfecta. Si no fuera por eso, Juana creería que él era un chico encantador y que ella una chica muy afortunada que debía de ser muy feliz con él.

Pero ya no se construía como antes. Y Juana se enteraba de todo lo que pasaba en el piso de enfrente.

Sabía que a Álvaro le perdían los celos. Sabía que le montaba un

espectáculo a Sara cada vez que llegaba más tarde de lo normal, sobre todo si había intentado localizarla y no lo había conseguido. Sabía que él intentaba distanciarla de sus amigas y que se molestaba cuando salía de casa sin él, aunque cuando ella se iba a ver a su familia, él llegaba frecuentemente de madrugada. Juana sabía hasta que una vez metió a otra chica en su casa. Eso fue cuando Álvaro le levantó la mano a Sara y ella se fue al pueblo por varias semanas, a esconderse de él y a esconder al mundo las pruebas de su vergüenza. Pero volvió, aunque Juana no acababa de entender muy bien por qué.

Y Juana sabía que, por todo eso, Sara se sentía cada vez más lejos de Álvaro, aunque no le dejara, pero que cuanto más le prohibía él, cuanto menos la respetaba, más se distanciaba ella y más empeoraba la cosa, y aquello se volvía una espiral que crecía y crecía.

Todo esto sabía Juana porque las paredes de los pisos nuevos se hacían muy finas, demasiado finas. Pero todo esto quedaba entre esas paredes y ella. Porque Juana era muy discreta, dijeran lo que dijeran de las señoras como ella.

Y porque una vez le trajeron churros.

II. Sábado, 15 de octubre

Annika acabó de prepararse.

Aunque se decía a sí misma que su cita era puramente profesional, tenía que reconocer que le gustaba la idea de cenar con Bruno, aun cuando le había ignorado unos meses atrás, cuando él hizo algún intento de acercamiento. Ella no tenía en mente ninguna relación y no iba a complicarse la vida por nadie. Su prioridad era el trabajo, y el tiempo que le dejaba libre era para ella misma, no para pensar en ningún chico. Nada le hacía sentirse tan bien como estar en su casa, cómoda, con todo el tiempo por delante y sabiéndose sin ninguna obligación pendiente, leyendo, viendo alguna película, o simplemente, sentándose en el sofá junto a su perro Wolf a escuchar música. Y si tenía ganas de tomar el aire, qué mejor que unas carreras por el parque con él para volver a casa llena de optimismo.

A veces podía apetecerle un poco más de vida social, pero esa era la excepción. Ella había elegido ese tipo de vida y le gustaba. En esos casos solía haber alguna conocida de quien tirar. Ese grupo de chicas del gimnasio o alguna amiga de Violeta, que siempre había sido más sociable que ella.

Así era como había conocido a Bruno. En uno de esos días en los que la soledad, lejos de relajarle, le estaba abrumando, y ni siquiera ir a correr le había hecho deshacerse de esa sensación.

Se había conectado a Facebook y localizado a Lidia, una de las chicas más simpáticas del gimnasio, para ver si había comentado algo sobre qué plan tenía. Parecía que iba a ir a una barbacoa. Sonaba bien, la llamó para tantearla, y Lidia, muy dispuesta siempre si de fiestas se trataba, enseguida le organizó el fin de semana, e incluso pasó a recogerla con el coche junto a otro par de conocidas.

La barbacoa estuvo bien, reconocía que se había sentido cómoda, aunque a esas alturas de la vida aún no había conseguido desembarazarse de esa sensación que le angustiaba cuando se sabía observada por todos. Y vaya si lo era. En una fiesta en el campo de un grupo de colegas, una chica nueva era siempre el centro de atención. No digamos ya una chica tan singular como Annika.

Porque Annika, más allá de tener una cara bonita, desprendía un halo de misterio que seducía a su alrededor y del que no parecía percatarse, más allá de esa incomodidad de sentirse vigilada.

Tenía unos enormes y profundos ojos negros y una preciosa sonrisa, con la que, no obstante, no obsequiaba demasiado a menudo. Y con su metro setenta y su talla treinta y seis, era la envidia de muchas chicas.

Pero su principal atractivo, y lo que llamaba la atención por encima de cualquier otra característica, era el color de su piel. Habiendo crecido en una ciudad pequeña como Mérida, y con una profesión tan peculiar como la de policía, no pasaba inadvertida. La mayoría de sus habitantes la conocían, pero mucha gente, especialmente la de su edad, iba y venía, y en círculos como aquel, en los que ella no se prodigaba, ya no solía conocer a nadie, de modo que cuando se unía a alguno de ellos volvía a perseguirle esa sensación.

Por eso, cuando Bruno se acercó a ella no se le pasó por la mente darle muchas oportunidades. Aunque cuando comenzó a reírse con sus bromas y vio que era ingenioso y divertido, empezó a interesarse y a prestarle atención. Además, aquel chico le había parecido bastante guapo con sus ojos color miel, su pelo rubio oscuro ondulado y los hoyuelos que se le formaban cada vez que sonreía. Pasó con él el resto de la tarde, incluso se animó cuando los que quedaban decidieron irse a algún bar del centro de ocio a bailar, ya entrada la noche. E incluso, aunque al pensarlo el día siguiente no había entendido muy bien por qué lo hizo, le dio el teléfono cuando este se lo pidió, antes de que la dejaran en casa de regreso.

Pero la cosa quedó ahí. Un WhatsApp al día siguiente por parte de él y la magia se rompió. Annika no soportaba esos chats del teléfono en los que la persona que escribía lo controlaba todo. Podía saber cuándo había sido la última vez que había abierto la aplicación, si estaba «en línea», y, por supuesto, si había leído lo que le había escrito. Muchas veces había pensado en eliminar todas aquellas aplicaciones y quedarse con los servicios básicos del teléfono, llamar y recibir llamadas. Y los SMS, como mucho. Pero nunca lo hacía, porque, aunque le gustara la soledad, no quería sentirse desconectada de todo.

Lo cierto era que algunos de esos programas no protegían un mínimo de intimidad y eso a ella como policía le sacaba de quicio. Pero como permitían el uso de unos servicios de forma gratuita, a nadie parecía importarle. Así que, cuando alguien de quien no le apetecía saber los usaba, no podía inventarse

alguna excusa, o simplemente no contestar, dejando siempre el margen de duda de si habría llegado o no el mensaje, si habría visto o no el móvil. O quizá sí que podía, pero le parecía maleducado actuar así. Contestando o sin hacerlo, no había lugar a las sutilezas, a las indirectas que permitieran a la otra parte salir airosa de aquella situación, al no quedar en evidencia que el interés no era recíproco.

Se sintió agobiada y le empezó a dar largas. No era él, era simplemente que ella no tenía ningún interés en empezar una relación con nadie. Habría actuado así aunque fuera el mismísimo Will Smith. En alguna ocasión hablaron un rato, pero el par de veces que él sugirió quedar con ella, lo rechazó. Demasiado ocupada en el trabajo, le decía.

Y Bruno, como era previsible, se cansó de intentarlo. De hecho, hacía ya tiempo que no hablaban, y probablemente no hubieran vuelto a hacerlo, pero cuando ella le llamó, él no había dudado.

Miró el reloj. Las 20.55. Hacía siempre un esfuerzo por respetar los horarios, pero lo cierto era que rara vez los cumplía estrictamente, lo que, en un acto de autocondescendencia, achacaba a que llevaba en la sangre el estilo de vida del Sur, mucho más relajado, que los años y la socialización en Europa no habían podido invertir.

Se miró en el espejo, complacida con la imagen que le devolvía. Se había enfundado los vaqueros que mejor le sentaban, combinados con una camiseta amarilla que resaltaba su piel chocolateada. El conjunto le daba un aire muy sugerente y juvenil. Se retocó la raya de los ojos, se perfumó, agarró el bolso y repasó con la mirada la casa. No se dejaba nada. Tendría que haber sacado a Wolf antes de salir, pero ya no le daba tiempo. Cerró la puerta con una punzada de culpabilidad.

* * *

Sara abrió la puerta de casa. Todo estaba oscuro. Comprobó que estaba sola, tal y como imaginaba.

Después de la última discusión, las cosas habían ido a peor. Parecía que cada una de las decisiones que había tomado en los últimos meses le había ido conduciendo a un callejón sin salida.

Una vez más se planteó qué estaba haciendo con su vida. Sentía que se le había ido de las manos. Que no había sabido gestionar la situación, y se había

ido poniendo más y más difícil. Y ahora estaba metida en un agujero del que no sabía cómo salir.

Al menos tenía la tarde para pensar, se dijo. Álvaro se habría ido a ver el fútbol con los amigos y tardaría bastante en volver. Muy probablemente se liarían a cervezas después, tanto si ganaba su equipo como si perdía. Eso era lo de menos. «El fútbol es solo la excusa», murmuró para sí. Pero en momentos como aquel, se alegraba de que existiera.

Tendría varias horas por delante para aclararse y tomar una decisión. Se dirigió a la habitación, se cambió de ropa para estar más cómoda y fue a la cocina a preparar una infusión, que dejó enfriándose. Volvió al dormitorio y se acomodó en la butaca que tenía allí.

Aunque compartía esta habitación con Álvaro, ya que el piso era pequeño, y además él no concebía la idea de tener habitaciones separadas, pues decía que quienes no dormían en el mismo colchón no eran una pareja de verdad, lo cierto era que él rara vez pasaba tiempo allí aparte del destinado a dormir y a sus cada vez más esporádicos encuentros sexuales. Los ratos que estaba en casa se tumbaba en el sofá delante del televisor, y esta butaca se había convertido para ella en una suerte de refugio, de espacio propio, donde acudía cuando buscaba un poco de tranquilidad para relajarse o pensar, tanto si él estaba en casa como si no.

Cogió un bolígrafo y se puso delante de un folio en blanco dispuesta a escribir. Eso resolvía siempre bastantes dudas, le ayudaba a tomar decisiones. Las cosas se veían muy diferentes plasmadas en el papel, que le forzaba a seguir sus ideas con un orden lógico, a estructurarlas, en lugar de ir vagando de una a otra sin orden ni concierto. Y entonces, de repente, la solución podía aparecer ante sus ojos con total claridad. Aunque eso no sucedía siempre. En esta ocasión no parecía tan fácil, pero no perdía nada intentándolo.

Comenzaba a centrar ideas y a definir qué era lo que tenía que hacer a la par que la tinta del bolígrafo fluía sobre el papel, cuando de repente escuchó abrirse la puerta de casa. Estaba tan sumida en sus pensamientos que se sobresaltó ante el ruido inesperado. Miró el despertador que tenía sobre la mesita de noche. Marcaba las 22.38. El partido ni siquiera había llegado al descanso, lo cual hacía que la vuelta de Álvaro fuera extraordinariamente inusual. Escondió instintivamente el folio que había estado escribiendo tras ella y se quedó expectante mirando la puerta de la habitación, esperando verla abrirse para conocer a qué se debía el extraño cambio de rutina.

No tuvo que aguardar más que unos segundos. Cuando eso sucedió, sus ojos reflejaron pánico e incredulidad a partes iguales.

* * *

Bruno llegó a las nueve en punto a la puerta del restaurante vegetariano donde había quedado con Annika. No había estado nunca, a pesar de no quedar muy lejos de su casa, y eso que en Mérida no contaba con demasiadas alternativas de restauración. Pagar por comer solo lo que él llamaba *verde* no le atraía lo suficiente; se consideraba demasiado carnívoro como para restringirse de ese modo. Pero el sitio lo había escogido ella y no era cuestión de empezar poniendo pegos.

Tras un momento de indecisión, decidió esperarla dentro. Era un restaurante pequeño, con aspecto familiar y muy coqueto. Se dirigió hacia la barra y pidió una cerveza. La chica que se la puso empezó a conversar con él. Ella era de Mérida y no le sonaba su cara, dijo. Respondió que él no era de allí, que se había criado en Montijo, un pueblo cercano, pero que era periodista y era la ciudad donde más noticias se movían en Extremadura. «Claro, aquí está toda la administración», dijo ella. «Los funcionarios, pero también los políticos.»

—Sí —asintió Bruno—. Exactamente. Y ellos son los que fabrican la mayoría de las noticias. Nosotros poco más que las reproducimos.

«Qué cínico me estoy volviendo, tan joven», pensó Bruno al escucharse decir eso.

Alguien desde la cocina llamó a la chica y esta desapareció. Bruno se sumió en sus pensamientos. Estaba convencido de que en lo que sucedía siempre había algo que le correspondía y le gustaba buscar esa parte de responsabilidad. Era una forma de ver las cosas poco habitual, ya que había comprobado que lo más sencillo, y casi lo instintivo, era buscar en el exterior a algún culpable de las situaciones que no le gustaban, postura más cómoda, pero a la misma vez bastante inútil según su propia experiencia. Sin embargo, sabía que si miraba en su interior, podía encontrar algo que no le gustara aceptar, pero también la vía para cambiarlo.

En este caso, reconocía que como periodista tampoco se esforzaba mucho. Era cierto que la situación en su colectivo era más que precaria, y eso no era muy motivador, pero no suponía excusa suficiente. Cuando le tocaba cubrir una convocatoria, la mayoría de las veces se limitaba a acudir al anuncio,

normalmente una rueda de prensa realizada por alguna de las administraciones, es decir, por los políticos. Ellos contaban lo que estaban haciendo, todos sus logros, y los que no lo eran a veces también, pues le parecía que tenían una facilidad pasmosa para atribuírselos, a la vez que para escurrir el bulto de los problemas. Pero él, como periodista, ¿qué hacía al respecto?, se preguntó. Se limitaba a escuchar, quizá realizaba alguna pregunta sobre un dato que no hubiera quedado claro, y se iba a la siguiente convocatoria. Y no es que no se le pudiera poner en apuros a más de uno, vaya si se podía. Con la que estaba cayendo. Pero intuía que esta situación ya había acomodado a las dos partes. No eran muchos los que se preparaban las convocatorias, y los políticos contaban lo que hubieran venido a contar, les pasaban la palabra más por protocolo que otra cosa y una vez cumplido el trámite les agradecían su asistencia. Si ellos fueran más críticos igual la cosa cambiaba, alguno podría empezar a temer sentarse en ese sillón ante la posibilidad de exponerse a un tercer grado. Y es que realmente esa era su labor, la de los políticos, rendir cuentas, y la de los de su gremio analizarles y mantener una visión objetiva que mostrar a la ciudadanía. Luchar por la transparencia, por la verdad. Esa era la teoría. Y esa debiera ser también la práctica, reflexionó.

Sí, tenía que empezar a ser más crítico. Tenía que investigar los temas, especializarse en algo y hacerle un seguimiento. Se había acomodado y así no conseguiría demasiado. Tenía que destacarse, marcar la diferencia. Y, al mismo tiempo, cumplir con su misión como periodista.

Eso haría. Se sintió animado con esa repentina convicción. Dio el último sorbo a su cerveza y consultó el reloj. Marcaba las nueve y diez y Annika aún no había llegado. ¿Y si se había olvidado? Miró el móvil, pero no tenía ningún mensaje. Ya empezaba a preocuparse cuando la vio aparecer tras la puerta de cristales del restaurante. Se quedó unos segundos embelesado mirándola y fue a levantarse para darle dos besos.

—Perdona el retraso. Un inconveniente de última hora —se disculpó ella.

—Nada, nada, no te preocupes. Me he tomado una cerveza y he aprovechado para pensar un rato. Viene bien escucharse a uno mismo de vez en cuando —dijo, haciéndose algo el interesante.

Annika levantó una ceja, sorprendida.

—Vaya, qué filosófico estás.

Él se rio.

—Cosas más. Pero ¿nos sentamos?

—¡Claro! Tengo mucha hambre. Y no se me ocurre ningún lugar mejor donde saciarla.

Tomaron asiento en el interior. Bruno observó el salón en el que les ubicaron. Se notaba una mano femenina, con una decoración en tonos violetas y rosados, con mucho gusto. Decidió que le agradaba.

—Muy bonito el sitio, me gusta —le confirmó a Annika.

—Es cierto, me dijiste que no habías estado nunca, ¿verdad? Pues ya verás cuando pruebes los platos, eso sí que te va a gustar.

Esta vez Bruno no pudo reprimirse, aunque intentó imprimir una sonrisa a su comentario.

—Bueno, yo eso no lo tengo tan claro. Digamos que me va más la carne. Y tú, ¿desde cuándo te has vuelto vegetariana? Creo recordar que en la barbacoa sí que comiste, y allí no había mucha verdura que digamos.

Annika le miró extrañada y se echó a reír.

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo sea vegetariana?

Ahora fue Bruno quien se desconcertó.

—Bueno, entonces ¿qué hacemos aquí?

—Se puede venir a un vegetariano sin comprometerse a no comer carne de por vida, ¿sabes? Y toda la comida que hacen aquí está buenísima. Pero a mí que no me quiten el jamón ibérico.

Bruno se rio. Eso era muy extremeño. Y su acento era si cabe más profundo que el suyo propio. Cualquiera que la escuchara no dudaría de su identidad extremeña, pero al verla, desconcertaba.

—Está bien, entonces abriré mi mente y me dejaré asesorar por ti. ¿Qué tipo de lechuga se come aquí?

Annika suspiró divertida y, fingiendo gran resignación, consultó el menú.

—A ver... Pediremos los *crêpes* de calabacín y la *moussaka* de setas. Podemos compartíroslos y así probamos más cosas. Y... ¿cuánta hambre tienes? —él se tocó el abdomen con un gesto que indicaba claramente que podría con más—. Muy bien, muy bien, valiente, y también la ensalada especial, con manzana y queso de cabra. Pero te advierto que hay que comérselo todo. Es un restaurante familiar en el que cocinan con mucho cariño. Si dejas algo en el plato, te preguntarán si no era de tu gusto, y si dices que sí, insistirán para que lo termines. Además, hay que hacer sitio para los postres, que son todos caseros y sin duda lo mejor de aquí.

Bruno asintió, aún más escéptico sabiendo que le tocaría limpiar el plato.

Al poco la chica que había estado conversando con Bruno vino a tomarles nota. Pidieron una botella de vino blanco y Annika se quedó callada un momento. Luego comenzó a hablar.

—Supongo que te preguntarás por qué te he llamado —dijo.

—Bueno, la verdad es que tengo cierta curiosidad, sí —admitió—. No es que me inviten a cenar todos los días. Menos aún con un extraño motivo por descubrir.

—Ya imagino. Lo cierto es que no conozco a muchos periodistas. En realidad, solo a ti. Y quiero proponerte una historia.

Bruno la miró interesado.

—Ya sabes que soy policía. Aunque en una ciudad tan pequeña como Mérida toca hacer de todo, mi especialización es la violencia de género. Eso significa que se me encomiendan todos los casos de mujeres que denuncian a su pareja por malos tratos, o de agresiones sexuales. Es fundamental que una persona con formación específica en igualdad aborde estos temas con la debida perspectiva de género. Pero en lo que realmente me estoy centrando ahora mismo —continuó—, es en la mayor de las violencias hacia las mujeres: la trata con fines de explotación sexual. Los últimos datos que tenemos señalan que más del setenta por ciento de las mujeres prostituidas han sido o están siendo víctimas de este delito.

A estas alturas Bruno ya estaba algo confundido. La violencia de género era un tema que no controlaba mucho, y que solía dejar para sus amigos periodistas. Pero con lo último ya se había perdido. ¿Qué tenían que ver las mujeres maltratadas por sus maridos con los puticlubs? No encontraba la relación. Aun a riesgo de quedar como un ignorante, se decidió a preguntar.

—Esto... no es que no haya oído hablar de ello, claro, pero, como policía, ¿en qué consiste exactamente el delito de trata?

—Pero... ¿de verdad tengo que explicártelo? No me lo puedo creer... — por segunda vez en la noche, suspiró, menos divertida en esta ocasión. Pensó que quizá no había acertado llamándole, se armó de paciencia y comenzó. —A ver... la trata de personas es su explotación en contra de su voluntad. Es un crimen que normalmente va aparejado al de tráfico de estas mismas personas. Esto implica captar a alguien, trasladarlo a un lugar diferente y obligarle a hacer algo, lucrándose de ello. Cuando la trata es con fines de explotación sexual, se comercia con el cuerpo de esta persona. Se le priva de libertad y se le obliga a tener sexo con otras personas. Es, en definitiva, la compra y venta

de sus cuerpos. Una forma terrible de esclavitud. La esclavitud del siglo XXI —sentenció.

—Sí, sí, era lo que tenía entendido —se apresuró a decir, aunque sin sonar demasiado convincente—. ¿Entonces eso pasa en Extremadura?

—¿Que si pasa? Es un fenómeno mundial y, desgraciadamente, España está a la cabeza en las estadísticas mundiales de consumo de prostitución, muy por encima del resto de países europeos, ¿no lo sabías? Extremadura, desde luego, no es la excepción dentro de España. La verdad es que es algo que, aunque tenemos delante de nuestras narices, estamos acostumbrados a no ver. Así que, después de todo, no me extraña tanto que no lo conocieras. Una razón más que demuestra que es necesario visibilizarlo ya.

—Ajá —a Bruno el tema le empezaba a llamar la atención. Su olfato periodístico le decía que aquí podía haber un filón, aunque aún le quedaban muchas dudas—. Pero, si es tan obvio, ¿por qué nadie hace nada al respecto?

—No interesa —dijo Annika, tajante—. Aunque en los últimos años algunos gobiernos han comenzado, cautelosamente, a tomar medidas, impulsados normalmente por asociaciones y oenegés que lo reivindicán, la gran mayoría de la sociedad sigue sin ser consciente de que tiene la esclavitud enfrente de su casa, o al pie de la carretera por la que pasa cada día.

—Sí, los políticos tienen la culpa, como siempre —dijo Bruno, en parte en serio y en parte de forma irónica—, pero vosotros, la policía, ¿no sois los que tendríais que hacer algo? Sabéis que se hace, sabéis dónde está, y sois las fuerzas del orden y todo eso, ¿no es así?

—Bueno, ahí vamos estando de acuerdo —accedió Annika—. La responsabilidad es compartida. Obviamente que un gobierno no cierre los ojos y se pronuncie ante esta realidad, aunque sea de forma tímida, ayuda mucho, pero sí, somos las fuerzas del orden y la seguridad quienes deberíamos velar, en el terreno, para que no se produjera. Nuestra obligación es garantizar la seguridad ciudadana y proteger los derechos y libertades de las personas. No hay ejemplo más claro de vulneración de estos derechos. Tendríamos que tenerlo como prioridad, o al menos, así lo creo yo. El problema es el mismo —prosiguió Annika—. No hay sensibilización. No hay interés. Y los pocos y pocas que queremos hacer algo, no tenemos la suficiente fuerza.

—Creo que ya sé a dónde quieres ir a parar —a Bruno le estaba comenzando a aflorar su vena idealista—. Quieres que cambiemos eso.

—Bueno, sí, claro que quiero cambiarlo. Por eso me he especializado y

trabajo en ello. Aunque no soy tan ingenua. Sé que con publicar una noticia al respecto no basta para que desaparezca. Pero si se hace una investigación fiable, con pruebas, y se expone ante la gente, quizá la sociedad comience a sensibilizarse. Quizá se empiece a hablar de ello, se genere polémica, se cree un poco de conciencia social al respecto. Y quizá entonces —añadió—, mi jefe se vea obligado a darme el visto bueno para que se abra, también, una investigación policial.

—Ya veo —murmuró pensativo, teniendo cada vez más claro el objetivo de Annika, que lo cierto era que le estaba ilusionando—. Creo que esto empieza a interesarme.

—Te seré sincera —continuó Annika—. Esto es mi trabajo, y creo en ello, pero no puedo pagarte nada. Lo que estoy haciendo es proporcionándote una historia. Una historia que es buena, que es real, que está pasando a nuestro alrededor y nadie cuenta, y, sobre todo, y precisamente por eso, una historia que es necesario contar. Pero no va a ser fácil. Si te comprometes a trabajar en ella, te suministraré información, te guiaré y asesoraré en todo lo que necesites saber, pero la investigación correrá de tu parte. Ser capaz de colocarla en algún medio, también. Y esto será probablemente lo más difícil. Pero si lo conseguimos, quizá habremos cambiado algo —concluyó esperanzada.

Bruno reflexionó unos momentos. Se acordó de su madre, bastante más pragmática que él. Estaba seguro de lo que ella le habría dicho. «Escribe la historia de mi amiga Paquita y paga tus deudas.» La verdad era que no le quedaba ya mucho *cash*. Suspiró. Pero no podía dejar pasar aquella oportunidad. Annika le había abierto una puerta a algo que nunca se había planteado, a la vez que le había recordado su sueño de luchar contra las injusticias, y puesto en bandeja la posibilidad de hacer lo que más le gustaba hacer, periodismo de investigación. Quizá esto no llegara a ningún sitio, pero se negaba a resignarse por el materialismo. No tan pronto. No mientras tuviera otra opción, mientras viera algún otro camino. Y este estaba delante de sus ojos.

—Está bien. Lo haré —dijo, con mirada seria.

Annika sonrió emocionada.

—¡Bien! Tenemos un trato —le contestó, ofreciéndole la mano para sellarlo.

* * *

Juana estaba sentada en su sillón, esmerándose en una de las bufandas que le habían encargado de la tienda «La lucha de los botones», labor que hacía para ganarse unos ingresos extra que le ayudaban a completar su pensión y llegar a fin de mes, cuando escuchó ruidos en el piso de enfrente. Algo como gritos ahogados, forcejeos, objetos que caían al suelo.

Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. No quería pensar lo que estaba pensando. Los ruidos continuaron y ella se levantó, se dirigió a la cocina y puso música en la radio. Se quedó allí parada, en mitad de la habitación, sin saber muy bien qué hacer. Entonces, un sonido especialmente turbador, algo que parecía un aullido, atravesó la música y la alcanzó de nuevo, calándosele hasta los huesos.

Su primera respuesta fue subir el volumen. Se asustó. Después pensaría que fue una cobarde y el sentimiento de culpa no llegaría a abandonarla nunca, por mucho que se dijera a sí misma que reaccionó de forma normal, que era algo innato, una respuesta que salía de dentro para tratar de protegerse.

Pero, aún con el susto en el cuerpo y la música sonando alto, no podía dejar de pensar en ello. Rechazaba lo que creía saber que estaba pasando. Otra vez no. Y, a juzgar por los ruidos, mucho peor que la anterior. Pero no servía de nada rechazarlo, no ayudaba.

Al rato, apagó la radio y regresó al salón. Escuchó. Solo le llegó el silencio más absoluto. Volvió al sillón que había abandonado minutos antes y se sentó nuevamente, esperando oír algo y mirando fijamente la bufanda a medio hacer.

Tenía miedo. Al final, tras lo que pareció una eternidad, se decidió. Abrió la puerta, recorrió los escasos metros que la separaban de la de Álvaro y Sara y llamó al timbre. Nadie respondió. Volvió a llamar, insistentemente. A medida que pasaban los minutos y no respondían, un sentimiento aterrador se adueñaba de ella. Habrían salido a dar una vuelta. «Claro que sí», repetía sin llegar a creerlo.

Volvió a su casa y se sentó una vez más. Recordó los anuncios, las campañas que tantas veces había escuchado en la radio. Le dio vueltas a la idea una y otra vez, mientras estaba alerta por si oía algún ruido nuevo, algo que le indicara que había alguien en casa.

Por tercera vez esa noche se levantó del sillón. Había tomado una decisión.

* * *

A la altura del postre Annika ya le había dado a Bruno una lección intensiva sobre el fenómeno que investigarían. La velada no era exactamente como él había imaginado, pero se dio cuenta de que estaba disfrutando.

—Tengo que reconocer que estaba todo buenísimo —confesó—. Y que el postre era lo mejor de todo, en eso también tenías razón. ¿Cómo puede estar tan bueno un bizcocho de tomate verde? ¿Quién lo hubiera dicho? Creo que volveré aquí más a menudo.

—Es increíble, ¿verdad? Si me gustara cocinar, haría lo imposible por conseguir la receta. Pero no creo que la hiciera nunca, la verdad. Prefiero venir de vez en cuando.

—Bueno, a mí sí que me gusta, y no se me da mal. De hecho, igual intento que me la den a mí y te lo preparo un día —insinuó, más para comprobar su reacción que con intención de hacerlo.

—No creo que fuera fácil. Seguramente tendrías que utilizar todas tus artes de seducción para conseguir esa fórmula —replicó ella divertida.

Annika también estaba disfrutando. Pensó que quizá había subestimado a Bruno. Era un chico interesante. De acuerdo, no tenía ninguna formación en género, pero, siendo realista, ¿quién la tenía? En su trabajo, por más que había intentado que la entendieran y fueran conscientes de las desigualdades aún latentes, las conquistas habían sido escasas. A esas alturas se conformaba con que la dejaran trabajar en lo que le gustaba y con algún pequeño reconocimiento que de vez en cuando le hacía ver que algo iba cambiando, después de todo, en la mirada de sus compañeros.

Al menos Bruno la había escuchado con atención y parecía dispuesto a empezar cuanto antes con ese reportaje.

Se acordó de cuánto se había reído con él aquel día en la barbacoa y de esos momentos de compenetración que habían compartido bailando en el centro de ocio, y, de repente, le apeteció saber más de él. Le preguntó si siempre había vivido en Mérida y Bruno comenzó a contarle sus peripecias.

Le habló de su madre, que era italiana, de ahí que su nombre también lo fuera. Le contó que él también había nacido en Italia, pero que al poco tiempo se había venido con ella a España y que se sentía extremeño, pues toda su infancia y adolescencia las había pasado en Montijo, un pueblo a treinta kilómetros de Mérida, hasta su etapa universitaria, en que se fue a estudiar periodismo a Madrid.

Habían sido grandes años, «es difícil que la vida de estudiante no lo sea»,

bromeó. Pero él tenía claro que quería regresar a Extremadura, que aquella era su tierra y ahí era donde quería construirse una vida. Además, su madre vivía sola, y, aunque tenía muchas buenas amigas y una intensa vida social en el pueblo que le había acogido hacía ya treinta años, él era su única familia en España, y no quería pasar mucho tiempo lejos de ella.

Por eso había elegido Mérida, donde se generaba gran parte de la información, y además estaba cerca de su pueblo, y, por tanto, de su madre. Así podía escaparse a verla de vez en cuando, aunque reconocía que a veces se acomodaba y le costaba coger el coche.

Le contó también que sabía que una parte de él, de sus orígenes, estaba en Italia, y quería descubrirla, por eso durante la carrera aprovechó la oportunidad que se le ofrecía con las becas Erasmus y solicitó formar parte del programa, gracias a lo cual había podido irse a cursar un año académico. Allí le habían dado una plaza en la Universidad de Perugia, una pequeña y preciosa ciudad en el centro del país que le recordaba un poco a Cáceres, con su centro medieval y su vida tranquila.

De este modo había aprovechado para distanciarse por un tiempo del caos de Madrid, que, acostumbrado como estaba a vivir en un pueblo, a veces le sobrepasaba. Ciertamente, le confesó, vivir en la capital tenía muchas ventajas, y él las había sabido aprovechar en sus años de estudiante, pero a veces se le hacía irrespirable. Por eso aquel año Erasmus le había venido perfecto para muchas cosas, también para madurar, y para completar esa parte de sí mismo.

Había terminado la carrera y vuelto a Extremadura para buscarse la vida. A partir de ahí, dijo, no había mucho que contar. Dando tumbos, trabajando aquí y allá, haciéndose adulto e intentando no perder por el camino toda la inocencia, confesó con una sonrisa.

Annika sonrió a su vez. Aunque venían de mundos muy diferentes, tenía más cosas en común con aquel chico de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Luego le tocó su turno. Bruno le pidió que le hablara de ella, y eso ya le gustaba bastante menos, pues no era algo a lo que estuviera acostumbrada. Siempre era más fácil encerrarse que exponerse y dar al dolor la posibilidad de aflorar de nuevo. En otras circunstancias habría cambiado de tema, pero no lo hizo, y se sorprendió a sí misma hablándole de su pasado en Namibia y de los escasos momentos felices que recordaba de la pequeña aldea donde había nacido. Incluso habló de su familia, de los días especiales en los que había algo que celebrar, cuando su madre preparaba junto al resto de mujeres

de la aldea un asado de *kudu*, una especie de antílope que recordaba como el mejor de los manjares.

Sin entrar en los penosos acontecimientos que la obligaron a ello, le habló también de que tuvo que separarse de su mundo a los siete años de edad, cuando la enviaron a España, y adaptarse a una ciudad donde no entendía nada de lo que le rodeaba, empezando por el idioma en el que le hablaban todos esos desconocidos tan diferentes a ella.

Hacía mucho que no pensaba en nada de esto y, por un momento, se quedó abstraída evocando con una mezcla de tristeza y nostalgia los recuerdos que normalmente trataba de alejar, mientras Bruno la miraba con dulzura.

La botella de vino se había terminado e iba siendo hora de levantarse de allí. Acababan de dar las once y media y no quedaba nadie más en el pequeño salón del restaurante. La chica que les había atendido durante toda la velada se asomaba discretamente de vez en cuando, probablemente ya impaciente por cerrar cuanto antes.

Bruno propuso dar un breve paseo.

—Para bajar todo esto, que aunque verde, no ha sido tan ligero como esperaba —bromeó.

Pagaron la cuenta, felicitaron a las dueñas por lo exquisito de la cena y se encaminaron hacia el Teatro Romano, dando un pequeño rodeo para pasar por algunas de las maravillas que podían encontrarse vagando por las callejuelas del centro de la ciudad, como el Foro Romano o el fascinante Templo de Diana.

Iban conversando alegremente sobre lo bien que se vivía en un lugar tranquilo como Mérida, mientras Bruno sopesaba qué hacer a continuación. ¿La invitaba a su piso a tomar una copa? Estaba solo y eso era algo que no sucedía muy a menudo. Julio se había ido a no sé qué encuentro de su asociación y Edu le había regalado a Laura una escapada de fin de semana en el Valle del Jerte. Annika estaba radiante, más guapa si cabe que el día que la había conocido, en el que se sintió atraído nada más verla. Parecía que los astros se habían alineado.

Sin embargo, temía que le rechazara nuevamente. Al fin y al cabo, la noche que se conocieron había sido especial, y después todo se había evaporado sin ninguna explicación. Era como si solo él hubiera recordado la conexión que había surgido entre ambos, como si ella hubiera despertado al día siguiente atribuyéndolo todo a un sueño.

No había podido dejar de pensar en ella durante un tiempo, convencido de que había encontrado a alguien con quien congeniaba de una forma especial, pero solo había obtenido educados rechazos a sus intentos de volver a verla. Al final había tenido que rendirse a la evidencia y desistir, y desde entonces no había vuelto a saber de ella. Hasta ahora, en que se había citado con él por motivos profesionales. Le había ofrecido un trabajo, él lo había aceptado y habían cerrado los términos de este y profundizado en los detalles. Esa había sido la razón para volver a verle.

Pero había notado cómo le miraba. Habían vuelto a conectar, y estaba seguro de que a ella le gustaba. No es que él ligara demasiado, pero no se le escapaba fácilmente cuando atraía a una chica.

«La vida es demasiado corta para no ser valiente», se dijo a sí mismo en un arrebatado de decisión. «Se lo propondré, eso tampoco tiene por qué significar nada más. La invitaré a sentarnos en la terraza, prepararé unos mojitos y seguiremos charlando.»

En ese momento sonó un móvil en el bolso de Annika. Ella hizo una tentativa de ignorarlo pero después pareció cambiar de idea y lo buscó, ceñuda. Aunque tardó en encontrarlo, el teléfono seguía sonando de forma insistente. Cuando al fin lo localizó, dio un respingo al ver que era del trabajo.

—Qué raro, no estoy de servicio —musitó, a la vez que pulsaba la tecla de responder.

* * *

Hay días, semanas, incluso meses, la mayoría a lo largo de nuestra vida, que transcurren sin nada especialmente singular que recordar. Pueden ser más o menos felices, pero no sucede nada que los marque de forma indeleble en nuestra memoria, que nos haga rememorarlos el resto de nuestra vida.

Y hay, sin embargo, otros momentos, en los que todo cambia. En los que, no una, sino varias cosas suceden paralelamente, cosas que nos marcarán, que afectarán en varias parcelas de nuestra vida, que decidirán por nosotros nuestros destinos.

Esta noche fue el principio de muchas cosas para Annika. Después, con el tiempo, se convencería de que aquello que sucede, lo hace por alguna razón, y es todo un entramado de circunstancias el que nos lleva hasta allí. Son los

puntos conectándose, pero solo podemos verlos retrospectivamente.

Todo había salido mejor de lo que había esperado hasta el momento. Bruno había accedido a encargarse de la investigación, ella se lo estaba pasando realmente bien y era una agradable noche de comienzos de otoño. Una suave brisa les acompañaba mientras paseaban por las silenciosas calles, a pocos metros de la zona de marcha donde la noche no había hecho más que comenzar y la música golpeaba con fuerza las insonorizadas puertas de los *pubs*.

Fue entonces cuando algo se alteró. En solo unos segundos, que fue lo que duró la conversación de teléfono, el hechizo se esfumó y dio paso a una Annika diferente. El deber la llamaba, aunque aún no sabía muy bien para qué. Daniel no había sido nada explícito.

—Te necesitamos inmediatamente. Ven a comisaría.

—Pero... —comenzó ella.

—No hay peros. Es prioridad absoluta. Cuando llegues te contaré los detalles.

Bruno vio que un velo de preocupación surcaba la cara de Annika.

—Tengo que irme —se excusó, sin ser demasiado explícita tampoco ella.

—¿Ahora? —fue lo único que se le ocurrió decir—. ¿Qué ha pasado?

—Cosas del trabajo. Te llamaré —gritó, mientras se alejaba apresurada en dirección al coche, dejando a Bruno allí plantado, totalmente confuso.

* * *

Juana tuvo que insistir mucho a los dos chicos jóvenes que aparecieron con el uniforme de la policía.

Escucharon con atención lo que les relató, que había oído unos ruidos muy raros, que después estuvo llamando a la puerta pero que nadie contestó, que estaba muy angustiada... Pero pensaban irse sin hacer nada, darle una palmadita en la espalda y decirle que se tranquilizara. Tomarla por tonta, en definitiva. Y no, para eso no les había llamado. Ni en sueños lo iba a permitir. Para eso no le había costado a ella cerca de una hora de lucha interna hasta que decidió que había que salir de dudas, que asegurarse de que todo estaba bien.

De modo que se dirigió hacia ellos, ya con un juego de llaves en la mano.

—Pues muy bien, yo voy a entrar porque tengo la llave que Sara me dejó

por si alguna vez se necesitaba... Y creo que ahora se necesita. Ustedes dos harán bien en quedarse ahí para protegerme, que para algo están. Para eso les pagamos el sueldo, vaya.

Los policías se miraron entre sí y se encogieron de hombros.

—Está bien —accedió el que parecía algo más joven—. La acompañamos, señora. Pero usted se hace responsable de esto.

Juana bufó y se dirigió hacia la puerta de enfrente. En la mano llevaba varios llaveros, cada cual cargado a su vez de diferentes llaves. No estaba segura de cuál de ellos contenía la que necesitaba. Ella era una mujer respetable, que inspiraba confianza, y, sobre todo, que siempre estaba allí: la persona perfecta a quien dejárselas por lo que pudiera pasar. No era Sara la única que había pensado así, de modo que a lo largo de los años había ido acumulando llaves, llaves que normalmente no se necesitaban y de las que a menudo sus dueños nunca más se acordaban. Miró los llaveros detenidamente y escogió uno. Era el más reciente. También tenía las llaves de su prima, las de la floristería de al lado, de un señor tremendamente despistado que más de una vez había aparecido sin nada con que abrir y se había visto obligado a recurrir a ella, y alguna otra más que ya ni recordaba. Probó un par de ellas hasta que dio con la correcta y la cerradura comenzó a girar.

Nada más abrir notó el ambiente enrarecido. La situación le escamaba más por momentos. Llamó.

—¡Sara! Sara, cariño, voy a entrar, ¿de acuerdo? —No hubo respuesta.

El salón estaba desierto, la cocina también. Todo parecía limpio y en perfecto orden, aprobó para sí de forma inconsciente. Ya sabía ella que Sara era una mujer muy apañada. Lo único que alteraba la impecable disposición era un recipiente con una infusión, ya fría, descansando sobre la mesa. El piso era pequeño, como el suyo, de modo que no había muchos lugares donde mirar. Avanzó por el pasillo. La puerta del dormitorio estaba entreabierta. Llamó de nuevo. Nada. Paró un momento en seco, respiró profundamente y la abrió, decidida, con los policías tras ella. A estos se les heló la sangre cuando oyeron el chillido de la mujer, cuyas piernas flaquearon, pero se mantuvieron en el lugar, sosteniendo su cuerpo paralizado por la imagen que tenía ante sus ojos.

Ambos jóvenes se abalanzaron hacia delante para ver lo que había ocurrido.

Tirado en la cama yacía el cuerpo de una mujer joven, cruentamente apuñalado.

Las sábanas estaban teñidas de rojo, y las manchas de sangre aparecían dispersas por toda la habitación.

* * *

Annika llegó a comisaría siete minutos después. No estaba muy lejos del coche y a esa hora apenas había tráfico en la ciudad. El propio Daniel la estaba esperando en la puerta.

—Iremos en mi coche, sube —dijo mientras desbloqueaba el seguro con el mando a distancia.

—¿Qué ha pasado?

—Un asesinato. En la calle Parejos. Matías y Raúl ya están allí.

Annika se quedó boquiabierta.

—¿Cómo dices? ¿Un qué? ¿En la calle Parejos? Pero... si yo vengo de allí...

—¿Qué pasa, no me has oído? ¿Y cómo que vienes de allí? —preguntó Daniel, rápidamente alerta.

—Bueno, quiero decir, estaba dando un paseo por allí cerca, o sea, no de allí exactamente —balbució, todavía sin asimilar la información.

—Aún no se ha dado aviso. Matías y Raúl acaban de encontrar el cuerpo y me han llamado un minuto antes que yo a ti. No hay tiempo que perder, ¡vamos!

III. Domingo, 16 de octubre

Annika llegó a casa exhausta. El reloj marcaba cerca de las siete de la mañana y aún quedaba un buen rato para que comenzara a amanecer. Era lo triste de aquella época del año. Cada vez había menos horas de luz, ya hacía varias semanas que lo iba notando, y eso afectaba a su estado de ánimo. Mucho más tras una noche como la que acababa de pasar.

Encontró la casa tal y como esperaba. Un labrador y un apartamento de poco más de sesenta metros cuadrados no eran de por sí algo fácil de conciliar. Si a eso se añadía el hecho de que el perro llevaba sin salir desde primera hora de la tarde del día anterior, el resultado era previsible.

Wolf se lanzó directo a saludarla. Con el cansancio que tenía, casi le hizo perder el equilibrio. Resignada, cogió la correa y lo sacó sin pensarlo. No parecía tener otra opción. Unos minutos después regresaban. Aquel no era día de carreras para Wolf.

Se dirigió al baño, se desnudó y abrió el grifo de la ducha. Sabía que si se sentaba, se quedaría dormida al instante. Y necesitaba pensar, necesitaba aclararse las ideas.

Dejó el agua correr mientras se escudriñaba en el espejo. La noche había hecho estragos. «Ni en mis mejores juergas», pensó. Sabía que parecía más joven de lo que era: su delgadez, su cara de niña, y también lo juvenil que solía vestir cuando no iba de uniforme, contribuían a ello. Pero en momentos como ese, algunas pequeñas arrugas alrededor de los ojos y de la comisura de los labios la delataban.

Al ver salir vapor tras las cortinas, se metió bajo el chorro de agua caliente. No fue hasta que el agua comenzó a deslizarse por su cuerpo cuando se dio cuenta de que estaba helada. La noche había ido refrescando, pero estuvo tan inmersa en la escena que ni siquiera se había percatado de ello.

Fue entonces, envuelta por el chorro de agua caliente, cuando comenzó a situar lo que había sucedido.

Una mujer había muerto en Mérida.

Alguien la había asesinado.

En su aún corta carrera profesional nunca se había enfrentado a un caso de

asesinato.

Había lidiado con agresiones, muchas, alguna de ellas bastante severa, pero nunca habían llegado más lejos. Nada que ver con lo que habían encontrado al llegar al piso de la calle Parejos.

Aún llevaba las imágenes impresas en la retina y sabía que no se le borrarían fácilmente.

La escena había sido devastadora. La mujer, identificada como Sara González Pineda y que, según la base de datos de la comisaría, tenía solamente dos años más que ella, había sido acuchillada varias veces en pecho, abdomen y piernas. En un examen posterior, tras el impacto inicial, pudieron apreciar que además había recibido golpes por todo el cuerpo.

Al recordar volvió a sentir un amago de las náuseas que le invadieron cuando se enfrentó con la escena del crimen. Se contuvo unos instantes hasta que pasó.

El agresor se había cebado con la víctima de una forma salvaje.

No había testigos, tan solo una vecina entrada en años, que, aunque conmocionada, tenía la mente bastante clara y había sido quien avisó a la policía. Pero tampoco ella había visto nada. Escuchó ruidos, pero hasta mucho después no se había decidido a hacer algo. Y había sido demasiado tarde.

Por eso era tan importante que la gente se concienciara ya de una vez sobre esto, se dijo. Que no miraran hacia otro lado cuando oían ruidos en casa de sus vecinos. Que no pensaran que eran problemas de familia y cerraran los ojos y los oídos. Podía evitarse tanto dolor, tantos crímenes si todo el mundo se comprometiera a denunciar estas cosas.

Suspiró. Era difícil cambiar las cosas.

Se centró de nuevo en los hechos.

A pesar de haber tardado en reaccionar, los datos que proporcionó la señora arrojaron luz a los primeros pasos de la investigación. De hecho, el cuadro parecía bastante claro: todo apuntaba hacia un asesinato por violencia machista.

Esa terrible lacra que en Extremadura hacía mucho que no golpeaba de cerca, y desde luego, mucho más en una ciudad pequeña y tranquila como Mérida.

De cabeza, tiró de estadística. En torno al setenta por ciento de los casos de asesinato a manos de la pareja o expareja, se producían en el domicilio de ambos. Este primer dato concordaba. Como había corroborado tanto la vecina

como la familia de la víctima, esta compartía con su pareja desde hacía varios años el piso escenario del crimen.

Además, el *modus operandi* más común en este tipo de asesinatos era precisamente el uso de un arma blanca. Tras este, un arma de fuego, en proporción mucho menor y algo detrás, por golpeo o asfixia, eran las situaciones más comunes. Aunque estas dos últimas también solían estar presentes junto al arma blanca. De hecho, las magulladuras que presentaba por todo el cuerpo indicaban que, posiblemente antes del uso del cuchillo, el agresor había golpeado de modo persistente a la víctima.

Por eso, Daniel la había llamado directamente a ella. Por su perfil profesional, Annika era la indicada para encargarse de este tipo de delitos.

La víctima, Sara, no había formulado ninguna denuncia sobre su pareja, era una de las primeras cosas que habían verificado. Sin embargo, las estadísticas demostraban que la gran mayoría de las mujeres asesinadas no lo hacían nunca, ya fuera por miedo a su agresor o por el sentimiento de culpabilidad que las imbuía tras haber estado expuestas a situaciones de violencia constante.

Pero a poco que se buscara en su entorno más cercano, podían encontrarse todos los indicios que se necesitaran para confirmar que la mujer venía siendo maltratada. En el caso de Sara y a pesar de las reticencias iniciales a hablar del asunto, esto fue lo que confirmó su vecina, así como el hermano de la víctima, Víctor, el único familiar al que habían podido entrevistar, pues su madre y padre estaban sumidos en el dolor y se negaban aún a aceptar que aquello hubiera podido suceder.

Víctor había sido categórico. Con una mirada henchida de intenso odio, les contó que el novio de Sara la había venido hostigando desde hacía muchos años, prácticamente desde que comenzaron a salir juntos. Él siempre había estado en contra de esa relación, relató cargado de frustración, pero su hermana no le escuchaba. Había tratado una y otra vez de que Sara se alejara de Álvaro y, cuanto más lo intentaba, más se alejaba de él mismo en su lugar. Él, decía, había observado en su comportamiento todos los indicios de violencia machista, que en último término podía desembocar en lo que había ocurrido aquella noche fatídica. Lo extremadamente posesivo y celoso que era Álvaro, los intentos de aislar a su hermana de todo su entorno, el control absoluto de su vida, la baja autoestima del propio Álvaro que le hacía actuar así... El chico decía haber estado siempre convencido de que la pareja de

Sara era un tipo muy agresivo bajo su aparente docilidad delante de la familia. No tenía pruebas, pero había visto demasiados gestos hacia ella que le habían hecho saltar las alarmas. Suponía que todo esto había ido empeorando a partir de la convivencia, aunque por aquel entonces Víctor ya prácticamente no hablaba con su hermana y la veía en muy contadas ocasiones. Pero sí había vivido cómo una vez Sara había llegado a casa de sus padres casi sin poderse mover —él creía que con alguna costilla rota— y se había refugiado allí durante semanas, sin querer hablar del tema con nadie.

Víctor estaba muy nervioso y su nivel de exaltación se incrementaba por momentos al recordar el pasado de la pareja y afianzarse en la certeza de que la situación que no había logrado atajar era la que ahora había terminado de forma tan siniestra. Llegó a tal extremo que tuvieron que darle un calmante ante el temor de que saliera a buscar a Álvaro y, encontrándolo, cometiera alguna locura.

Porque aquella era otra de las circunstancias que le señalaban como responsable de la matanza: se encontraba en paradero desconocido.

La vecina, Juana, aseguraba que le había visto por última vez saliendo a primera hora de la tarde, pero no había aparecido ni dado señales en toda la noche. Habían tratado de contactar con él sin resultado. Su móvil estaba apagado y nadie sabía dónde podrían encontrarle.

En su grupo de amigos reconocían estar extrañados porque no hubiera ido a ver el partido de fútbol como era habitual, más aun teniendo en cuenta que ese día se jugaba el *derby* y que Álvaro había participado en la porra, que era algo que, aunque frecuente, no siempre hacía. Aunque nadie se había planteado llamarle. «Cada uno tiene su vida», había dicho alguno, «al que le apetece, viene y sabe que aquí nos va a encontrar, y al que no, pues no».

Lo cierto era que el cuadro se presentaba evidente, de modo que el siguiente paso había sido cursar con urgencia todos los trámites necesarios para una orden de búsqueda del que era ya, a ojos de todos los que habían pasado esa noche en blanco, presunto culpable.

En esas había quedado Mati, que a pesar de haber tenido una noche tan dura como ella, se había ofrecido voluntario a ponerlo todo en marcha y esperar al siguiente turno para irse a descansar.

Con estos pasos ya dados, Annika solo esperaba que Álvaro no apareciera muerto en cualquier momento. Muchos de los hombres que asesinaban a sus parejas decidían quitarse la vida a continuación. Se trataba de una forma de

evasión, de cobardía ante la incapacidad de afrontar las consecuencias derivadas de su acto, incluido el rechazo familiar, social y el castigo penal. Por tanto, había que encontrarle cuanto antes, esa era ahora la máxima prioridad. Después, que la justicia se encargara de él.

Mientras se enjuagaba el pelo, se acordó por primera vez, desde la aciaga llamada de teléfono, de Bruno y la velada que habían pasado juntos. En ese momento le pareció irreal. Pensó en la manera en que se había expuesto ante él, un completo desconocido, y se hizo a sí misma una mueca de disgusto. Había trabajado demasiado su coraza como para bajar todas las barreras con el primero con el que se sentaba a cenar. No entendía qué le había sucedido. Podría haberlo achacado al vino, pero sabía que no todo era responsabilidad de la botella. Quizá hacía demasiado tiempo que no se sinceraba con nadie. En todo caso, el recuerdo de la noche con él le hacía sentirse más vulnerable, y no le gustaba esa sensación.

Intentó apartarlo de su cabeza. Tenía muchas cosas en que pensar como para perder el tiempo en reprobarse a sí misma. Tocaba centrarse en el asesinato. El resto tendría que esperar.

Tras una prolongada ducha, ya con la mente más clara, salió de la bañera y, aún con el albornoz, fue directa a comprobar el móvil. Tenía varias llamadas perdidas de la central. Las devolvió inmediatamente.

—¿Qué ha pasado?

—Annika, creía que te habías dormido —dijo Marco desde la centralita—. Te paso con Jesús, parecía importante.

—De acuerdo.

—¿Annika? Annika, ¿eres tú?

—Sí, soy yo.

—Sonia y yo le tomamos el relevo a Mati, me dijo que si pasaba algo te llamara a ti —explicó Jesús, otro de los compañeros de Annika, con el que raramente hablaba—. Vaya nohecita que habéis tenido.

—¿Qué ha pasado? —repitió impaciente Annika, sin ganas de conversar.

—El novio de la víctima ha aparecido. Se ha presentado en la casa, nosotros prácticamente acabábamos de llegar. Ahora mismo está retenido en comisaría.

—Estaré allí en media hora —contestó mientras colgaba el teléfono.

* * *

Bruno estaba tirado en el sofá sin hacer nada.

Tras el abrupto final de cena la noche anterior, se había quedado completamente descolocado. Primero se sintió confundido. Después, indignado, y en ese momento se encontraba bastante enfadado.

Aquella tía era de lo más rara. Tal y como el día que la conoció, todo había ido sobre ruedas. Se habían reído juntos, incluso se habían contado cosas sobre su familia, su pasado. Y se habían entendido. Eso no era algo tan común. No era algo que solía pasar. La gente no se abría con el primero con el que se cruzaba. Él, desde luego, no funcionaba así.

Y entonces, cuando estaban dando un romántico paseo a la luz de la luna (de acuerdo, de las farolas más bien, pero romántico al fin y al cabo), ella se había ido corriendo sin darle ninguna explicación. Eran ya las cinco de la tarde y no tenía noticias suyas. Creía que al menos se merecía una llamada excusándose y contándole qué había pasado.

Pues él tampoco pensaba llamarla, se dijo dolido. «Si le interesas a alguien, siempre sacaré tiempo para ti, y esta mucho tiempo no parece que encuentre. No quiero a una persona así a mi lado. Con lo bien que estoy solito, me voy a complicar yo.»

Entonces recordó la investigación. ¿Qué haría con ella? Siendo honesto, la verdad era que le había entusiasmado, independientemente de que fuera Annika quien se la hubiera propuesto. Nunca, en sus treinta y un años, se había parado a reflexionar por qué alquilaban sus cuerpos esas chicas. Ahora no entendía cómo no lo había hecho antes.

Se bromeaba con ello todo el tiempo, pero se dijo que realmente nadie llegaba al fondo de la cuestión. En la televisión, en las películas, en el imaginario colectivo, siempre aparecía el prototipo de chica que lo veía como un modo de vida fácil, de enriquecerse sin hacer nada. Pero, ¿realmente era mejor eso que trabajar?, pensó, sintiendo repugnancia al imaginar que él tuviera que dejar usar su cuerpo a toda aquella señora dispuesta a pagarlo.

Además, Annika había sido rotunda en esto.

«Hay una gran mayoría de las mujeres prostituidas que están siendo obligadas a ello, que están siendo esclavizadas —había dicho—. Y el pequeño porcentaje de mujeres que no lo están literalmente, sí lo están en la práctica, pues se ven obligadas al no tener ninguna otra alternativa.»

Él argumentó que quizá las prostitutas podrían hacer uso de los servicios sociales y otros recursos para escapar de esa situación.

«No es tan fácil —le había seguido contando Annika—. Para empezar, la mayoría de ellas ni siquiera maneja bien el idioma, no digamos ya tener la información de que esos recursos existen o de que tienen unos derechos que pueden ejercer. De todas formas, la prostitución en sí misma es otro tema, que, aunque íntimamente ligado, engloba más situaciones y realidades, no lo confundas. La mayoría de las mujeres prostituidas son víctimas de trata, pero no todas. Aquí lo que nos interesa es la trata, que es un delito muy grave y lo tenemos al lado de casa. Hay que luchar contra él.»

Sí. Y eso era lo que Bruno quería hacer. Luchar contra él, hacer su reportaje y mostrárselo al mundo entero. Y de paso, ganar algo de dinero, siquiera el suficiente para poder seguir manteniéndose y pagar el alquiler.

Habían cerrado un trato y él era una persona madura. Cumpliría su parte.

En estas seguía, mirando al techo y pensando por dónde empezaría, cuando escuchó la puerta. Eran Edu y Laura, que venían de su «miniluna de miel».

—¿Qué pasa, parejita? ¿Qué tal os ha ido? —preguntó de buen humor. Después de todo el día solo, le apetecía poder hablar con alguien.

—*Acho*, qué fuerte, ¿no? Nos vamos dos días y la que se monta —exclamó Edu, visiblemente impresionado.

—¿Qué pasa? —Bruno se incorporó, súbitamente alerta.

—¿Cómo que qué pasa? Laura, ¿tú le has oído? ¡Que este no se ha *enterao* de *ná!* —dijo entre risas su compañero—. Tú en tu mundo, como siempre.

—¿En serio no te has enterado? —preguntó a su vez Laura, sin ayudar mucho—. Pues serás el único.

—Bueno, ¿me vais a contar, o qué? —gruñó Bruno, al que no le estaba haciendo tanta gracia.

Mientras Edu se reía cada vez más al ver su cara de indignación, Laura se lo explicó.

—Pues que ha habido un asesinato ahí al lado, en un piso a diez minutos de aquí. Se han cargado a una tía a cuchillazos.

—¿Cómooooo?

—Pero *tranqui*, que dicen que ya han cogido al culpable. No va a venir esta noche a por ti —se burló Edu.

—Todo el mundo está hablando de lo mismo. Por lo visto la mató el novio, un asesinato de esos por celos o algo así —continuó Laura.

—¿Y eso cuándo ha sido? —preguntó Bruno, intentando asumir la noticia.

—Pues parece que anoche, aunque bueno, la verdad es que cada uno cuenta

una cosa, es lo que tienen los rumores.

—¡Annika! —murmuró Bruno, para el que de repente todo encajó.

—¿Cómo dices? ¿Anita? ¿Y esa quién es? —preguntó Edu, con gesto de extrañeza.

—Nada, nada. Cosas mías.

—Laura, este tío está fatal. A ver si le buscas ya una novia entre tus amigas, falta le hace. Anda, ayúdame a colocar lo que hemos comprado, que aquí tenemos para comer embutidos un mes. ¿Te quedas a dormir? —preguntó al tiempo que se metían los dos en la cocina entre risas, a desempaquetar las provisiones traídas del valle del Jerte.

* * *

Tras pasar buena parte del día en la comisaría, Annika regresó de vuelta a casa.

El caso no había avanzado mucho en esas horas y se sentía agotada. Álvaro se encontraba aún en estado de shock y se negaba a confesar. Tampoco habían sido capaces de sacarle ninguna información de lo que había hecho esa noche, de dónde había estado todo ese tiempo. En realidad, de nada en absoluto. Se quedaba con la mirada perdida, incapaz de reaccionar ante sus preguntas. Esto podía ser bastante normal, pues a veces el asesino tardaba un tiempo en asumir el crimen que había cometido. Solo había una cosa que le descuadraba en todo aquello. Había insistido en ver el cuerpo de Sara. Era, de hecho, lo único para lo que había parecido tener interés. Cuando al fin le habían mostrado las fotos, se había quedado largo rato mirándolas fijamente y no había vuelto a hablar.

¿Por qué ese interés en verla? ¿No había tenido bastante ya? ¿Quería cerciorarse de que estaba, efectivamente, muerta? ¿Realmente no era consciente de lo que había hecho? Pero claro que lo era, se dijo. Si no fuera ese el caso, ¿por qué iba a haber desaparecido durante la noche?

Y sin embargo, había algo que le rechinaba, pero, por más que pensaba, no sabía qué.

Con ese pensamiento, y una vez que volvió a sacar a Wolf, se quitó las botas, se tumbó en la cama y sucumbió a todo el sueño acumulado.

* * *

Cuando Patricia se enteró de lo sucedido, se quedó paralizada. No podía creer

que la mujer muerta fuera la novia de Álvaro y que él estuviese acusado de asesinato. Todo daba vueltas a su alrededor. Sintió náuseas y tuvo que sentarse. Intentó aclararse las ideas, pero estaba aterrada.

¿Cómo había podido hacer algo así?

Y justo ese día. Justo esa noche, después de lo que había pasado.

En el fondo de sí misma había una certeza que le decía que tenía algo que ver. Ambas cosas tenían que estar conectadas, era demasiada casualidad. Pero se negaba a admitirlo. No podía ser. No podía ser que lo que había sucedido le hubiera movido a hacer eso.

¿O sí? Quizá se había sentido acorralado. Quizá había creído que no le quedaba más opción y se había vuelto loco. A las personas había que dejarles siempre una vía de escape. Cuando no era así, no se sabía cómo podían reaccionar. Y él fácilmente podía haber pensado que no tenía ninguna.

Pero, ¿por qué? Podía empezar de cero y ya está. O acaso no se imaginaba la vida sin Sara. ¿Tanto la quería? Entonces, ¿cómo podía haber hecho eso?

Tenía que haber perdido el juicio, sí, tenía que haberse vuelto loco. Acorralado y loco.

Pero, si ese había sido el caso, también podría haberla matado a ella. De hecho, hubiera sido bastante más sencillo. Con la muerte de ella, definitivamente se habrían acabado sus problemas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

La cuestión era que lo que ella había hecho podía haber desencadenado todo. Nada podría quitarle esa sensación. Jamás en su vida se había sentido tan mal.

Lo que había hecho había estado mal, muy mal. Ella ya sabía eso, lo sabía antes de hacerlo. Pero aun así, lo había hecho. Había parecido relativamente simple. Y ella no es que tuviera demasiadas alternativas para elegir. Bastante complicada era ya su vida. Bastante complicado era ya mantenerse a flote cada día. Nada había sido fácil en su vida, y no tenía intención de acoger problemas y sufrimientos añadidos, mientras pudiera evitarlo.

Por más que se dijera a sí misma que ella no era la culpable, la duda estaba ahogándola.

Ojalá pudiera hablar con Álvaro, averiguar qué le había movido a actuar así, pero sabía que eso no era posible. A estas alturas él ya estaba arrestado. Y hacía mucho que era ya demasiado tarde para solucionar nada.

IV. Lunes, 17 de octubre

Antonio acabó de fumarse el cigarrillo y entró en el concesionario. Solo era media mañana y se le estaba haciendo eterna.

Los lunes era difícil entrar en el ritmo, y, cuando tocaba trabajar en sábado, el fin de semana con Violeta y Celia se le hacía demasiado corto. Le costaba especialmente volver a la rutina laboral sabiendo que le esperaban cinco días más antes de volver a disfrutar de aquello.

Los días laborables casi no los veía. Violeta le esperaba para cenar, pero a Celia la mayoría de las veces ya la pillaba dormida. Eso le partía el corazón. Sabía que esos años no volverían y añoraba verla crecer, porque a esa edad cada día estaba lleno de descubrimientos, que a él le encantaría compartir con su pequeña.

Por eso ahora esperaba con impaciencia que llegara el viernes por la tarde. Y por eso, cada domingo cuando era él en lugar de Violeta el que le contaba un cuento al acostarse y se quedaba dormida en su pequeña camita, pasaba un pequeño duelo, pues sabía que tenía que despedirse de esos momentos hasta la semana siguiente.

Quién le iba a decir a él en su época de rompecorazones que iba a desear que llegara el fin de semana mucho más por otro motivo que las fiestas universitarias que se acumulaban los viernes y sábados noche.

Pero eso ya había pasado a la historia. Esa etapa en la que cada noche acababa con una conquista quedaba ya tan lejos que le parecía irreal. La sonrisa que seducía a quien se propusiera había pasado a desempeñar otra función. Ahora la utilizaba para vender coches.

Sabía que no era el mejor, pero hacía bien su trabajo. Conocía sus fortalezas y las aprovechaba. Cuando decía que el coche estaba en perfectas condiciones y que no podía bajar más el precio con esa humildad, y, sobre todo, con esa sonrisa, pocas y pocos se resistían.

El día que conoció a Violeta de forma casual en una de esas fiestas a las que acostumbraba a ir y se puso a charlar con ella casi más bien por aburrimiento, porque no encontraba nadie interesante con quien flirtear, se sintió cautivado por esa chica pequeña y un poquito regordeta pero tan dulce y

divertida.

Pronto tuvo claro que sus años de búsqueda habían acabado y se dejó enamorar.

Antonio sabía que había elegido bien. Tenía una mujer maravillosa que le adoraba, que se encargaba de todo, que cuidaba de su familia, de su casa, de su pequeña, de él mismo como si fuera un pequeño más, y que tenía un trabajo que les daba una seguridad y un confort a ambos difíciles de encontrar en esos días. Y que le ponía a mil, pues con esas curvitas para él era la voluptuosidad personificada.

Nunca sería tan tonto como para abandonarla, aunque ella lo dudaba constantemente. Esa era la gran debilidad de Violeta. Su inseguridad. No era consciente de su potencial, de todas sus capacidades y virtudes, ni de hasta qué punto Antonio la amaba. Por más que se lo demostrase, siempre parecía insuficiente, siempre estaba presente en Violeta el temor a que él pudiera cambiar de idea en cualquier momento.

Pensando de forma egoísta, eso tenía sus ventajas para él. Ella siempre estaba haciendo esfuerzos por agradarle, por hacerle feliz. Pensaba en él más que en ella misma. En cierto modo, Antonio se había acomodado. Sabía que Violeta ponía más que él en su relación y se dejaba llevar. A veces se preguntaba cómo podía con todo, pero se respondía a sí mismo que las mujeres tenían una capacidad superior para esas cosas, especialmente cuando se hacían madres. Era la respuesta más fácil y él no se había parado nunca a recapacitar que era quizá la comodidad la que le llevaba a pensar así. Antonio tenía un gran corazón y amaba a Violeta profundamente. Si fuera consciente de eso, probablemente haría un esfuerzo por cambiar.

En cuanto a la debilidad de Antonio, no la descubrió hasta bien entrado en la veintena. Para entonces ya llevaba años saliendo con Violeta. Después de haber conquistado a tantas chicas, de tantas relaciones que acababan casi antes de empezar, un día se dio cuenta de que le atraían también los hombres. Algo en él siempre había estado ahí, pero lo había rechazado, prejuicios mediante, hasta que tuvo la certeza.

«Nadie te explica que eso es normal, que puede pasar, y ni siquiera contemplas la posibilidad», contaría él a sus amigos más íntimos tiempo después de aceptarlo.

Había quien diría que Antonio era bisexual. Él mismo no sabía definirlo y no le gustaban las etiquetas. Él sabía lo que sentía. Sabía que se sentía atraído

por algunos hombres, que el sexo con ellos le daba algo que no podía darle Violeta por más que ella quisiera, pero también sabía que de quien estaba enamorado era de ella y que no quería compartir su vida con nadie más. Que ella y Celia eran su familia y las adoraba a ambas.

Si Violeta no hubiera podido aceptar esto, probablemente su relación habría fracasado.

Cuando él, sin poder guardarlo para sí por más tiempo, reunió el coraje suficiente y se lo confesó una noche, después de haberse bebido unos cuantos vinos, ella le escuchó. Le escuchó, se alejó de él un tiempo para poder asimilarlo, y al final lo entendió y lo aceptó.

Ese tiempo que se dio fue probablemente el más duro en la vida de Antonio, pero cuando por fin un día le llamó y le dijo que le aceptaba como era, que le seguía queriendo igual, eso hizo que su amor por ella creciera aún más.

Sabía que Violeta nunca le perdonaría que estuviera con otra mujer, lo cual era algo que él tenía claro que no haría, pero que aceptaba sus escapadas esporádicas con otros hombres.

En realidad, cada vez más esporádicas. Antes de que Celia naciera, cuando Violeta salía con sus amigas y se quedaba a dormir en casa de alguna, a veces sucedía. Pero desde que la niña formaba parte de la familia, prácticamente todo el tiempo disponible de ambos era para ella. Y estaba tan sumido en esa rutina y le hacía tan feliz, que hacía mucho que no pensaba en un hombre.

Hasta ese día.

Cuando vio a Julio entrar por la puerta, le reconoció al instante, a pesar de haber pasado unos años desde su último encuentro nocturno y de estar visiblemente cambiado.

Vio que su compañera se dirigía a atenderle, y se le adelantó. «Deja, ya voy yo.» Ella le lanzó una mirada furiosa. No se vendía mucho últimamente y tenían unos mínimos que cumplir, amén de que las comisiones eran demasiado apetecibles con su exiguo sueldo. «Después le explicaré que le conocía», se dijo a sí mismo, sabedor de que acababa de perder bastantes puntos con ella, y de que las buenas relaciones en el trabajo eran esenciales, sobre todo si se compartían tantas horas como era su caso.

—Hola, Julio, cuánto tiempo, y qué alegría verte. ¿Qué tal te va la vida?

—Bueno, tirando —contestó sin mucho énfasis—. ¿Qué tal tú? ¿Y tu niña?

—Celia está preciosa. Ya tiene más de tres años.

—Tres años. Vaya, cuánto tiempo. No podía recordar exactamente cuándo había sido la última vez que nos vimos.

Al recordar las circunstancias de esa última vez, Antonio se sonrojó a su pesar. Se sintió agradecido por su moreno color de piel, que solía hacer que esas situaciones incómodas pasaran más desapercibidas que en la mayoría.

—Hará un par de años, sí, quizá algo más —contestó Antonio, que decidió cambiar de tema—. Bueno, ¿y tú por dónde andas?

—Pues yo en Mérida trabajando desde hace tiempo, aunque hoy voy a echar el día aquí con varios asuntos.

—Muy bien. ¿Y qué, dispuesto a cambiar de coche entonces? —preguntó ahora Antonio, que no quería parecer entrometido y no sabía qué más preguntar.

—En realidad he venido a verte, Antonio. Quería hablar contigo —dijo Julio muy serio.

Eso sí que no se lo esperaba. Se quedó callado unos segundos. Después dijo lo primero que se le ocurrió.

—Entonces, ¿no estás interesado en comprar ningún coche? —sintiéndose bastante tonto nada más acabar la frase. Julio no podía haber sido más claro.

—No, la verdad es que no. Y, oye, ahora tengo prisa. ¿A qué hora sales del trabajo?

—Oye, Julio, lo siento, pero mi vida ha cambiado mucho. Salgo tarde, mi mujer me estará esperando... Quizá en alguna otra ocasión, un fin de semana... —dijo, a sabiendas de que creía improbable que se dieran las circunstancias.

—Antonio, no es lo que estás pensando. Necesito hablar contigo cuanto antes. Después entenderás. No te llevará mucho, tranquilo. Te estaré esperando en *El Rincón de Javi*, la cervecería que pusieron él y su hermano, sabes cuál es, ¿verdad? Está cerca de aquí. —Y dicho esto, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡Julio! —gritó Antonio, al que no le había dejado mucha opción y seguía sin saber qué decir.

Este se giró.

—Estaré allí sobre las nueve menos cuarto —capituló.

Julio asintió y salió.

Antonio se quedó dando vueltas el resto del día. Realmente le había intrigado. La verdad era que aunque en un primer momento, al verle de lejos,

sintió una punzada que le hizo recordar las cosas que había sentido con Julio, uno de los primeros, y con el que había vuelto ocasionalmente a lo largo de los años, cuando se acercó notó que seguía sin apetecerle. Además, el chico había perdido mucho. Se le veía muy serio y desmejorado, y aparentaba mucha más edad de la que tenía. «Se habrá metido a la política», pensó, recordando lo activista que había sido con los movimientos LGTB, y cómo tantas veces una cosa derivaba en la otra.

Tendría que avisar a Violeta de que llegaría un poco más tarde. Le escribió un mensaje al móvil, aunque no le explicó por qué. «Después le contaré, cuando yo mismo lo sepa», pensó.

* * *

Bruno se había levantado temprano y llevaba toda la mañana trabajando en el portátil. No es que la conexión fuera demasiado buena, una red abierta que pillaban de algún sitio, pero lo suficiente para buscar información, que era lo que ahora necesitaba. Documentarse. Buscando en Internet, podía encontrar casi cualquier cosa sobre el tráfico de personas. «En la red es que hay de todo», pensó.

Incluso había localizado un estudio relativamente reciente que una asociación de mujeres había encargado sobre este fenómeno en Extremadura. Con eso y los datos que Annika le había proporcionado tenía más que para empezar. Primero se haría con una buena base, después tendría que pasar al estudio sobre el terreno.

Quién le iba a decir a él que su profesión le iba a llevar a un puticlub. Sería la segunda vez que entraría en uno. La primera había sido guiado por la curiosidad, como la mayoría de los chicos. Algunos se aficionaban, y según los datos que había recopilado, bastantes más de lo que él pensaba. Pero la mayoría solo quería verlo. Ese velo de prohibido y misterioso que lo rodeaba lo hacía atractivo.

Fue en la despedida de soltero de uno de sus amigos del pueblo. Después de todo el día tomando copas, y haciéndole alguna que otra gamberrada al futuro esposo, para rematar la faena alguno había propuesto, ya bien entrada la noche, llevarle al puticlub que estaba en la carretera a unos kilómetros del pueblo, y unos cuantos, los que aún quedaban en pie, se montaron en un par de coches y fueron para allá.

Algunos habían aprovechado el viaje, otros, como él, se habían limitado a seguir la fiesta y reírse de la experiencia, y del novio, que, borracho como estaba, no le quitaba ojo a las que se le insinuaban, aunque se ponía serio cada vez que alguno le sugería pagarle un servicio con la que más le gustara.

Le había parecido bastante decadente, aunque reconocía que se había divertido enredando con las mujeres que se le acercaban a proponerle cosas.

Su segundo y último contacto con ese mundo había sido en la Casa de Campo de Madrid, durante la época en que estudiaba en la capital. Un amigo le había insistido en que tenía que conocerlo y le había llevado en el coche. Se había asombrado de todo lo que allí se movía, deslumbrado por los cuerpazos y la belleza de muchas de las chicas que se ofrecían de forma provocadora hacia ellos a través de las ventanas abiertas del automóvil. Sí, se había sentido tentado. Era tan fácil. No había pasado nada, ese día habían ido solo a mirar, aunque sabía que su amigo había estado más de una vez a otras cosas. Después, nunca había vuelto, pues había algo que no le gustaba en todo aquello. Ahora ya sabía qué era. Y se sentía terriblemente avergonzado.

Annika le había dado los datos del club que estaba convencida que andaba detrás de una red de tráfico con mujeres secuestradas. Esta era una de las cosas que más le habían impactado. Estaba en las afueras de Badajoz, y había escuchado muchas veces hablar de él, incluso sabía a ciencia cierta que alguno de sus colegas del pueblo le habían hecho alguna visita.

Ese sería su próximo paso. Pero primero tenía que fundamentar más el estudio. Siguió navegando, sumido en la pantalla del portátil.

* * *

Antonio apagó el ordenador a las ocho y media. Durante la tarde se había estado planteando si acudir o no a la cita con Julio. Era cierto que tenía curiosidad por saber qué se traería entre manos, pero no le apetecía, después del largo lunes, retrasar aún más su llegada a casa. Y, se tratara de lo que se tratase, él ya estaba fuera de esa vida, así que poco le iba a importar. Si no fuera porque ya había avisado a Violeta de que llegaría tarde... Aunque eso era fácil de solucionar. Podía ponerle una excusa a Julio y cancelar el encuentro. Echó un vistazo a la lista de contactos de su teléfono móvil. Sí, aún estaba ahí el de Julio. Con un poco de suerte seguiría con el mismo. Podía ponerle un mensaje. Y, si había cambiado de teléfono, él no podía saberlo, se dijo para sí,

aunque sabía que no estaba muy bien dejarle esperando.

Siguió dándole vueltas y al final decidió dejar las cosas como estaban. Si no pensaba ir, tendría que habérselo dicho antes, no marear ahora a todo el mundo. Saciaría su curiosidad. Lo dejó todo preparado y fue a despedirse de su compañera recordando el desplante en la mañana.

—Oye, Ainhoa, que al chico ese le conocía, que de hecho no quería comprar, había venido a verme —le explicó a modo de disculpa.

Ainhoa estaba de buen humor. A última hora de la tarde había rematado una buena venta y aquello ya había quedado en el olvido.

—Tranqui, tranqui, si ya vi cómo quedabas con él —dijo con sorna.

Antonio se volvió a sonrojar por segunda vez ese día, pero no dijo nada. Sus escauceos amorosos no eran algo que él comentara con nadie, pero ya llevaban muchos años trabajando juntos y a Ainhoa no se le habían escapado las miradas que algunos compradores le dedicaban al cuerpo atlético de Antonio, ni cómo este reaccionaba ante ellas. Se decía que los *gays* tenían una especie de radar para identificarse a ellos mismos, pero a poco que una fuera observadora, y ella lo era, podía ver con claridad esas ondas a un lado y a otro. Cierto que Antonio estaba casado, pero anda que no había casos así, pensaba Ainhoa. Eso no era asunto suyo. Aunque esta vez el comentario le había salido sin pensar.

—Bueno, pues hasta mañana —contestó él por toda respuesta.

—Hasta mañana. —«Pásalo bien», iba a añadir ella, pero ahora sí se mordió la lengua. No sabía cómo podía sentarle eso a Antonio.

Cuando llegó a la cervecería donde Julio le había citado, lo encontró sentado en una mesa solo, tomando una infusión.

—Vaya, pues sí que has cambiado tú también, ¿ahora bebes tila? —sonrió divertido.

El Julio que recordaba era tan fiestero como él en sus tiempos y no perdonaba una cervecita o dos al finalizar el día, para relajarse, como él decía.

—Vaya, estaba empezando a dudar de que vinieras, la verdad.

—Perdona, he tardado un poco en aparcar. No quería dejar el coche allí y tener que regresar luego a por él.

Julio asintió y se quedó callado.

—Bueno, pues yo sí que me voy a tomar una cerveza —anunció mientras hacía un gesto al camarero para que se la trajera.

Le preguntó a Julio por varios conocidos y este le hizo un breve cuadro de

las vidas de cada uno de ellos. Julio conocía a mucha gente, era una persona muy sociable —y un poco chismoso también, lo cual no le importaba lo más mínimo reconocer—, y después, visto que parecía seguir con el mismo humor sombrío que en la mañana, simplemente esperó a que arrancara con el motivo por el que le había hecho ir allí, mientras degustaba su bebida.

—A ver, Antonio, la verdad es que no existe una manera suave de decir esto. He repetido ya esta escena varias veces pero no creo que uno se acostumbre nunca a ello —empezó, mientras este le miraba con toda su atención—. Hace unos meses me hicieron un análisis completo en el trabajo, en una de esas revisiones médicas que tienen obligación de hacer, aunque pocas veces cumplen. A la mayoría de compañeros les dejaron los resultados en la mesa semanas después, sin más explicación, pero en mi caso me volvieron a llamar. Me empezaron a preguntar que desde cuándo no me hacía un análisis y un montón de cosas sobre mi vida privada, hasta que me incomodé y les dije que era ilegal preguntarme sobre ese tipo de asuntos. Entonces uno de los médicos me miró muy serio y me dijo que estaba infectado por el VIH —Julio se quedó un momento callado y añadió—. ¿Sabes lo que eso significa, verdad?

Antonio le miró muy serio sin saber bien qué decir.

—Vaya, lo siento —murmuró al fin.

Julio fue a añadir algo y se le quebró la voz. Unos momentos después, arrancó, más sereno.

—A ver, no es tan grave. Quiero decir, podría ser peor. Tengo el virus en mi cuerpo, pero no he desarrollado la enfermedad. Y hoy en día existen muchos métodos para retrasarla lo más posible. Y, quién sabe —continuó, aunque esto último con menos convicción—, igual antes de que empiece ya le han encontrado una cura.

—Sí, claro que sí —solo supo decir Antonio.

—La cuestión es —siguió hablando Julio—, que he empezado a recibir asesoramiento para llevar esto de la mejor manera, ya sabes, psicológico y todo eso. Y una de las primeras cosas que me han dicho es que tengo que enfrentarme a ello y hablar con naturalidad del tema, pero, sobre todo, que tengo que ser responsable para evitar que se siga expandiendo. Yo no sé —continuaba Julio, que ya había tomado carrerilla y parecía dispuesto a soltarlo todo de una vez—, cómo ni cuándo me he infectado, pero lo que sí sé es que el virus puede llevar mucho tiempo dentro de mi cuerpo, así que estoy haciendo

lo que toca en estos casos: sentarme con cada persona con la que he tenido alguna relación de riesgo para avisarle. Para que, si también está infectado, lo sepa cuanto antes. Antes de que empiecen los síntomas, al igual que me ha pasado a mí.

Cuando, de repente, Antonio comprendió, su cara traslució el terror que sentía. ¡Él podía estar infectado! Empezó a negar con la cabeza, y miró horrorizado a Julio.

—No, no puede ser. Hace mucho de eso.

—No hace tanto, Antonio, no hace tanto. Ya te digo que no sé en qué momento me infecté.

—¡Me estás diciendo que puedes haberme contagiado de sida! No, no puede ser, ahora no. Cómo has podido ser tan irresponsable. ¡Si ha sido así te mataré! —reaccionó Antonio, que se caracterizaba por ser muy tranquilo, pero para el que de repente la situación se había vuelto irreal, y se sentía como en una pesadilla.

—Mira, guapo, te voy a decir una cosa. Igual eres tú el que me has contagiado a mí. Que yo sepa, en tu vida de estudiante tampoco es que fueras un ejemplo de pureza y castidad. Vamos, que en promiscuidad yo creo que me ganas con creces.

—Pero si tú fuiste uno de los primeros —murmuró.

—¡Pero, bueno! —añadió Julio indignado—. ¿Y tú qué te has creído, que el sida solo se contagia entre maricones? Pues para tu información, una relación de riesgo es tanto con un tío como con una tía. Y no creo que te pusieras condón para todo, la verdad. Yo que tú me iría planteando empezar a hacer lo mismo que yo, y me temo que tu lista va a ser bastante más larga.

Ahora Antonio se quedó pensativo. Julio tenía razón. Había caído en un estereotipo absurdo. Él, el menos indicado para ello, porque las personas bisexuales eran, si cabe, aún más incomprendidas que las que se sentían atraídas por el mismo sexo. Y era cierto que no siempre había usado preservativo. «Uno se acuerda del condón para evitar embarazos, pero no para el resto», pensó. En las relaciones con mujeres se corría el mismo riesgo, y sí, él había tenido un largo repertorio.

Julio, que en el fondo apreciaba mucho a Antonio, se sintió culpable por su reacción. Sabía que esa información no era fácil de encajar y había sido muy duro con él. Intentó suavizarlo.

—Mira, esto que te estoy contando no significa nada. Hay muchas

posibilidades de que lo haya contraído después. O, quién sabe, de que lo contrajera antes pero no te lo pasara a ti. Únicamente estoy haciendo lo que es mi deber, avisaros a todos para que os aseguréis. Y para que el que me infectó, o a quien yo haya infectado después, si es el caso, tome las medidas necesarias. Lo único que tienes que hacer es realizarte la prueba para salir de dudas.

* * *

Violeta se sentó en la mesa de la cocina, impaciente ya. Eran las nueve y media y Antonio aún no había aparecido. ¿Dónde se habría metido? Le había escrito un SMS avisando de que llegaría algo más tarde, pero sin dar más detalles.

Algo más tarde para ella eran quince minutos, no tres cuartos de hora. La cena estaba ya fría y a ella se le estaban quitando hasta las ganas de comer. Aunque eso se debía principalmente a que no había dejado de picotear en todo ese tiempo.

Celia dormía apaciblemente en su cama, y ella, pragmática como una se volvía cuando el escaso tiempo libre no le dejaba mucha más opción, aprovechó para organizarse mentalmente la semana.

Los beneficios del último trimestre le tenían preocupada. La crisis estaba dejando huella también en su sector. La gente cada vez se lo pensaba más a la hora de comprar sus productos. Antes era diferente. Bastaba algo novedoso, ya fuera caviar, baba de caracol, o cualquier otra sustancia que no se hubiera oído hasta entonces, y muchas mujeres pagaban lo que hiciera falta por poseer aquel nuevo remedio contra los signos de la edad. Pero las cosas no estaban fáciles para nadie. Aunque su situación fuera desahogada, ella era la primera que entendía que alguien no se gastara setenta euros en una crema. Su cuarto de baño estaba lleno de esos potingues, pero claro, ella tenía un descuento sustancial. Y tenía que cuidarse, pues sabía que la imagen era fundamental, más aún en el sector en el que trabajaba.

Pero empezaban a necesitar una idea. Una «buena» idea, pensó, más allá de las fotografías de las supermodelos de diecisiete años para cremas que usaban mujeres de cuarenta, y más allá también de los componentes originales.

En estas andaba cuando por fin escuchó la puerta.

—Hola, cariño, estaba empezando a preocuparme. ¿Todo bien? ¿Ha habido algún problema en el trabajo?

—No, no, está todo bien en el trabajo —contestó Antonio, que al momento se

arrepintió de no haberle mentado, porque no se sentía con fuerzas para enfrentarse a aquello. Aún no. Pero hacía años que no mentía a Violeta, desde que sabía que para ella era más importante la sinceridad, fuera lo que fuera lo que hubiera pasado.

—¿Entonces? —preguntó ella, a la vez que se levantaba para darle un beso y para poner la cena a calentar.

—Nada, que un amigo que no veía desde hace mucho insistió en quedar a tomar algo.

—Ah —replicó Violeta con una mueca contrariada.

Porque una cosa era que hubiera aceptado que él pudiera de vez en cuando tener alguna aventura con hombres, y otra muy distinta que le gustara. Podría decirse que lo toleraba porque sabía que era el precio que tenía que pagar para mantener el buen estado de su relación y su familia. Más allá de eso, prefería saber los mínimos detalles. Y últimamente, percibía que hacía mucho tiempo que Antonio no tenía ninguna historia, lo que le daba tranquilidad. A esas alturas ya se había acostumbrado a ello, de modo que le había pillado por sorpresa.

Antonio habría querido decirle que no era lo que estaba pensando, que no se había acostado con Julio, pero eso implicaba una explicación. ¿Y qué explicación podría darle? Tendría que mentir y ni siquiera sabía qué podría inventarse que fuera más convincente, así que lo dejó estar.

Cenaron rápido y con pocas palabras, hablando lo esencial. Él porque tenía la cabeza en otra parte, y ella porque se había quedado disgustada. Luego, una vez recogida la mesa, Violeta se retiró argumentando que tenía que preparar un informe para la reunión de primera hora del día siguiente y él se quedó frente al televisor, mirando sin ver una película.

La noticia le había caído como un jarro de agua fría. No era solo pensar que podía estar infectado de una de las pocas enfermedades para la que no se conocía cura. Que podía estar condenado ya desde hacía tiempo, sin saberlo. Era mucho más. Era la posibilidad de que hubiera infectado también a Violeta. Y a Celia, su Celia. A esa pequeñita de tres años, que aún no había tenido tiempo de vivir y a la que podía haber condenado desde su misma concepción. Jamás podría perdonarse eso. Y todo por no usar el preservativo, por ser un irresponsable cuando por todos lados oía que era la única forma de protegerse. No, no podía decírselo a Violeta. Aún no. Necesitaba encajarlo primero. Con este pensamiento torturante pasó toda la noche en blanco,

primero frente al televisor, después tumbado en la cama, hasta que sonó el despertador y tuvo que levantarse para comenzar un nuevo día.

V. Martes, 18 de octubre

Annika se levantó de su asiento. Necesitaba despejarse y pensó que esa mezcla de cafeína aguada que servía la máquina de la oficina le ayudaría.

No habían logrado muchos más avances. A última hora de la tarde del lunes habían llegado por fin los análisis forenses, que en realidad no descubrían nada nuevo, nada que ellos no intuyeran ya. Solía ser así. Rara vez sucedía lo contrario, pero igualmente eran necesarios pues suponían la validación, la prueba con la que ya podían trabajar en firme.

En la escena del crimen había huellas dactilares de Álvaro por todas partes. Pero era la habitación donde dormía cada noche, no era nada sorprendente. De hecho, las únicas huellas que habían encontrado eran las de Álvaro y las de la propia víctima. Esta, como ya imaginaban, había sido persistentemente golpeada por una persona fuerte según los análisis forenses, antes y después de ser apuñalada.

En cuanto al arma del crimen, fue una hoja de acero de una longitud cercana a los veinte centímetros, muy probablemente un cuchillo de cocina que no había aparecido. El agresor debía de habérselo llevado y escondido en algún sitio seguro o deshecho de él tras eliminar cualquier indicio. Sería difícil que pudieran encontrarlo ya, y mucho menos con vestigios que ratificaran que había sido esa el arma utilizada para dar muerte a la víctima.

Por tanto, estaban como al principio. Aunque no había nada concluyente, todos los indicios apuntaban a que los hechos habían sucedido tal y como el departamento de policía había esbozado la misma noche del crimen.

Con respecto a Álvaro, seguía sin hablar. Ni el domingo, ni a lo largo del día anterior, había dicho una sola palabra. Si confesara el delito, el procedimiento se simplificaría y se podría dictar sentencia y condenar al asesino a la vez que resarcir a la familia de la víctima con mayor prontitud en lo único posible: el aspecto económico.

Eso era lo que todos querían. De hecho, Daniel la estaba presionando para que obtuviera esa confesión y cerraran el caso lo antes posible. Ahora que aún estaba en boca de todos, él podría hacer una convocatoria a los medios identificando al culpable oficialmente y zanjando el asunto. Eso le daría

muchos puntos ante la sociedad y ante sus superiores. Y si algo sabía bien de Daniel, era lo terriblemente ambicioso que podía llegar a ser.

Estaba pensando en ello cuando un compañero le indicó que el jefe quería verla, que la había llamado al teléfono de la oficina y se había quejado de no poder localizarla. «Vaya, ni siquiera me dejan tomar un café», pensó mientras se dirigía a su despacho.

—Buenos días, Daniel —saludó al entrar, una vez que llamó a la puerta entreabierta.

—Buenos días, buenos días —contestó impaciente—. ¿Tienes ya esa confesión?

—No, el arrestado sigue sin hablar.

—Mira, Annika, esa mujer murió el sábado, estamos a martes y aún no tenemos nada. Es necesario que consigas algo ya, más cuando todo está tan claro y sabes que no podemos retener al culpable ni un minuto más. No hay excusas.

—Bueno, no puedo obligarle a admitirlo, los métodos que están permitidos en este país no contemplan nada parecido —no pudo dejar de replicar, sarcástica.

—No me vengas con tonterías. Ese tío va a ir a la cárcel cuanto antes. Vuelve a sentarle y sácale la confesión de una maldita vez.

Annika suspiró. Más allá de los intereses personales de cada uno, sabía que eso era lo mejor para todos. Asintió y se marchó. Se bebió su último sorbo de café, tiró el vaso de plástico que aún llevaba con ella a una papelería y se dirigió a la sala habilitada para interrogatorios. Lo intentaría nuevamente.

Mati trajo al arrestado, que presentaba un aspecto demacrado y tenía cada vez peor pinta.

—Buenos días, Álvaro —le saludó ella.

Como esperaba, no obtuvo respuesta.

Continuó.

—En la tarde de ayer hemos obtenido los análisis forenses y todo te señala a ti como el causante de la muerte de Sara. Las huellas dactilares, el asesinato conforme a los patrones del maltratador, el hecho de que no haya ningún testigo que haya declarado en tu favor. Y, por supuesto, tu silencio.

—Mira, esto es muy difícil para todos —prosiguió—. Si confiesas será más sencillo, también para ti. Sé que es desagradable, pero, nos guste o no, como personas debemos ser responsables y saber aceptar las consecuencias

de nuestros actos. Es lo que toca ahora, Álvaro.

Al seguir sin obtener respuesta, se dispuso a quemar su último cartucho.

—Además, tienes que saber que la confesión es una circunstancia atenuante según la legislación española, precisamente por facilitar la investigación del delito. Si se te aplicara, tu responsabilidad criminal se vería reducida, lo que repercutiría en la pena final que se te imponga. No voy a ser yo quien entre a valorar esto, puesto que las circunstancias del asesinato no hacen muy difícil atribuirte su autoría, pero en todo caso, así es como están las cosas. Tú sabrás si haces o no uso de ello.

Annika se calló. Pasaron unos largos minutos en silencio. Mati y ella cruzaron miradas y se entendieron. Ambos estaban pensando lo mismo. Hoy tampoco hablaría.

—Muy bien —dijo ella intentando no dejar traslucir su impaciencia—. Ya que hoy tampoco tienes nada que decirnos, iniciaremos los trámites. Será mucho más penoso, pero tú lo has querido. Conforme a la ley no podemos retenerte por más tiempo, de modo que se te acusará formalmente de asesinato y pasarás a manos de la autoridad judicial. El Juzgado de Instrucción se encargará del sumario, tras lo cual la Audiencia Provincial de Badajoz fijará la fecha para tu juicio.

Mati se dirigió hacia él y ya estaba preparado para llevárselo cuando ambos escucharon un débil susurro:

—Yo no lo hice.

—Sí, claro, lo que tú digas —se mofó Mati.

Annika le reprobó con la mirada.

—¿Cómo dices, Álvaro? —dijo, acercándose a él súbitamente interesada.

—Yo no lo hice —repitió.

Annika se quedó pensando cómo seguir. Ahora que había hablado, no quería que volviera a encerrarse en su silencio.

—¿No hiciste qué? —se atrevió a continuar.

Álvaro se quedó callado nuevamente. Cuando ya creían que no volvería a pronunciarse, habló en un tono aún más apagado, apenas audible.

—Yo no la maté.

Annika y Mati volvieron a cruzar miradas. No esperaban que, en el caso de que hablara, fuera para negar lo evidente. Esto, definitivamente, no facilitaba las cosas.

* * *

Bruno miró el reloj.

Eran casi las dos. Tendría que ir parando para ver qué preparaba para almorzar. Se le habían acabado los congelados de su madre hacía tiempo y ya estaba cansado de pasta. Como broma estaba bien eso de decir que comía *spaghetti* todos los días porque lo llevaba en la sangre, pero empezaba a estar harto. Se había comprometido con él mismo a alimentarse un poco mejor, pues no estaba tan mal la cosa como para no poder permitírselo.

Guardó el último párrafo que había estado escribiendo, apagó el ordenador y se fue a la cocina a ver qué encontraba.

La parte que le correspondía del frigorífico no tenía mucho que ofrecer. Un par de yogures a punto de caducar, tres latas de cerveza, mantequilla y un paquete de salchichas. En los estantes del armario de la cocina tampoco hubo mucha más suerte. Última opción, se dijo, y abrió la puerta del congelador, examinándolo con la esperanza de hallar algo que hubiera olvidado. Empezó a remover los *tuppers* de sus compañeros y las pizzas congeladas.

De repente se le iluminó la cara. «¡No me lo puedo creer! ¡Croquetas!» Las croquetas que hacía su madre eran las mejores del mundo. Daba igual que todos sus amigos quisieran atribuirle a sus respectivas progenitoras ese reconocimiento, no había comparación.

Se preguntó desde cuándo estarían ahí, pero eso era lo de menos. Un *tupper* entero. Las sacó, echó aceite en una sartén y la puso a calentar al fuego.

Entonces escuchó a Julio salir de la habitación. Le había parecido que había alguien más en casa, pero había estado concentrado en su propia investigación y no se había molestado en salir de dudas. Ahora pensó que era extraño que no hubiera ido a trabajar.

—Buenos días, tronco —saludó—. Bueno, o debería decir buenas tardes —sonrió mirando el reloj.

—No me sentía muy bien hoy —contestó Julio con desgana.

La verdad era que presentaba bastante mal aspecto, pensó Bruno. Tenía unas ojeras desproporcionadas. No debía de haber dormido aquella noche, pero no sería él quien le hiciera una observación así a Julio, que se caracterizaba por su coquetería. Bruno pensaba que para esas cosas su compañero era como una chica. Si a cualquiera de sus colegas le decía que tenía mala cara, probablemente no le importase mucho, pero si se lo decía a

Julio, igual le estropeaba el día. Gastaba en cremas más que muchas chicas para mantener su cutis perfecto, al igual que cuidaba el resto de su imagen, yendo a un gimnasio varias veces por semana y vistiendo siempre a la última moda. Menos mal que él no tenía esas necesidades, reflexionó, pues ignoraba cómo iba a poder pagárselas.

—Come croquetas de mi madre, mira, hay un montón, las acabo de encontrar en el fondo del congelador —le mostró orgulloso—. Con esto te pones mejor seguro.

—No, gracias, no tengo mucha hambre —replicó, cogiendo una bolsa de patatas fritas de su estante del armario y saliendo de la cocina.

—Oye, que yo esto no lo comparto con cualquiera, ¿sabes? ¿Cómo te atreves a hacer semejante desprecio? —dijo en tono de broma, pero no obtuvo más respuesta que el ruido de la puerta de la habitación al cerrarse de nuevo.

«Pues sí que estamos buenos», rumió. Pero el mal humor de Julio no iba a ensombrecerle el día. Miró feliz cómo las croquetas se iban dorando al fuego y empezó a poner la mesa.

No tenía de qué quejarse. Después de día y medio comenzaba a dar forma en su cabeza al reportaje. Ya tenía bastante información acumulada y esto le llevó a pensar en la visita a terreno que tendría que hacer.

Cuanto más se sumergía en el estudio de este mundo, más sorprendido se sentía de todo lo que había a su alrededor. Era cierto, uno sabía que había prostitución, sabía incluso dónde podía encontrarla, pero no pensaba que fuera un fenómeno tan extendido. Y, sobre todo, no se hacía una idea de toda la indefensión, de toda la violencia que se ejercía en ese entorno.

Los datos de los pocos estudios que se habían realizado en Extremadura indicaban que había alrededor de sesenta clubs donde se ejercía la prostitución, a lo que había que sumar los pisos alquilados y la que se ejercía en la calle. En total, estaban contadas más de dos mil mujeres. Para una región escasamente poblada como Extremadura, le parecía bastante.

También le chocaba la pasividad de la gente. Estaba seguro de que tenía que ver con la poca información sobre la explotación que había detrás, con la banalización y el estereotipo de que estas mujeres lo hacían voluntariamente como medio de ganar «dinero fácil». Ciertamente, no todas eran esclavizadas. Pero sí un porcentaje escalofriante. Había descubierto, por ejemplo, que había agencias inmobiliarias que se prestaban a ello. Conocían el destino de las viviendas que alquilaban y aun así lo hacían, sumándose a la posibilidad de lucrarse con el

negocio.

Sin embargo, era la parte del estudio en terreno lo que le suscitaba una ligera preocupación, pues comenzaba a ser consciente de aquello con lo que se estaba enfrentando. Detrás de la trata de mujeres había mucho dinero.

Era, de hecho, el negocio ilícito más rentable del mundo, y uno de los que más beneficios generaban, junto al narcotráfico, el comercio de armas y otros que empezaban a proliferar como el de medicamentos falsos. Y era también una forma de delincuencia organizada en la que operaban mafias poderosas, que generalmente participaban además de otras actividades delictivas, y eran, por tanto, muy peligrosas.

Annika le había dado una historia, sí, pero ni mucho menos, carente de riesgos. Si publicaba ese reportaje y conseguía generar una alarma social frente al problema, se estaría enfrentando a todo eso.

«Sería como David contra Goliat», se dijo.

Pero antes de seguir avanzando, antes de plantearse seriamente esa visita, debería hablar con Annika, que seguía sin dar noticias. Quería compartir con ella sus avances y que le diera el visto bueno a su enfoque. Esperaría hasta última hora de la tarde, cuando hubiera acabado su jornada laboral. Si para entonces ella no había contactado, lo haría él. Todo estrictamente profesional, se repitió una vez más.

Se preguntó cómo le iría en el trabajo. Estaba convencido de que detrás de esa salida relámpago la noche del sábado había estado el ya famoso asesinato. La habían llamado por teléfono y ella había echado a correr; y las horas coincidían. Decían que ya habían atrapado al culpable. ¿Lo habría hecho Annika? Qué emocionante, pensó, a la vez que sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. Él no estaba hecho para esas cosas.

VI. Miércoles, 19 de octubre

Annika despertó antes de que sonara la alarma, pero en lugar de volverse a dormir se quedó meditando sobre los sucesos del día anterior.

No le habían sacado más información a Álvaro. Tan solo había reiterado que él no había matado a su pareja, que no sabía nada, y que cuando había llegado por la mañana se había encontrado su casa acordonada.

Sin embargo, cuando le preguntaban dónde había estado, se negaba a hablar de ello. «Te estás jugando una pena por asesinato, un mínimo de veinte años en prisión», le habían recordado tanto ella como Mati, que habían estado buena parte de la mañana con él, pero de nada había servido. Se reafirmaba en su inocencia y no añadía más.

En comisaría nadie le había tomado en serio, las circunstancias eran demasiado obvias. Aunque algo le escamaba, pues pensaba que no era ese el comportamiento habitual. Normalmente, había dos caminos: o bien ser consciente de la severidad de lo que había hecho e intentar evadir las consecuencias, en ocasiones poniendo fin a todo a través del suicidio, o bien justificarse, creer ciegamente en sus propios motivos, refugiarse en su verdad, afirmando que ella se lo merecía y se lo había buscado.

Negar lo que había hecho no era muy común. Aun así, no era motivo suficiente para dejar de inculparle. Pero a ella le daba que pensar.

Daniel, en cambio, lo tenía bastante más claro. Por la tarde había convocado a todos los agentes relacionados con el caso para dar instrucciones. Una vez detenido el presunto culpable, concluirían los informes procedentes, dando por finalizada su intervención hasta que fueran llamados para ratificarla el día del juicio.

Annika había apuntado otra opción. Ella no creía que su trabajo debiera acabar ahí, puesto que, lejos de haber obtenido una confesión, el arrestado declaraba ser inocente. Y no había pruebas concluyentes.

Daniel, como siempre que alguien le llevaba la contraria, especialmente si era Annika quien lo hacía, se había puesto furioso y había tratado de ridiculizarla delante de sus compañeros, aseverando que para eso no necesitaban una experta en violencia de género, pues para una vez que tenían un

asesinato de este tipo no era lógico su empeño en buscar otra solución. Incluso le había acusado de no defender a las mujeres cuando realmente podía hacerlo. Y ella, llena de rabia, se había mordido la lengua y había contenido su irritación.

Al final, las instrucciones habían sido las que Daniel llevaba en la cabeza antes de sentarles. Como la misma Annika podría haber sentenciado en alguno de sus alardes de sarcasmo, el funcionamiento de la comisaría no era muy horizontal. El jefe solía reunirles como muestra aparente de consensuar el criterio a seguir para obtener el aval de una decisión compartida, pero era más una representación que la realidad, pues de esa sala siempre salían las decisiones que él ya llevaba tomadas, y si alguien disentía, nunca salía bien parado. Por eso la mayoría ya se había acomodado a este proceder y se limitaba a escucharle, darle la razón y obedecer.

Sin embargo, Annika creía que nunca se acostumbraría. Antes se iría a otro sitio, pensaba. Si creía que en algún momento podía contribuir con un nuevo punto de vista a una investigación, no se lo iba a callar. Esto le había traído no pocos problemas, máxime cuando resultaba que muchas veces ella tenía razón y Daniel quedaba en evidencia. Había ido contribuyendo a ampliar la antipatía de su jefe hacia ella.

Con el tiempo, había comprendido que las personas como Daniel solían sentirse amenazadas por aquellas que mostraban unas competencias y habilidades de las que ellos carecían. El espejo que eran los demás les devolvía sus propias debilidades y reaccionaban atacándoles. Era esa torpeza que Annika sabía presente a menudo en las organizaciones. Líderes que preferían rodearse de personas que no destacasen, que no les recordasen sus carencias, y por tanto, que no sintieran que podían hacerles sombra. Sí, quizá era un pensamiento poco inteligente, pero a la vez bastante extendido. Bastante humano. Si la persona en cuestión era un hombre, y la que tenía delante una mujer joven como ella, las probabilidades de sentirse amenazado aumentaban. Y si, como ella, además era africana, con otro color de piel, tan diferente, se añadía un nuevo componente, algo de esa xenofobia que la mayoría llevaba escondida dentro, en esa mochila de prejuicios que siempre estaba presente, a veces más visible y otras menos, a pesar de que fueran pocas las personas que reconocieran llevarla consigo. Pero la experiencia de toda una vida le hacía a Annika verla al instante.

En definitiva, aquello era un cóctel explosivo. Y la situación venía siendo

así desde hacía ya tiempo. A veces parecía que empeoraba por momentos, aunque Annika intentara hacer lo posible por ganarse su confianza, a su manera, dando lo mejor de sí misma en el trabajo. Cuando obtenía buenos resultados parecía que, lejos de dar sus frutos, les distanciaban aún más. Para ella era muy frustrante.

Y ahora se le presentaba un dilema, y no era la primera vez. Obedecer o no. El sentido común le dictaba lo que debería hacer. Si el jefe daba unas instrucciones precisas, eran las que había que seguir. Tenerle contento, ganarse el sueldo, disfrutar de la vida, y no complicarse. Pero había otra voz en su interior, que era más fuerte y le había traído no pocos problemas. Con los años había tratado de domarla, aun cuando sentía que muy a menudo esta llevaba razón. A veces lo conseguía y a veces no. Y eso era lo que se planteaba ahora. Tratar de acallarla o escuchar lo que quisiera decirle.

Consultó el reloj. Aún faltaban unos minutos para que repiqueteara la alarma del despertador y el frío se empezaba a sentir. Se acurrucó entre las mantas aprovechando hasta el último momento.

Evocó la llamada del día anterior. Cuando ya se había puesto cómoda en casa y se disponía a ver una buena película le había sonado el móvil. Era Bruno. En principio pensó no contestarle. No quería más complicaciones con ese chico que le ponía nerviosa, que tenía algo que le hacía funcionar de una forma diferente a la que solía y le creaba inseguridad. Ya habían pasado por eso una vez. Tras el día en que se conocieron, habían sido varios los intentos hasta que él se había dado por aludido, y no le apetecía volver a la misma situación. Pero entonces recordó la investigación. Se había citado con él, le había encargado una misión, habían hecho un trato y no podía desentenderse de ello, aunque sus pensamientos estuvieran en otra parte. Después de quedarse mirando la pantalla del móvil durante varios tonos, había decidido descolgar.

En cuanto él comenzó a hablar, desaparecieron sus reticencias iniciales. Había estado trabajando desde la noche en que se habían visto, y de qué manera. El desconocimiento del tema de que había dado muestras en la cena había sido sustituido por una base sólida y un enfoque bien estructurado de cómo debía abordarse la trata de mujeres en la región desde un reportaje periodístico. La había llamado para contarle sus avances y contrastar la perspectiva que quería darle, para que se la refrendara o corrigiera en lo necesario desde su posición de experta en la materia. También le preguntó algunos datos que necesitaba saber sobre el caso concreto del club en el que

se centraría.

Estuvieron largo rato conversando, afinando aquí y allá, y acabaron conviniendo en la necesidad de hacer una visita al club para comprobar si podían obtener alguna información que les confirmara o desmintiera el hecho de que tras él se escondía una importante red que traficaba con mujeres. Bruno se comprometió a ir a echar un vistazo y a llamarla cuando hubiera alguna novedad. Ella le agradeció todo lo que estaba haciendo, y se despidieron.

Al recordararlo se descubrió sonriendo. Sí, había acertado eligiéndole para encomendarle ese estudio. Y le había hecho motivarse nuevamente con el tema. En ese momento tenía que centrarse en el caso de asesinato que tenía entre manos, pero, paralelamente, Bruno estaba avanzando en aquello otro, que no dejaba de ser una de sus mayores prioridades. Quién sabía si podía salirle bien y conseguir ser escuchado. Una vez más, Bruno la había vuelto a sorprender. Y, una vez más, para bien.

Sumida como estaba en este pensamiento, se sobresaltó con el despertador. Era hora de comenzar un nuevo día y había que ponerse en marcha para descubrir las sorpresas que podía depararle.

* * *

Bruno se organizó. Había decidido realizar ese mismo día la visita al club de alterne objeto central de la investigación. La conversación telefónica de la noche anterior le había motivado aún más. Con mucho tacto, Annika le había matizado algunas cuestiones, pero al mismo tiempo le felicitó por el trabajo que estaba haciendo y le dijo que estaba gratamente sorprendida por el curso de su investigación. Estaba en el buen camino, y quedaba mucho por hacer.

Aprovecharía que tenía que ir hasta Badajoz, donde se ubicaba el club, para comer con su madre en Montijo, a mitad de camino, y pasar un rato con ella. Y así haría algo de tiempo. Aunque sabía que estos clubs estaban abiertos las veinticuatro horas, se le hacía muy extraño presentarse allí a la hora de la siesta, a plena luz del día.

Llamó a su madre para comentárselo. Estaba temiendo que le sacara a relucir el tema de la biografía de su amiga, pero ella no lo mencionó. «Al menos de momento», pensó, anticipándose a la conversación que con toda seguridad le tocaría afrontar tarde o temprano. Al contrario, encantada de recibir una visita inesperada de su único hijo, reflejó su alegría a través del

teléfono. Le dijo que comerían costillas, uno de sus platos favoritos, y que le tendría preparada tortilla de *spaghetti* para que se llevara. Sonrió. Era una más de las especialidades de su madre, una mezcla inventada entre la pasta italiana y la tortilla de patatas española, que esta conjugaba de maravilla. Así no le importaba volver a comer pasta.

Trabajó un par de horas más en el ordenador corrigiendo e introduciendo la nueva información que Annika le había proporcionado y después, cuando se fue acercando la hora, se metió en el baño, dispuesto a arreglarse. Tras mirarse largamente en el espejo, aún con pereza, decidió afeitarse. Para un rato que iba a ver a su madre, quería tenerla contenta, y esa era una de sus manías. Se empeñaba en hacerle ver a su hijo que daba la impresión de no estar aseado si no tenía la cara perfectamente rasurada.

Se embadurnó con la espuma, cogió una cuchilla y se disponía a iniciar la faena cuando alguien aporreó la puerta.

—¿Siiiiiii?

—Soy Julio, ¿puedo pasar? Tengo que coger unas cosas.

—Claro, me estoy afeitando —dijo al tiempo que descorría el pestillo para que pudiera entrar.

—Lo siento, tío, es que me estaba preparando y me llamaron por teléfono. Déjame coger el neceser y acabo en la habitación —se excusó su compañero mientras recogía botes dispersos aquí y allá por el cuarto de baño.

—*Don't worry* —murmuró Bruno, ya concentrado en sus barbas.

Julio echó una ojeada para revisar que no quedara nada, se miró en el espejo en el que Bruno iniciaba su operación, ya dispuesto a salir, y de repente se quedó mirándole boquiabierto.

—iiiiii¿PERO QUÉ HACES?!!!!!!! —chilló fuera de sí.

Bruno casi se muere del susto.

—¿¿¿Qué pasa???

—iiiiESTA CUCHILLA ES MÍA, IMBÉCIL!!!! —siguió chillando Julio, arrancándosela de las manos.

Se quedó unos segundos sin saber cómo reaccionar. Después, pasó de la sorpresa a la ira.

—Pero, bueno, ¿tú estás tonto? ¿Se puede saber a qué viene esto? —gritó a su vez—. Pues no me he dado cuenta, estaba aquí en medio, al lado de la mía. ¡Y son iguales, joder!

—Imbécil, imbécil, imbécil —siguió diciéndole Julio, aunque ahora

como para sí mismo, mientras se iba.

—¡Y sigue el tío! ¡El imbécil eres tú! ¡Que no hay quien te aguante! ¡Y cada día menos! ¡Anda ya vete a tomar por culo, que parece que es lo que te hace falta! —le gritó dando un portazo, aunque se arrepintió enseguida del comentario y de su ataque de ira.

Aun así, se quedó de mal humor en el baño, pensando que era cierto lo que le había dicho. «Que difícil es a veces la convivencia», pensó. «En cuanto esté un poco más desahogado, me alquiló un apartamento para mí solo.»

Intentó tranquilizarse y buscó una nueva cuchilla para, esta vez sí, iniciar la operación.

* * *

Era miércoles y Antonio empezaba a tener la misma pinta de demacrado que Julio.

La noche anterior apenas había conseguido pegar ojo. Había caído rendido cuando se sentó en el sofá, tras más de cuarenta horas sin dormir, pero al despertarse de madrugada para cambiarse a la cama, se desveló y ya no pudo volver a conciliar el sueño.

Violeta no le había avisado para ir al dormitorio, señal de que aún estaba molesta con lo que ella creía su aventura del pasado lunes.

No podía quitarse el problema de la cabeza ni un segundo. Hasta la tarde en que quedó con Julio en aquel bar, su vida parecía perfecta. Todo evolucionaba como tenía que evolucionar, con los problemas normales de cualquiera, pero tal y como él sentía que quería. Sin embargo, desde ese momento, había experimentado con una fuerza casi física cómo se derrumbaba el suelo que tenía bajo sus pies, cómo toda la seguridad que había dado por hecha desaparecía en un segundo.

Podía ser que él y su familia estuvieran contagiados del VIH.

Y, lo que era peor: si ese era el caso, sería por su exclusiva responsabilidad.

Una persona fuerte como él, optimista y apegado a la vida, se descubrió prefiriendo la muerte antes que arrebatarse la salud a su hija, condenándola a una enfermedad sin cura. Se sentía tan terriblemente culpable que aún no había sido capaz de afrontarlo con Violeta. Pero ella tenía derecho a saber. Y cuanto más tardara, podía ser peor. Tenía que hacerlo ya. En un arrebatado de coraje,

tomó la decisión. Llamó a su mujer y le dijo que quedaran para comer juntos. Era algo inusual y notó cómo a ella le desconcertaba. Mucho más ese terrible «tenemos que hablar» que le lanzó. Sabía que se había quedado muy preocupada, y en una situación normal habría intentado quitarle hierro para ahorrarle el mal rato, pero esta vez no lo hizo. Era mejor que fuera preparándose, pensó. Supuso que estaría pensando en que él había conocido a otra. Casi era mejor. Por desgracia, lo que tenía que contarle era mucho más grave.

Se preguntó si podría perdonarle. No lo creía posible. Violeta había manifestado una enorme flexibilidad en su relación, había demostrado que su amor por él estaba por encima de las situaciones difíciles, pero esto era otra cosa. Si las había condenado a ella y a la pequeña, la personita, que, al igual que él, Violeta más quería en el mundo, eso nadie podría enmendarlo.

* * *

Después de lo ocurrido, Julio se encerró en su habitación. Tenía previsto salir, pero se había venido abajo de nuevo. El ataque de pánico que se había adueñado de él y le había llevado a actuar así al ver a Bruno con la cuchilla en la mano fue siendo sustituido por esa sensación, recurrente ya, de que no podía con aquello, que no era capaz de afrontarlo, y se echó en su cama a llorar.

No podía seguir así, era una locura. La terapeuta que había localizado a través de Internet insistía en que debía normalizar lo que le estaba pasando. Normalizar. «Como si fuera posible», protestaba él. Pero ella seguía, sesión tras sesión, tratando de convencerle de que no tenía nada que ocultar. «El rechazo social está ahí, eso es inevitable», intentaba hacerle ver. Pero también que escondiéndose no ganaba nada, sino que, al contrario, se lo ponía a sí mismo aún más difícil.

Él sabía que tenía razón porque ya había vivido todo eso.

Pensar en ello le transportaba a unos años atrás, bastantes ya, cuando era adolescente y había empezado a tener clara conciencia de que no le gustaban las chicas, y de que, en su lugar, se sentía atraído por los chicos. Cuando todos sus compañeros de clase hablaban de las muchachas; cuando, después de las clases de gimnasia, ideaban fórmulas para asomarse al baño femenino para verlas cambiándose, y él, en lugar de estar interesado en el resultado de aquellas artimañas, les lanzaba miradas fugaces a ellos. Cuando soñaba por

las noches con Pedro, el capitán de fútbol del equipo de su clase del que se había enamorado en silencio, sabiendo que cualquier gesto por su parte lo único que haría sería garantizarle una buena paliza.

Todo lo que había penado esos años, disimulando, mintiendo, engañando, incluso llegando a quedar con alguna chica para acallar a quien pudiera empezar a intuir lo que realmente pasaba por su cabeza y por su corazón. Incluso lo había intentado. Sí, incluso, aun sin el mínimo interés, sabiendo que no sentiría nada, había besado a una chica con la que había quedado varias veces para ir al cine y que ya se empezaba a cansar de que nunca pasara nada. Ahí fue cuando supo que no podía seguir así. Que la situación no podría sostenerse por mucho más tiempo, y que, además, por ese camino no tendría nunca una oportunidad de ser él mismo, de probar las cosas que soñaba con probar. No sabía qué iba a suceder después y tampoco dónde encontraría a alguien como él, porque todos los chicos que conocía estaban interesados en las chicas y no daban ninguna muestra de sentir lo que él. Si había alguno, estaba tan escondido como él. Pero sabía que si tenía una oportunidad, pasaba por dar la cara. Fue entonces cuando se decidió a «salir del armario».

El nudo en el estómago, los nervios, el miedo, le habían acompañado en ese paso. Aun así, se había sentido orgulloso de haberlo dado. La satisfacción de no esconder nada, de no tener que mentir, de ser quien era y sentirse bien con él mismo. Y a quien no le gustara, no era su problema.

Pero no había sido fácil, claro que no. Se había topado con mucho rechazo, muchas burlas, había perdido amistades, y gente en la que de verdad confiaba le había dado de lado sin miramientos. Incluso su propia familia había tardado en aceptarlo. Todo ello le había supuesto una buena ración de sufrimiento, que había sido necesaria como parte del camino recorrido hasta conquistar por fin la seguridad en sí mismo.

También había encontrado alegrías en ese camino. La de las personas que sí le habían aceptado como era. La de las amistades que no solo había conservado, sino que le habían apoyado sin fisuras en los momentos difíciles. La de que, por fin, tras un primer período de decepción y frustración tanto por parte tanto de su madre como, en especial, de su padre, ambos habían comprendido y habían, por vez primera, empezado a quererle como era, y no como ellos deseaban que fuera. Y, por supuesto, la de encontrar por fin a chicos como él. La de enamorarse y ser correspondido por primera vez. Y por segunda, y por tercera, y por cuarta...

Porque, aunque desde las primeras relaciones pocos hombres habían pasado por la vida de Julio para quedarse, él seguía enamorándose a menudo, aproximadamente con la misma rapidez con la que se desenamoraba y volvía a enamorarse el mes siguiente. Y ahora que había conquistado esa seguridad, ahora que disfrutaba de su vida de esa manera alocada que era suya propia, ahora que incluso estaba ayudando a otros luchando por erradicar prejuicios e intolerancias desde su posición de activista, había descubierto esto.

Y se había escondido de nuevo. Un nuevo armario le había atrapado y estaba firmemente recluido en él. Y no sentía fuerzas para empezar otra vez de cero. Por eso no lo había compartido con nadie, excepto con las personas con las que no le había quedado más remedio, porque tenía que parar algo a lo que él mismo había contribuido. No podía dejar que el virus se siguiera expandiendo, no al menos lo que estuviera en su mano, lo que él mismo pudiera haber transmitido. Y aun así le había costado dar el paso. Pero la terapeuta había sido muy dura en este aspecto. «Si no lo haces, serás cómplice de esto. Estarás contribuyendo a que muchas personas se infecten a su vez. No tienes opción», le había dicho tajante.

Pero, más allá de comenzar esa penosa ruta de ser el portador de la terrible noticia, y de la terapeuta, no lo había compartido con nadie más. Con nadie que pudiera apoyarle, y la carga se le hacía cada vez más pesada. Ni siquiera con su propia familia, y ya hacía más de dos meses desde que se enteró. Y es que sabía lo que supondría. El rechazo. La inseguridad de no saber si las personas a las que él quería le aceptarían como era o se alejarían. Los prejuicios.

Y en este caso era aún peor. Esto era contagioso. La terapeuta decía que se podía llevar una vida normal junto a alguien infectado sin peligro de contagio, que había solo una serie de conductas, las llamadas «de riesgo», que había que evitar. Pero la realidad era que la palabra *sida* generaba miedo a su alrededor, toda esa conciencia de muerte, de enfermedad incurable que se le asociaba, hacía que se hubiera instalado una nube de rechazo. Rechazo por el miedo frente a lo desconocido.

Y la realidad era, también, que él mismo no se creía las palabras de su terapeuta. Solo había que ver lo que había ocurrido un rato antes. Él sabía que el uso compartido de algunos objetos de aseo personal era una de las pocas prácticas de riesgo que podía poner en peligro a sus compañeros y guardaba escrupulosamente su cepillo de dientes, así como el resto de objetos en su

neceser, con el que iba y venía, para no dar lugar a equivocación. Pero había bastado un descuido, un momento en que él había dejado sus cosas en el baño, para que el despistado de Bruno hubiera cogido por error su cuchilla de afeitarse.

Si Bruno hubiera empezado a afeitarse, si se hubiera cortado, ¿quién sabe? la probabilidad era muy pequeña pero estaba ahí, y no podía permitirlo. Tenía que tener mucho más cuidado. El riesgo existía, era real. Como real había sido para él.

Sintió que no le quedaba alternativa. Tenía que ser sincero. Al menos con ellos, con sus propios compañeros de piso. Eran ellos los que tenían que tomar la decisión de si querían seguir viviendo con él. Él no podía imponérsela negándoles la verdad, menos aún después del incidente en el cuarto de baño. Y sabía que la posibilidad de que le dijeran que no querían compartir más su vida con él estaba presente.

Por tanto, decidió que la única vía para no hundirse más debía ser la que siempre había sido. Salir del armario una vez más. Enfrentarse a ello para sentirse bien él mismo. Y para saber con quién podía contar y con quién no. Y esos, los segundos, mejor que desaparecieran de su vida cuanto antes. Para ellos y para él mismo. Se sonó con un *kleenex*, se levantó de la cama y se miró al espejo. Se acabaría de arreglar y saldría. Tenía que localizar a Juanvi. Era el único que le quedaba. Ya casi estaba. Solo una vez más.

Y después, reuniría a Edu y a Bruno y les contaría.

Seguía sintiéndose débil, pero no frágil. Sabía que podría con ello, que no se quebraría y lograría salir adelante. Aunque tuviera que empezar desde cero.

* * *

Annika no había parado en toda la mañana. Una mujer había acudido a la comisaría a denunciar un robo en su coche y le había tocado atenderla. Lo había aparcado el día anterior y cuando había amanecido, descubrió que se lo habían abierto y robado todo lo que tenía en su interior. No era mucho, varias pertenencias del maletero, una chaqueta de piel olvidada en los asientos traseros, que probablemente había sido el aliciente para el ladrón, y poco más. El objeto de mayor valor era un GPS guardado en la guantera. Cursó la denuncia y le explicó a la señora que harían todo lo que estuviera en sus manos para recuperar sus posesiones, a la vez que le recordaba las precauciones

básicas para no «animar» al infractor potencial a cometer un robo de ese tipo.

Después, una serie de trámites burocráticos, todos los cuales parecían urgentes a ojos de Daniel, le habían ocupado el resto de la mañana.

Había llegado la hora de comer sin enterarse, aunque mientras apagaba el ordenador se dio cuenta de que estaba hambrienta. Comió en casa, como solía hacer a menos que las circunstancias no se lo permitieran, sacó a Wolf y volvió al trabajo.

La hora de la siesta era siempre la más tranquila, lo que aprovechó para volver a pensar en el caso de asesinato que tenían entre manos. Seguía sin gustarle cerrar la investigación sin una prueba concluyente, de modo que decidió entrevistar nuevamente a Álvaro, y tras ello, tomar una determinación. Fue a ver a su jefe para comunicarle que quería interrogar al inculcado, pero no le encontró. Dudó un momento y finalmente optó por hacerlo igualmente.

Cuando le tuvo frente a sí, no supo por dónde empezar y finalmente decidió sincerarse con él.

—Mira Álvaro, ya sabes que estás inculcado. Sin embargo, sigues defendiendo tu inocencia. Entenderás que eso es muy difícil de creer y que tú mismo no estás ayudando. Para serte franca, ni siquiera yo te creo. Pero lo que me haría dormir con la conciencia tranquila sería tener la certeza de que quien le hizo esto a Sara sea quien pague por ello. Y esa certeza solo puedo conseguirla con una prueba concluyente, que no deje lugar a ninguna duda. Yo no debería estar aquí, pero esa es la razón por la que he venido. Necesito la verdad.

Álvaro se quedó pensativo. Por primera vez, levantó la cabeza y la miró a los ojos. Permaneció así, sosteniéndole la mirada por varios segundos. No se trataba de una mirada retadora, sino que más bien daba la sensación de estar intentando medir la honestidad de sus palabras. Finalmente, asintió. Pareció decidir que confiaba en lo que le decía, y así era, pues era la primera vez que no había varios policías rodeándole mientras le interrogaban, registrando lo que pudiera decir. Annika ni siquiera había puesto a funcionar la grabadora. Sintió que solo quería saber lo que él tenía que decirle, en lugar de cazarle en un renuncio como sospechaba las otras veces que le habían llevado allí. Por primera vez consideró que no estaba frente al enemigo, y así, respiró hondo, y habló:

—Ya he dicho que yo no la maté. Y si no he dicho nada más, es porque no sé nada más. Esa tarde salí. Por razones que no tienen nada que ver con esto,

no volví hasta la mañana siguiente, y cuando llegué a mi casa me la encontré acordonada y unos policías me arrestaron diciéndome que era sospechoso de homicidio. No podía entenderlo. Fue solo hasta mucho después cuando escuché que alguien había apuñalado a Sara, que era la suya la muerte que me achacaban, y no quería creerlo. No lo creí hasta que vi las fotografías. Aun así, hay momentos en los que sigo pensando que no es real. Yo la amaba. Nunca podría haberle hecho algo así.

Annika le escuchó con atención. Su táctica había funcionado, Álvaro había empezado a hablar. Continuó con la misma estrategia.

—Está bien. En ese caso, supongo que querrás que encontremos a su asesino.

—Claro que quiero. Lo deseo con todas mis fuerzas.

—Entonces tienes que ayudarme.

—Pero, ¿cómo? No hay nada que yo pueda decirle.

—Claro que sí.

Annika pensó en volver a preguntarle dónde se había metido aquella noche, pero cambió de opinión en el último momento. Temía que si lo hacía podía volver a su mutismo.

—Háblame de Sara —dijo en su lugar—. De ella, de su vida, de cualquier cosa que te venga a la cabeza.

Álvaro pensó unos momentos. Suspiró y comenzó a hablar. Annika se dio cuenta de que estaba haciendo esfuerzos por contener el llanto.

—Conocí a Sara hace ahora seis años. Nos enamoramos y comenzamos a salir. Desde entonces nunca nos hemos separado, excepto por algunas peleas. Cuando la conocí era una chica alegre, aunque poco a poco se le fue agriando el carácter, y se fue volviendo más introvertida. Pero yo la quería igualmente, aunque a veces discutiéramos y pudiera llegar a exasperarme en algunas ocasiones. Era mi chica, la mujer de mi vida, y eso nada podía cambiarlo. Últimamente nos habíamos distanciado —prosiguió—. Quiero decir, seguíamos viviendo juntos y todo eso, claro, pero yo la sentía más alejada. Intentaba que volviera a ser como al principio, que pasara tiempo conmigo, que fuera cariñosa, pero cuando lo hacía las cosas salían mal. Entonces me cabreaba mucho y solía acabar yéndome a la calle a dar una vuelta, o con mis amigos, para relajarme, y volvía cuando me tranquilizaba, a menudo ya de madrugada. A veces Sara era muy difícil. Las mujeres siempre lo son. Pero yo lo intentaba. Aun así, estoy seguro de que era solo una mala racha. Porque

nos queríamos, y eso está por encima de todo, ¿verdad? Si alguien no hubiera hecho esto, habríamos vivido siempre juntos. Nos habríamos casado en cuanto la mala racha hubiera pasado, y habríamos tenido hijos —se le quebró la voz, y un momento después, su rostro se endureció y cambió el tono—. Quiero que quien lo haya hecho pague por ello. Haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

A esas alturas, Annika estaba desorientada. El testimonio de Álvaro no hacía otra cosa que confirmar el perfil de un maltratador. Uno más de esos hombres que consideraban a su pareja como una parte de ellos mismos, una propiedad más. Él estaba convencido de que las cosas iban bien, de que se esforzaba por su relación y hacía lo correcto y si en algún momento se extralimitaba con «su» mujer, era culpa de ella por sacarle de quicio. Sin embargo, le había hablado desde la sinceridad. ¿Qué sentido tenía que intentara ocultar lo que había hecho? Sí, desde una mirada racional tenía toda la lógica del mundo, librarse de las consecuencias de su acto. Pero desde el punto de vista psicológico, la situación no encajaba con el patrón seguido normalmente.

Siguió con la esperanza de averiguar si estaba en lo cierto, o al menos de dar con alguna pista que pudiera orientarle sobre el perfil del hombre que tenía ante sí.

—De acuerdo, háblame ahora de ella. No de vuestra relación, sino de ella, como persona independiente. Su vida, su trabajo, sus amistades... —le pidió.

Álvaro volvió a quedarse pensativo.

—No sé muy bien qué quiere decir con eso de «persona independiente». Sara era mi chica y vivía conmigo. Su vida era esa —dudó, y tras pensar unos instantes, reanudó su relato—. Tenía algunas amigas, pero hacía bastante que no las veía. Eran unas petardas. Ya sabe, de esas que están todo el día metiéndose en la vida de los demás. Un día me confesó que le habían dicho que se merecía alguien mejor que yo y esa fue la gota que colmó el vaso. No las soportaba más. ¿Quiénes se creían que eran para juzgarme? Yo creo que lo que tenían era envidia de nuestra relación. Esas chicas no eran nada buenas. Por eso no me gustaba que saliera con ellas, aunque a veces no me hacía caso y las veía a escondidas. Pero, entiéndame, Sara era una persona muy volátil, muy fácil de convencer, y estas tías le metían ideas raras en la cabeza. Así que, como se suele decir, mejor sola que mal acompañada. Y... no sé qué más contarle. Bueno, en cuanto al trabajo, desde hacía tiempo tenía uno. Estuvo mucho tiempo sin currar,

pero decía que se aburría, que quería hacer algo útil y aunque yo no entendía cómo podía preferirlo a estar en casa tranquila, pues al final encontró un puesto de administrativa o algo así en una empresa farmacéutica. La verdad es que al principio tuve que reconocer que no le vino mal. Venía a casa más contenta y durante un tiempo pareció que las cosas iban muy bien. Pero luego le empezó a requerir más y más tiempo y eso ya no me gustaba nada, no funcionaba. Llegaba tarde a casa, alguna vez incluso más que yo, y a menudo decía que estaba muy cansada para preparar la cena, que pidiéramos pizza o nos apañáramos con cualquier cosa. Entonces yo me enfadaba. Yo no creo que eso sea un modelo de pareja. Le reprochaba que trabajara en lugar de quedarse en casa, ocupándose de lo que le correspondía, que con mi sueldo era suficiente para los dos, y, ¿sabe que me contestaba? Que ni se me ocurriera pensar que iba a dejarlo para quedarse haciendo la comida.

Annika levantó una ceja y Álvaro confundió su gesto.

—Sí, para flipar. Ya le digo, tenía un carácter complicado. Pero yo la quería a pesar de todo.

Annika le interrumpió. Cuanto más hablaba, más se retrataba, pero no le estaba ayudando mucho en la investigación. Decidió indagar más allá.

—Álvaro, háblame de ese trabajo. Qué hacía allí, de qué personas se rodeaba, por qué le empleaba tanto tiempo... —le indicó.

—Bueno, la verdad es que no sé mucho. Su relación con el trabajo era pues esa, la de trabajar. Yo no conocía a sus compañeros. No me gustaba y me mantenía al margen. Alguna vez cuando paseábamos por la calle y saludaba a alguien, pues me decía «mira ese es tal o cual» y me contaba alguna tontería del trabajo. Y una vez nos encontramos con una compañera suya y su novio, o su marido, no sé, e insistieron para que cenáramos juntos. No nos dejaron mucha escapatoria y lo hicimos, y la verdad, tampoco lo pasamos mal, pero vamos que todo quedó ahí. En cuanto a lo que hacía, pues no me pregunte mucho. Informes, no sé, papeleo. Parecía que su jefe le metía mucha presión y por eso tenía que trabajar tanto, para cumplir los plazos. Decía que si no lo hacía igual no la renovaban, lo que tampoco veía yo ningún drama. Bueno, tampoco sé qué más contarle, la verdad.

—¿No hay nada más que se te ocurra? ¿Alguien más en su vida? ¿Algún enemigo, alguna relación peligrosa, algo?

—Qué va. Lo he pensado a todas horas desde que pasó, pero Sara no tenía enemigos. Si los hubiera tenido, yo lo sabría. Y no era una persona que se los

buscara, la verdad. Conmigo se ponía un poco gallita algunas veces, pero fuera de casa era muy callada y nunca se enfrentaba con nadie.

—Está bien —Annika decidió dar por terminada la conversación—. Te agradezco mucho que hayas compartido todo esto conmigo, Álvaro. Quizá sea de ayuda —agregó—. Ahora tengo que volver al trabajo.

—Bueno. No se preocupe. Ya le he dicho que yo lo que quiero es que cojan a ese desgraciado.

Tras el interrogatorio, Annika volvió a su mesa para reflexionar. Cuanto más pensaba en lo que le había contado Álvaro, más aumentaba en ella esa extraña sensación de que debía haber algo más. Su lado racional le decía que la explicación más sencilla era que le estaba mintiendo, pero le había parecido sincero, y se le daba bastante bien reconocer cuando alguien no lo era. Sin embargo, existía la posibilidad de que se hubiera equivocado. Cuando estudió psicología del testimonio conoció casos muy especiales que desafiaban todos los parámetros o confundían a voluntad incluso a un detector de mentiras. No podía descartarlo, pero su instinto le decía que no se encontraba ante un caso de ese tipo. Y, si se estaba equivocando, era porque tenía ante sí al mayor impostor con el que hubiera tropezado nunca.

Se inclinaba más a pensar que no mentía, es decir, que estaba convencido de que lo que decía era verdad. Que estaba convencido de que no la había matado. Entonces una idea afloró en su mente. Podría ser un caso de bipolaridad, en el que él mismo, o una parte de él, no se reconociera como el asesino. No estaba segura. Cuando llegara a casa, recurriría a su biblioteca particular para refrescar sus conocimientos en psicología criminal y analizar dónde podía encajar la actitud del inculpado. Quizá ahí encontrara la respuesta.

Sin embargo, había una tercera e improbable opción. Podía ser que, contra todo pronóstico, Álvaro estuviera diciendo *literalmente* la verdad. Es decir, que realmente él no la hubiera matado. Sabía que había muchos cabos sueltos y que su versión era muy poco creíble, pero no podía descartar ninguna posibilidad, ya que no tenían ninguna prueba irrefutable. No tenían un arma del crimen que le vinculara. Tampoco testigos que le hubieran visto hacerlo, ni siquiera entrar o salir del piso a la hora del asesinato. Nada concreto, a fin de cuentas. En ese caso, podían estar actuando de forma incorrecta. Los días

pasaban y si el asesino no fuera Álvaro, cada vez se alejaban más de la posibilidad de atrapar al verdadero culpable.

Pensó en todo lo que le había contado sobre la vida de Sara. Parecía una vida bastante corriente, sin sorpresas, ni nada sospechoso por donde empezar a investigar. Quizá debiera darse una vuelta por esa empresa en la que trabajaba, quién sabe si descubriría algo interesante. Con lo cual, volvía a la duda inicial de la mañana. Intuía que no tendría el visto bueno de Daniel para actuar. Si aun así lo intentaba y este se lo prohibía, sería mucho peor. Él estaría sobre aviso y si se enteraba de que le había desobedecido no se pensaría ni un momento abrirle un expediente por desobediencia y las consecuencias no serían nada buenas. Fácilmente podría ser sancionada por falta grave y tener que someterse a una suspensión de funciones o algo peor.

La otra opción era hacerlo a sus espaldas, sin informarle. Simplemente, ir a dar una vuelta por allí. Justo como estaría en ese momento haciendo Bruno con el club de alterne, recordó mirando el reloj. Pero no se atrevía del todo, no se decidía.

De repente vio a Daniel por el pasillo, en dirección a su mesa. ¿Lo intentaba?

—Annika, ven ahora mismo a mi despacho —indicó desde la distancia, dándose la vuelta para dirigirse hacia allí.

Su tono de voz no auguraba nada bueno. Se levantó y le siguió. Entró tras él, y este la esperó antes de sentarse para cerrar la puerta, lo cual era aún peor señal.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo?

—¿A qué te refieres? —preguntó escamada, temiéndose la respuesta.

—No te hagas la tonta. Me han dicho que has estado interrogando al acusado. ¿Quién te ha dado permiso? Creí que ayer lo había dejado suficientemente claro.

—Sí, bueno, quedó claro que íbamos a pasarle los informes al Juez. Pero pensé que un último intento...

—¡Qué último intento ni qué hostias! Ayer di una orden. Dije que el caso quedaba cerrado para nosotros. Punto. Y tú vas y le encierras en la sala de interrogatorios sola y sin grabaciones. —Annika se preguntó cómo era posible que ya supiera todos los detalles. Sin duda le seguía los pasos de cerca, y siempre había alguien dispuesto a decirle al jefe lo que quisiera saber—. ¿Se puede saber qué pretendes? ¿Sabes que puedo expedientarte por obstrucción

de la investigación?

—¿Cómo que obstrucción de la investigación? Quise darle una última oportunidad para que confesara y el caso pudiera cerrarse de una forma más concluyente —protestó—. Además, me pasé primero por tu despacho para informarte, pero no estabas.

—¡No me vengas con cuentos! ¡Lo que me faltaba por oír! Mira Annika, aun suponiendo que te creyera, ¿tú que te piensas? ¿Que aquí uno puede hacer lo que le dé la gana? Aquí hay unas normas, ¿te enteras? Y si no eres capaz de cumplirlas, ya sabes donde está la puerta. Cúmpelas o vete. En caso contrario seré yo quien tenga que iniciar los trámites para echarte. Y entonces será mucho peor, créeme. Ahora sal de mi despacho —añadió, dando por concluida la conversación.

—Pero... —comenzó Annika, aunque lo pensó mejor y se calló. No se le ocurría nada que pudiera mejorar la situación y unas cuantas cosas que podrían empeorarla, de modo que asintió y se fue.

Estaba indignada. Este jefe despótico que le había tocado en suerte estaba deseando que resbalara en algo. Con nadie más tenía esa actitud. Ciertamente era la única que no le obedecía a pies juntillas. Probablemente hubo un tiempo en el que no fue así, pero ya todos se habían amoldado a él. Cuando le convenía, Daniel podía pasar por una persona sosegada, agradable, atenta. Era solo en el momento en que alguien no le daba la razón cuando se sentía amenazado y mostraba su cara real. Si no conseguía salirse con la suya con la piel de cordero puesta, se la quitaba. Y al cerrar la puerta del despacho, fuera de la vista y oídos del resto, que desaprobaban, y, sobre todo, se sorprenderían de la doble cara de su superior, bien sabía ella que se quitaba esa piel.

Tardó un rato en apaciguarse. Después volvió al caso. Quizá aún guiada por la que consideraba inmerecida, o al menos desproporcionada bronca, tomó una decisión. Investigaría la vida de Sara. Y aunque solo fuera para sentirse mejor, para cerciorarse de que se habían tomado las medidas correctas, saldría de dudas sobre lo que había ocurrido en realidad aquella noche.

* * *

La mañana había sido eterna para Violeta. Normalmente se le pasaban volando las horas de trabajo porque siempre tenía la sensación de que le faltaba tiempo.

A veces no se levantaba del sillón ni para ir al baño, concentrada como estaba en *e-mails*, llamadas de teléfono, gente que entraba y salía de su despacho con algo —siempre— urgente.

Pero no podía quitarse de la cabeza la llamada de Antonio. No había querido decirle nada más, tan solo que tenían que hablar. Su cabeza no lograba dejarlo a un lado y era incapaz de pensar en lo que estaba haciendo. En su mente, uno de sus mayores miedos había ido tomando forma. Antonio iba a dejarla. Había conocido a alguien. Probablemente le había mentado cuando le había dicho, un par de días atrás, que había quedado con un viejo amigo. Probablemente era una mujer. Porque estaba segura de que Antonio nunca la dejaría por un hombre, pero ¿y por una mujer? Eso era diferente. Y ahora, ¿qué iba a pasar con ella? ¿Qué iba a pasar con Celia?

Cuando dieron las dos, agarró el bolso y la chaqueta y salió apresuradamente de la habitación. Tenían una hora. Normalmente ella salía más tarde para ajustarse al horario de la guardería de Celia, pero Antonio paraba a comer a esa hora y era el margen del que disponían.

Habían quedado en encontrarse en el *Casa Guadalupe*, un restaurante discreto y de comida casera que a ambos les gustaba y en el que habían pasado momentos muy bonitos. Tuvo la convicción de que dejaría de asociarlo a los buenos recuerdos. Encontró aparcamiento enseguida y llegó puntual. Acababa de tomar asiento cuando Antonio apareció.

—Hola, cariño —saludó él, dándole un beso.

Ella se lo devolvió.

—No te imaginas la mañana que me has hecho pasar, con tanto misterio —no pudo dejar de decir.

—Lo siento —contestó Antonio por toda respuesta—. Bueno, vamos a pedir, ¿de acuerdo? Así nos van trayendo la comida mientras hablamos. No tenemos mucho tiempo.

—Tienes razón —convino ella, que, pese a los nervios, empezaba ya a tener hambre, y a la que el tono cariñoso de Antonio le había reconfortado, aunque aún no sabía de qué se trataba.

Como solían hacer, se dejaron recomendar por la dueña, que ya les conocía y a quien le encantaba relatar los productos frescos de ese día y lo que mejor le había quedado. Cuando se fue, reanudaron la conversación.

A Antonio le costó arrancar. Cuando lo consiguió, empezó por el principio, que le parecía la única forma de hacerlo. Le contó que Julio había

aparecido el lunes en el concesionario, que era un tipo con el que se había liado alguna vez hacía años, que había insistido mucho en que tenía algo que decirle de forma urgente y por eso había aparecido tan tarde aquella noche. Siguió relatándole cómo él le había confesado que estaba infectado del VIH, que no sabía desde cuándo y que estaba encontrándose con todas las personas con quienes había tenido alguna relación para que lo supieran. Para que se cercioraran, añadió. Le contó cómo se había sentido cuando entendió que podía haberlas contagiado a ella y a Celia, que sabía que era imperdonable y que nunca podría vivir con eso, que llevaba dos días sin dormir porque no sabía cómo afrontarlo, que se le había venido el mundo encima, que no se lo había dicho antes porque tenía tantísimo miedo que no era capaz ni de aceptarlo.

Cuando terminó de sacar fuera sus sentimientos, miró a Violeta a los ojos y vio que estaba llorando. No había dicho ni una palabra, solo lloraba, sin ruido. Las lágrimas le afloraban sin parar como nunca había visto a nadie y caían sobre el mantel, igualmente silenciosas. Quiso abrazarla pero no se atrevió. Se dio cuenta de que él también estaba llorando. Así se quedaron largo rato, sin hacer ni decir nada más.

Doña Guadalupe se acercó con los platos pero al percatarse de la situación, se retiró sigilosa sin que repararan en ella. Estaban demasiado sumidos en su tristeza.

Al final, Violeta habló.

—Pues habrá que salir de dudas.

—Sí —fue lo único que se atrevió a decir. Después añadió una vez más, con la voz rota entre sollozos, que lo sentía, que lo sentía como no había sentido nada en su vida, y que no le pedía perdón porque no sabía si él podría perdonarle a ella algo así, que a él mismo no se lo perdonaba. Añadió también que lo iba a afrontar solo, que no sabía cómo iba a reunir fuerzas pero iba a hacerlo.

Violeta le miró por primera vez a la cara. Acercó la mano por encima de la mesa y le agarró la suya con fuerza.

—De eso nada. Pasaremos por esto juntos, como siempre.

Después quedaron callados, mientras un clima de aflicción se apoderaba del discreto lugar y las lágrimas de ambos seguían derramándose sobre la mesa.

* * *

Bruno se despertó de siesta en Montijo desconcertado. Recordó dónde estaba y miró el reloj. Las seis. Se quedó asombrado. En ningún sitio descansaba como en su cama de toda la vida, era llegar y dormir como un niño pequeño. Se desperezó y salió de la cama.

Su madre estaba en el salón.

—Hola cariño, ¿te has dormido? —le preguntó al verle asomarse.

—¿Tú qué crees? —sonrió, aún con la marca de las sábanas dibujada en la cara.

—Pues yo creo que sí —contestó la madre, sonriendo a su vez—. Te prepararé un café para que te espables.

Él había intentado cambiar esa forma de ser de su madre, haciéndole ver que no tenía que hacérselo todo cuando iba a verla, que iba para estar con ella, no para que fuera detrás de él como cuando era un crío, pero había acabado desistiendo. Había entendido que no iba a cambiar a su madre, que a ella le hacía ilusión hacer esas pequeñas cosas por él, y, simplemente, se dejaba mimar. Se sentó a la mesa y esperó. El brasero estaba encendido, pues el tiempo ya comenzaba a refrescar, avisando de la cercanía del invierno.

Luego tomó café y pastas con ella, que acababa de hablar por *Skype* con una prima suya que vivía en Italia, y le relató contenta todas las novedades que esta le había contado de la familia.

La conversación sobre Paquita ya había tenido lugar. Ya intuía que no iba a librarse, pero, sorprendentemente, su madre no había insistido tanto como él creía, ni se había tomado a mal cuando le explicó que tenía otro proyecto entre manos y que iba a tratar de publicar un buen reportaje. Prometiéndole, eso sí, que si las cosas no salían bien iría a ver a su amiga y se ofrecería para escribirle esa biografía.

Acabó el café y recogió lo que su madre le había preparado para llevarse, fundamentalmente comida. Se sintió tentado de regresar para dormir por la noche, ya que pasaría por el pueblo de vuelta a Mérida, pero rechazó la idea. Supondría darle a su madre muchas explicaciones y que se quedara preocupada ante la idea de que él condujera de noche. Hablarle de la visita al club quedaba descartado. Además, no sabía cuánto tiempo le emplearía el asunto. Finalmente, se despidió, asegurándole que volvería pronto, y se puso en marcha.

Introdujo la dirección del club en el GPS y se dispuso a conducir relajadamente mientras escuchaba una de sus emisoras favoritas.

Cuando llegó se sorprendió de lo sombrío que parecía. En realidad era un club bastante frecuentado, pero los que lo hacían no necesitaban mucha claridad. Un cartel rojo luminoso parpadeante con el nombre del que estaba oficialmente catalogado como hostel era más que suficiente. Nadie necesitaba más información. Aparcó el coche al lado de otros dos y se encaminó hacia la puerta.

Dentro, el panorama era muy similar al que recordaba del club en el que estuvo con sus amigos de Montijo unos años atrás.

En la barra se encontraban apoyados un par de hombres de mediana edad conversando con dos chicas, y otras dos estaban sentadas charlando entre ellas en unos sillones al fondo. Una quinta mujer estaba sola reclinada en una esquina de la barra bebiendo, al parecer sumida en sus pensamientos.

Nada más entrar cayó en la cuenta de que no había planificado una estrategia a seguir. «Menudo pardillo», se reprochó a sí mismo. De momento no le quedaba mucha más opción que fingir que iba a lo que todo el mundo iba allí, de modo que se sentó a la barra y pidió una cerveza, mientras sentía cómo todos le observaban. Las dos chicas habían dejado de hablar y parecían estar examinándole. La de la barra le sonrió. Las otras, tras dedicarle una mirada, siguieron charlando con los hombres con los que estaban.

La mujer que estaba bebiendo en la barra no tardó mucho en aproximarse. La miró de cerca. Tendría en torno a los treinta años, más o menos su edad.

—Hola, guapo —Bruno se dio cuenta de que estaba borracha—. Eres muy guapo.

—Hola, guapa —dijo inseguro, sin saber cómo seguir. La chica tenía un fuerte acento que, supuso, debía ser portugués.

—¿Me invitas? —dijo ella, señalando el botellín que le acababan de poner.

—Claro —contestó, haciéndole una seña al camarero para que abriera uno más.

—¿De dónde eres? —le preguntó, mientras ella, sin esperar a que llegara el camarero, agarraba el botellín de Bruno y daba un largo trago.

—Do mundo —contestó.

—De un sitio del mundo donde se habla portugués, creo adivinar. ¿De Brasil, quizá?

—Do mundo —reiteró—. *Quem se importa? Te posso fazer muitas*

cosas... —sugirió mientras bebía de nuevo y le pasaba la mano por el pecho.

Bruno se encontraba cada vez más incómodo.

—Bueno, yo... en realidad me gustaría conocerte un poco. ¿Llevas mucho tiempo por aquí?

—No *mucho*, no— ella se le acercó más para tocarle de nuevo. Bruno intentó zafarse pero ya estaba encima de él.

En ese momento el camarero, que no había dejado de vigilar de reojo pendiente de la situación, se acercó.

—¡Luci! ¡Luci, deja en paz al caballero! Anda vete a la habitación a dormir la mona. Y no aparezcas por aquí hasta que no se te pase —le dijo de malos modos.

Ella obedeció con desgana.

—Gracias —titubeó Bruno—. Esto... no estoy muy acostumbrado —añadió, sintiéndose cada vez más torpe.

—No te preocupes —contestó el hombre de la barra, habituado a los primerizos—. Las hay muy pesadas. A algunas les da por beber todo el día, como a esta, y dan muchos problemas. Aquí hay que saber comportarse.

—¿Era brasileña, no? —tanteó—. Parecía que no hablaba mucho español.

—Ah, no te fies. Ya lleva un tiempo y estas son muy listas. Lo que pasa es que habla portugués cuando le da la gana. Cuando les viene bien te entienden, cuando no, no.

—Y, esto... ¿de qué más sitios hay? —se atrevió Bruno, que vio al hombre con ganas de hablar y decidió que podía sacarle información.

—Bueno, pues hay un poco de todo... ¿A ti que te gusta?

—No sé... digamos que me gustaría conocer la oferta primero.

—Jajaja —rio él—. Bueno pues siempre tenemos a alguna española que va y viene, alguna está bastante bien. Pero supongo que te apetecerá algo más exótico... Ahora mismo hay chicas africanas, un par de negras que, si te va ese estilo, están muy bien. Sudamericanas también. Mira, esta, Luci, y una de las de allí, la de la derecha, ¿la ves? Esa es colombiana, Claudia. La de al lado es Patricia, es española. Esa ya solo lo hace cuando anda muy mal de pasta, pero viene aquí de vez en cuando porque se ha hecho amiga de alguna de ellas, o porque le dan pena o yo qué sé. A veces saca a Claudia a dar una vuelta por Badajoz y luego la trae. Está bien porque así le da un poco el aire, porque todo el día aquí, ya sabes, luego acaban como Luci, bebiendo y dando problemas. Ahora están ahí las dos con el palique. Pero si te gusta esa, ahora

mismo le digo a Claudia que venga para acá y se deje de tanta cháchara. Y te la presento, que pareces un poco tímido —siguió riendo, al parecer, divertido ante la torpeza del chico.

Bruno pensó con rapidez. Eso no era lo que él estaba buscando. Cierto que la situación de esas mujeres debía de ser desesperada, que probablemente estaban ahí porque no tenían otra opción, pero él andaba detrás de otra cosa. Sabía que la red a la que le seguía Annika la pista traficaba principalmente con mujeres de Europa del Este.

Aunque muchas veces no hacía falta encerrarlas, pues les quitaban la documentación y les engañaban asegurando que si la policía las veía las mandarían a sus países de vuelta, cosa que ellas a menudo temían casi tanto como la situación que tenían, lo cierto era que muchas de esas mujeres tenían restringido salir fuera de la habitación donde estaban recluidas. Especialmente, al principio. Hasta que dejaban de intentar escapar.

Estas chicas de las que el camarero le hablaba parecían encontrarse en circunstancias diferentes. Aun formando parte de uno de los colectivos sociales más vulnerables y excluidos, aun a sabiendas de que la línea entre la prostitución voluntaria y la obligada era muy delgada, él iba detrás de una situación de mayor gravedad, de secuestro y esclavitud.

—Bueno, si te soy sincero, no me gusta mucho. No es por desmerecer, ¿eh? Lo que pasa es que tuve una mala experiencia con una sudamericana, y a mí pues me apetecía otra cosa. Alguna menos espabilada, ya sabes a lo que me refiero...

El hombre asintió. Tras un momento en el que pareció tomar una decisión, le dijo que volvía enseguida y desapareció. Bruno se quedó esperando, expectante pero con la misma sensación de inseguridad que le había acompañado desde que entró por la puerta.

Al poco regresó y le hizo un gesto para que le acompañase.

Fueron hasta el fondo del bar, atravesaron una puerta y dieron a lo que parecía la zona del hostel. Subieron unas escaleras, luego otras que se encontraban en bruto, y llegaron a un segundo piso, una especie de buhardilla en la que había solo tres puertas, a diferencia del primero, conformado por un pasillo con habitaciones a ambos lados. Apuntó hacia una de ellas.

—Creo que es lo que andas buscando. Estoy seguro de que te gustará. Son cincuenta.

Bruno maldijo para sus adentros y sacó la cartera. No había pensado en

ello. Tenía suficiente por casualidad, ya que había retirado esa mañana del cajero. Suspiró, pues pensaba tener con ese dinero para toda la semana. Pero al fin y al cabo eran gastos de trabajo de campo, se consoló, y cualquier investigación sería tenía unos costes, aunque ello no hizo que dejara de dolerle el bolsillo.

Una vez que se guardó el billete, el hombre le mostró una llave que portaba consigo y abrió una de las puertas, invitándole a pasar.

—No es problemática, está más o menos educadita, pero si no se comporta, haz lo que tengas que hacer —entonces le entregó la llave a él—. Cuando acabes, cierras y me la devuelves, ¿de acuerdo? Yo estaré en la barra —añadió, dejándole allí.

Bruno asintió con un escalofrío, y guardándola en un bolsillo, pasó adentro, más inseguro que nunca, pero con una importante subida de adrenalina, pues sabía que había dado con lo que buscaba. La puerta se cerró detrás de él. Estaba en una habitación en penumbra, con tan solo una luz tenue emitida por una pequeña lámpara situada en una de las esquinas, lo que hizo que se demorara unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Cuando sus ojos comenzaron a percibir lo que le rodeaba, observó con atención. La habitación era extremadamente pequeña, con un acceso a lo que parecía un cuarto de aseo. Una cama ocupaba la mayor parte del espacio. Frente a ella una silla y una mesita, donde se encontraba la lámpara que emitía la escasa luz. Una chica yacía tumbada en la cama, semidesnuda. Era muy joven. Tendría diecisiete, dieciocho años como mucho. Pensó que probablemente era aún una menor, y no pudo evitar estremecerse.

Se sentó en la silla. La saludó, pero ella no contestó, limitándose a mirarle con apatía. Él, nervioso como estaba, empezó a hablar. Le confesó que era periodista, que se llamaba Bruno, y quería denunciar lo que estaba pasando. Al seguir sin ninguna respuesta, le preguntó si le entendía, pero tan solo obtuvo la misma indiferencia.

Tras varios intentos de iniciar una conversación en vano, comenzó a frustrarse. Si la chica no hablaba español o si se negaba a dirigirle la palabra, no iba a obtener mucha información. Estaba demasiado incómodo viendo su cuerpo desnudo, cubierto únicamente por un minúsculo camisón de encaje transparente que dejaba poco a la imaginación. Desvió la vista hacia un bonito tatuaje que tenía en el hombro, y entonces se percató de un cardenal en su brazo derecho. Fue a agarrarla instintivamente, para observarlo mejor, y esta

se zafó, gritando. Él se asustó y retrocedió.

—No voy a hacerte nada —intentó tranquilizarla—. ¿Te han pegado, verdad?

Ella se tapó, y al incorporarse para hacerlo, vio cómo tenía también la espalda plagada de señales de haber sido golpeada. Entonces musitó algo en un idioma extraño. Le replicó que no podía entenderla y ella suspiró, se giró para darle la espalda, y, cuando parecía que no diría nada más, volvió a escucharla.

—Qué quieres —masculló al fin en un castellano con marcado acento extranjero.

—Quiero que me cuentes por qué estás aquí —pidió Bruno, esperando tras oírla hablar.

—Déjame en paz.

—Quiero ayudarte.

—Ayudarte. Déjame en paz. Déjame en paz ¡Déjame en paz! —exclamó ella, alzando cada vez más el tono de voz.

—Está bien, está bien —contestó rápidamente, temiendo que alguien se acercara al oír sus gritos.

En un susurro, le explicó que quería saber si la tenían encerrada y que, si era así, le ayudaría a salir. Que no tenía por qué tenerle miedo. A él no. Le explicó que tenía derechos, que ellos no podían hacerle lo que le estaban haciendo, que no podían obligarle a nada, que la justicia les iba a hacer pagar por ello. Le dijo que tenía que tener un poco de paciencia, y sobre todo no perder la esperanza, que la sacaría de allí muy pronto. Bruno hablaba y hablaba, pues le daba la sensación de que ella le estaba escuchando, aunque no tenía la certeza de que comprendiese, pero al menos parecía que su tono lograba que fuera bajando sus defensas, a pesar de que la chica había vuelto a encerrarse en su mutismo. Podía ser que no le entendiera. Podía ser también, que no le creyera. O que, simplemente, estuviera muerta de miedo. Supuso que no era fácil confiar en nadie después todo por lo que había debido pasar. Le preguntó cómo se llamaba, y, tras un silencio, le contestó.

—Alma.

«Alma. Qué irónico», pensó. Llamarse Alma una persona a la que trataban como si fuera un cuerpo sin más, un mero objeto. Entonces, le preguntó si sabía cuántas más como ella había, pero tornó a su silencio.

Al poco entendió que por el momento no podía hacer nada más allí. Se

maldijo por no haber traído consigo la cámara fotográfica para probar lo que había visto, le aseguró a Alma que volvería a por ella y salió de la habitación. Pensó que aún tenía tiempo, así que decidió explorar el piso en el que se encontraba. Intentó abrir las otras puertas. Ambas estaban cerradas con llave. Se dio la vuelta, decepcionado, pero entonces se le ocurrió algo. Regresó sobre sus pasos, extrajo del bolsillo la que el camarero le había dado y decidió probarla en una de las otras puertas. La introdujo con facilidad y giró... ¡Sí! Era una llave maestra, había acertado. Dio la vuelta completa a la llave y la cerradura se desbloqueó. Comenzaba a abrir cuando, de repente, notó que alguien le agarraba por detrás.

—¡Eh, tú! ¿Se puede saber que estás haciendo? —sintió una voz que le gritaba al oído, mientras unos robustos brazos le sacudían con fuerza. Al volverse vio a un tipo rudo, más bajo que él pero de complexión recia. Su tono de piel y cabello, y el color de sus ojos no parecían españoles, lo que confirmaba el acento de su voz.

—Yo, yo... Quería saber si...

—¿Qué pasa? ¿No has tenido bastante con una? ¡Fuera de aquí! ¡Vamos, fuera! —bramó aquel tipo, conduciéndole a empujones hacia las escaleras.

Cuando llegó hasta ellas, le agarró del cuello y le zarandéo.

—No sé a qué venía eso ni qué era lo que estabas buscando, pero si vuelvo a verte por aquí te aseguro que no lo contarás, ¿te enteras? ¡Aquí no nos gustan los fisgones! —le gritó a la cara.

Le empujó con un puntapié y rodó escaleras abajo. Fue tras él y asiéndole por el cuello de la camisa, le llevó en volandas hasta el piso inferior. En lugar de salir por la zona del bar, abrió una puerta trasera y lo arrojó a la calle.

El camarero, a quien no había pasado desapercibido aquel alboroto, se asomó por la puerta que conectaba con el bar.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Que sea la última vez que veo a este tío. Estaba husmeando en las habitaciones.

—¿Cómo? ¡Eh, tú, desgraciado, devuélveme esa llave! —gritó furioso el camarero, acercándose a Bruno, que yacía aún en el suelo.

—Ya la tengo yo —replicó el tipo extranjero—. Y a ver si cuidamos más a quien le vamos repartiendo llavecitas. Y ahora, ¡¡largo!! —gritó dirigiéndose a Bruno, tras lo cual cerró la puerta dejándole allí tirado y dolorido.

Bruno se quedó en el suelo, sin casi atreverse a mover, en parte por el dolor y en parte por lo aterrado que se sentía. Tras unos minutos se levantó con torpeza y echó a andar en dirección a su coche. Cuando se disponía a montarse, escuchó un chistido procedente de algún punto en la oscuridad. Iba a ignorarlo, pero el sonido persistió. Miró a su alrededor, sin ver a nadie, cuando de repente escuchó una voz femenina.

—Métete en el coche y deja la ventanilla abierta para que puedas oírme. Quizá te estén vigilando aún.

Bruno hizo lo que le indicaba la voz sin oponerse.

—Quita el seguro. Voy a sentarme en el asiento del copiloto, junto a ti. Es la mejor forma para que nadie me vea.

Obedeció nuevamente y una chica surgió de detrás de la furgoneta que había aparcada frente a su coche y se deslizó al interior. Era la misma que conversaba con la colombiana en los sillones cuando llegó al club. Patricia, creía que le había dicho aquel hombre que se llamaba. De cerca le pareció mucho más guapa, y, aunque se veía joven aún, unas grandes ojeras y algunas arrugas en torno a unos profundos ojos daban a entender que había visto y vivido mucho.

—¿Eres Patricia? —preguntó.

Ella le miró con desconfianza. Pareció asustada de repente.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijo el camarero al hablarme de vosotras —le tranquilizó.

—Ah, bueno —contestó, aún recelosa—. De todas formas da igual quien sea yo. Mejor que olvides mi nombre y mi cara porque yo nunca he estado aquí, ¿eh? Me juego mucho y ya tengo demasiados problemas. No me gusta acumular más.

Ante el silencio expectante de Bruno, la chica prosiguió:

—Supongo que eres periodista o algo así.

La cara de sorpresa de Bruno al sentirse descubierto se lo confirmó.

—Te he estado observando desde que has entrado —le explicó ella—. No es que hayas sido muy hábil, ¿sabes? Has hecho demasiadas preguntas. En realidad no creo que Pepe sospechara, pero por precaución le comenté a Val que te había dejado pasar arriba, y él, que es bastante más avisado, subió a asegurarse de que todo estaba normal. Y parece que no le gustó lo que vio, ¿verdad? —dijo mirando a Bruno, que se agarraba el costado aún con gesto de dolor—. Te vigiló para asegurarse de que habías venido a lo que habías dicho,

y a juzgar por la que se ha montado, se ve que te descubrió. No sé qué pretendes, pero has tenido suerte de que no te ocurriera nada más. Ten mucho cuidado o no volverás a tener tanta.

Patricia le inspiró confianza al contarle todo esto y eso le empujó a sincerarse con ella.

—Yo quiero liberar a esa chica. Hay más, ¿verdad? Tú debes saberlo.

—Mira, superhéroe, este es un mundo peligroso. Una vez que te metes, ya no hay salida. Te obligan a hacer lo que quieren, tienen mil maneras de conseguirlo, te lo aseguro. Sé un chico listo y mantente alejado.

—Saben que tienes algún interés que a ellos no les conviene —prosiguió—. ¿Cómo has podido ser tan ingenuo? Si te vuelven a ver por aquí, no sé qué pueden hacerte. Bastante bien parado has salido. Pero te repito que si hay una próxima vez, no escaparás como ahora, con unos simples moretones. Y ahora vete.

—Patricia, podrías ayudarme —se atrevió a pedir Bruno, al que aún le costaba hablar por los golpes recibidos—. Estoy elaborando un reportaje denuncia. Podrías testificar. Mantendría tu identidad oculta.

—Pero, tío, ¿tú estás loco o qué? No has entendido nada. Ya he hecho bastante avisándote. Lo demás es problema tuyo, si quieres ayudar a esas pobres chicas, por mí estupendo, pero no pongas a nadie más en peligro. Ahora voy a salir del coche o empezarán a extrañarse si ven que aún no te has ido, y entonces sí que las cosas pueden ponerse feas. Tú arrancarás y te irás de inmediato sin hacer nada que pueda llamar su atención.

Bruno asintió. Quería hacerle muchas más preguntas, quería intentar convencerla, pero sabía que debía hacerle caso. Si era como ella le estaba diciendo, y después de lo que había vivido todo le hacía pensar que sí, la estaba poniendo en peligro. Y a él mismo, pensó, y ya había tenido suficiente por aquel día.

Patricia abrió la puerta suavemente y entonces hizo algo que Bruno no entendería hasta mucho después. Se acercó y le abrazó con fuerza, apenas unos segundos. Antes de que él pudiera reaccionar salió y desapareció en las sombras de la noche.

Inspiró profundamente, encendió el motor y se alejó de allí, dándose cuenta de que estaba temblando. No fue hasta varios minutos después, ya en la autovía, cuando empezó a ser consciente de lo que había sucedido en aquel club.

VII. Jueves, 20 de octubre

Una vez que Annika tomaba una decisión había pocas cosas que podían detenerla. Esa mañana era terriblemente tranquila. A simple vista, parecía estar centrada en los papeles que tenía delante, pero en su mente iba tomando forma la estrategia a seguir. Cuando vio a Daniel salir de la comisaría con las llaves del coche en la mano, supo que estaría fuera un buen rato y no perdió la ocasión. Esperó prudentemente un par de minutos, cogió las del suyo propio, y se encaminó a la puerta. Justo cuando estaba a punto de salir, pensándose dos veces, volvió sobre sus pasos, se acercó a la mesa de Mati, donde él estaba trabajando concentrado en su ordenador, y le explicó que tenía que salir fuera un momento, y que, si el jefe preguntaba por ella, la avisara.

Mati asintió, con un gesto de complicidad. «No hay problema», contestó, aunque se quedó pensativo. Annika no era de las que se escaqueaban en horario de trabajo, y la bronca del día anterior no le había pasado desapercibida. Sabía que, como era habitual, el punto de vista de Annika discrepaba del de su jefe, al igual que sabía que esta muchas veces tenía razón, pero, sobre todo, que podía ser bastante tenaz cuando estaba convencida de algo. Se preguntó qué tendría esta vez en la cabeza.

Annika pasó por casa, se cambió rápidamente de ropa y regresó al vehículo. Introdujo una dirección en el GPS y condujo hacia allí. Las instalaciones de la empresa farmacéutica donde había trabajado Sara estaban en las afueras de Mérida. Al llegar se sorprendió de lo grande que era la nave. Según lo que había consultado a través de Internet, alojaba cerca de cuarenta personas trabajando en ella, lo cual era bastante en una ciudad pequeña, y sin embargo nunca había oído hablar de aquel lugar.

Aparcó el coche y se dirigió a la entrada. Un mostrador hacía las veces de recepción, aunque en ese momento nadie lo ocupaba. Pasó de largo, alegrándose de su buena fortuna. Prefería pasar lo más desapercibida posible, aunque sabía que para ella no era nada fácil. Pero, al menos, no iría exhibiendo su traje de policía y dejando sus datos registrados en el ordenador de algún conserje.

La mayoría del espacio de la nave parecía estar destinado al almacenaje de

mercancías. Localizó por las indicaciones que las oficinas estaban en el ala este del primer piso y se encaminó hacia ellas. Cuando se abrieron las puertas del ascensor que le condujo hasta el sitio indicado, se encontró de cara a un espacio abierto donde se distribuían las mesas con sus respectivos ordenadores, en los cuales la gente trabajaba silenciosa.

Algunas personas levantaron la cabeza al ruido del ascensor y se quedaron mirándola, aunque nadie hizo ningún comentario. Observó rápidamente toda la superficie y localizó lo que buscaba. Una puerta cerrada que sugería un despacho, y, anexa a este, una mesa separada del resto en la cual un chico estaba conversando por teléfono. Debía de ser el secretario del gerente de aquellas oficinas. Fue hacia él y esperó pacientemente a que acabara de hablar. Este, extrañado ante una visita inesperada, se despidió con relativa prontitud y la atendió.

—Buenos días —saludó Annika al verle colgar el teléfono.

—Buenos días —contestó el chico, sonriendo con mirada curiosa—. ¿En qué puedo ayudarle?

—El asunto que me trae aquí es algo delicado —comenzó—. Como usted sabrá, una de las trabajadoras de esta empresa ha fallecido hace unos días.

—Sí, todos estamos conmocionados ante esta gran pérdida —musitó el chico, borrando la sonrisa y sustituyéndola por un semblante serio, ensombrecido al recordar la trágica muerte de su compañera.

—Como parte del equipo policial encargado de la investigación, estoy trabajando para aclarar todo lo relacionado con las circunstancias de la muerte —continuó Annika, a la vez que le permitía ver su credencial.

—Uy. Yo pensaba que la había asesinado su novio —comentó el joven—. Bueno, es lo que dice todo el mundo.

—Efectivamente, todos los indicios apuntan hacia su pareja, y, de hecho, ya se han iniciado los trámites para inculparle —le tranquilizó—. Sin embargo, forma parte del procedimiento conversar con las personas de su entorno para tener una visión completa de las circunstancias en torno a la muerte.

—Ajá —respondió el chico, que parecía asustado ante la presencia policial.

—Como le digo, es el procedimiento habitual. Me gustaría poder entrevistar a las personas cercanas a Sara, a fin de completar un perfil exhaustivo de la víctima y de su relación con el presunto agresor. Su superior directo, los compañeros y compañeras de trabajo con los que más se relacionara y

cualquier otro que le parezca relevante. Le agradecería que hiciera las gestiones necesarias, habilitando un lugar para ello y dando instrucciones, de forma que pueda comenzar ahora mismo y así terminar lo antes posible. Por supuesto, me comprometo a llevarlo con toda la discreción, a fin de perturbar lo mínimo el ritmo de su trabajo —Annika soltó todo de una vez, pues sabía que expresándose de esta forma disminuían las probabilidades de que pudiera darle largas o ponerle alguna dificultad.

—Claro, lo gestionaremos —aseguró—. El director no estará hoy, pero en cuanto llegue se lo comunicaré.

—Es una lástima que él no pueda estar. Sin embargo, nos urge cerrar este caso cuanto antes. Comenzaré entrevistando hoy al resto del personal. Si me facilita un organigrama de la empresa podremos ver con qué personas es pertinente hablar —replicó con firmeza.

El chico la miró durante unos instantes, ponderando si obedecerla o no, y finalmente asintió. Buscó en el ordenador e imprimió lo que ella le pedía. A la vez que se lo entregaba, comenzó a explicarle.

—Aquí estaba ubicada Sara, como administrativa del área de dirección, junto a otras tres personas que forman parte de esa área, más yo mismo, como secretario del director gerente. Por tanto, supongo que somos las personas que más relación tenían con ella.

—De acuerdo —aceptó Annika—. Empezaremos por ahí. ¿A quién llama primero?

—Bueno, si no le importa yo preferiría ser el último, ya que a esta hora no puedo separarme del teléfono. Llamaré a Montse, que se sentaba enfrente de ella. Si me da un minuto para que prepare la sala de juntas, podrá entrevistarla ahí —indicó, a la vez que se levantaba dispuesto a organizar cuanto le había dicho. Annika pensó que no le hacía gracia hacer algo así sin el conocimiento de su jefe pero no le había dejado mucha elección. Después de todo, era una autoridad policial quien se lo estaba pidiendo.

Montse se sobresaltó cuando escuchó el teléfono. Había estado tan concentrada cuadrando unas cuentas que ni siquiera se había enterado de que algunos de sus compañeros estaban rumoreando a su alrededor sobre la chica negra que había entrado en la oficina y se había dirigido hacia el despacho del jefe.

Era Miguel, el secretario. Le ordenó que fuera para allá, pues alguien

quería hablar con ella. Dejó lo que estaba haciendo y se acercó extrañada. Sabía que el jefe no estaba y no se le ocurría que otra persona podía tener interés en hablar con ella, menos aún viniendo de Miguel. Una vez allí, este le explicó que la policía quería entrevistar a los conocidos de Sara y tenía que pasar a la sala de reuniones para que le hicieran unas preguntas.

Contestó a todo lo que la amable policía le fue preguntando, aunque no creía ser de mucha ayuda, ya que no sabía mucho de la vida de Sara. Le habló de su carácter, de la impresión que tenía de ella y de su forma de trabajar. No conocía a nadie de su entorno fuera del trabajo, y menos aún podría indicarle a la policía posibles enemigos de su compañera, como esta parecía tener intención de conocer. Solo cuando Annika le preguntó por algún detalle, algún rumor, cualquier cosa que pudiera haber oído sobre Sara que pudiera ser relevante, dudó. Eran solo chismes, cotilleos que iban y venían, y ella no era quién para difundirlos, menos aún sobre una persona fallecida. Contestó que no se le ocurría, pero Annika ya había detectado la duda que pasó fugazmente por sus ojos y no iba a dejarla escapar fácilmente.

—Aunque le parezca una tontería, puede ser importante. No se preocupe, no va a salir de aquí. Y no va a hacer daño a nadie. Solo intentamos completar la investigación para que el culpable pague cuanto antes por esto.

—Bueno, no sé... —vaciló—. Hay algo... La gente habla, sabe que a la gente le gusta mucho hablar... Pero yo no creo que sea cierto, no es más que un rumor.

—Dígame —la invitó Annika, expectante ante la idea de dar con alguna pista.

—Pues en realidad Sara comenzó en el departamento de compras. Pero a los pocos meses la asignaron a esta área y se vino para acá. A la gente eso no le gustó, porque, aunque cobras lo mismo, es una señal de confianza, gestionas los asuntos más importantes y trabajas mucho más estrechamente con el jefe. Hay personas aquí que llevan muchos años y sin embargo se pensó en una recién llegada que no destacaba en nada.

—Entonces, ¿hubo un trato de favor?

—No exactamente —precisó Montse—. Es decir, en la práctica el trabajo es similar y encima tienes más responsabilidad, más presión, estás mucho más expuesta, porque no es lo mismo que tu trabajo lo supervise un responsable de área que el director. Pero supongo que a la gente le gusta criticar. Además, la llamaba muchas veces para despachar, más que a mí, por ejemplo, y a veces

ella se quedaba hasta muy tarde.

Annika creyó detectar en esa última frase un atisbo de algo, quizá celos, hacia Sara. Continuó por ese camino.

—Y... ¿qué fue lo que se dijo sobre esto?

—Bueno... ya sabe lo que se rumorea en estos casos —Montse se sonrojó, sintiéndose como una entrometida—, pues que estaba liada con el jefe y que por eso él la quería tener cerca, y todo eso.

—Y... ¿usted cree que era cierto? —preguntó Annika, que ya empezaba a darse cuenta que en el fondo Montse también había envidiado la posición de Sara.

—Yo no me meto donde no me llaman —replicó, poniéndose súbitamente muy seria.

—Lo sé, lo sé —Annika le dio la razón amigablemente en un gesto de complicidad—. Pero entienda que usted ha vivido esa situación y yo no, y, como encargada de esta investigación, únicamente le pregunto, extraoficialmente, qué piensa de esa relación, porque eso me ayudaría a tener una visión global de Sara. ¿Piensa que existe la posibilidad de que hubiera algo de cierto en ello?

Montse la miró, sopesando de nuevo qué decir, y finalmente bajó el tono para continuar.

—Pues, como poder, claro que podía. Es decir, es un fastidio que siempre que una chica mona progresa en el trabajo haya alguien dispuesto a decir que se lía con el jefe, porque, vaya, parece que no podemos ser inteligentes y tener méritos propios, y eso es que a mí me pone de los nervios —Annika asintió para animarle a seguir—. Y eso pasa siempre. Pero, en este caso, yo no puedo asegurar que no fuera cierto. El jefe siempre estaba pendiente de ella, esa es la verdad. A mí no se me escapan esas cosas. Cómo la miraba y todo eso. No nos trataba a todos igual. Como lo de que despachara tanto con él, que escama, ¿no cree? Yo misma a veces tenía que solucionar alguna cosa urgente, pero él llamaba dos y hasta tres veces a Sara antes de que pudiera sentarme en su despacho y darle salida a mis asuntos. Además, a ella a veces se le escapaba y se refería a él como «Pablo», luego se corregía y decía «el jefe» como todo el mundo aquí. Y eso es que sale mucho de ojo, no me diga usted a mí.

Annika asintió nuevamente y Montse continuó.

—Además, como le decía, muchas tardes se quedaba aquí cuando todos nos íbamos, a veces incluso Miguel, y ella continuaba ahí en el ordenador —

Montse pareció darse cuenta de que había hablado demasiado y rectificó—. Que yo no estoy insinuando nada, ¿eh? Que supongo que con eso de que el jefe despachaba tanto con ella, pues tendría un montón de trabajo, porque yo misma cada vez que me siento con él salgo con mil tareas por hacer, y todas para ayer, vaya. Que en parte a una se le quitan las ganas de pasar por allí porque sabe la que le espera después.

—Está bien. Muchas gracias por su sinceridad, Montse. Nos ha ayudado con la investigación. Le pido mucha discreción con respecto a esta entrevista, no comente con nadie lo que hemos hablado aquí, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Yo porque usted ha insistido, pero vamos, que soy una tumba —replicó Montse, dándose cuenta enseguida de lo poco afortunado de la comparación, pero ya estaba hecha. Se puso en pie y apretó la mano que Annika le ofrecía—. Si necesita cualquier otra cosa, ya sabe dónde encontrarme.

Tras la serie de entrevistas de esa mañana, Annika pasó por casa para volver a colocarse su uniforme y regresó a comisaría. Era ya casi la hora de comer cuando llegó, y aunque tenía hambre, no se había atrevido a pararse en casa y estar ausente por más tiempo. Ya en la zona de aparcamiento, comprobó que el coche de Daniel aún no estaba. Mati seguía en su mesa y levantó la vista al verla entrar. Ella enarcó las cejas en señal de interrogación y él entendió. «No ha venido nadie en toda la mañana», dijo, guiñando ligeramente un ojo. Ella asintió, sonriéndole, y se sentó para reflexionar sobre todo lo que había aprendido de la víctima.

En realidad no había sido tanto. La descripción que de ella habían hecho las tres personas entrevistadas era bastante similar. Sara había sido una mujer introvertida en el trabajo, con escasa relación con sus compañeros, la estrictamente necesaria, restringida al ámbito laboral. Nunca se había quedado a unas cañas después de la jornada, ni había participado en los regalos hechos con motivo de los cumpleaños o de la despedida de alguien, así como tampoco se había sumado a las fiestas o celebraciones que habían tenido lugar en el tiempo en que trabajó en la empresa con ocasión de algún evento especial. Por tanto, el conocimiento que de ella podían tener sus compañeros, aun quienes pasaban muchas horas al día a escasos metros de ella, era bastante escaso.

A su vez, la joven no parecía haber despertado simpatías en su entorno. El

hecho de negarse a participar de cualquier actividad o a relacionarse con sus compañeros generaba celos. Esa actitud, probablemente objeto del aislamiento al que le había llevado una relación de pareja posesiva y controladora, se entendía por algunos como desprecio hacia ellos, como sentimiento de superioridad, a lo que reaccionaban con una antipatía que había ido creciendo y que se había visto aumentada cuando, para empeorar las cosas, el director de la empresa parecía haber encontrado en ella una persona digna de su confianza.

Este escaso apoyo social no había sido contrarrestado con una personalidad arrolladora o segura de sí misma, sino que Sara parecía haber sido todo lo contrario. Una mujer insegura, con baja autoestima y con un manifiesto nerviosismo. Estaba claro que había sufrido mucho, que llevaba mucho tiempo sumida en la erosión psicológica consecuencia del maltrato.

Sin embargo, el rumor del que Montse había hablado, le hizo pensar. Había, sutilmente, dirigido la conversación hacia el mismo lugar con el resto de compañeros, y, a excepción del secretario del director, que no había entendido o no había querido entender, las otras dos personas ratificaron la versión de Montse. Todos habían hablado alguna vez entre ellos de la relación de esa chica con el jefe, que parecía no inspirar simpatía a nadie excepto a él.

Puede que hubiera alguien más implicado, a fin de cuentas. Era posible que Sara, desmotivada por la dolorosa relación con Álvaro, sintiéndose atrapada pero sin el valor suficiente para alejarse, se hubiera refugiado en otra persona, que hubiera conocido a alguien en quien confiar. Si eso hubiera sido así, quizá había dado con la persona en cuestión.

Lamentablemente, el director gerente de la empresa no parecía tan fácil de entrevistar. Su secretario le había asegurado que permanecería fuera el resto de la semana por motivos de trabajo. Ante la presión de Annika y el recordatorio de su presencia allí como fuerza policial, se había comprometido a intentar localizarle a lo largo del día para trasladarle el requerimiento y cerrar con él una entrevista al comienzo de la semana siguiente. Al encontrarse allí de un modo extraoficial, sabía que no podía insistir más, pues era consciente de que, lejos de contar con el respaldo de Daniel, si se enteraba las cosas se complicarían de verdad para ella. Agradeció al secretario su buena disposición y quedó a la espera de que contactara con ella.

Annika estaba hilando estos pensamientos cuando Mati se acercó para avisarle de que unos cuantos compañeros iban a acercarse a la pizzería, por si

le apetecía. Estaba a punto de decir que no cuando recordó sus reflexiones sobre cómo la escasa interacción de Sara con sus compañeros la había aislado aún más del mundo y reportado antipatías y desprecios. Pensó que no estaba de más hacer un pequeño esfuerzo de vez en cuando por confraternizar con sus propios compañeros. «Cómo voy a lograr integrar mi perspectiva de género si no me integro yo misma», se dijo mientras se unía al resto ante la sorpresa de Mati, que, aunque a diferencia de los demás seguía siempre intentando contar con ella, la iba conociendo y no esperaba una respuesta afirmativa.

Una vez en el restaurante y ya con las pizzas sobre la mesa, la conversación giró en torno al trabajo. Se desahogaron, se rieron de alguna anécdota del día, y sobre todo se quejaron del jefe, lo cual sorprendió bastante a Annika. Todos parecían tan contentos con él que no imaginaba que a sus espaldas tenían tanto que criticar. En realidad, aunque tuvieran buen cuidado de no darlo a entender donde no debían, la mayoría parecía tener bien calado a Daniel, era consciente de sus exigencias y de la falta de autoestima escondida tras esa necesidad de ver respaldada constantemente su autoridad.

Sonia incluso fue un poco más allá y contó algún chisme sobre él, pues aunque, enigmática, se guardó para sí sus fuentes, parecía saber de buena tinta que su esposa se había cansado de no verle aparecer nunca por casa y le había dado un ultimátum. Les contó cómo ella le había dicho que o cambiaba y colaboraba en la gestión del hogar o que se fuera buscando una criada. Con la atención de todos sobre ella, Sonia se explayó sobre lo fácil que le parecía permanecer en comisaría hasta la noche cuando había alguien con la cena preparada en la mesa al llegar y el desayuno puesto antes de irse, y con el traje colgado listo para enfundárselo. Que era muy cómodo exigir lo mismo al resto, pero como su mujer le dejase plantado se iba a enterar ese de lo que era la vida real.

Jesús se sumó a Sonia asegurando que no estaría de más que la mujer cumpliera su amenaza y le dejara, al menos por un tiempo, para que aprendiera lo que era hacer la compra, poner la lavadora o prepararse la comida.

Annika se dio cuenta de que todos sentían la misma presión en sus espaldas, y así, fue ahora el turno de Raúl, padre de dos preciosas gemelas cuyas fotografías exhibía orgulloso cada vez que tenía ocasión, quien añadió con una mezcla de regocijo e indignación que sumara a esa lista llevar y recoger a las niñas después de clase, ir a las reuniones del colegio o ayudarlas a hacer los deberes, y ya puestos, poder pasar un poco de tiempo con ellas jugando en el

parque. Pero que se conformaba con que se tuviera que hacer las cosas a sí mismo, que le vendría muy bien al jefe y a todos los demás, pues entonces no le iba a quedar más remedio que dejarles a ellos también algo de tiempo para ocuparse de sus propias vidas.

Annika tuvo que reconocer que estaba disfrutando de la comida. Nunca les había visto como personas, más allá de compañeros de trabajo. Era cierto que caían en muchos estereotipos, y la prejuizaban a veces, pero ella también lo había hecho con ellos y se había ido creando una coraza con los años y las experiencias negativas que a menudo daba muy pocas oportunidades a la gente. Evitaba así los malos ratos, pero se negaba estos otros. Decidió participar más de los momentos informales que el trabajo le brindaba.

Tras el desahogo sobre el jefe, la conversación fue derivando a otros asuntos, relacionados en su mayoría con el trabajo de aquella mañana. Estaban ya en el postre, cuando Jesús recordó algo.

—Oye, Annika, ¿tú no estabas liada con un caso de un puticlub de Badajoz?

Annika le miró sorprendida. Era algo que había comenzado a iniciativa propia pero no había fraguado porque Daniel no había considerado que debieran investigar, porque no correspondía a su área y en todo caso, le había dicho, tenía que tener pruebas muy claras antes de molestar a los compañeros de Badajoz. De ahí la idea de despertar un poco de conciencia ciudadana con el reportaje de Bruno.

—Sí, bueno, en realidad empecé a mirar algo pero con el asesinato del sábado todo quedó pospuesto.

—Pues supongo que te interesará saber que una chica que trabajaba allí se ha suicidado esta noche.

—¿Cómo? —preguntó Annika, súbitamente preocupada—. ¿Qué ha sucedido?

—Me lo ha dicho un compañero de Badajoz. Parece ser que la mujer apareció muerta en la habitación que utilizaba para... ya sabes, ofrecer sus servicios —explicó Jesús un poco incómodo.

—Pero, no es posible, yo no he oído nada —negó Annika, a la que se le acumulaban las ideas en la cabeza y estaba recordando que Bruno le había dicho que iría al club el día anterior.

—Ya sabes que los suicidios no los publican en prensa, y menos aún de una chica con estas características. De hecho, tampoco creo que los compañeros hagan mucho más. Si el informe del forense confirma, como todo indica que

así será, el suicidio, se archivará el caso sin más. Estas cosas se silencian bastante, pero lo recordé y pensé que te interesaría.

—Sí, gracias, Jesús. Sí que me interesa, y mucho. Oye, ¿podrías pasarme el número de este compañero? Me gustaría tener algo más de información.

—Claro, eso está hecho. En cuanto volvamos a la oficina te lo paso.

* * *

Pablo había terminado la reunión en Barcelona cuando revisó las llamadas perdidas y constató que tenía, entre ellas, varias de su secretario. Supuso que sería para ponerle al corriente de los últimos asuntos y pulsó la tecla para devolverle la llamada.

Miguel comenzó preguntándole por las cosas que necesitaban una respuesta urgente y dejó para el final la visita de Annika. La policía estaba investigando la vida de Sara. Quería saberlo todo sobre ella. Ya había entrevistado a varias personas en el trabajo, y requería una reunión también con él. Miguel le había dado largas hasta la semana siguiente, pero necesitaba dar una contestación fijando la cita.

Pablo se quedó pensativo. Esto no le gustaba. Todo estaba muy claro, a Sara la había matado su novio. Había sido un asesinato de esos llamados pasionales, ejecutado por un hombre que llevaba años maltratando a su pareja. A estas alturas, la policía ya debía conocer el historial de esa relación. Los primeros síntomas, los celos, el control, el aislamiento, pasar a las manos, y por último el ataque descontrolado que le había hecho creer que era suya hasta el punto de acabar con su vida. Era una historia con un final previsible que, trágicamente, se había cumplido.

No entendía por qué tenían que ir a meter las narices en su empresa, a escuchar las historias que cada cual pudiera contar. Le puso de muy mal humor saber que en su ausencia ya habían conversado con varios trabajadores, incluido Miguel. Su primera reacción había sido enfadarse con él por permitirlo, pero se había controlado al suponer que no había podido hacer otra cosa. De hecho, casi le tranquilizaba que hubiera participado de las entrevistas. Era la persona más cercana a él, y era, a su vez, en la única que creía poder confiar. Estaba convencido de que Miguel no habría hablado de más. Y, después de todo, debía de ser un control rutinario. Sabía que Álvaro ya estaba inculcado. Pero no quería más problemas. Bastante había tenido ya

en los últimos días.

Suspiró. Volvió a marcar el número de su secretario y le dijo que no llamara a la policía. Solo si insistía debía decirle que se acercara el lunes siguiente por la tarde y la recibiría. Después continuó con la lista de llamadas. Lo de Sara nadie podía arreglarlo ya, y él tenía asuntos más graves que atender.

* * *

Cuando Bruno llegó al piso la noche anterior, Edu y Laura estaban aún levantados viendo una película en el salón. Les saludó dispuesto a cenar cualquier cosa e irse a la habitación, pero su compañero tenía novedades que contarle.

—Oye, mañana tenemos comida.

—¿Con quién? —preguntó sorprendido.

—Pues nosotros, con Julio. Me dijo que te diera el mensaje cuando llegaras, que era importante que estuviéramos los tres porque tenía que hablarnos de algo.

—¿Julio? Qué raro —se extrañó—. ¿Qué querrá este ahora?

—No sé, pero estaba muy solemne. Parecía algo importante. Igual se va a casar —especuló Edu divertido.

—Pues igual, viniendo de él, nada me extrañaría —le siguió la broma—. Bueno, al menos preparará la comida, ¿no? Hace tiempo que no cocina, con lo bien que se le da. Aunque yo con que le cambie el humor me conformo. Esta mañana me lio una en el baño...

—¿Y tú qué hacías en el baño con Julio? No sabía yo esa faceta tuya, Bruno —Edu, al que le gustaban mucho ese tipo de bromas, reía a carcajadas.

—Pero qué payaso eres. Entró a recoger sus cosas y me montó un pollo porque había cogido algo suyo sin darme cuenta. Ya ves tú.

—Sí, está muy antipático últimamente, eso es verdad —terció Laura, que había estado adormilada en el sofá pero se había ido espabilando con la conversación—. A mí a veces me hace sentir incómoda, hasta me quita las ganas de venir.

—Bueno, voy a cenar algo a la cocina y a dormirme. Mañana saldremos de dudas, a ver con qué nos sorprende —dijo Bruno dando por finalizado el tema, pensando cuánto tiempo podría pasar Laura en su casa si se sintiera cómoda.

Eran poco más de las dos de la tarde cuando Bruno repasaba la conversación del día anterior a la vez que cerraba el ordenador. La mañana no había sido muy productiva. Había intentado plasmar por escrito lo sucedido en el club, pero no estaba muy contento con el resultado. Y, sobre todo, no estaba contento con cómo había gestionado la situación. No había planeado lo que iba a hacer, no había calculado las posibilidades ni los riesgos que entrañaba, y fruto de ello se había puesto en peligro. Y había perdido la posibilidad de realizar una segunda visita, que quedaba descartada, pues ya le tendrían más que fichado.

Había pensado llamar a Annika para contárselo, pero el hecho de tener que decirle que había metido la pata le frenaba. Temía que se enfadara y le viera como un estúpido, ni más ni menos como él se sentía, así que estaba posponiendo el momento, aunque sabía que tendría que hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta que había constatado que tenían a chicas encerradas. Eso era, después de todo, lo más importante.

Apartó esos pensamientos a un lado y salió de la habitación. En el salón estaba solo Edu.

—¿Y los demás?

—¿Qué demás? —contestó algo molesto—. Julio fue bastante claro al decir que comeríamos «los tres», y lo soltó en la misma cara de Laura, excluyéndola, así que, claro, dice que no va a estar donde no se la invita. Y él, pues no sé, yo acabo de llegar y aquí no hay nadie más. A ver si encima se le ha olvidado.

—Bueno, mira, vamos a abrir unas cervecitas con un poco de queso que me he traído del pueblo para hacer tiempo. Yo creo que es la hora, ¿no? —le animó Bruno.

—Sí, y yo parto el queso de cabra que me traje del Jerte y hacemos una tabla de *gourmet*, nos la merecemos. Partiré un poco de más, supongo que ya pronto aparecerá este petardo. Pero que no tarde mucho o no le quedará...

La combinación de quesos y cerveza les cambió el humor a ambos. Estaban en mitad del tapeo cuando apareció Julio con un par de bolsas del asador de pollo que les encantaba a los tres.

—Eh, ¡esto sí que no me lo esperaba! Cuanto tiempo sin comer de Pollo Rico, ¡Julio, cómo te sales! —exclamó Bruno, que acababa de perdonarle la exaltación del día anterior.

—Sí, es lo mejor que podías haber hecho —dijo Edu—. Y mira que cocinas bien —añadió, ante la mueca, mitad seria mitad divertida, que puso Julio.

—Bueno pues a comer. Que veo que ya habéis empezado sin mí —dijo este, mientras soltaba las bolsas y tomaba la cerveza que Edu le acababa de abrir.

Comieron tranquilamente, viendo la televisión, bromeando y hablando sobre sus vidas. Hacía mucho tiempo que no lo hacían, y los tres disfrutaron del momento. Lo cierto era que se llevaban bastante bien, lo cual no era tan fácil de encontrar, teniendo en cuenta que la suya no había sido una decisión previa de compartir piso juntos, sino que se habían conocido allí mismo, cuando las circunstancias de la vida de cada uno les habían llevado a residir en Mérida sin dinero suficiente para alquilar una vivienda de forma independiente. Pero esa convivencia, con sus más y sus menos, les había hecho crear un vínculo entre ellos. Julio pensó en todo esto con tristeza, y, una vez más, tomó aire y se dispuso a contar su historia. Había llegado el momento.

Cuando lo hizo, los tres se quedaron callados. Ni Edu ni Bruno sabían qué decir.

Bruno fue el primero en hablar. Le temblaba la voz.

—Ahora entiendo tu reacción de ayer con lo de la cuchilla. Pudiste haberme contagiado —no había recriminación en sus palabras, sino más bien el espanto de la constatación de lo que podía haber pasado.

Julio le miró unos instantes.

—Sí. Ahí fue cuando supe que tenía que contároslo. Sabéis, esto no es fácil. Me he visto obligado a contarlo muchas veces, porque no sé quién me lo contagió ni a quién he podido contagiar yo. Ya sé que pensaréis que soy un irresponsable, y sí, lo cierto es que lo he sido. En las relaciones entre tíos pocas veces pensamos en usar un condón, la verdad. No es como en vuestro caso, porque lo primero que se os viene a la cabeza es no dejar embarazada a la chica. Pero como aquí no existe ese peligro, pues no lo piensas. A veces sí que lo haces, pero muchas no. Pero con vosotros era totalmente distinto. Se supone que no hay ningún riesgo en la convivencia. No pasa nada por compartir el baño, ni tampoco las cosas de cocina. Lo único a evitar son los objetos que puedan estar en contacto con la sangre. Pensé que con guardarlos en mi habitación bastaría, pero con lo de ayer me di cuenta que no. Que si yo lo sé y lo controlo pero vosotros no, os estaba exponiendo. Por eso teníais que saberlo. Soy realista —continuó—. Sé lo que conlleva decíroslo.

Entiendo el miedo que da esto, y más después del incidente, por eso lo que quiero que sepáis es que entenderé que no queráis seguir compartiendo el piso conmigo. Si es así, pues empaquetaré mis cosas y me iré.

Tras unos momentos, Bruno habló de nuevo.

—¿Tus padres lo saben?

—No —contestó.

—Entonces, ¿dónde irás?

—Pues no lo sé. Supongo que tarde o temprano también se lo tendré que decir a ellos. Es solo que... aún no he reunido las fuerzas.

Ante la cara de desolación de Julio, Bruno reaccionó levantándose para darle un abrazo. No sabía cómo se sentía, una parte de él estaba furioso, pero la otra, al ver a su compañero hundido de esa manera, sintió mucha pena.

Mientras, Edu seguía callado en su silla. Bruno le hizo una seña para que se acercara. Edu se quedó devolviéndole una mirada vacía durante unos instantes, tras lo cual, se levantó de la mesa y se fue a su habitación. A los pocos minutos escucharon la puerta de la calle cerrarse tras de él.

Bruno se quedó perplejo.

—Pero, ¿cómo puede hacer eso?

Julio le intentó quitar importancia.

—No te preocupes por mí. Yo ya sabía a lo que me enfrentaba. Ya pasé por algo parecido cuando empecé a decirle a la gente que me rodeaba que era homosexual, y esto es aún peor. Los *gays* generan rechazo en mucha gente, pero, a pesar de lo que dicen algunos, todo el mundo sabe que eso no es una enfermedad. Esto es diferente. Esto sí se contagia. Lo más probable —continuó— es que, simplemente, Edu no haya sabido cómo encajarlo. Démosle un tiempo y después sabremos lo que piensa, cuando él mismo lo sepa. Y, sea como sea, todo estará bien. Sé que hay gente que se distanciará, incluso que no querrá saber nada de mí, y otra que seguirá ahí. Lo importante es en qué lado está cada uno.

* * *

Annika pasó por casa unos minutos para sacar a pasear a Wolf y regresó a la comisaría.

Cuando llegó, Jesús ya le había dejado una nota en su escritorio con el número del compañero de Badajoz. Desde que le habló de ello, algo le estaba

angustiando. ¿Era casualidad que esa chica hubiera muerto la misma noche que Bruno había visitado el club? ¿Estaba a salvo? Las dudas le estaban oprimiendo el pecho y su primera idea había sido llamarle para asegurarse de que estaba bien, pero había pensado que sería más inteligente conocer primero toda la información sobre lo sucedido de boca de la propia policía. Era probable que no tuviera nada que ver y hubiera sido una simple cuestión de azar.

Marcó el número y se presentó, explicándole al compañero al otro lado del teléfono cuál era su especialización y que precisamente tenía en el punto de mira el club donde parecía haber tenido lugar un caso de suicidio.

Este le explicó que descartaban que el caso estuviera relacionado con tráfico de personas, pues la mujer que se había suicidado era de nacionalidad española, nacida y residente en la ciudad de Badajoz. Que, por desgracia, como era frecuente en mujeres dedicadas a la prostitución, la vida de esta chica no había sido fácil, y se había desarrollado en un entorno de marginalidad, drogas y violencia. La desesperación, unida muy probablemente al consumo habitual de alcohol y drogas, debía haber sido el detonante de lo sucedido.

Annika preguntó por el informe del forense, que al parecer acababa de concluir señalando la ingesta masiva de tranquilizantes como la causa de la muerte. El policía pacense añadió que, como ella sabía, por desgracia el suicidio se producía en un porcentaje alto en estas mujeres, y sumada por tanto la valoración de los factores de riesgo y de su estilo de vida al análisis de las circunstancias de la muerte, quedaba claro cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Annika le agradeció la información y colgó, en parte aliviada. Esto no tenía nada que ver con el reportaje de Bruno. Pero él le había dicho que iba a ir ese mismo día. ¿Habría ido finalmente? Y, de ser así, ¿habría percibido algo en relación con esta chica?

Quería salir de dudas. Llamó a Bruno pero no cogía el teléfono. Volvió a intentarlo, impaciente, tras unos minutos. Nada. Esperó sintiendo cómo se incrementaba su ansiedad, preguntándose por qué no respondería.

* * *

Eran más de las seis de la tarde y Bruno seguía tumbado en su cama con la vista clavada en un punto fijo en el techo. Llevaría así cerca de dos horas,

desde que terminó la conversación con Julio y este se excusó arguyendo que estaba agotado e iba a echarse un rato. Bruno recogió la mesa y se fue él mismo a tumbarse, pero fue incapaz de conciliar el sueño, y tampoco tenía la mente como para ponerse a trabajar.

No había encajado aún lo que había ocurrido la noche anterior ni preveía las consecuencias que podía acarrear, cuando se había enterado de lo de Julio, y ahora mismo se encontraba conmocionado. El incidente en el baño del día anterior si cabe había contribuido más a esa situación de caos emocional en la que se sentía inmerso.

Intentó una vez más ordenar sus ideas. Julio les había dado a entender que tenían que decidir si querían que siguiera viviendo con ellos o que se fuera de allí. Y él, sinceramente, no lo sabía. Quería apoyarle, y le daba mucha lástima, pero no estaba seguro de si podría vivir tranquilo en su casa sabiendo que podría, de alguna forma, infectarse él también del virus. Y si le decía que no quería seguir viviendo con él y le obligaba con ello a irse de su propia casa, a hacer las maletas y buscarse otro sitio aun sabiendo que no tenía dónde ir, estaba convencido de que le hundiría.

Era una encrucijada difícil de solventar.

De otro lado, estaba Edu, que también formaba parte de la decisión. Se había ido sin pronunciarse, y lo que él pensara era determinante en todo aquello. Tendrían que hablar cuando volviera.

Siguió cavilando. En realidad no tenía mucha idea de cómo funcionaba eso del VIH. Sabía más o menos lo que todo el mundo, que se contagiaba por jeringuillas o por relaciones sexuales, pero más allá de eso desconocía qué implicaba realmente. Decidió ser pragmático. Se documentaría sobre el tema antes de tomar una decisión.

Con esta idea en la cabeza, se levantó para encender el ordenador cuando vio la luz roja del móvil parpadeando. Dos llamadas perdidas de Annika, la última de hacía más de una hora. Con todo aquel jaleo no se había acordado del teléfono para nada. Pensó qué querría. Seguramente informarse sobre su visita nocturna. No se sentía con muchas fuerzas para enfrentarse a nada más, pero sabía que debía hacerlo, así que respiró hondo y marcó su número.

Cuando esta respondió, notó tensión en su voz.

—Bruno, eres tú. Te he estado llamando. ¿Está todo bien?

—Eeeeh, sí, claro, está todo bien —dijo sin mucho convencimiento.

—No me cogías el teléfono. Bueno, supongo que estarías durmiendo —en

sus palabras se traslucía un velo de acusación.

—En realidad, no. Digamos que no he tenido un día fácil.

—¿Ha pasado algo? —Annika volvió a preocuparse.

—Sí, quiero decir, no. No que tenga que ver con el reportaje.

—Ah, bueno —se quedó sin saber muy bien qué decir—. En fin, yo te llamaba para preguntarte si al final fuiste ayer al club.

—Sí, sí que fui, y quería llamarte para hablarte de ello, pero se me cruzaron otros asuntos y aún no había sido capaz de encontrar el momento —dijo, relatándole a continuación la historia de la chica encerrada, pero sin mencionar nada sobre el tipo que le había arrojado a patadas de allí.

—Vaya, entonces estaba en lo cierto —Annika sintió una mezcla de desazón por la pobre chica que, muy probablemente, no era la única que estaba allí secuestrada, y de complacencia porque su olfato policial le hubiera hecho sospechar en el lugar indicado—. Has hecho un buen trabajo, Bruno. Tenemos que seguir en esta dirección para destapar a esos criminales.

Bruno estaba a punto de decirle, muy a su pesar, que no había sido tan buen trabajo como ella pensaba, cuando esta siguió hablando.

—Pues yo estaba preocupada —le confesó—. Supongo entonces que no lo sabes, pero en la noche de ayer ha muerto una chica precisamente en ese club.

—¿Qué me dices? —exclamó él.

—Lo que oyes.

—Pero, no puede ser, yo estaba allí... ¿qué es lo que ha pasado?

—Una mujer joven, al parecer una de las que se prostituían en el club, ha muerto en una de las habitaciones.

A Bruno se le encogió el corazón al recordar a la jovencísima chica que había visto en aquella estrecha habitación, a quien había prometido, aún sin saber siquiera si le estaba entendiendo, que sacaría de allí. ¿La habrían matado? ¿Era posible?

—¿Cómo ha ocurrido? —inquirió tembloroso.

—Todo indica que se ha suicidado.

Ambos se quedaron unos segundos en silencio. Bruno no se atrevía a preguntar.

—Si lo que estás pensando es si era esa chica, la respuesta es no. De la que estamos hablando es española, de Badajoz.

Bruno respiró aliviado, sin saber bien por qué. La noticia era igualmente dramática, pero no quería pensar que su paso por allí le pudiera haber

deparado más consecuencias a aquella chiquilla. Tras todo lo acontecido en las últimas veinticuatro horas, sentía no poder con más problemas.

—De todas formas, a mí esto me escama bastante —se sinceró Annika—. Lo que quiero decir es que tenemos un club donde trafican con mujeres, en el que se suicida una chica cuando lo estamos investigando y precisamente el día que tú vas por allí. Sé que puede ser coincidencia, pero, aun así, pensé que quizá esa noche pasó alguna cosa que lo desencadenara y tú podías haber visto algo extraño.

—En realidad, aún no te lo he contado todo —agregó Bruno, viendo que le iba a costar relatar su metedura de pata mucho más de lo que inicialmente había pensado.

—¿No? —Annika esperó alarmada a que continuase.

—Verás, hubo un pequeño incidente y tuve que salir de allí... Y cuando me disponía a irme, una chica me avisó de que eran muy peligrosos y me dijo que no se me ocurriera volver o no sabía lo que me harían, que ella misma se estaba poniendo en peli... ¡Patricia!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Patricia es española! ¡Era la única española que estaba allí ayer!

—¿Patricia? ¿La única española, estás seguro?

—Sí, la chica que me habló se llamaba Patricia. Y sé que era la única porque el camarero me habló de todas las que andaban por allí. Dime que no ha sido ella.

—No sé el nombre de la fallecida, solo que tenía treinta y dos años y era pacense.

—Es la edad que debía de tener. Me dijo que tuviera mucho cuidado, que se jugaba mucho avisándome, que ya tenía muchos problemas. Necesito saber si fue ella —se angustió Bruno, cuya desazón aumentaba por momentos.

—Está bien, está bien, tranquilízate. Volveré a llamar al policía que me dio la información y le preguntaré por la identidad de esa mujer. Te llamaré en cuanto lo consiga —agregó Annika, al tiempo que colgaba el teléfono.

Bruno se quedó mirando el móvil, preguntándose en qué momento su vida se había vuelto una pesadilla.

* * *

Ya no quedaba nadie en las oficinas y desde Badajoz seguían sin devolverle la

llamada. El policía en cuestión había acabado su turno cuando Annika trató de contactar con él de nuevo, y, pese a sus intentos por conseguir el teléfono personal o porque alguien le localizara y le pidiera que la llamase, no había conseguido nada. Suspiró y decidió irse a casa. Después de todo, ¿qué podía cambiar? La chica estaba muerta y el forense había determinado que había sido un suicidio.

Debía de haber más españolas, aunque en el momento en que Bruno fue solo estuviera la que habló con él. Pero, aun cuando hubiera sido ella, no podían extraer muchas conclusiones. Ella misma le había dicho a Bruno que su vida era muy complicada, que tenía muchos problemas. Quizá se había acercado a él como un intento desesperado de hablar con alguien de fuera de ese mundo, o quizá, como medio de hacer una buena acción, antes de despedirse de todo.

Lo sentía por Bruno, pues sabía que le había afectado, pero nada se podía hacer. Implicarse en una investigación tenía esos riesgos y él tenía que aprender a separar las emociones. Recordó que, probablemente, hubiera estado pendiente del teléfono toda la tarde, y le escribió un SMS:

Imposible localizar policía. Mañana tendremos la información. Hoy no se puede hacer más. Descansa.

Al minuto, recibió contestación:

OK. Me extrañaba que no me dijeras nada. Por favor llámame en cuanto lo sepas. Bss.

Muy bien, ahora tocaba desconectar, se dijo. Llegó a casa, se cambió el uniforme por un chándal y se dispuso a ir al parque a correr con Wolf. Para cuando regresó hacía ya rato que había anochecido. Tras una ducha, ya con el pijama puesto, cenó y se quedó viendo la televisión junto al perro, que descansaba plácidamente a sus pies. Ese era para ella el final perfecto para un intenso día de trabajo.

VIII. Viernes, 21 de octubre

Annika estaba contenta. A pesar de quedarse dormida en el sofá y haberse levantado no recordaba cuándo para trasladarse a la cama, había descansado bien y se sentía como nueva. Sin duda las carreras por el parque habían ayudado a ello. La gente le había saludado más simpática que de costumbre en el trabajo, y hasta Sonia se había parado en su mesa a chismorrear un rato al llegar antes de encender el ordenador y empezar una nueva jornada. Convencida de que se debía en buena parte a la comida del día anterior, se sorprendió de cuán poco era necesario para sentirse cómoda en el trabajo y de hasta qué punto lo había estado descuidando. Normalmente adoptaba esa actitud protectora de *a mí me da igual todo el mundo, no os necesito* que, al igual que en el caso de la fallecida Sara, el resto de compañeros podían interpretar como antipatía y arrogancia, en lugar de lo que realmente era, un caparazón para que no le hicieran daño, para evitar cualquier posible rechazo. En ambas, aunque por razones bien distintas, era la inseguridad la que las llevaba a actuar de ese modo. Pero estaba dispuesta a enmendarlo, se dijo esa mañana. Asumiría riesgos. Después de todo, ninguno de sus compañeros era mala gente. Excepto Daniel, se recordó al verle entrar en el despacho, periódicos en mano. *Ese estúpido engreído*. Entonces se dio cuenta de que quizá él también actuaba a su modo por inseguridad. Sí, eran esos complejos que tenía los que le impedían aceptar otras opiniones, o alegrarse de los éxitos o aciertos de otras personas. Pero se negaba a compararse con él. «Yo no le fastidio la vida a nadie», se dijo. Ella jamás faltaba al respeto ni intentaba hacer daño, exactamente lo contrario que él hacía.

Pensó en las tareas que tenía por delante. Según los canales oficiales, las pesquisas sobre el fallecimiento de Sara estaban cerradas en lo que a ella le concernía, por tanto, debía retomar otros asuntos. Volvería al caso de trata de mujeres, y tomaría la referencia del suicidio para seguir investigando. Aunque no estaba muy segura de que eso convenciera a Daniel, y, de otro lado, no podía decirle que Bruno había constatado que allí había una mujer encerrada. Tenía que inventarse algo que le diera oportunidad de ir allí por sí misma y así hacerse con las pruebas que necesitaba para que su jefe le permitiera abrir el

caso. O bien, si Bruno avanzaba en el reportaje y lo publicaba cuanto antes, utilizar esto para que se viera forzado a iniciar la instrucción.

Por otra parte, y a pesar de que el suicidio de esa chica le había hecho olvidarse por unas horas del otro asunto, ella no pensaba darle carpetazo. Seguía sin haber pruebas concluyentes. De las entrevistas del día anterior se entreveía que podía haber existido algún tipo de relación más allá del plano laboral entre Sara y su jefe. Decidió que hablaría con este costara lo que costara. Marcó el número en su teléfono móvil y salió de la oficina, pues no quería que nadie escuchase la conversación.

—Buenos días, Miguel. Como recordará, necesitamos entrevistar a su jefe, Pablo Velasco, en el marco de la investigación que se está cursando sobre el fallecimiento de Sara González.

—Hola, buenos días. Efectivamente, teníamos esto pendiente. Como le dije, don Pablo es una persona muy ocupada, y, aunque entiendo la situación, esto no va a ser fácil —contestó el secretario, evasivo.

—No querría pensar que está usted intentando obstruir la acción de la justicia —el tono de Annika se endureció.

—No, no, nada más lejos —se apresuró a contestar.

—En ese caso, dígame cuándo podré ver a don Pablo, o me veré obligada a recurrir a otros canales menos gratos para ambas partes.

—Está bien, está bien, déjeme ver... —tras un par de minutos de espera, Miguel volvió al teléfono—. El lunes por la tarde, a partir de las cinco, podrá hablar con usted. Es lo máximo que he podido hacer.

Annika se mordió la lengua, disgustada. Pensó que para algunos directivos ganar dinero parecía estar por encima de todo, daba igual que una de sus trabajadoras hubiera muerto asesinada y que él pudiera ser de ayuda, eso no entraba en sus prioridades. Si estuviera en una investigación oficial se iba a enterar ese de cómo funcionaban las cosas. Pero en su situación actual no le quedaba más que ceder.

—Muy bien. Estaré allí a las cinco de la tarde —aceptó, dando por finalizada la conversación.

Esto parecía obligarla a parar durante tres días las pesquisas, a lo cual no estaba dispuesta, de modo que pensó en otras alternativas. Entonces se acordó de las amigas de Sara, esas que según Álvaro eran unas víboras por intentar apartarla de él. Había asegurado que se habían distanciado bastante, pero quizá, pese a todo, supieran algo. Quizá incluso no se habían distanciado tanto

como él pensaba, sino que era lo que Sara le había hecho creer para que la dejara tranquila. Pensó en ir directamente a preguntarle por ellas a Álvaro, pero el recuerdo de la última bronca le disuadió.

La siguiente opción era Víctor, el hermano de Sara. Buscó su teléfono, lo marcó en su móvil personal, y volvió a salir de la oficina mientras pensaba en lo que iba a engordar su factura telefónica con ese caso.

Víctor contestó tras varias llamadas. Le explicó que necesitaban entrevistar al entorno de Sara, que probablemente diera más pistas en torno a la relación de maltrato que había venido sufriendo, y él le facilitó los contactos rápidamente. «Encerrad mucho tiempo a ese cabrón», reclamó antes de colgar.

Miró la agenda donde había apuntado los datos. Tenía tres nombres. Irene, Lourdes y María. Habían sido las amigas más íntimas de Sara, y su hermano dudaba que tuviera contacto con alguien más. Comentó en la oficina que iba a hacer unas comprobaciones sobre la calificación comercial de varios clubs de alterne, y se puso manos a la obra.

Primero fue a ver a Irene, que trabajaba en una tienda de cosméticos. De la empresa de Violeta, comprobó cuando llegó allí. Eso le hizo recordar que hacía mucho que no hablaba con ella, y se prometió a sí misma que iría sin falta a verla el fin de semana.

Irene trabajaba como dependienta, reponiendo los productos y aconsejando cuál iba mejor a cada persona. Observó cómo maquillaba a una clienta mientras fingía interés por los pintauñas, pensando que no parecía muy afectada. Después de todo, hacía menos de una semana que había muerto su amiga. Cuando acabó con la señora a la que había estado atendiendo, Annika se presentó y le pidió a su superior que la excusara unos momentos para poder tomar café con ella y hacerle unas preguntas. Esta accedió sin problema, y ambas se encaminaron al bar más cercano.

—La verdad es que hacía mucho que no sabía de ella. Ese novio que se echó hizo lo posible por separarnos. Y lo consiguió. ¿Sabe?, al principio María y yo creíamos que era ella la que pasaba de nosotras, incluso se lo echamos en cara, y no nos portamos muy bien, para ser sincera. Estábamos dolidas y nos metimos con ella, nos burlamos, la dejamos plantada y le dimos de lado alguna vez. Pero después nos dimos cuenta de que era él quien la manipulaba, que intentaba que pasara todo el tiempo con él. Entonces nos arrepentimos e intentamos acercarnos de nuevo, intentamos hacérselo ver, pero no funcionó. Probablemente ya no confiaba en nosotras, y, de hecho, ahí fue

cuando se alejó del todo. Todo esto me da mucha pena —continuó con la mirada entristecida—, pero la verdad es que no puedo decirle mucho más. Nunca hubiera esperado algo así, no hasta ese punto. Pero supongo que nadie se lo espera, ¿no es así? Y hay mucho hijo de puta por ahí suelto, y entonces, pues a alguien le toca la china y ya está.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—¿Que quedé con ella? Buf, probablemente cerca de un par de años. Una vez que nos cruzamos María y yo, que íbamos de tiendas, y nos tomamos un café juntas. Pero ya no teníamos nada que decirnos. Ese tema era tabú, no nos llevaba a ningún lado, pero a la vez estaba ahí, presente, y las tres lo sabíamos. Y hablar de otra cosa... pues como que cada una teníamos vidas muy diferentes. Ella en su casa, esperando a su maridito, porque no estaban casados pero como si lo estuvieran, y nosotras, pues bueno, ya sabe, con la vida de unas chicas normales, de nuestra edad... nuestros fines de semana, nuestras fiestas, nuestros líos... nada que ver.

Tras esto, fue a ver a María, que estaba en la biblioteca estudiando para las oposiciones e hizo un descanso para atenderla. El planteamiento fue exactamente el mismo que el de Irene. Ella tampoco había visto a Sara desde aquel café y no aportó nada nuevo.

Annika miró la agenda y suspiró. No era lo que andaba buscando. Lo que fuera que se había cocido en la vida de Sara, si es que había algo más allá de la relación con Álvaro, había tenido que ser en los últimos meses. Aún le quedaba un nombre, pero casi era la hora del almuerzo. Pensó en las opciones. Podría irse a casa y así estar con Wolf un rato, pero no parecía buena idea. Llevaba toda la mañana fuera. Mejor parar en la oficina un poco, dejarse ver. Quizá aún no habían salido los demás a comer para cuando llegara y podía repetir lo del día anterior. Quizá hoy también se metieran con el jefe, se dijo sonriendo.

Al llegar vio que estaban justo saliendo.

—¿Qué, otra vez pizza? —les dijo a modo de saludo.

—No, hoy toca chino. ¿qué pasa, te apuntas o qué? —contestó Jesús.

—Mmmm, mejor aún. Déjame que suelte unas cosas en el escritorio y me sumo a vosotros.

Ya en la comida, mientras esperaban a que les trajeran el menú especial para cinco personas, Jesús le preguntó por la chica de Badajoz.

—Ya he visto que has andado toda la mañana fuera, supongo que de vuelta

a ese caso de trata que estabas rastreando. ¿Te fue útil la información que te di?

Annika se le quedó mirando. Había estado tan inmersa en la investigación extraoficial sobre Sara, que se había olvidado por completo de volver a llamar al compañero de Badajoz. Y mientras tanto, Bruno esperando su llamada, recordó sintiendo una punzada de culpabilidad.

—Eh... no, bueno, quiero decir, claro que sí, solo que parece que no tiene que ver con el negocio de trata. La mujer que murió era española y el forense ha determinado que la causa fue que ingirió demasiados tranquilizantes. De todas formas, es extraño que haya pasado justo en el lugar que estábamos investigando —añadió.

—La verdad es que sí que es casualidad. Pero piensa que un suicidio no es algo tan inusual, más si es en un entorno como ese. Probablemente se sintió desesperada y no encontró ningún otro camino a seguir.

—Sí, probablemente —asintió Annika, mientras se recordaba mentalmente llamar a Badajoz en cuanto regresara a la oficina.

Una vez de vuelta, fue lo primero que hizo y esta vez sí dio con la persona del día anterior.

—Disculpa que vuelva a llamarte, pero es que, verás, en el estudio que estoy haciendo tengo identificadas varias personas y necesitaba saber si la mujer fallecida es una de ellas. Cuando hablamos ayer se me olvidó preguntarte por su nombre —sabía que no sonaba muy profesional, pero no se le ocurrió una excusa mejor, impaciente como estaba por enmendar su descuido.

—Um, claro, ahora mismo te lo digo. Pero te repito que era española, y que no creo por tanto que tuviera nada que ver con eso. A esta mujer se la conocía en Badajoz por llevar muchos años dedicándose a la prostitución. Parece ser que desde hacía tiempo no ejercía, o al menos no con la asiduidad de antes. Seguramente lo hacía cuando tenía más apuros económicos, y en el club le seguían reservando una habitación cuando esa situación se daba. Déjame mirarlo... —tras unos segundos, el policía volvió al teléfono—. Su nombre era Patricia Santos Bravo.

—Gracias, muchísimas gracias. Era todo cuanto necesitaba saber. Adiós.

—No hay de qué, que tengas buena tarde —se despidió el policía.

Annika reflexionó. Entonces coincidía. La mujer que había alertado a Bruno era la misma que había aparecido muerta horas después. Aquello empezaba a sonar muy raro. Sin pensárselo dos veces, marcó el número del periodista, que ya estaba comenzando a memorizar.

—Buenas tardes, Bruno —saludó con tono grave.

—Hola, Annika, por fin. No quería llamarte pero sigo muy preocupado. ¿Sabes ya algo?

—Sí, hasta ahora no he podido localizar al policía en cuestión —se excusó—. Pero tengo que decirte que me ha confirmado que la mujer fallecida responde al nombre de Patricia. Patricia Santos Bravo —repitió, tal como le habían dicho a ella hacía solo un minuto.

No obtuvo respuesta. Al otro lado no se oía más que el silencio.

—¿Bruno? Bruno, ¿estás ahí?

—Sí. Sí, estoy aquí. Oye, esto no me gusta nada. Y... hay algo que quiero contarte. ¿Podemos quedar en alguna parte?

A Annika le cogió por sorpresa.

—Está bien, pero aún estoy en horario laboral. ¿Te viene bien como a las ocho?

—Claro, no hay problema, estaré donde tú me digas.

—De acuerdo, ¿sabes el parque que hay al final de la calle Santa Eulalia?

—¿El de los enamorados? —preguntó Bruno a su vez.

—Sí, ese —se sonrojó sin saber muy bien por qué. «Vaya nombre para un parque», pensó incómoda—. Estaré por ahí paseando al perro —añadió, para despejar toda duda que el nombre del lugar pudiera haber sugerido.

—De acuerdo, ahí nos vemos. *Ciao*.

Después de la conversación, Annika se concentró en los avances de la mañana. Aunque decir avances sería pretencioso. Las dos entrevistas lo único que habían hecho era confirmar el carácter posesivo de Álvaro, que había ido empobreciendo la vida de Sara hasta crearle una burbuja en la que solo tenían cabida ambos. Pensó en Lourdes. Era la referencia que le quedaba. Después de ella no tenía más hilos de donde tirar, al menos hasta el lunes por la tarde, cuando se reuniría con el jefe de Sara. Ni Irene ni María se habían referido a esta tercera amiga. Parecía que en su día, habían sido las tres, Sara, Irene y María, las que habían sido inseparables. Hasta que Sara empezó a salir con Álvaro. Pero con Lourdes debía haber tenido otra conexión diferente. Decidió llamarla. La chica contestó enseguida, y quedó con ella al día siguiente. A

Annika no le importó que fuera sábado, al contrario, al no estar en jornada laboral no suscitaría recelos. Después de todo, ella en su tiempo libre podía hacer lo que le diera la gana.

* * *

Bruno se preparó para salir. Estaba siendo una semana digna de olvidar. Desde el día anterior, cuando supo lo de Julio y la duda sobre la muerte de Patricia le empezó a rondar, no había hecho más que preocuparse. Había dormido mal, despertándose varias veces en la noche soñando con el tipo que le había echado a patadas del club y con la cuchilla de Julio, y se había levantado tarde pero sin ánimos, pendiente del teléfono que no había sonado hasta pasado el mediodía.

De otro lado, Edu no había aparecido desde que se fue tras la comida del día anterior. Probablemente habría dormido en casa de Laura, y, según iba el día, quizá también hoy lo hiciera. Se preguntaba cuándo se decidiría a volver. Después de todo, tenía todas sus cosas en el piso. «Y muchas de las de Laura», pensó.

Cerró la puerta y se fue dando un paseo hasta el Parque de los Enamorados. Cruzando la plaza del Ayuntamiento y siguiendo por la arteria principal del centro, la calle Santa Eulalia, llegaría al parque en unos diez minutos. Decidió ir por allí, pues era la calle peatonal, de mayor afluencia, donde se encontraban la mayoría de los comercios. Si uno quería hacer vida social en Mérida, se tomaba algo en una de las terrazas de esta plaza, o se daba una vuelta por Santa Eulalia, y casi siempre encontraba a alguien conocido. Y, si no, siempre podía entretenerse mirando los escaparates de las tiendas de ropa. Claro que esa diversión estaba más hecha para Julio que para él.

Fue caminando distraídamente, parándose en un par de ocasiones a saludar a algún compañero. Aunque no llevaba mucho tiempo en la ciudad, el hecho de ser periodista le relacionaba con mucha gente, especialmente a través de las ruedas de prensa, donde se juntaban la mayoría de los de su gremio. Llegó al final de la calle, dejando a la izquierda los restos romanos de la conocida como Sala Decumanus, que recordaba que aquella calle, hoy llamada así en recuerdo de la patrona de la ciudad, fue también arteria principal, o *decumanus maximus*, de la ciudad romana, tantos siglos atrás. Se paró a mirar durante unos segundos a través del gran panel de cristal y continuó su camino.

Nunca se cansaba de observar todos aquellos vestigios de la ciudad, pruebas irrefutables de su rico pasado. Atravesó la Puerta de la Villa, plaza que antecedió a la entrada a Santa Eulalia y continuó recto por la Rambla de la Mártir, pasando por la estatua que representaba a esta y continuando hasta llegar al comienzo del parque.

Nada más acercarse, divisó a Annika acompañada de un enorme labrador. Ella lanzaba un palo que el perro le traía obediente. Se quedó observándola en la distancia, aprovechando que no se había percatado de su presencia. Annika le había hablado en la cena de la semana anterior de cuánto quería a ese perro, y lo cierto era que se les veía felices a ambos. Parecían estar divirtiéndose. A ella se la notaba relajada, sin ninguna preocupación mientras se concentraba en Wolf. Todo lo contrario que él en esos momentos. Casi sintió estropear la idílica imagen, pero había cosas que enfrentar en todo ese embrollo en el que ambos se habían metido. Se acercó.

—Hola, Annika.

—Ah, ¡hola! Mira, este es Wolf.

—Perdona que no le dé dos besos, no estoy acostumbrado a conocer a perros —bromeó.

Ella le miró y se echó a reír.

—Wolf, este tío es un maleducado. Pero no se lo tomes a mal, no es mala persona —siguió la broma, dirigiéndose al perro.

—Bueno, ya en serio, ¿qué es lo que teníamos que hablar? —inquirió sin más preámbulos.

—Creo que deberíamos sentarnos. ¿Qué tal si nos tomamos algo en la terraza del fondo del parque?

—Sí, buena idea, se acerca ya el mal tiempo. Quizá sea la última vez que podamos hacerlo por este año.

Una vez que se acomodaron y una camarera les trajo sendos refrescos, Bruno se dio cuenta de que no sabía por dónde empezar. Tenía un sentimiento que le recorría la espalda, que le indicaba que algo estaba mal, pero no sabía cómo definirlo. Así que decidió sincerarse, aun a expensas de la imagen de debilidad que podía dar.

—Mira, en realidad no sé qué pasa. Es solo que me siento intranquilo, no me gusta todo esto. Y no sé si estoy siendo un paranoico, pero necesitaba compartirlo. Esa chica está muerta y yo hablé con ella un rato antes. Y antes, justo antes, pasó algo. Igual no tiene nada que ver, o igual sí.

—¿Qué quieres decir con algo? ¿Qué es lo que no me has contado?

—No me diste la oportunidad, me contaste lo de la chica, y entonces todo se centró ahí —se excusó.

—Pero cuenta —pidió Annika impaciente.

Entonces Bruno le relató cómo aquel tipo le había descubierto intentando abrir una de las habitaciones y le había echado de allí de malas maneras.

Annika se quedó pensativa.

—Joder, Bruno —exclamó al fin.

—Lo sé, lo sé. He sido un estúpido, he infravalorado la situación. Pero era la primera vez que me metía en algo así. No me pasará nunca más. Es que yo aprendo por el método de ensayo y error —bromeó para intentar quitarle hierro al asunto.

Ella no contestó. Parecía concentrada en un punto en la distancia. A su lado, Wolf la observaba, tumbado. Al poco, volvió a hablar.

—Veamos. Creo que son dos cosas diferentes. Por un lado, tenemos a un matón que te pilla husmeando tras una puerta. Ahora probablemente imaginará que estás detrás de esto, y no es ninguna tontería, porque los delitos de este tipo tienen unas penas de prisión nada desdeñables. Y, por otro lado, está lo de esa chica. Se ha suicidado la misma noche que habló contigo, pero, sinceramente, no encuentro la conexión. Aun entendiendo que ese tipo la hubiera pillado hablando contigo, bueno, su cuerpo no presentaba ningún signo de violencia, así que no creo que le hiciera nada que le llevara a tomar una decisión de ese calibre. Sin duda podía meterse en problemas si la veían hablando contigo, pero... ¿hasta el punto de forzarla a quitarse la vida? No sé, Bruno, no lo veo.

—No sé. No me quedo tranquilo del todo.

—Sea como fuere —prosiguió—, es mejor que te alejes del caso. Es una pena, pero esto cambia las cosas.

—Pero...

—No hay peros. Tú ya no puedes volver a asomarte por allí. Así que no tenemos nada.

—¿Y el reportaje?

—Podrías divulgar un artículo hablando sobre la trata de personas. Qué es, cómo funciona, las cifras de las que podríamos estar hablando en Extremadura...

—Eso no tendría tirón. Sin pruebas no estaría destapando nada.

—Al menos se hablaría de ello —le recordó Annika.

—Sí, suponiendo que alguien quisiera publicarlo —contestó escéptico.

Tras la conversación, cada uno volvió a su casa. Annika dando un paseo con su perro, Bruno recorriendo Santa Eulalia en dirección inversa. Era ya de noche en Mérida y la ciudad parecía deshabitarse a esa hora. Llegó a la altura de la plaza del Ayuntamiento y, en lugar de atravesarla, giró a la izquierda para llegar antes a casa. Las calles ya estaban prácticamente desiertas y no le apetecía andar más. Seguía con la misma sensación de intranquilidad, que la oscuridad parecía acentuar.

El piso estaba vacío, ni Edu ni Julio andaban por allí. Ya había picado algo en la terraza, y no tenía ganas de televisión, así que se fue directo a su habitación y se sentó en el escritorio a reflexionar. ¿Todo el trabajo había sido en balde? Se negaba a tirar por la borda las horas de estudio. El tema era bueno. Y necesario. Tenía que ocurrírsele algo. Encendió el ordenador. Revisó algunos de los borradores que tenía. Cuanto más leía, más seguro estaba de que había que hacer algo. Quizá seguir la pista. Ir a otros clubs. Después de todo, las cifras hablaban de porcentajes muy altos de mujeres prostituidas como víctimas de trata. Decidió que seguiría investigando, y ya vería después a dónde le llevaba todo esto. Se acostó y esta vez se durmió casi al instante.

* * *

En aquel oscuro despacho todo parecía mucho más lúgubre esa noche. El hombre que acababa de llegar esperaba impaciente sentado en una de las sillas. Al fin, oyó pasos y se levantó para dirigirse al que entraba por la puerta.

—¿Pero qué has hecho? ¿Es que no tienes cabeza? Esto no es como tu país, ¡pedazo de animal! No puedes ir por ahí matando gente y quedar impune, ¿lo sabías? ¡Lo has puesto todo en peligro!

—De eso nada. Relájate un poquito. Te acabo de salvar el culo, deberías estar agradecido. Esa tía estaba dando demasiados problemas. Tarde o temprano acabaría por ir a la policía a contarlo todo y entonces sí que estaríais jodidos.

—Joder. Joder, joder, joder. ¿Y la solución era cargársela?

—Mira, chaval, yo soy un profesional. Nadie sospechará. Será solo una pobre desgraciada que se ha hartado de pastillas para poner fin a su asquerosa

vida. ¿Acaso crees que alguien va a prestarle atención? El suicidio es un tabú en mi país y aquí. Nadie quiere hablar de él. Hasta los periódicos omiten este tipo de noticias. Y si encima es de una puta, se tapará discretamente. Una autopsia superficial para confirmar las pastillas que se había metido y final de la historia. Más te valdría tratarme mejor. Estaba empeñada en averiguarlo todo y podía empezar a buscar respuestas en otro sitio. Ya te dije que no era de fiar, pero insististe con esa historia sin pies ni cabeza. A ti te parecía brillante, ¿verdad? Y para colmo ayer la vi hablando con aquel tipo que entró en el club a husmear.

El hombre se quedó pensativo unos momentos.

—¿Y si le dijo algo? ¿Has pensado en ello? ¿Y si ella ya le había contado algo a ese tipo?

—No, no. Ya me aseguré de ello primero. Ya sabes que a mí las chicas no me mienten. Saben a lo que se exponen —sonrió de forma siniestra—. No había dicho nada a nadie. Pero lo acabaría haciendo. Las mujeres son indomables, aunque al menos son previsibles.

—Está bien. Esperemos que todo quede aquí. Pero no vuelvas a hacer algo así sin mi permiso. Quiero saberlo todo. Si nos cogen, estamos todos bien jodidos. Así que quiero saber antes a lo que nos exponemos.

Val no contestó.

—Otra cosa. ¿Qué pasa con el tío ese, el que estuvo husmeando en el puti? ¿Qué coño quería?

—Pues no lo sé, pero lo voy a averiguar. Tuve una conversación seria con la chica por la que pagó. Parece que el muy idiota le dijo hasta su nombre. Creo que es la primera vez que lamento que no entiendan bien el idioma. Aun así, no me ha sido difícil dar con él. Está todo bajo control. Y, por cierto —añadió antes de marcharse, endureciendo el tono de voz—, que sea la última vez que te metes con mi país.

IX. Sábado, 22 de octubre

Annika se levantó, desayunó tranquilamente viendo las noticias y aprovechó la mañana para arreglar la casa. Los días se sucedían de forma vertiginosa y no encontraba tiempo para nada, de modo que cuando llegaba el fin de semana y miraba a su alrededor siempre encontraba tareas pendientes. Esa semana había sido especialmente caótica. Su mente había estado centrada en el trabajo y no había habido tiempo para más, de modo que dedicó la primera mitad de la mañana a estas cosas. Puso una lavadora, dejó en marcha el lavavajillas, pasó el aspirador y se fue a la ducha, pues había quedado con Lourdes a las doce en el domicilio de esta, no muy lejos de su propio apartamento. Se arregló y se puso en marcha.

Lourdes era profesora de baile. Vivía en una casa grande, de dos pisos. Había convertido la parte de abajo en un amplio salón acondicionado como escuela de baile. Allí era donde impartía las clases y en el piso superior tenía su propia vivienda, compartida con varios gatos que entraban y salían a su antojo.

Invitó a Annika a tomar asiento y le ofreció una infusión, que esta aceptó encantada, a la vez que introducía el tema que la había llevado allí, encauzando la conversación hacia su relación con la víctima.

Lourdes le contó que Sara había estado un tiempo asistiendo a sus clases en una época en la que había impartido un curso de danza oriental.

—A veces innovo un poco —le explicó—. La gente es bastante clásica en Mérida, quiere bailes de salón, y luego merengue, bachata y todo eso, pero el resto de cosas no suelen funcionar muy bien. A mí me gusta cambiar y aprender bailes nuevos, aunque es difícil poder ponerlos en práctica después. Como mucho, consigo hacer alguna actuación, exhibiciones y eso, no mucho más. Con lo de la danza oriental reuní un grupito de gente interesada, así que puse un curso en marcha, que por cierto funcionó bastante bien, pero una vez que acabó no hubo más inscripciones y no volví a hacerlo. A Sara le encantaba —siguió contándole—. Nunca había tomado clases, pero se quedaba rápidamente con la copla y aprendía deprisa. Era una buena alumna. Cuando acabó el curso no siguió, en parte porque los otros tipos de baile no le

llamaban tanto la atención, y en parte por otros motivos.

—¿Te refieres a que Álvaro se lo impidió? —le preguntó directamente Annika, que ya intuía a lo que se refería.

—Sí, digamos que no le hacía mucha gracia —respondió sorprendida.

—Pero hace mucho desde entonces y sin embargo su hermano me habló de ti.

—Bueno, la verdad es que nos hicimos muy amigas. Verá —Annika vio que le costaba seguir—, hace unos años, yo tuve una relación con un tipo muy posesivo. Lo pasé bastante mal, y, aunque me costó lo que nunca hubiera imaginado, conseguí romper el círculo y separarme de él. Cuando conocí a Sara supe que ella estaba pasando por lo mismo. Al principio lo negó, pero a medida que fuimos cogiendo confianza, yo empecé a ser como su referente, la persona en quien podía confiar y que sabía que la entendía. Tenía otras amigas —prosiguió Lourdes—. Pero cada vez que quedaba con ellas, la machacaban diciéndole que dejara a Álvaro. Yo sabía que eso solo servía para presionarla, que ella amaba a Álvaro y que solo le ponía las cosas más difíciles. La escuchaba y le hacía ver, poco a poco, que él no podía seguir comportándose así con ella. E intentaba que se alejara antes de que pasara algo peor —Lourdes se interrumpió para sacarse un pañuelo del bolsillo. A medida que había ido hablando, había empezado a quebrársele la voz y ahora estaba hipando a la vez que se sonaba.

—Imagino que debió de ser muy duro. Viviste todo el proceso y no pudiste hacer nada —dijo, afectuosamente, Annika.

—Sí, lo está siendo. Cada noche pienso que quizá pude haber hecho un poco más. Que tuve que haber sido más dura con ella, obligarla a dejarle y venirse a mi casa o a donde fuera con tal de estar lejos de él. Pero no me imaginaba algo así. Creía que ella estaba evolucionando, que estaba dejando de quererle y no faltaba mucho para que tomara la decisión sola. Ahora sé que no debí ser tan paciente.

—Entonces, ¿seguías quedando con ella? —quiso saber Annika.

—Sí, no nos veíamos mucho porque no quería darle explicaciones a Álvaro, pero hablábamos por teléfono, y de vez en cuando quedábamos, alguna tarde que él estaba con los amigos o algo así. Sara era una gran persona, solo que había perdido mucha seguridad en sí misma. Pero cuando tenía confianza con alguien era una chica muy agradable, incluso divertida. Y, sobre todo, buena persona —reiteró Lourdes, que no podía evitar seguir

sollozando mientras hablaba.

—Eso significa que tú eras, probablemente, la única en quien confiaba. Como seguro tú sabes mejor que nadie, se había distanciado de su familia y de sus amistades.

—Así es. Todo el mundo intentaba convencerla para que dejara a su pareja, y esto se juntaba con la presión del propio Álvaro para que se alejara de todos ellos. Y Álvaro siempre ganaba.

—Pero Sara tenía otra vida, aparte de su relación con Álvaro. Tenía un trabajo en el que parece que estaban bastante contentos con ella.

—Sí. Fui yo quien la convenció para que volviera a trabajar —señaló orgullosa—. Si no lo hubiera hecho, habría acabado de encerrarse. Eso le permitía completar una parte de sí misma que estaba abandonando. La satisfacción personal de contribuir en algo. Ella era metódica y perfeccionista, y estoy segura de que hacía bien su trabajo.

—Sin embargo, parece que no tenía mucha relación con sus compañeros.

—Claro, volvemos a lo mismo. Ya le digo que estaba muy encerrada en ella misma, que se había vuelto muy insegura.

Annika recapituló. Una vez más, todo giraba en torno a la relación de maltrato psicológico que Álvaro había ejercido sobre su pareja. Tampoco aquí parecía haber nada nuevo. Hizo un último intento.

—Antes dijiste que ella estaba dejando de quererle, que creías que le faltaba poco para tomar la decisión. ¿Por qué?

Lourdes se quedó callada un momento. Parecía estar debatiéndose internamente sobre algo.

—Verá... No sé si debo hablar de esto.

—Tranquila, todo lo que me cuentes es estrictamente confidencial. No saldrá de aquí. Pero es importante que lo hagas —le aseguró.

—Está bien. Hace unos meses, una de las últimas veces que quedamos, Sara me comentó que había conocido a alguien. Estaba radiante. Decía que se había dado cuenta de que podía haber más hombres aparte de Álvaro y que ya no le amaba como antes, que todo lo que habían pasado le había hecho desilusionarse. Y que entonces había aparecido esta persona y le había hecho sonreír de nuevo.

—Entonces, ¿tenía un amante? —Annika intentó contener su emoción.

—Bueno, yo no diría tanto. En realidad lo que sucedía era que había sido capaz de fijarse en alguien. Alguien la estaba cortejando y ella se estaba

dejando llevar. No había pasado nada, al menos, no entonces.

—¿Y qué ocurrió después?

—Pues no me contó muchos detalles. Solo sé que seguía viendo a esta persona, y cuanto más la veía, más segura estaba de que quería dejar a Álvaro, pero no se atrevía a plantearlo. Yo la animaba para que lo hiciera, aunque, en fin, no es la situación ideal, pasar de uno a otro. Creía que primero tenía que recuperar esa seguridad en sí misma, empezar de nuevo ella sola y después vendría todo lo demás. Pero ella no lo veía así.

—Luego parece que las cosas cambiaron, aunque no sé muy bien por qué —continuó—. La última vez que hablé con ella no vi nada de esa ilusión, al contrario, estaba mucho más nerviosa que de costumbre. Solo estuvimos un rato juntas, pero me di cuenta de que no se encontraba bien. Quizá era que estaba planteándose en serio hablar con Álvaro y eso la perturbaba, quizá que lo de ese hombre no era lo que ella había esperado, o quizá solo una bronca reciente.

—¿No le preguntaste?

—No. Siempre dejaba que fuera ella la que me contara cuando lo necesitaba. Si no, hablábamos de otras cosas. De música, de alguna película que hubiéramos visto, porque ella iba mucho al cine con Álvaro, o de cotilleos de la gente que ambas conocíamos, de las chicas que hicieron el curso de baile con ella. Yo le contaba anécdotas del trabajo y ella a mí. Las cosas normales —concluyó.

—Y ese día ella no estaba de humor para hablar de ese tema —adivinó Annika.

—No. Estaba nerviosa pero no parecía tener ganas de hablar de ello. Y yo eso siempre lo respetaba.

—¿Cuánto hace de eso, Lourdes?

—Pues algo así como un mes. O sea, unas tres semanas antes de su muerte —añadió solemne.

—Entiendo. Solo una última pregunta, Lourdes. ¿Qué crees que pasó esa noche?

La chica se quedó callada, sorprendida ante la pregunta. Después, se limpió las lágrimas con la manga de la camisa, pareció estar ponderando algo durante unos segundos, y habló con voz firme.

—Creo que Álvaro la mató. Creo que ella le dijo que iba a dejarle, o quizá él descubriera algo y entonces ella se lo contara todo.

—Gracias Lourdes. Muchas gracias por tu ayuda —Annika se levantó para irse—. Si en algún momento recuerdas algo más que creas que puede ayudar, algo que te dijera, o cualquier cosa que te resultase extraña, dímelo —sacó una tarjeta y escribió en el reverso—. Este es mi número personal. Llámame aquí, ¿de acuerdo?

Lourdes asintió, guardándose la tarjeta que le ofrecía, y la acompañó hasta la puerta.

* * *

Bruno comenzó el día con otros ánimos. Subió la persiana y vio que el sol brillaba ya en lo alto. Seguía solo en casa, pero veía las cosas con una perspectiva diferente a la de la noche anterior, en que el piso le había parecido triste y solitario. Tenía la casa para él. Abrió el balcón del salón para que se aireara y decidió desayunar fuera. No era muy espacioso pero sí lo suficiente para acoger una mesita y dos o tres sillas. En verano el sol pegaba demasiado fuerte para sentarse fuera durante el día, mientras que el invierno era demasiado frío, pero la temperatura esa mañana era perfecta. Se preparó unas tostadas, exprimió unas cuantas naranjas e hizo café. «Mejor que en un hotel», sonrió mientras lo colocaba todo.

Desayunó mirando hacia la calle. Algunas personas paseaban, aunque no había mucha afluencia.

Mérida era una ciudad de funcionariado. Durante los días laborables la población se duplicaba con las personas que acudían a trabajar en el gobierno regional. De hecho, la hora del día más concurrida era sin duda media mañana, cuando todos los funcionarios salían a los bares a tomarse la consabida tostada, que era, a su vez, la gran especialidad de Mérida según Bruno. Aún por las tardes, había movimiento, gente que se quedaba en Mérida de lunes a viernes, pero que volaba hacia sus pueblos o ciudades los días de descanso. Así que era solo el sábado y el domingo cuando la ciudad se mostraba como realmente era, cuando quedaban solo los emeritenses y algún otro que, como él, decidía pasar allí el fin de semana.

Tras acabar se quedó un rato con los ojos cerrados disfrutando de los rayos de sol que le daban en la cara, cual gozoso gato. De repente, sin saber por qué, le inundó una sensación de desasosiego y los abrió, justo a tiempo para ver que alguien se alejaba apresuradamente calle abajo, y la intranquilidad que se

había apoderado de él aumentó. Se levantó y recogió las cosas del desayuno. Después, puso música a todo volumen mientras arreglaba el salón, por el que el paso de la semana había hecho estragos sin que nadie hasta ahora pareciera haberse dado cuenta. Pero aquella sensación persistía.

Pensó en qué podría hacer el fin de semana. Con todo lo ocurrido ni siquiera se había enterado de que llegaba el sábado y no había hecho planes. Se acordó de su madre. Le había dicho que volvería a pasarse pronto por el pueblo y no había vuelto a hablar con ella. De hecho, era raro que ella tampoco le hubiera llamado. A veces, cansada de telefonarle ella siempre, simplemente esperaba a que él diera el primer paso. Y a veces tenía que esperar días hasta que lo hacía. Como había pasado justo ahora. Se sintió culpable y decidió ir a pasar allí el fin de semana. Podía estar en Montijo para la hora de comer y regresar el domingo. Sí, pensó que le sentaría bien tras tanto ajeteo. Llamó a su madre y le avisó de que llegaría para el almuerzo. Iría un rato antes y se pasaría por el bar, por si alguno de sus colegas andaba por allí para tomar una caña y ver así si había algún plan para la noche.

Tenía tiempo aún, no tardaba más de media hora en plantarse en el pueblo, y otro tanto en darse una ducha y coger las cuatro cosas que necesitara «y los *tuppers* vacíos para mamá», se apuntó mentalmente. Decidió conectarse un rato a Internet. Actualizó el estado de Facebook indicando que saldría para el pueblo, y abrió el correo para comprobar si tenía alguna novedad. Visto que gran parte de los mensajes que recibía eran propaganda, cada vez lo revisaba menos a menudo. Borró la mayoría, y de repente, le llamó la atención algo que ya había marcado para eliminar. El remitente era desconocido, pero en el asunto decía «Cuidado con lo que haces». Extrañado, lo abrió y leyó su contenido:

Te estamos vigilando. Búscate otro entretenimiento o dejarás de aburrirte para siempre.

Abrió el archivo adjunto, para descubrir con un estremecimiento que se trataba de una foto de la tarde anterior en la terraza junto a Annika.

Al mirar cuándo había sido enviado, comprobó que coincidía con la hora en la que había llegado a casa, poco después de despedirse de ella. Cerró el ordenador de golpe, angustiado.

* * *

Antonio se despidió una vez más con la mano de Celia, a quien su abuela aguantaba en brazos en la puerta mientras ella les miraba con sus grandes ojos. Arrancó el coche. Esta vez no había llorado, lo que solía hacer cuando les veía marcharse a los dos, aunque adorara a su abuela. Antonio pensó que parecía tener un sexto sentido que había detectado la seriedad que envolvía el ambiente. Una vez más, se admiró de la inteligencia de su pequeña. Miró a Violeta. Ella le devolvió una mirada de preocupación y de urgencia.

Habían esperado tres largos días para poder ir juntos a hacerse la prueba del VIH. Aunque Antonio trabajaba algunos sábados, aquel no le tocaba, de modo que tenía todo el día libre. Tenían cita en una oenegé encargada de hacer la prueba rápida, ya que no se veían con ánimos de esperar varios días los resultados en el hospital. En solo unos veinte minutos los obtendrían.

Llegaron a las dependencias de la organización en una callejuela trasera a la zona de tiendas de Badajoz, en el centro de la ciudad. Les atendió un chico muy amable, que les hizo pasar a una pequeña sala de espera. Se sentaron cogidos de la mano, mirando cada uno al frente sumidos en sus propios pensamientos.

—Antonio —fue ella quien puso en palabras lo que ambos habían pensado cientos de veces en aquellos días—, ¿qué pasará si los dos estamos infectados?

Antonio suspiró. Nombrarlo era aún más duro que torturarse pensándolo.

—Tendremos que empezar a tratarnos —contestó—. El sida ya no es como antes. Con el tratamiento adecuado podemos llevar una vida normal durante mucho tiempo. Y mientras tanto, quizá salga una solución. O quizá muramos antes de otra cosa —intentó bromear con una sonrisa forzada.

—Y Celia... —añadió ella, sin saber cómo seguir.

—Si eso pasara, habría que hacerle las pruebas también —a Antonio se le hizo un nudo en la garganta. Habían decidido dejarla al margen, pues había muchas posibilidades de que, después de todo, Julio se hubiera contagiado tras su última relación con él.

—Hay muchas niñas y niños que nacen de padres infectados pero no desarrollan el virus —apuntó ella—. He leído que si lo desarrollan mueren en el primer o segundo año de vida.

Antonio la miró aterrorizado.

—Lo que quiero decir —se explicó Violeta—, es que aun cuando los dos estemos infectados, hay muchas posibilidades de que ella no lo esté. De todas formas —siguió con gravedad tras una pausa—, si nosotrosuviéramos la enfermedad, me gustaría que Annika lo supiese y que ella pudiera quedarse con Celia.

Antonio se quedó estupefacto. Sabía de la fuerte amistad que unía a ambas mujeres, pero no creía que Annika estuviera preparada para cuidar a nadie.

—Eso lo hablaríamos si se diera el caso. Y no se va a dar —quiso concluir.

—Antonio, es la única solución. Tu madre está muy mayor y no podría hacerse cargo de criarla. Ya hemos hablado de esto más veces. Ya sabes cuánto me cuesta tener que dejarle la niña a diario, la carga que supone para ella aunque la quiera mucho y nunca se queje. Ella ya ha pasado su ciclo, ya ha criado su parte. Y ahora le toca responsabilizarse de nuevo de una niña pequeña, empezar otra vez, en lugar de poder dedicarse a ella por una vez en la vida.

—Sabes que mi madre está encantada. Ni que fuera la única abuela que cuida de su nieta —gruñó Antonio.

—Porque no hay otro remedio. En la situación actual no hay posibilidad de conciliar si los abuelos y abuelas no se implican. Conciliación para nosotros, sobrecarga y sobreesfuerzo para ellos. Lo que nos pasa a nosotros le pasa a la mayoría de las familias. Pero eso no significa que sea justo, ni que les corresponda. Lo hacen porque quieren a sus hijos e hijas, y claro, a sus nietos y nietas. Lo hacen por amor, pero les pasa factura. ¿No has oído hablar del síndrome de la abuela esclava? Hipertensión, taquicardias, depresión... y eso son solo algunos de los síntomas. ¿Eso quieres para tu madre?

—Además, tienes que pensar también en Celia —continuaba Violeta—. Tu madre tiene sesenta y ocho años. Para cuando nuestra hija cumpliera diez, sería ella la que estaría cuidando de su abuela. Ni tu madre podría disfrutar de lo que le queda de vida, ni Celia vivir su niñez y su adolescencia como una chica más.

Antonio se empezó a disgustar. No le gustaba nada pensar en aquello. Sabía que podía tener que afrontarlo, pero aún no. Y además, Annika. Esa chica introvertida e inaccesible que solo pensaba en su profesión y en arreglar el mundo. Bastante le sorprendía que fuera capaz de cuidar de su perro. Un perro era una gran responsabilidad, no digamos ya una niña. Ni se le pasaba por la cabeza. Iba a decirle todo eso cuando el chico que les había hecho entrar se asomó a la puerta.

—Disculpad la espera. Seguidme, por favor.

«Salvado por la campana», pensó, en parte contento de evitar la discusión. Al levantarse notó cómo el corazón le latía con fuerza en el pecho. Había llegado el momento. Dio un beso a Violeta en la frente y susurró: «Vamos».

* * *

Annika acabó de organizar la cocina y se sentó unos minutos en la terraza para reflexionar. El sol brillaba y Wolf ya hacía tiempo que estaba allí tumbado aprovechando cada rayo con expresión de felicidad. Con aquel buen tiempo hasta daba pena echarse a dormir la siesta, pero después de todo lo que había comido no pensaba salir a hacer ejercicio a esa hora.

Había llegado a casa y se había ido directamente a preparar algo de comer. Entre lo que había picado mientras elaboraba el guiso y el plato que se comió después, no podía más. Se había distraído escuchando la radio y concentrada en lo que hacía, pero ahora que había parado sus pensamientos volvieron al caso. La entrevista con Lourdes había sido agradable. Era una mujer muy interesante. Entendía que Sara se hubiera hecho su amiga cuando la había conocido en el salón de baile. Tenía que ser divertido dar clases con ella. «Si tuviera algo de tiempo me apuntaría yo misma», pensó. A veces era bueno hacer cosas diferentes, salir de la rutina. Nada como hacer un poco de ejercicio, divertirse aprendiendo algo nuevo, y, de paso, perder timidez. «Cuando acabe con estos dos casos que tengo entre manos, me lo plantearé en serio. Le preguntaré horarios y si alguno se adapta, probaré», se propuso a sí misma.

Después recordó lo que Lourdes le había contado: la teoría del amante parecía tomar fuerza. Pensó que era muy posible que hubiera sucedido lo que Lourdes temía. Probablemente Sara había comenzado algún tipo de relación con esa persona de la que le había hablado a su amiga. Quizá se había decidido a dejar a Álvaro. O quizá le había remordido la conciencia y le contó lo que había entre ella y esa otra persona. O, simplemente, él habría descubierto algo. Un mensaje, una conversación, una mentira desenmascarada, algo le había llevado a la pista de lo que estaba ocurriendo. Y entonces los celos habían podido con él. Sara era suya o de nadie. Y había tomado medidas para asegurarse de que así fuera.

Por otra parte, la pista sobre un posible idilio de Sara la había obtenido en

su oficina, en esa relación aparentemente inusual entre ella y su jefe, así que había bastantes posibilidades de que fuera él la persona en quien Sara se había fijado, aunque este no parecía muy ansioso por hablar del tema. Quizá se había refugiado en su trabajo para no sufrir por la muerte de Sara. Quizá, ahora que ya estaba muerta, había considerado que lo mejor era que nadie supiera lo que había pasado entre ellos. Además, ni siquiera sabía si este hombre estaba o no casado. Quizá tenía motivos de peso para intentar ocultarlo.

O quizá nunca hubiera pasado nada y simplemente Sara le había idealizado, algo bastante común en relaciones entre jefes y subordinados, y había visto en él la posibilidad de otra vida mejor que la que compartía con Álvaro.

De todas formas eran solo conjeturas. El lunes tendría oportunidad de conocerle, y estaba convencida de que eso le daría muchas pistas. Tanto si estaba más o menos receptivo para hablar, poder ponerle cara a todas las historias que circulaban le ayudaría a intuir si estaba en el camino correcto. Y seguía necesitando saber la verdad de lo que había llevado a Álvaro a acabar con la vida de la persona que tanto decía amar.

Acarició a Wolf y pensó que debería desconectar del trabajo. Tenía toda la tarde del sábado y el domingo por delante, y no tenía mucho sentido continuar dándole vueltas.

Pensó en Bruno. Hacía mucho que no conocía a alguien con quien se sintiera tan cómoda. Las pocas veces que había estado con él las horas se le habían pasado volando. Incluyendo la tarde anterior, aunque hubieran estado hablando de trabajo. Recordó cómo había metido la pata en el club y por un momento volvió a irritarse, pero le duró poco. Todo el mundo cometía errores. Ella había cometido muchos cuando había empezado a trabajar en la comisaría. Y aún lo hacía con frecuencia, se dijo acordándose de los traspies con Daniel y de lo poco hábil que solía ser, enfrentándose con él en lugar de saber llevarle a su terreno. Entendía bastante bien la psicología de las personas, pero después no sabía aprovechar esa ventaja, no sabía actuar en consecuencia. Le podía su determinación o su testarudez.

Decidió perdonar a Bruno. A fin de cuentas, había hecho un buen trabajo, y debían sacarle partido. Ya se vería. Igual que también se vería si coincidían o no alguna vez más. La noche anterior había sido bastante dura con él. Le había dado a entender que no había más que hacer en esa investigación, y por tanto esa brevísima relación profesional que habían iniciado no tenía sentido. Estaba furiosa por cómo él lo había estropeado. Ahora se arrepintió, pero el

daño ya estaba hecho.

Su mirada se detuvo en una pareja que paseaba con un carrito de bebé por la calle y se acordó de su querida Celia. Hasta que la vio por primera vez, siempre había pensado que los niños pequeños eran un incordio. No entendía a esas mujeres para las que todos los bebés eran preciosos y adorables. A ella le parecían feos, arrugados y ruidosos. Hasta que vio a Celia en brazos de su madre, con sus mismos ojos y una diminuta nariz que recordaba a la también pequeña y respingona nariz de Violeta. Y cuando Violeta le dijo que la cogiera, y ella, llena de torpeza y como si fuera la cosa más frágil y más valiosa del mundo, la rodeó con sus brazos mientras la niña sonreía, cambió para siempre su idea. Y comenzó a entender a todas las madres del mundo, para quienes su bebé era siempre el más bonito.

Pensó en cuánto habría crecido, pues hacía mucho que no les visitaba. Cuando iba siempre sentía una punzada de arrepentimiento por haber dejado pasar el tiempo, y verla, de repente, tan grande. Llamaría a Violeta y le propondría ir a pasar el domingo con ellos. Su amiga no solía tener muchos planes los fines de semana más que estar con Antonio y Celia, y, si es que los tenía, siempre estaba encantada de incluir a Annika en ellos. Llamó a su casa, pero nadie respondió. Estarían dando un paseo, que era lo más sensato que podía hacerse con tan buen tiempo, se dijo. Probó en el móvil y tampoco obtuvo respuesta, así que le dejó un mensaje en el contestador, recordándose intentarlo de nuevo más tarde. Mientras tanto, saldría ella misma a dar ese merecido paseo. Miró a Wolf, que se irguió rápidamente como si le hubiera leído el pensamiento.

* * *

Bruno se levantó de la cama. Se había tendido a echar una siesta, como solía hacer siempre que iba por Montijo, y se había quedado dormido a pesar de la preocupación. Esa cama era como un somnífero para él, con el que ni las amenazas podían. Al despertar estas regresaron a su cabeza. Para colmo, hasta su madre sabía que algo le ocurría. Estaba convencido de que ella tenía un radar que lo detectaba todo. Cualquier cambio en el ánimo de Bruno no pasaba desapercibido para Carla, a veces incluso antes que para él mismo. Y esto se lo había notado nada más llegar. Así que no había parado de hacerle preguntas para detectar cuál era el origen de su preocupación. Había

emprendido su particular sondeo por los temas económicos, insistiéndole en que si necesitaba dinero no tenía más que decírselo, y eso le había servido para volver con el tema de la biografía de su amiga. «Qué pesada puede llegar a ser», había pensado. Tan pesada que había acabado cediendo a hacerle una visita a aquella señora, de lo que se había arrepentido casi al instante. Después, una vez que quedó satisfecha con su promesa de acercarse con ella a casa de doña Paquita, Carla había seguido rastreando sobre lo que su olfato le indicaba que no estaba bien en su hijo. Amores, era el siguiente tema. Inició la conversación hablándole sutilmente de gente del pueblo. «Pues estos se van a casar, pues estos están enfadados y yo creo que se van a separar, pues Loli ha dejado al novio y ahora está guapísima, ¿te acuerdas de Loli, verdad? Te gustaba mucho en el instituto. Si sales esta noche igual la ves. Ah, que no te interesa Loli. Pues tendrías que verla, si antes te gustaba ahora te vas a quedar boquiabierto. ¿O es que no te interesa por otra razón? ¿Alguna amiga?»

Al final se dio por vencida con un enfurruñado «no me cuentas nada», sin otro objetivo que hacerle sentir culpable y tirarle de la lengua. Pero había resistido estoicamente. Hablarle de la movida en que se había metido a su madre le traería más problemas de los que ya tenía; y la preocupación añadida de saberla dándole vueltas sin dormir, cuando nada podía hacer ella al respecto.

Así que ahora tenía el compromiso de ir con su madre a ver a su amiga. «Planazo de fin de semana», refunfuñó mientras se levantaba y se dirigía al salón con la idea de tomar un café que le espabilara.

Allí le esperaba ella, que, lejos de haber olvidado su promesa, ya tenía todo organizado.

—Hola, *caro*, oye, he llamado a Paquita para contarle que iríamos a verla cuando a ella le viniera bien.

—Te ha faltado tiempo —gruñó mientras se metía en la cocina y buscaba la cafetera, preguntándose dónde estaría esta vez. Su madre había vuelto a cambiarlo todo de sitio.

—Pues claro, no eres el único que tiene planes, ¿sabes? —la escuchó decir desde el salón—. Igual si nos plantábamos en su casa sin llamar no le venía bien, y tendrías que volverte a Mérida sin verla.

«Qué pena», pensó, pero se cuidó de decirlo.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó en su lugar.

—Ah, pues que fuéramos esta tarde cuando te despertaras de la siesta y tomáramos la merienda allí. Que además tiene perrunillas recién hechas.

Bruno suspiró. Acababa de abrir el único estante que le quedaba por mirar y ahí estaba la cafetera. Volvió a cerrarlo y fue hacia el salón resignado. Sabía que no había nada que hacer.

* * *

Antonio y Violeta estaban de nuevo sentados en la salita a la que les condujeron al entrar. Ahora no hablaban. Solo miraban la hora, impacientes. Llevaban más de quince minutos contemplando cómo el segundero del reloj de pared se movía imparable, incansable, y a su vez demasiado lento. La tensión se reflejaba en sus caras. A veces, la espera podía ser la peor de las torturas. Sus futuros dependían de aquello: el resultado de esa prueba determinaría lo que sería de sus vidas desde ese momento en adelante.

Antonio repasó de nuevo la habitación. No se le olvidaría en la vida. Había memorizado los cuadros, las plantas, incluso las grietas de las paredes. Y, por supuesto, el reloj. Ese reloj que le había recordado el tiempo de su vida, el que había pasado y el que quería que siguiera pasando. El que había volado, demasiado deprisa, y el que, como ahora, se ralentizaba pareciendo no avanzar, pareciendo estancado en aquel momento para siempre. Pero todo llegaba y esto también llegaría.

Mientras, Violeta también pensaba. Su mente, como de costumbre, iba y venía a una velocidad vertiginosa. Una vez más, y ahora con mayor sensación de realidad que en los días anteriores, había explorado cada una de las posibilidades que podrían derivarse de los resultados que estaban por comunicarles. Si su marido estaba infectado y ella no. Cómo sería su vida a partir de ese momento. Cuánto tiempo más podría seguir disfrutando de Antonio, y, sobre todo, del Antonio que hasta ahora había conocido. Si sería capaz de poder con ello y seguir llevando una vida normal, una vida como hasta ahora. Si ambos estaban infectados. Si lo estaba también Celia. O, incluso, si ella lo estaba y Antonio no. Pensó en esto con un estremecimiento. Después de todo, había muchas formas de contagiarse. Ella no había mantenido relaciones de riesgo, no después de conocer a Antonio, pero ¿quién sabe? En realidad nunca se había hecho la prueba. Sabía que era muy improbable, pero se preguntó cómo reaccionaría Antonio si ella se hubiera

contagiado por una negligencia suya y les hubiera puesto en peligro a todos. Ella era quien siempre había soportado las pruebas que les había tocado afrontar como pareja, quien había cargado con la mayor parte de las responsabilidades, pero en realidad no sabía si Antonio sería capaz de hacer algo así por ella. ¿Y si hubiera sido al revés?, se preguntó. ¿Y si fuera ella la que hubiera tenido relaciones extramatrimoniales? Dudó mucho que, como en su caso, hubieran sido toleradas o aceptadas por él. ¿Y si alguien le hubiera contagiado a ella, y ella hubiera infectado a los dos? ¿Sería él capaz de perdonarla? ¿Y si ella estuviera infectada pero él no? ¿Cuidaría de ella y de la niña, pasaría él a cargar con la responsabilidad de mantener unida a la familia?

Finalmente la puerta se abrió y esta vez una mujer, la que les había tomado las pruebas, les pidió que la acompañaran. La siguieron hasta un despacho al otro lado del pasillo y se sentaron con nerviosismo cuando ella se lo indicó.

—No quiero demorar más vuestra angustia. Cuando alguien viene aquí, suele ser porque tiene bastantes sospechas de que puede estar contagiado. Y conozco bien el desasosiego de la espera, así que lo primero que quiero es tranquilizaros. La prueba ha dado negativo para ambos. Podéis celebrarlo: ninguno de los dos estáis infectados.

Fue como si la pesadilla hubiera terminado tan abruptamente como empezó. Antonio sintió que su vida volvía al lugar donde había quedado hacía casi una semana, y el suspiro de alivio de Violeta sonó tan alto que ella misma se echó a reír, presa del nerviosismo.

Después, la médica que les había recibido les dio una serie de recomendaciones y advertencias para que no volvieran a ponerse en peligro, así como algunas explicaciones sobre lo que suponía estar infectado, suponiendo que si estaban ahí era muy probable que tuvieran a alguien cercano en esa situación, y en todo caso, pensaba que siempre había que aprovechar la ocasión para intentar reducir el estigma de la enfermedad que habían de cargar quienes sí estaban contagiados.

Pero poco de esto pudieron retener ambos, que aguantaron pacientemente la charla mientras en sus mentes todo intentaba recolocarse nuevamente. Cuando acabó, dieron las gracias y se fueron mientras la mujer, consciente de lo que estaba pasando, sonreía al verles marchar.

Antonio miró a Violeta, que le abrazó y le besó. Aquello le había hecho recapacitar. Se había dado cuenta de cuánto había puesto en su relación, y de

que todo se podía haber derrumbado. Había sido más consciente que otras veces de la carga que estaba soportando y, aunque estaba feliz con su vida anterior, decidió que algunas cosas tenían que cambiar. Quería que la relación fuera más equilibrada, que Antonio se hiciera cargo de más cosas, y ella no se sintiera la responsable última de todo. Lo hablaría con él. Pero no era el momento. Después de lo que habían padecido los últimos días y del rato que acababan de pasar, sin duda uno de los peores de sus vidas, no tocaba discutir ni intentar cambiar cosas. Era el momento de festejar que volvían a tener un futuro lleno de salud.

—¿No crees que habría que celebrarlo? —le miró dichosa, una vez que acabaron de abrazarse.

—Totalmente de acuerdo. ¿Qué quieres hacer?

—Bueno, Celia está con tu madre, y ya la avisamos de que igual tardábamos en volver, así que quizá podemos aprovechar como en los viejos tiempos, por un día.

Antonio se rio. Adoraba a su pequeña pero el plan sonaba realmente bien. Y necesitaba liberar algo de aquel estrés, evadirse de responsabilidades por un día.

—¿Y qué hay de la abuela esclava y todo eso? ¿Ya se te olvidó? —se mofó risueño mientras la besaba.

—¡Pues claro que no! —se indignó ella—. Pero necesito un respiro después de lo que me has hecho pasar.

Él volvió a abrazarla. Tenía razón, y no quería que se enfadara.

—Era broma, me parece muy buena idea. Intentaremos que mi madre no tenga que pasar tanto tiempo haciéndose cargo de Celia. Pero hoy nos hará ese favor. Nos lo merecemos. Y tú te lo mereces aún más. Primero nos iremos de tiendas, hace mucho que no te compras nada para ti. Y una jefaza como tú tiene que vestir a la última —le guiñó un ojo—. Iremos a la tienda esa de ropa original que te gusta tanto. Y después de cañas por la Plaza Alta. Vamos a quemar Badajoz, como en los viejos tiempos, que ya ni me acuerdo de la última vez que cerramos algún bar.

* * *

Bruno y su madre se acomodaron en el salón de Paquita mientras esta traía el café y los dulces. Lo cierto era que tenían una pinta extraordinaria, y el café era

de puchero, como hacía mucho que no probaba. Disfrutó el momento mientras ellas se ponían al día de las últimas novedades.

Había muerto la hermana mayor de una señora del pueblo, que hasta hacía unos años solía ir de visita a pasar la Semana Santa y parte de los veranos, y ese fue el tema central de la conversación. Los recuerdos de los momentos que habían pasado con la señora, la familia que quedaba, la misa que se le dedicaría en el pueblo, la brevedad de la vida...

Después, ambas se callaron y Paquita miró a Bruno.

—Y a ti, ¿qué tal te va como periodista? Debe de ser una profesión apasionante.

—Bueno, yo no diría tanto. En realidad es más la imagen idealizada que lo que realmente es. Quizá para los corresponsales de guerra, la cosa sea más emocionante. Pero no se crea que aquí hay mucha acción.

La mirada de Paquita se ensombreció por unos segundos.

—Créeme querido, es mejor que sea así. La guerra tiene poco de apasionante y mucho de dolorosa. Yo lo sé bien, que he vivido más de una. Ojalá dejaran de existir esos corresponsales porque no hubiera más guerras que contar.

Bruno la miró de nuevo. ¿Más de una guerra? No parecía tan mayor. Hizo memoria. Por lo que su madre le había dicho, debía de tener algo más de ochenta años, aunque se conservaba bastante bien.

Le picó la curiosidad y se decidió a preguntar.

—Claro, la tomé por mucho más joven. Pero usted debió vivir la guerra civil española, ¿verdad?

—Sí, hijo, sí, yo ya era una mocita cuando todo aquello empezó. Pero ahórrate los cumplidos, hace mucho que ese calificativo dejó de valerme. Después de aquella, vinieron otras más. A veces siento que pareciera que las he ido buscando, me las he ido encontrando allá donde he ido. Otras veces, simplemente recuerdo que este mundo está lleno de horror, y hay muchos lugares donde la guerra aún existe. Si te mueves mucho, corres el riesgo de que te toque alguna. Que fue más o menos lo que a mí me pasó.

Bruno se sintió aún más intrigado. Le dirigió a su madre una mirada de «esto no me lo habías contado», que ella le devolvió con otra de «ya sabía yo que te interesaría», acompañada de una casi imperceptible sonrisa. Luego se sumó a la conversación.

—Hijo, aunque ahora su día a día sea más tranquilo, doña Paquita ha tenido

una vida llena de acción.

—Yo creo que a mi edad ya me tocaba —aseveró Paquita—. Cuando empezó la última guerra que me tocó vivir, tenía sesenta y cinco años. Entonces dije «ya está bien» e hice las maletas para retornar a España. No he vuelto a poner un pie en aquella tierra, y, por lo que siguió después, sin duda fue lo mejor que hice. Quiero vivir tranquila lo que me quede, y morir tranquila también. Aunque todavía me siento con fuerzas, tengo la despreocupación de tener ya mis asuntos en paz. Solo hay una cosa que no he hecho y me gustaría cumplir antes de irme.

Bruno esperó que prosiguiera, previendo lo que venía a continuación.

—Me gustaría que todo esto que he vivido quedara plasmado en alguna parte. Ignoro si servirá de algo, pero a lo largo de mi vida la experiencia me ha enseñado, una y otra vez, lo inútiles que son las guerras. Siento que si el mundo pudiera ver con mis ojos, si los que mandan pudieran entender todo lo que yo he ido entendiendo, ese horror dejaría de existir. Y solo se me ocurre una forma de hacerlo.

En ese momento, su madre se levantó.

—Disculpadme, he olvidado que tenía que acercarme a casa de Rosa antes de que salga a dar el paseo. Pero vosotros seguid charlando, no os preocupéis por mí —se excusó mientras daba un beso a su amiga, otro a su hijo y salía por la puerta.

—Adiós, Carla, gracias por venir, guapa —se despidió Paquita.

«Menuda encerrona», pensó Bruno, consciente de la jugada perfectamente planificada que acababa de hacerle su madre.

«Está bien», se dijo a sí mismo. «Veamos adónde nos lleva esto.» Y se acomodó en el sillón, dispuesto a escuchar la historia de aquella mujer.

Cuando Bruno salió de casa de Paquita, su visión había cambiado completamente. Esa señora que ahora estaba recluida en su casa en un pequeño pueblo extremeño, yendo a misa, preparando dulces y haciendo lo mismo que sus vecinas habían hecho durante la mayoría de sus vidas, había tenido una vida llena de emociones, aunque desde luego no parecía haber sido fácil. Se preguntó cuántas personas anónimas pasaban a otra vida sin un lugar en la historia. Cuántas mujeres, invisibles como Paquita, tenían tanto que contar y se iban sin haberlo hecho.

Casi sin darse cuenta, pasó de largo de camino hacia su casa y siguió andando a la vez que reflexionaba sobre todo aquello.

Paquita le había representado un breve esbozo de los lugares en los que había vivido y cómo la vida la había llevado a ellos, pero había ido guardándose sus secretos, abriendo sutilmente algunas puertas y dejándole cada vez más interesado pensando hacia dónde llevarían. Después, muy delicadamente, le había echado de allí. Había argüido que estaba cansada y querría echar una cabezadita en el sillón antes de que se acercara la hora de ir a misa, y se había despedido, sin decirle una sola palabra sobre su intención de que escribiera su historia para ella. Había preparado el terreno, lo había sembrado, y ahora parecía dispuesta a esperar a ver si Bruno se decidía. Por una parte eso le fastidió. «Estas señoras se creen todas más listas que yo, empezando por mi madre», se dijo. Pero, por otra parte, sabía que era lo mejor que podía haber hecho. Si se lo hubiera pedido, él se habría sentido presionado, y de hecho no sabía aún si quería hacerlo. Probablemente le hubiera contestado con evasivas, anteponiendo cualquier excusa. Pero sabía que había conseguido hacerle cambiar de actitud, que entendiera que aquella podía ser una buena historia y que podía aprender de ella. Aparte de ganarse un dinero, como su madre bien se había encargado de señalarle ya unas cuantas veces.

De otro lado, tenía tantas cosas en la cabeza que habría sido incapaz de tomar una decisión. En su mente aún rondaba la amenaza desconocida que viera por la mañana, y a la vez seguía preguntándose qué iba a pasar con Julio. Tenía demasiado en que pensar.

El paseo le había llevado hasta uno de los bares del pueblo. Se asomó para ver quién había y encontró a varios conocidos de su edad con quienes había compartido estudios, fiestas y alguna otra cosa más. Se paró a saludar, y al poco se sumó a ellos y se sentó a tomar algo en la barra. Era una buena forma de dejar de darle vueltas a la cabeza.

* * *

Carmen buscó el DVD de Pocoyó y se lo puso a la niña. Ya era el segundo que veía, y su hijo y Violeta aún no habían dado noticias. No quería llamarles, pero estaba cansada y comenzaba a sentirse intranquila. Le habían dicho que volverían lo antes posible, que tenían un asunto urgente que atender y no sabían

cuánto tiempo les llevaría, y ella les había contestado muy solícita, como siempre, que tardaran lo que hiciera falta, que daría de comer a la niña si no llegaban para el mediodía.

Pero ya era media tarde y seguían sin aparecer. Celia había comido, se había dormido la siesta y se notaba cada vez más agitada, seguramente aburrida ya de estar toda la tarde frente al televisor. Sabía que una niña como ella necesitaba más acción, pero no quería salir a pasear ante la idea de que aparecieran sus padres mientras, y se resistía a llamarles, pues no quería dar a entender que estaba presionándoles para que vinieran a recogerla, de modo que así iba discurriendo la tarde.

Se preguntó si habrían tenido algún problema. La verdad era que siempre que podían dedicaban su tiempo a la niña. No como los padres de algunas amigas suyas, que la mitad de los fines de semana les llevaban a los críos para irse de fiesta. En eso tenía suerte, se dijo. Violeta le dejaba la niña todos los días, pero era por motivos de trabajo. Las cosas estaban muy mal, ya no era como antes, los dos tenían que trabajar para sacar una familia adelante. O quizá fuera que los más jóvenes parecían necesitar más cosas. Antes se vivía con menos. Fuera como fuese, Antonio y Violeta querían a su pequeña y se ocupaban de ella como podían. En eso no podía quejarse. Entendía que incluso podía ser sano tener algo de tiempo para los dos solos de vez en cuando. Aun con todo, se sentía molesta. Al menos deberían haberla avisado de que tardarían en aparecer. Decidió que esperaría como máximo hasta las siete. Si para esa hora no habían llegado, llamaría preguntando si les había ocurrido algo.

* * *

Annika salió de la ducha, se vistió y fue a echar un vistazo al móvil. No lo había mirado desde hacía más de una hora, pero cuando lo cogió vio que Violeta aún no le había devuelto la llamada.

Quería saber si finalmente podría ir al día siguiente a Badajoz a verles, o tenía que pensar en un plan alternativo. Decidió volver a intentarlo y marcó de nuevo el número, que sabía de memoria desde hacía muchos años. El teléfono dio varios tonos de llamada, y finalmente alguien respondió. Era una voz masculina.

—¿Antonio? —preguntó extrañada, sin reconocer la voz pero no

entendiendo qué otra persona podía ser.

—¿Con quién hablo? —interrogó la voz a su vez.

—Soy Annika.

—*Anita*, ¿puede decirme dónde está llamando?

Annika miró el móvil, desconcertada. Sí, la pantalla le confirmaba que estaba llamando al teléfono de Violeta.

—Pues al móvil de Violeta, según me dice el mío. ¿Puedo saber con quién hablo? —inquirió, poniéndose a la defensiva.

—Disculpe, *Anita*, esta es una situación un poco complicada. ¿Dice que está llamando a Violeta? ¿Es usted familiar suyo?

Annika comenzó a inquietarse.

—Soy su mejor amiga. ¿Ha pasado algo?

—Ha habido un accidente. Violeta no puede ponerse y le agradecería que me ayudara a localizar a sus familiares.

* * *

Julio había tenido un fin de semana difícil.

Para empezar, aún no sabía si Edu y Bruno decidirían aceptarle o preferirían vivir en una casa libre de riesgos y tendría que hacer las maletas e irse de allí. Cuando se fue el viernes a pasar el fin de semana al pueblo, aún no se sabía nada de su compañero Edu. Parecía que no se lo había tomado nada bien. Supuso que había ido a contárselo a su novia y no tenía ni idea de cómo podría reaccionar ella.

En cambio, le había agradado la reacción de Bruno. Era la que más temía, pues era al que había puesto en peligro al no decirles la verdad desde un principio. Sin embargo, había sido comprensivo, le había abrazado cuando de alguna forma había sentido que estaba a punto de derrumbarse, y, aunque no se había pronunciado sobre si todavía estaba dispuesto a seguir compartiendo el piso con él, al menos no le había despreciado ni se había alejado como había hecho Edu.

Por lo demás, había decidido afrontar la situación con su familia. Había seguido lo que comenzaba a ser un ritual, desnudando su verdad frente a otros, solo que esta vez había sido aún mucho más duro, pues se trataba de su madre, su padre y su hermana pequeña. Odiaba tener que hacerles daño de esa manera, pero no tenía otra alternativa. Vivir en una mentira no lo era.

Así que había preparado una bolsa de viaje con algunas cosas y se había plantado en Villanueva de la Serena, el pueblo en el que se había criado, donde el resto de su familia seguía viviendo.

Había pasado un día entero desde que se sentaran en el salón y les contara lo que le ocurría, y su casa seguía pareciendo un funeral. Eso le hacía tener los ánimos por los suelos. Su madre no había parado de llorar y lamentarse, y su padre había entrado en un mutismo que no parecía tener fin. Incluso su hermana, que siempre le había apoyado, parecía ahora perdida, también sumida en el dolor.

La única buena noticia del día había sido la llamada de Antonio para decirle que se había hecho la prueba y que no estaba infectado, que imaginaba que querría saberlo. Julio se había alegrado de corazón. Además, era un peso que se quitaba de encima. La voz de Antonio reflejaba alivio y euforia al mismo tiempo, pero contenida de alguna forma, suponía que por deferencia hacia él, que no había tenido tanta suerte.

Intentó cambiar la perspectiva. Se dijo a sí mismo que ya había pasado la peor parte. Se lo había contado a todas las personas con las que había tenido relaciones, a sus compañeros de piso, y ahora, por fin, también a su familia. Ahora solo encontraba dolor, inculpaciones y desaprobación, pero aquello era una fase. Entendía que había que darle tiempo, y que se quedaría con quienes le quisieran lo suficiente para pasar por encima de los prejuicios y los reproches.

Comenzaría de nuevo. Se apoyaría en las personas que le aceptaran tal y como era, incluido el virus que llevaría en su cuerpo, probablemente para siempre, y se trataría para estar en la mejor forma posible y disfrutar las cosas que la vida pudiera ofrecerle. Esto le servía también como punto de inflexión para saber qué quería hacer con su vida. Sabía que, para conseguir lo que quería, tenía que marcarse unos objetivos, un proyecto de vida, un rumbo y perseguirlo con tenacidad. Ir tras aquello que supiera que le haría feliz y serlo en el camino. Se había dado cuenta de que en los últimos años se había dejado llevar. Lo que le supuso declarar públicamente su homosexualidad y no tener que ocultarse más tras tantos años de secretismo y vergüenza, le había liberado, y se había dejado arrastrar por esa euforia de su propia identidad. Había entrado en una dinámica en la que el orgullo de ser lo que era, y encontrar a otros como él que le amasen y a quien amar, se había vuelto el eje central de su vida. Y así habían pasado los años. Saliendo, conociendo a otras

personas, comenzando historias, acabándolas y volviendo a empezar, disfrutando de esa sensación de montaña rusa una y otra vez. El tiempo libre que le quedaba fuera del trabajo y de sus fiestas y amoríos lo dedicaba a la organización, donde hacía activismo por la causa, aparte de ser el lugar donde había conocido a muchos de sus chicos. Era una parte importante para él, contribuir a allanar el camino para los que vinieran detrás de él, o para los que hubieran sido menos valientes o lo hubieran tenido más difícil. Y, desde luego, para seguirse apoyando y arrojando, porque salir del armario no significaba no volverse a encontrar con más dificultades. Los prejuicios seguían patentes y a diario uno podía encontrarse con insultos, desprecios y discriminaciones. Era importante saber que había un lugar donde acudir cuando se sintiera bajo de autoestima, donde encontrarse y reconocerse.

Sin embargo, había algo que faltaba. Una parte de él se sentía vacío, por mucho que lo escondiera tras todas esas relaciones esporádicas. Pensó que igual era el momento de empezar a plantearse algún cambio en su vida, de atreverse a hacer las cosas con las que siempre había soñado. Después de todo, había que perseguir los sueños para alcanzarlos y no saber el tiempo del que dispondría era un buen motivo para empezar cuanto antes. Sonrió por primera vez en todo el fin de semana. Decidió buscar a su hermana y hablar con ella. Sabía que lo estaba pasando mal y quería transmitirle su optimismo para que entendiera que todo iba a estar bien.

* * *

Annika conducía de forma errática, presa de la ansiedad. Aceleraba porque quería llegar cuanto antes, pero se frenaba al comprobar la velocidad a la que iba. Sabía que no era bueno conducir en ese estado, pero no tenía otra opción, así que intentaba controlarse y centrarse en lo que estaba haciendo.

El hombre que había hablado con ella no había querido darle muchos detalles. Solo sabía que un accidente de tráfico había tenido lugar en las afueras de Badajoz, que Violeta estaba ahí y que se la llevaban para el hospital. No se tardaba menos de cuarenta minutos desde su casa en Mérida, de modo que su amiga ya estaría allí cuando ella llegara.

Cómo había podido pasar, la gravedad del accidente, si la niña y Antonio estaban con ella o no, todo constituía un misterio. Y ella tenía un nudo en el estómago y un embotamiento en la cabeza que le impedía pensar con claridad.

Aunque no viera mucho a Violeta, para ella era como su familia, la única que tenía. Desde que se conocieron en el centro de acogida de menores donde ambas habían pasado parte de su infancia y su adolescencia, no se habían separado. Cuando el resto de niños y niñas del centro se iban con su familia los fines de semana y las vacaciones, ellas se quedaban allí, sin nadie a quien ir a ver, sin nadie que fuera a recogerlas.

Quienes estaban en ese centro tenían circunstancias especiales por las que sus familias no podían hacerse cargo de ellos, que muchas veces eran solo temporales, y aún en el caso de que no lo fueran, quien más y quien menos tenía una madre, una abuela, o unos tíos con los que pasar los días festivos. Eran pocos los que, como ellas, no tenían a nadie, así que la una se había convertido en la familia de la otra. Habían sido amigas, hermanas, confidentes, incluso madre y padre, protegiéndose y aconsejándose cuando había hecho falta.

En un entorno a veces complicado, más vulnerable que otros, en el que a muchos niños y niñas, por la situación sufrida en familias desestructuradas, les costaba adaptarse a la sociedad y a menudo arrastraban a otros, ellas, gracias al apoyo mutuo, se habían mantenido al margen de algunos de los riesgos que veían de cerca, y se habían responsabilizado de sus vidas muy pronto. Así habían pasado los años juntas, en el colegio, en el instituto, o cuando ambas habían decidido abandonar el centro y habían conseguido que les permitieran vivir en un piso. Compartieron su libertad, su independencia, y poco a poco, cada una había dirigido su vida en un sentido, los estudios, la profesión, llegó Antonio para quedarse, luego Fernando, que compartió durante un tiempo la vida con Annika, más tarde Celia, cada cual sumándose por un lado a ese núcleo que ellas habían creado, sin romperlo, aunque alejándolas, incluso físicamente, cuando Violeta se fue a vivir a Badajoz. Pero el vínculo se mantenía, imperecedero. Como en cualquier familia, aunque se vieran poco sabían que seguían ahí. Y que en los momentos importantes nunca fallarían, que podrían contar la una con la otra como siempre había sido.

Ahora ella sentía terror temiendo que algo grave le podía haber ocurrido a Violeta y la angustia le oprimía el pecho, mientras alternaba la mirada entre la carretera, el reloj y la velocidad, ansiando llegar, ansiando saber.

Comenzó a ver Badajoz. Echó cuentas. Con la hora que era, perdería mucho tiempo metiéndose por el centro. El hospital estaba justo al lado opuesto, casi en la frontera con Portugal. Siguió por la autovía, y en la última salida antes de

entrar en el país vecino, tomó la rotonda. Otras cuatro rotondas más atravesando la avenida y ya vio el hospital. Era tarde de visitas y había muchos coches. Al fin encontró un aparcamiento y salió corriendo del automóvil.

* * *

Annika llegó al mostrador y preguntó por Violeta.

El recepcionista, tras pedirle su identificación, le dijo que hacía una media hora habían ingresado las víctimas de un accidente de tráfico, al parecer en estado de gravedad. Consultó y le indicó una sala de espera en la que debía aguardar hasta que vinieran a informarle. Allí se encontró con Carmen, la madre de Antonio.

—Carmen, ¿qué ha pasado? —exclamó nada más verla.

La señora estaba tan nerviosa que a Annika a su lado se la veía sosegada. Parecía incapaz de hablar. Se apiadó de ella y la abrazó.

—Se fueron por la mañana —dijo al fin.

—¿Quiénes? ¿Los tres? —A Annika le temblaba la voz.

—Antonio y ella. Me dejaron a la niña y comentaron que tenían que hacer algo importante.

Annika intentó procesar la información. Celia estaba a salvo. De camino al hospital, había barajado todas las opciones, y le espantaba pensar que a la niña pudiera haberle pasado algo. Pero entonces Antonio sí estaba con ella. Y sin embargo, el hombre que contestó al teléfono le había pedido a ella información sobre los familiares. Eso no era buena señal.

—¿Qué más sabes, Carmen? —la animó a seguir.

—Estuve todo el día esperándoles y no venían. Di de comer a Celia, y luego, cuando se levantó de la siesta, estuve entreteniéndola con sus dibujos... Yo estaba preocupada, pero pensé que serían cosas más... No llamaban ni acababan de venir... Y pensar que me enfadé con ellos por no hacerlo... por egoístas...

La mujer se quebró y comenzó a llorar. Annika esperó, sin saber qué hacer. Tras unos segundos, se recompuso y prosiguió.

—Hace como media hora me llamaron y me dijeron que habían tenido un accidente y que viniera para acá. Dejé a la niña con la vecina, no podía hacer otra cosa, ya sabes que vivo sola, y cogí un taxi. Y desde que llegué me tienen

aquí, sin saber...

Annika trató de serenarla, asegurando que no debía preocuparse por Celia, que estaría bien. Que en cuanto todo eso acabara ella misma la acercaría a casa. Carmen asintió y se volvió a sentar. Ambas mujeres continuaron la espera, hasta que, finalmente tras lo que pareció una eternidad, una médica se les acercó.

—¿Son los familiares de Violeta Nevado y Antonio Solera?

—Sí, somos nosotras —confirmó Annika impaciente.

La mujer la miró dos veces, dudando ante su color de piel, pero se abstuvo de hacer ningún comentario. Asintió y les pidió que la acompañaran.

Entraron en un despacho. Allí, les miró con franqueza y comenzó a hablar.

—Violeta y Antonio han sufrido un grave accidente de tráfico. Desconocemos aún las causas, pero la colisión ha sido muy fuerte y los servicios del 112 se han encontrado con una situación complicada. Antonio está siendo intervenido en estos momentos y su estado es muy delicado. Ha sufrido importantes lesiones, pero hasta que no concluya la operación, que me temo durará varias horas, no podremos darles más detalles. En cuanto a Violeta... —la mujer se interrumpió y, tras inspirar hondo, continuó—. Siento decirles que no ha podido hacerse nada.

Annika encajó el golpe sin una sola reacción.

A continuación, hizo todo lo que se suponía que había que hacer. Preguntó, hizo lo posible por consolar a Carmen, que lloraba incesantemente, regresó con ella a la sala de espera, siguió esperando. Desde fuera, se diría que controlaba la situación, que estaba actuando de forma serena y reflexiva.

Pero no era capaz de procesarlo. Una sensación de irrealidad la envolvía. Entendía lo que le habían dicho y sin embargo no podía creerlo. Antonio entre la vida y la muerte. Violeta muerta. Violeta, muerta. Muerta. Se lo repetía a sí misma una y otra vez, pero seguía sin asumirlo. La doctora les había referido los detalles del accidente, cómo el vehículo que Antonio conducía se había salido incomprensiblemente de la carretera, derrapando, cruzando el arcén y colisionando frontalmente con una gran encina a las afueras de Badajoz. La única explicación parecía ser que el conductor hubiera perdido el control, debido a una distracción, a los posibles efectos del alcohol o a cualquier otra causa que le hubiera hecho descuidar la atención al volante. Supo también por la misma facultativa cómo la parte derecha del vehículo era la que más daño había sufrido, de forma que el espacio del copiloto había quedado destrozado,

y con él, el cuerpo de Violeta, que no lo había resistido. Una conductora que había presenciado todo había llamado al 112 y estos habían acudido en tan solo unos minutos, pero no habían podido hacer nada por ella.

Asimismo, la mujer les explicó que el hecho de que los servicios de emergencia hubieran acudido con tal prontitud les hacía sentir esperanzas por salvar la vida de Antonio, puesto que dentro de la «hora de oro», ese intervalo de tiempo que se extendía desde el momento del accidente hasta los sesenta minutos posteriores, la atención sanitaria había sido rápida y eficaz, de modo que antes de que esta primera hora finalizase, Antonio ya había sido extraído del coche, trasladado al hospital y comenzado a intervenir. Que, sin embargo, todo indicaba que había sufrido lesiones de extrema gravedad, y solo el tiempo y los resultados de la intervención podrían indicarles si habían sido irreversibles y si ocasionarían o no la muerte del paciente.

En sus años patrullando las calles, antes de pasar a especializarse en lo que ahora le ocupaba, Annika había vivido más o menos de cerca varios accidentes de tráfico, y había contemplado el sufrimiento de las personas queridas, los estragos que causaban. Sabía que eran el principal peligro y causa de muerte de jóvenes en España. Que cada año, miles de familias eran golpeadas por este drama. Y que, sin embargo, la mayoría no se lo tomaba lo suficientemente en serio, que cometía imprudencias, traspasaba los límites de velocidad, se ponían en peligro a sí mismos y al resto de conductores y no percibían el alto coste que podían tener. Esa tragedia que tantas veces había visto en otros, pero que, a pesar de todo, le parecía lejana, de repente le había golpeado también a ella, también a su familia. Y no podía hacer nada. No podía hacer nada más que llorar la muerte de Violeta. Y no era capaz de llorar.

X. Domingo, 23 de octubre

Bruno se despertó temprano.

El día anterior había vuelto al bar a tomar algo tras cenar con su madre, pero regresó a casa poco después de la una.

Había seguido pensando en los últimos acontecimientos. Hasta ahora había puesto como excusa la investigación sobre la explotación de mujeres para no dejarse convencer por su madre sobre el encargo de su amiga Paquita, pero lo cierto era que ya no sabía hacia dónde iba esa investigación.

Annika le había instado a dejarla al saber que le habían descubierto husmeando. Al principio, a pesar del miedo que había pasado aquella noche en el club, y de que todavía le dolieran algunas de las contusiones, había creído que no era para tanto, y que podría encontrar la forma de seguir adelante. Pero después llegó aquella amenaza. ¿Quién podía tener su correo electrónico? De acuerdo, buscando en Internet no debía de ser difícil localizarlo. Su dirección aparecía en su blog personal, y quién sabe en cuántos sitios más. Pero lo que estaba claro era que alguien se había preocupado de buscarlo. Y de algo más que eso. Le estaban vigilando. La foto con Annika y ese alguien que había visto alejarse desde su balcón así se lo demostraban. Algo le decía que aquella persona le había estado observando mientras desayunaba tranquilamente al sol, ajeno a todo. Quién sabía si le estarían vigilando aún, se dijo con un escalofrío.

Y luego estaba Patricia. El suicidio parecía la única salida posible cuando no queda ninguna esperanza. No sabía qué le había llevado a hacerlo, pero esa chica estaba sumergida en ese mundo hasta el fondo. Ella misma le había advertido de lo peligroso que era, y, justo ese mismo día, se había quitado la vida. La señal no podía ser más clara, no era un mundo en el que ir a meter la cabeza.

Pero entonces se acordó de la chica de aquella habitación. Alma. Le había prometido que la ayudaría. ¿Un correo electrónico intimidatorio bastaba para incumplir su promesa? Pensó en cómo habría sido la vida de esa joven en los días que habían pasado desde su visita. Probablemente había seguido siendo usada, quién sabe por cuántos hombres, y habrían seguido pegándole si se

atreví a protestar. Su indignación crecía a medida que iba siendo consciente de ello. Pensó en cuántas más como ella había en España, en el mundo. En cuántas más tenían encerradas esos hombres tras los que Annika iba, esa red que ella quería desenmascarar. Tenía que hacer algo. Aún no sabía qué, pero algo. Y, después de todo, ¿qué podían hacerle esos hombres? Él no era como ellas. No era una persona indefensa, desprotegida, invisible. Era un ciudadano español, con su DNI, con su residencia, con su familia. «Esos cobardes se aprovechan de quienes menos oportunidades tienen. Pero hacerme algo a mí les pondría en peligro a ellos mismos.»

Siguió cavilando sin saber por dónde seguir, hasta que la frustración y el hambre le hicieron cambiar de ocupación y decidió ir a desayunar.

Aunque era pronto aún, su madre ya hacía rato que estaba levantada. La casa estaba recién fregada y se oía ruido en la cocina. Fue hacia allá y la encontró ocupada adobando carne de cerdo.

—¿Qué haces cocinando tan temprano? —dijo besándole la mejilla.

—*Buongiorno, figliolo* —a su madre le gustaba hablarle en italiano de vez en cuando—. Pues mira, así me queda después toda la mañana libre para estar contigo y para dar un paseíto con las amigas. O contigo, si te animas —sonrió.

—Uy, uy, déjame tomar un café antes de nada.

—Está hecho y mira, he traído churros, date prisa que deben estar calentitos todavía.

Bruno se sirvió el café y se sentó en la mesa de la cocina, donde los churros seguían en su papel de estraza, deliciosamente grasiento y tibio aún.

—Entonces, ¿qué tal con Paquita, qué te pareció, has pensado algo? Ayer no me contaste nada.

—Pero, mamá, esto es juego sucio. No se puede atacar antes del primer café —bromeó él, que sabía que su madre se había quedado con ganas de preguntarle la noche anterior.

—Qué tonto estás. Bueno, pues nada, cuando tú lo consideres, si quieres, me cuentas —exclamó ella, fingiendo una indignación que no sentía.

Bruno mordió uno de los churros y le contestó.

—Pues si ya sabes lo que te voy a decir. Que tenías razón y que la prejuzgué. Pero querías oírlo, ¿a que sí?

—Es que deberías fiarte más de tu madre.

—Ya, y anda que tú me ibas a contar algo de todas esas guerras, qué calladito te lo tenías.

—Hijo, yo no soy quién para hablar de la vida de nadie. Cada cual decide lo que cuenta de su vida y cuándo. Era ella la que te tenía que contar lo que quisiera. Ya sabes que no soy nada cotilla.

Bruno la miró y se abstuvo de decir lo que pensaba. Quería a su madre más que a nadie en el mundo, pero sabía que no se caracterizaba precisamente por su discreción.

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Le vas a escribir ese libro?

—Pues la verdad es que no me lo pidió.

—Ah, ¿no? —se sorprendió ella—. Pues no veas lo que me ha insistido a mí con lo que le gustaría poder ver su vida en papel antes de morir, y con que tú eras la persona indicada para escribirlo. Ya es raro.

—En realidad creo que su estrategia fue otra. Hizo que me picara la curiosidad, que fuera a mí a quien le entraran ganas de escribirlo, y después de dejarme intrigado con sus historias, me dijo que era hora de echarse una cabezadita y me despidió.

Su madre se echó a reír.

—Sí, eso es típico de Paquita. Qué mujer más lista. ¿Y qué, funcionó?

A Bruno le costaba reconocer que sí.

—Bueno, pues la verdad es que ya te he dicho que cambié de opinión. Ya no lo veo como algo soporífero que solo haría como último recurso.

Su madre se le quedó mirando con reprobación. No le había llegado a decir que le aburriera tanto. Él se dio cuenta y añadió:

—Mamá, qué quieres, sentarme a la mesa de camilla de una mujer de más de ochenta años a escuchar sus batallitas, no es que esté entre mis aficiones predilectas.

—Ay, hijo, cuántos prejuicios hacia la gente mayor. Con lo que se puede aprender de ella. Pero ya has comprobado por ti mismo que es la mejor manera de entender las cosas.

—Bueno, entonces —prosiguió—, hoy me pasaré por allí y le diré que te ha gustado mucho hablar con ella y estás dispuesto a redactar su biografía. Y negociaré las condiciones, ya verás, voy a ser tu *manager* —determinó orgullosa.

—Quieta, quieta, no tan deprisa —exclamó Bruno—. He dicho que he cambiado de opinión sobre ella, no que quiera escribir el libro.

—Pues no entiendo nada —se quejó Carla, que ya se había hecho a la idea y le disgustaba tener que dar marcha atrás.

—A ver, mamá, tengo muchas cosas en la cabeza, ¿sabes? Está esa otra investigación que aún no he terminado...

—De la que aún no me has hablado, más que para decirme que de momento no te han pagado nada por ella. ¿O ya lo han hecho?

—Pues no —admitió—. Las cosas no funcionan exactamente así. Primero hay que hacer algo bien hecho y después, colocarlo. Es entonces cuando te pagan.

—Esto está muy bien, pero, ¿qué pasa si no lo colocas? Sabes perfectamente que no es un trabajo bien hecho lo único que cuenta, por desgracia. Tú mismo me has explicado cómo funcionan los intereses de los medios.

Bruno gruñó. Detestaba que su madre utilizara contra él sus propios argumentos. Le dejaba sin nada que rebatir.

—Mira, hijo, vamos a hacer una cosa. Voy a hablar con Paquita, y tú puedes empezar su historia y al mismo tiempo seguir con esa otra tuya. Sé que eres capaz de llevar dos cosas a la vez. Y, de paso, ingresarás algo de dinero, porque estoy segura de que estará dispuesta a darte un anticipo si te comprometes a hacerlo.

No añadieron nada más. Bruno sabía que no tenía mucho sentido, pues su madre siempre se salía con la suya. Y, por otra parte, no era mala idea. Al contrario, sacarse un dinero extra le vendría muy bien. Mientras, seguiría pensando cómo destapar a la mafia que había detrás de aquel club de alterne.

* * *

Aún seguía Bruno en su casa, tumbado en el sofá haciendo *zapping*, cuando regresó su madre con cara de satisfacción.

—¿Qué te he dicho? ¡La mejor *manager* del mundo! —exclamó ufana.

A Bruno le entró la risa.

—Anda, cuéntame en qué habéis quedado.

—Te explico cómo lo haremos —le dijo mientras se sentaba en el sofá junto a él, que se incorporó para hacerle un hueco—. Irás un par de veces por semana. Por las tardes, que es cuando a ella le viene mejor, que por las mañanas siempre hay muchas cosas que hacer, a partir de las cinco más o menos, después de siesta. Ella te irá contando desde el principio, y tú prepararás un primer borrador de su historia. Cuando lo acabes, se lo leerás y

entre los dos matizaréis todo. He pensado que igual deberías grabarla mientras habla, para que no se te escape nada, que a veces tienes muy mala memoria para lo joven que eres. Bueno, pero eso ya te dejo a ti que lo hagas a tu manera, que eres el profesional.

—Menos mal —sonrió Bruno, algo irónico.

—No importa lo que tardéis, siempre que sea razonable, claro. Que ya sabes que ella es muy mayor y tampoco hay que eternizarse. Cuanto antes lo acabéis, antes quedará tranquila la mujer. Y con un poco de suerte, podrá verlo publicado y disfrutar de los beneficios de las ventas.

—Sí, venga, el cuento de la lechera. Que me lo está encargando a mí, no a Pérez-Reverte, ¿recuerdas?

—Uy, hijo, que gruñón eres, de verdad. Y he pensado que ya que estás aquí, puedes empezar hoy y así te ahorras un viaje. ¿No es maravilloso? Un trabajo en Montijo. Y cada vez que vayas al trabajo, comerás en casa de tu madre. Qué contenta estoy —exclamó ilusionada.

A Bruno le alegraba ver a su madre así. «¿Por qué no?», se dijo. «Solo por verla tan contenta casi que ya merece la pena el encargo.»

—Creo que se te olvida un pequeño detalle, *manager* —le recordó.

—De eso nada. Te pagaré cuatrocientos cincuenta euros al mes, siempre que cumplas con las dos tardes semanales. Y mil más cuando el libro esté acabado, si el resultado es el acordado. Marta, la hija de Luisa, que es abogada, no sé si te acuerdas de ella, os va a preparar un contrato con las condiciones y todo eso. En cuanto esté, lo ves con ella y lo firmáis.

Bruno silbó. Pues sí que era verdad que sabía negociar su madre. Echó cuentas. Era cierto que lo que le proponían llevaba trabajo, pues más allá de escuchar la historia, tendría que transcribirla y darle forma, pero tal y como estaban las cosas le parecía casi un chollo. Organizándose bien, seguiría teniendo mucho tiempo libre para hacer otras cosas, y le garantizaría una mínima estabilidad los meses que durara el encargo. Y, para qué engañarse, quitando la última semana en la que había estado más ocupado, tiempo era precisamente lo que le sobraba.

—Eeeh, mi *manager* favorita —dijo abrazando a su madre.

Esta sonrió complacida.

—Venga, levanta. Que me debes un paseo.

Aprovecharon que el buen tiempo seguía respetándoles, pues a pesar de lo entrado del otoño, el sol calentaba suavemente. Llegaron hasta la Avenida del Progreso y la recorrieron por el paseo acondicionado para ello, caminando junto a las palmeras. Después, a la vuelta, giraron por la Avenida de la Estación de camino a casa. Al pasar por el Espacio para la Creación Joven del pueblo, Carla, crecida con el trabajo que acababa de conseguir para su hijo, siguió ideando nuevos retos.

—Pues sabes que cada vez viene más gente. Y no solo jóvenes. Desde que lo reformaron se han animado muchos; la asociación de mujeres inmigrantes se reúne aquí. Y también algunas más de jóvenes. Y se están haciendo muchos cursos, ¿sabes? Tú podías hacer un taller literario o algo así.

—Madre, no he empezado aún con ese libro y ya me quieres hacer escritor.

—Bueno, pues de periodismo: taller de ética periodística. A ti te gusta eso mucho.

—No creo que nadie se apuntara. No es que abunden los periodistas en Montijo —replicó escéptico.

—O de otra cosa. De difundir cosas por Internet, que también se te da bien.

—Redes sociales —precisó.

—Eso. Verás, vamos a preguntar.

—Que no, mamá, ya está bien por hoy. A ver si ahora me voy a volver yo pluriempleado, con todo el paro que hay. Solo faltaba.

—Bueno, al menos echa un vistazo, verás qué bien ha quedado.

Entraron a verlo. Lo que había sido un antiguo cuartel de la guardia civil se había reconvertido en un centro para jóvenes. Ya llevaba unos años allí, pero con la última reforma tenía un aspecto diferente. Estaba muy orientado a la música, con una sala para los ensayos, otra donde los grupos podían actuar y otras cuantas más dedicadas a diferentes disciplinas. Una de ordenadores, para baile, para taller de pintura, incluso una para revelar fotografías.

Aunque sin duda lo que más éxito tenía era la música. En Montijo había muchos grupos de adolescentes unidos por esa afición. Pocos se profesionalizaban, aunque de allí había salido más de uno. En todo caso era una buena forma de pasar el tiempo libre, creativa, y sobre todo, alejada de los bares. Aparte de aquel centro, no había mucha más alternativa para la gente joven en el pueblo. A Bruno le había gustado la idea desde que lo conoció y lamentaba que le hubiera pillado tarde. Sabía que la mayoría de jóvenes que iban rondaban la media de diecisiete años. Sin embargo, se

sorprendió de ver a gente de más edad. Parecía que su madre tenía razón una vez más.

Saludaron al hombre que se encontraba en un espacio dedicado a la recepción, y, tras las preguntas de rigor por parte de Carla, que, como a todo el mundo en el pueblo, también le conocía a él y a su familia, le consultaron si podían pasar a echar un vistazo.

—Claro, claro. Normalmente intentamos que tengan un poco de intimidad aquí, ya sabéis, que puedan hablar con libertad sin sentirse vigilados por sus padres y demás, pero hoy está tranquilo, solamente hay un grupo de *hip hop* ensayando, así que moveos como os parezca.

—Y una cosa te quería yo preguntar, ¿cómo van esos cursos? Es que he oído que últimamente estáis organizando muchos.

Bruno suspiró. Cómo no iba su madre a preguntar.

—Sí, la verdad es que estamos muy contentos, estamos aumentando la participación, y, con los cursos, también la media de edad. Algunos chicos empezaron a proponer darlos. Ya sabes cómo va esto. Alguien hace algo que gusta, se corre la voz, y después se suman muchos más. Por ejemplo, Elena, la hija de Tomás, que ha seguido los pasos de su padre y estudió Bellas Artes en Sevilla. Pues ahora ha vuelto al pueblo. Como aquí tiene de todo y dice que se concentra más que en su casa con la familia entrando y saliendo, empezó a venir a hacer sus cuadros. Algunas chicas le preguntaron, otras se animaron e intentaron pintar algo, y al final se decidió a realizar un taller. Fijó una cuota, colocó carteles para ampliar el grupo y ha estado los últimos dos meses impartiendo. La verdad es que ha ido muy bien. Venid, que os enseño algunas de las cosas que han hecho. ¡Maravillosas!

Carla siguió conversando con el hombre mientras les abría la sala de pintura. Siguió preguntándole qué habría que hacer para poner en marcha uno de esos talleres, si funcionaría mejor pagar una cuota o pedir financiación a alguna institución... Cuando quedó satisfecha, se despidió y continuaron el paseo.

—¿Qué te he dicho? Mira Elenita qué espabilada. Si en esta vida lo que hay que hacer es moverse. Ya me dirás tú a mí qué posibilidades tenía esa muchacha de encontrar trabajo de lo suyo aquí en el pueblo. Pues se ha movido y se lo ha montado ella solita. Déjame investigar un poco más y te cuento a ver si se puede hacer algo.

—Vale, pero esto que no salga de aquí. A cualquiera que se lo cuente, mi

madre organizándome la vida...

—¡Anda! ¡Pues lo que he hecho siempre! Y suerte que tienes, hijo, suerte que tienes. Bueno, me voy a quedar aquí a ver a la madre de Elena, que hace mucho que no la veo.

Bruno la miró desconfiado.

—Oye, a ver si no voy a poder hablar con una amiga. Nos vemos luego en casa, ¿de acuerdo?

—Vale, igual me paro en el bar un rato.

—¡No llegues tarde! —le gritó su madre, ya desde la puerta de la vecina.

* * *

La noche había sido larga. Como la doctora había predicho, no fue hasta varias horas después que alguien vino a avisarles de que la operación de Antonio había concluido. No había motivos para la alegría pero tampoco para lamentarse: su estado continuaba muy grave y seguían con la misma incertidumbre, pues el pronóstico era reservado. Los médicos no se atrevían a pronunciarse sobre cómo podría evolucionar. Pero al menos permanecía con vida.

La madre de Antonio había vuelto a venirse abajo, pero Annika había logrado convencerla para que se fuera a descansar unas horas con el compromiso de que iría a buscarla por la mañana temprano y la recogería inmediatamente si sucedía cualquier cosa. Al principio se había negado, pero después había reconocido que iba a tener que permanecer mucho tiempo allí y debía pasar por su casa a por algunas cosas, además de asegurarse de que Celia se encontraba bien. Hablaron a última hora de la noche con la vecina, quien se había mostrado predispuesta a ayudar y les había asegurado que ya había preparado una cama para la niña y lo tenía todo controlado.

Annika no quería dormirse, pero en algún momento de madrugada el agotamiento se sobrepuso y no despertó hasta que comenzó la actividad, con los primeros ruidos del ir y venir de la mañana. Aún faltaba un rato para que amaneciera y Carmen había quedado en que llamaría para que fuera a por ella. Hacía muchas horas desde la última comida y su estómago lo empezó a notar. Avisó a un enfermero por si venía alguien a buscar a los familiares de Antonio y se fue.

Tras acabar de desayunar, ya con la cafeína comenzando a hacer su efecto, pudo ver las cosas con más claridad. Comenzó a organizarse mentalmente, pues había mucho que afrontar, tanto con respecto a la despedida de Violeta, como a Antonio y Celia, hasta que Carmen la llamó. Antes de las nueve, Annika ya estaba en la puerta de su casa. La mujer salió portando una bolsa de viaje con alguna muda y objetos de aseo personal.

—Vamos —instó a Annika.

—¿Cómo está Celia?

—Pues regular. Le he dicho que sus padres se han ido de viaje y tiene que quedarse por aquí unos días, pero ya les echa de menos.

—Me gustaría verla.

—Leonor iba a llevarla con sus nietos para que se distrajera un poco. No quiero perder tiempo, pero quizá podamos acercarla nosotras con el coche. Así le evitaremos ir andando con la niña. Ya está haciendo bastante, no sé cómo voy a poder pagarle todo esto.

Carmen llamó a la casa de al lado y una señora de aproximadamente su misma edad le abrió la puerta.

—Leonor, mira, te presento a Annika. Es una amiga de Violeta. Hemos pensado que podemos llevaros a casa de tu hija en un momento, de camino al hospital.

—De acuerdo —accedió la vecina—. Ya sabes que para mí no es problema, pero seguro que es mejor así para la cría, que vea caras conocidas. Pasad, estamos acabando de desayunar.

Al ver a Celia sentada en la cocina de aquella señora, a Annika casi se le partió el corazón. Comenzó a tener conciencia de la realidad viendo a su querida niña en la casa de una extraña. Celia había perdido a su madre, y en el estado en que Antonio se encontraba, no parecía lógico pensar que pudiera ocuparse pronto de ella. ¿Qué vida le esperaba a la pequeña de poco más de tres años?

Se le atravesó algo en la garganta, pero pensó que no era el momento, menos aún delante de la niña. Estaba tan seria allí sentada que parecía saber lo que se le venía encima.

Tragó saliva y se acercó.

—Hola, cariño.

—Tita —la miró ella. Tras unos segundos, sonrió.

Annika sonrió a su vez y la cogió en brazos, llenándola de besos. Para

Celia, ella era su tita.

—Cuántas ganas tenía de verte. Qué mayor estás.

—Ya tengo tres años y medio.

—Lo sé. Y pareces todavía mayor.

La niña asintió orgullosa, como dándole la razón. Annika volvió a sentarla donde estaba, frente a un enorme tazón de leche a medio terminar.

—Hoy vamos a ir a conocer a unos amigos de tu edad, ¿vale? Seguro que lo pasas muy bien.

—Quiero que me lleve mamá.

—Ya, cariño, pero ella y papá han tenido que irse de viaje, por eso te llevamos nosotras.

—No me lo han dicho.

—Porque ha sido un viaje muy precipitado.

—¿Qué es eso?

—Pues que no sabían que tenían que irse y no les ha dado tiempo. Pero me han dicho a mí que te lo diga y te dé muchos besos de su parte.

—Ah —se limitó a contestar la pequeña, poco convencida.

Annika pensó que los niños a veces parecían entender las cosas mejor que los adultos. Probablemente percibían otro tipo de señales con mucha más claridad. «Los adultos escuchamos lo que se nos dice y es lo que creemos, sobre todo si es lo que queremos creer; en cambio, Celia ve nuestras caras, nuestros gestos. Sabe que algo no va bien», reflexionó.

Aun así, acabó diligente su desayuno y se dejó llevar por las tres mujeres. Cuando las dejaron en la dirección que Leonor había dado, tanto Carmen como Annika besaron a la niña y continuaron el camino.

—Dile a papá y mamá que vuelvan pronto —chilló la pequeña justo cuando el coche arrancaba de nuevo.

* * *

Bruno siguió la hoja de ruta marcada por su madre y Paquita y tras levantarse de siesta se fue a casa de esta, que estaba ya esperándole con el café humeante y los dulces encima de la mesa. «Así se puede trabajar», pensó, reconociendo que era fácil sentirse como en casa con aquella mujer. Merendaron sin prisa y, después, sin más preámbulos, comenzó a relatar su historia.

Era aún una niña cuando la guerra civil estalló, y lo seguía siendo cuando

se vio obligada a emigrar junto a su padre, cuando su madre murió ejecutada por los sublevados, al haber estado significada políticamente en el bando contrario y haber colaborado con la resistencia republicana.

Su madre había sido una de las mujeres, no tantas por entonces, que se organizaron en asociaciones feministas para reivindicar su equiparación de derechos con los hombres. Con la llegada de la República, el comienzo del cambio de mentalidades y de conquistas sociales para las mujeres, su lucha comenzó a cobrar una mayor relevancia.

Su padre no se identificaba con ningún partido político ni organización. Su filosofía de vida era la de intentar sobrevivir, sin meterse en complicaciones. Sin embargo, aunque tampoco la apoyaba especialmente, no se oponía a la labor de su compañera. Sabía que era la pasión de su vida, como ella era la de él, y que tenía que comulgar con ciertas cosas si quería seguir a su lado.

No es que su madre no amara a su marido y su hija, que lo hacía, pero la fuerza de sus convicciones le hacía dedicar a la causa una importante cantidad de tiempo y esfuerzos. Con el alzamiento y el comienzo de la guerra, la lucha de su madre fue ocupándole más y más, y se descubrió como una mujer valiente que antepuso sus ideales a otras consideraciones. Sus motivaciones sociales pasaron a centrarse en el rechazo al fascismo como único modo de defensa de los derechos políticos y sociales que las mujeres habían conquistado durante la Segunda República.

A la vez que su lucha se acentuaba, los dos bandos radicalizaban sus posiciones con respecto a su idea de lo que debían ser las mujeres. Su imagen se utilizó por ambos. En el republicano, se explotó el símbolo de la miliciana beligerante, que reivindicaba el derecho a la igualdad y que no estaba dispuesta a retroceder y permitir las discriminaciones hasta entonces perpetradas contra ella, rompiendo con la tradicional subordinación. Mientras tanto, los fascistas se encargaron de convertir en perversa esta imagen. Aquellas mujeres significadas políticamente en la izquierda, las rojas, fueron demonizadas, pues en ellas estaba presente, además de la ideología contraria, un nuevo modelo social entre mujeres y hombres que subvertía su sistema de valores, su concepción del mundo, y que entendían que llevaba implícita la pérdida de la feminidad, una feminidad que acarrearía unos roles asignados que no estaban dispuestos a perder. Por eso sus reivindicaciones merecían un castigo ejemplar. No podían permitir que se salieran con la suya, que tuvieran acogida en la sociedad y empezaran a hacerse un hueco, a resquebrajar el

sistema que querían mantener. Había que purificarlas, y, a su vez, que identificarlas, que marcarlas. Y así, utilizaron el cuerpo de las mujeres como frente de guerra en el que humillar y vencer al enemigo, como forma de castigo y de dominio público.

La madre de Paquita fue una de las víctimas de ese duelo de ideas, de concepciones antagónicas de modelo social. Le raparon el pelo al cero, a excepción de un mechón al que ataron un lazo rojo, y la pasearon por su pueblo exhibiendo el demonio que decían que era, purga con aceite de ricino mediante, para incrementar la afrenta. Paquita aún lo recordaba vívidamente, y su voz se endurecía al relatarlo. Refirió a Bruno, con la mirada perdida, cómo todo el pueblo estuvo presente, cómo sus compañeros de clase se reían viendo hacerse de vientre irremediablemente a su madre por la calle, consecuencia de la ingesta de aceite.

Después vino lo peor. Tras la humillación, y amparándose en los testimonios de algunos hombres y mujeres del pueblo, se le acusó de haber contribuido al derrumbe de la moral católica y se decidió que debía ser ejecutada. La encerraron, y, según llegó a sus oídos de boca de algún vecino malicioso, la continuaron vejando hasta la noche en que la mataron.

Su padre intentó por todos los medios salvarla de la ejecución, aun sabiendo que en el intento se estaba señalando a él mismo, que podía con ello ponerse en peligro a él y a su propia hija. Pidió ayuda a cuantos conocía. El cura del pueblo, familias bien posicionadas para las que había trabajado, vecinos identificados en el bando contrario. Pero, aunque la madre de Paquita no había empuñado nunca un fusil, había colaborado con los que sí lo habían hecho, y eso todo el pueblo lo sabía.

Cuando quedó confirmado que los intentos de su padre fueron en vano y su madre fue ejecutada, decidió que era hora de marchar para siempre del pueblo y del país. Lleno de rencor hacia sus vecinos y compatriotas, que le habían arrebatado con su intolerancia a la persona que más amaba, se prometió a sí mismo que nunca volvería a poner un pie en España.

A medida que Paquita continuaba relatando los acontecimientos y le permitía a Bruno ir profundizando en su biografía, y con ella, en la historia reciente de España, le invadía una sensación de tristeza y a la vez de reconocimiento hacia aquella mujer. Había infravalorado su historia, había incluso dudado de que tuviera una historia que contar, y comenzaba a descubrir que, más allá de que el escrito final viera la luz o se quedara en un

cajón en la casa de la señora, ella tenía derecho a contarla.

Bruno salió tan ensimismado o más que el día anterior.

Aunque su madre le animó a quedarse a dormir, prefirió marcharse. En realidad no había nada especial que tuviera que hacer en Mérida, pero le resultaba más fácil centrarse allí que en el pueblo. En casa de su madre, donde nunca tenía que encargarse de nada, solía caer en un estado de apatía que no le permitía más que holgazanear.

Ella no puso ninguna objeción ni mala cara, pues sabía que volvería pronto. Se había comprometido a regresar a mediados de semana para proseguir con el relato.

Cogió el bolso de viaje, algo de comida para la cena y tomó el coche en dirección a Mérida.

Mientras conducía iba dando forma a lo que le había contado Paquita.

Pensó en lo que debían de haber pasado su madre, su padre y ella misma siendo una niña y teniendo que vivir tales desgracias. Y tantas familias como aquella, se recordó.

En la universidad había coincidido con algún compañero apasionado por investigar los crímenes de la guerra civil española, aunque a él nunca le había llamado la atención. En parte, suponía, porque su familia no la había vivido, pues eran otras circunstancias, penosas también, las que habían rodeado la Italia de aquella época.

Él siempre había considerado que de todo aquello hacía mucho tiempo y no tenía sentido escarbar en el pasado. No entendía la vehemencia con que estos compañeros defendían que había que investigarlo todo para recuperar la dignidad de los muertos y cicatrizar las heridas de sus familiares.

Tras escuchar a Paquita era capaz de empatizar mejor con quienes pensaban de aquella forma. Debía de ser difícil perdonar y olvidar, cuando al padre de uno le sacan de su casa en mitad de la noche para pegarle un tiro y arrojarle a alguna fosa desconocida, o cuando, peor aún, a la madre, como habría sido el caso de la señora, la humillan, vejan y violan, para después acabar asesinándola. No entendía que pudiera existir un motivo para tanta crueldad, tanto ensañamiento. Lo sobrepasaba todo. No había ideales que pudieran amparar esos comportamientos.

Sopesó que quizá no era tan sano que en una democracia asentada como la

española aún no se reconociera y pocos, más allá de los familiares, hablaran de esas atrocidades. Si al menos se contaba, si al menos se sabía y se condenaba, aunque fuera solo de palabra, había algo que se aplacaría en el corazón de las familias de esas personas, algo que podría al fin descansar.

Supuso que eso era parte de lo que subyacía en la necesidad de Paquita de contar su historia. Que las humillaciones sufridas por la mujer que le dio la vida encontraran resarcimiento en la condena, en la manifestación expresa de la injusticia cometida.

Cuando llegó al piso vio que seguía vacío. No parecía que nadie hubiera pasado por allí en el fin de semana, y teniendo en cuenta la hora que era, quizá tampoco lo hicieran aquella noche. Aunque tener la casa para él solía ser una buena noticia, en ese momento no se lo pareció tanto.

Mientras cenaba recordó al hombre que había visto observándole desde el balcón y se sintió aún más a disgusto. Estaba comenzando a arrepentirse de haber vuelto al piso, cuando escuchó la puerta. Respiró con alivio al comprobar que era Julio.

—Julio, compañero, cómo me alegro de verte —exclamó efusivo.

El chico sonrió halagado por el comentario, lejos de sospechar el motivo de tan buena acogida.

—Yo también, yo también.

—Ya creía que me ibais a hacer pasar la noche solo aquí. Edu no aparecía tampoco.

El semblante de Julio se ensombreció.

—Pues no pensaba venir, la verdad. Son muy malas noticias las que me han traído.

—¿Qué ha pasado? ¿Has hablado con tus padres?

Exhaló un hondo suspiró.

—Sí, bueno, esa es otra. Pero es por lo del accidente de Badajoz. La chica que ha muerto era la mujer de un amigo.

—¿Qué accidente?

—Joder, Bruno, para ser periodista no te enteras nunca de nada. Ayer hubo un accidente en Badajoz. Un coche se estrelló. El que conducía es amigo mío y parece que está muy grave. Y su mujer, que iba con él, murió en el acto.

—Ufff. Lo siento, tío. Cuando me voy al pueblo desconecto de todo.

—Y yo. Y... ¿sabes qué es lo peor? —Julio se calló, no sabiendo si continuar.

—No. Dime.

—Verás, Antonio es uno de los tipos con los que hablé para que se aseguraran de que no estaban infectados. El sábado me llamó para decirme que no lo estaba. La única buena noticia que me habían dado en toda la semana. Y unas horas después, esto. ¿Es o no es un asco?

—Pues sí —a Bruno no se le ocurrió que otra cosa decir.

—Pues sí —repitió Julio a su vez y se sentó a su lado. Así se quedaron ambos un rato, sin añadir nada más.

Después, Bruno se atrevió a preguntar.

—Entonces, ¿qué tal con tu familia? ¿Has podido decírselo?

Julio le miró unos segundos.

—Que no me lo cuentes si no quieres, ¿eh? Pero si necesitas hablar o algo, ya sabes.

—Sí, sí, si no es eso. Y te lo agradezco. Es solo que no es fácil. Se lo dije, claro, y no se lo tomaron muy bien, como es lógico. No es para hacer una fiesta. Ahí se han quedado, procesándolo todavía. Yo me siento fatal, pero no queda otra, así es como están las cosas y tenían que saberlo. Nos guste más o menos, es mi familia, para lo bueno y para lo malo. Quien me preocupaba más era mi hermana —prosiguió, ya lanzado—, porque no me hablaba, y no sabía qué podía estar pasando por su cabeza. Pero se me ocurrió proponerle dar un paseo y fue lo mejor que pude haber hecho. Estuvimos andando durante casi una hora. Primero fuimos por el parque del Rodeo y paseamos alrededor del estanque, y luego nos fuimos para arriba, al Paseo del Ferrocarril, ¿te acuerdas? —Bruno había ido alguna vez con Julio a las fiestas del pueblo y conocía aquellos lugares—. Y acabamos tomando algo en un bar muy chulo que han abierto por allí. Así, poco a poco se fue sincerando y conseguí que sacara todo lo que le alarmaba y entendiera que si ella no está bien, yo tampoco voy a estarlo. Cuando me fui parecía mucho más tranquila. Mi hermana es muy importante para mí, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —asintió Bruno.

—Pues nada, tío, que me voy a la cama que ya he tenido bastantes tensiones por hoy. Como esto siga así me van a matar los disgustos antes que el sida.

Bruno no supo qué contestar, pero pensó que al menos era un avance comenzar a banalizar el tema, aunque fuera con ese humor negro que a veces le afloraba a Julio. Encendió la televisión y se quedó mirando la película de la Primera. Ya no le daba el día para pensar más.

* * *

Annika regresó a su casa en la ciudad vecina. Aunque no quería dejar sola a la madre de Antonio, por la mañana se enterraría a Violeta, y sabía que no podía ir después de dos días encerrada en un hospital. Necesitaba ducharse, cambiarse de ropa, y tal vez, descansar un poco. Acordaron que estaría de vuelta muy temprano y la acercaría a su casa para que ella pudiera también arreglarse antes de la misa.

En el camino de vuelta prorrumpió al fin en sollozos, sintiéndose sin fuerzas para seguir adelante sin Violeta. Tras varios kilómetros, se serenó y comenzó a pensar en Antonio. Los médicos no sabían si sobreviviría, y, si lo lograba, podía estar en coma toda su vida, o en una cama sin poderse mover, caso de que tuviera la columna dañada.

Trató de pensar en otra cosa. Recordó la cita de la semana anterior con Bruno. Tenía la sensación de que habían pasado años desde aquello. Lo cierto era que le parecía un chico diferente a los demás, con el que conectaba como no hacía con la mayoría de la gente. Además, era divertido, sensible e inteligente. Recordó las veces que le había escrito y cómo ella le había rechazado. Parecía que le había gustado, aunque supuso que, si alguna vez fue así, había conseguido ahuyentarlo. Se preguntó por qué actuaba siempre así con las personas que trataban de acercarse a ella. En el fondo, conocía bien aquella respuesta, solo que la mayoría del tiempo trataba de evitarla. Se dijo qué pasaría si no lo hiciera, si no se negara a sentir las cosas que sentía. No siempre tenía que ser así. No siempre tenían que hacerle daño. Pensó que quizá a veces simplemente había que dejar que las cosas sucedieran, en lugar de estar luchando por evitarlas. Como con el trabajo, se podía perder cosas buenas. Cosas seguramente bastante mejores que las divertidas charlas con sus compañeros de trabajo. Pero probablemente ya era tarde para Bruno, pues su comportamiento tenía que haberle alejado. Quizá la próxima vez, se dijo.

XI. Lunes, 24 de octubre

Acababan de dar las siete de la mañana cuando Annika llegó al hospital. A pesar de que no era muy de seguir las costumbres, se había vestido de riguroso negro, lo cual contrastaba con las alegres y coloridas vestimentas que usaba habitualmente.

Como había acordado, acercó a Carmen hasta su casa para que se arreglara para el entierro. De esa forma, además de hacerle el favor, podría ver a Celia. Lo cual le conducía a un problema que no sabía cómo resolver.

¿Dejaban a la niña con la vecina también hoy? ¿La llevaban a la guardería, para no romper su rutina, a riesgo de que pudiera oír algo? A esas alturas, todo el mundo allí sabría lo ocurrido ¿O le decían ya la verdad?

Sabía que era una niña muy pequeña aún, pero Annika era partidaria de tratarla como a una adulta. Seguir ocultándole que su madre había muerto mientras el resto del mundo le decía adiós por última vez no acababa de parecerle bien. En algún momento tendría que saberlo, así que, ¿por qué negarle que pudiera despedirse ella también? No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero quería hablarlo con Carmen y por eso aprovechó el pasaje hasta la casa de ella para iniciar la conversación.

—Ni hablar. Mi niña no verá un entierro. Es demasiado pequeña para ese tipo de cosas.

—Pero entonces no podrá despedirse de su madre —protestó.

—Qué tonterías dices. Es muy pequeña, no recordará nada, ni se enterará de nada.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Annika no dejó escapar la aparente contradicción.

—Pues que estas cosas no son para niños. Y, además, imagínate que le da por llorar o algo, ¿quién va a estar pendiente de ella?

—Yo lo estaré.

—¿Tú? ¿Tú, que, junto a mí, eres la más cercana a Violeta, a quien van a dar todos el pésame? ¿Mientras atiendes a la niña en vez de a la gente? No lo veo conveniente.

Ninguna de las dos continuó la conversación. Ambas estaban demasiado

exhaustas para discutir.

Cuando llegaron, Annika dejó a Carmen y le preguntó si podría ver a la niña.

—Sí, de hecho yo tengo que hablar con Leonor para ver qué va a hacer con ella hoy —consultó su reloj—. Son las siete y media, seguro que ya está levantada hace rato.

Annika la miró extrañada

—Qué quieres, hija, las mayores somos así. Ya hemos dormido casi todo lo que teníamos que dormir.

—Déjame hacerlo a mí —se adelantó Annika—. Mientras, descansa un poco. Hablaré con ella, lo organizaremos todo y pasaré a recogerte sobre las once.

Pareció que Carmen iba a resistirse pero finalmente accedió.

—Está bien. Estoy agotada. Pero quítate esa idea de la cabeza, ¿eh?

Annika llamó a la puerta, que se abrió al poco y tras ella apareció la señora perfectamente peinada y vestida.

—Hola, lamento llamar tan temprano —se excusó a pesar de todo.

—Ah, hola, pasa, me extrañaba que llamaran a estas horas. Siéntate, niña, Ana te llamabas, verdad?

—Annika.

—Muy bien, *Anita*, siéntate ahí en el brasero, que ya lo he encendido porque a estas horas de la mañana refresca. Estoy preparando café, ahora mismo te pongo uno.

—¿Celia está levantada? —quiso saber.

—No, aún no, y no quería despertarla. ¿Crees que debo llevarla a la guardería? Ni siquiera sé cuál es... —vaciló la buena señora.

—Pues la verdad es que yo tampoco sé qué es lo mejor en estos momentos. Podemos esperar un poco más a que se despierte y tomar una decisión según la veamos. Tampoco pasa nada si hoy va más tarde.

—Sí, eso parece una buena idea —concedió, mientras servía el café para ambas y se acomodaba junto a ella.

La señora entretuvo a Annika hablándole de sus nietos y de lo bien que se habían entendido con Celia el día antes. Después, abordaron el tema que más les preocupaba. Estaban de acuerdo en que había que evitar fingir que no había pasado nada, pues eso no le ahorraría sufrimiento, sino probablemente al contrario, al no tener la información concreta y poder dar lugar a todo tipo

de temores. Aun así, seguían sin saber cómo afrontarlo.

Al poco, oyeron un ruido y vieron a la niña aparecer por la puerta del salón. Se sobresaltaron.

—Pero, Celia, ¿qué haces levantada? —exclamó la señora.

—He oído a la tita.

—¿Te he despertado, corazón? Vaya, lo siento —dijo Annika cogiéndola en brazos.

—No importa —contestó la pequeña con su vocecilla mientras se dejaba acunar, como si fuera aún un bebé.

—¿Qué es lo que no quieres contarme?

Las miradas de Annika y Leonor se cruzaron.

—No es que no quiera Celia. Es que...

La niña clavó sus enormes ojos en los suyos, esperando una explicación, y se sintió incapaz de mentirle.

—Es sobre mamá. Cuando iba con papá, en ese viaje, han tenido un accidente.

Nada más aparecer en la casa, Carmen supo que algo había ocurrido. Las caras de angustia de Leonor y de Annika las delataban.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está la niña?

—En la habitación, no quiere hablar con nadie —contestó al poco la vecina.

—Annika, ¿no le habrás dicho nada? —dijo con tono amenazante.

—Tenía que hacerlo, Carmen. No tiene sentido ocultárselo —replicó apurada.

—Dios mío. Si querías ser de ayuda tenías que haberla llevado a la guardería y no meterte donde no te llaman.

—Si la hubiera llevado, podría haberse enterado allí, y habría sido mucho peor.

—Tonterías —rechazó mientras entraba en la habitación a ver a la niña.

Cuando salió, un buen rato después, estaba aún más furiosa.

—Vamos. Es hora de ir al tanatorio. Leonor, hazme el favor de cuidarla este rato más, después yo me encargaré, ya veré cómo.

—Sabes que no es molestia —contestó ella, aún apesadumbrada por la situación.

—Yo puedo... —se iba a ofrecer Annika.

—Tú ya has hecho bastante —zanjó tajante la abuela de Celia.

El día era frío y oscuro. El buen tiempo del fin de semana se había disipado, y, aunque era ya media mañana cuando el ataúd salió del tanatorio, no se veía un solo rayo del sol, oculto tras unas nubes que amenazaban con descargarse sobre sus cabezas en cualquier momento.

Al terminar, Annika se acercó a Carmen para proponerle llevarla al hospital.

—No te preocupes. Te he dicho que ya has hecho bastante.

—Entonces me encargaré de Celia.

—Ni hablar.

—Pero, ¿cómo vas a estar en el hospital y cuidar a la niña a la vez? Carmen, necesitas ayuda —se obstinó—. Y Celia es para mí tan importante como para ti.

—Eso no lo digas ni en broma. La familia de Celia somos Antonio y yo. Que te agradecemos mucho la ayuda que nos has prestado, por supuesto. Ahora déjame hacer las cosas a mi manera.

Annika no insistió más. En el entierro comenzó a sentir que las fuerzas que hasta ahora le habían acompañado desfallecían. Se fue de camino a casa, y, en el camino, se preguntó de nuevo si habría hecho lo correcto. Pensaba que mucha gente en su intento de proteger a los niños creía que era mejor ocultarles las cosas, pero Celia se estaba dando cuenta de que pasaba algo grave, y era mucho peor que sintiera que no se le quería contar algo. Quizá había sido demasiado pronto, pero había sido, al fin y al cabo, cuando la niña lo había demandado. ¿Tenía sentido haberle dado largas durante unos días, si al final tendría que decírselo igual? No lo sabía. Lo que sí sabía es que se había puesto a su abuela en contra y ahora no le permitía verla. No, no había sido muy inteligente, se reprochó.

* * *

Julio tuvo suerte con el aparcamiento y llegó al piso antes de lo que esperaba.

Allí estaba Bruno, que salió de la habitación al escucharle llegar.

—¿Qué haces?

—Nada, estaba trabajando en el ordenador, pero la verdad es que ya necesitaba parar un poco. Además, es la hora de comer. ¿Qué tal en Badajoz?

—Buf. Duro. Mucha gente, y muy triste todo. Cuando muere una persona mayor es diferente, ¿verdad? Es como normal, como que se espera, pero cuando muere alguien joven, y de una forma tan trágica, siempre es mucho más penoso. Hasta el día acompañaba, tan oscuro.

—¿Y tu amigo? ¿Pudiste darle el pésame? —quiso saber Bruno.

—¿A mi amigo? Qué va. Mi amigo está en cuidados intensivos, ni siquiera pude verle. Fui antes al hospital con esa idea, pero nada, imposible. En la UVI y con pronóstico reservado.

—Vaya. Cómo lo siento, tío.

—¿Sabes? Tiene una niña pequeña. Yo ni siquiera llegué a conocerla, porque... bueno, digamos que yo me relacionaba con él en otros espacios.

Bruno asintió.

—Debe de tener sobre tres años. Y ahora, fíjate, la madre muerta y el padre en la UVI... Vaya panorama.

—Pues sí. ¿Y estaba en el entierro?

—No, no había críos por allí. La verdad es que no sé si tenía mucho sentido ir, porque ni siquiera conocía a la gente a la que di el pésame. Pero después de lo que pasó estos días de atrás... Me sentía... no sé. Como que se lo debía, o algo así. No soy capaz de explicarlo.

—Pero ya te digo —continuó—, a quienes di el pésame eran una mujer mayor y una chica negra, a las que no había visto en mi vida. No sé cuál era la relación con Violeta. Alguien me dijo que la señora era su suegra, o sea, la madre de Antonio, y la verdad es que un aire sí que se daba, pero la otra chica no se sabía muy bien quién era, aunque estaba ahí la primera. No sé, a lo mejor era su hermana adoptiva o algún rollo así. No tengo ni idea de la vida de su mujer, la verdad.

Bruno se encogió de hombros. Sabía que Julio necesitaba hablar y simplemente le escuchaba. Pero mientras continuaba contándole las vicisitudes del entierro, la referencia a la chica negra le llevó a pensar en Annika.

Le apetecía verla de nuevo, aunque sabía que eso era poco probable. Lo único que había habido entre ellos era una relación de trabajo y se la había cargado nada más empezar, así que no creía que fuera a ponerse en contacto de nuevo. En todo caso, cuando él consiguiera nuevas pistas para el estudio... Quién sabía.

Así continuaron un rato más, Julio hablando, Bruno pensando y asintiendo de vez en cuando, mientras se preparaban la comida y se sentaban a almorzar.

Al poco, ya viendo las noticias, Julio cambió de tema.

—¿Aún no ha dado señales Edu?

—No que yo sepa —fue todo lo que contestó Bruno.

No le gustaba esa situación. Le hacía sentir mal a Julio, pero también a él. Con la incertidumbre de no saber cuándo vendría ni cuál sería su actitud. Pensó que su compañero no se estaba comportando nada bien. No había vuelto a aparecer por allí. Era muy extraño. Hacía ya varios días desde aquella comida los tres juntos. ¿Qué pensaba, estar así indefinidamente? Las cosas había que afrontarlas, se dijo. Así que decidió que si Edu no era capaz de hacerlo, lo haría él.

—¿Sabes qué? Voy a llamarle.

—¿A llamarle? Pero... ¿para qué? ¿Qué vas a decirle? —Julio se puso nervioso.

—Tranquilo, solo voy a preguntarle si le ha pasado algo. Lleva muchos días sin venir, soy su compañero de piso, simplemente me preocupo por él y quiero saber si está todo está bien.

A Julio no le hacía mucha gracia pero no dijo nada. Se quedó mirando con ansiedad cómo Bruno iba a por su móvil y marcaba el número de Edu.

—¿Edu? ¿Qué pasa, tío? —le escuchó decir—. Nada, solo que me extrañaba no verte en tantos días. ¿Está todo bien? —al otro lado, su compañero estaba contándole algo—. Está bien, *ok*, no te preocupes, solo era eso. Cuando tú puedas tío. *Ciao* —colgó el teléfono.

—¿Y? —le inquirió.

—Nada, dice que está muy liado con algo que tiene entre manos, que ya nos contará, que cuando pueda vendrá por aquí y lo sabremos.

—¿No te ha dicho nada de mí? —quiso saber.

—No, no. Tampoco he querido preguntarle, no era plan. Quizá es solo eso, Julio. Igual no tiene nada que ver con lo del otro día.

Julio no comentó nada. Lo dudaba mucho, pero ¿de qué servía pensar otra cosa?

* * *

Eran poco más de las cuatro de la tarde cuando el ascensor se abrió y Miguel divisó a Pablo en la otra punta de la oficina.

No le había visto desde la semana anterior, ya que había estado de viaje de

negocios en Barcelona, y no había aterrizado en el aeropuerto de Talavera hasta esa misma mañana.

Este le saludó al pasar y fue a dejar el maletín y la chaqueta al despacho, tras lo cual regresó a la mesa de Miguel. Se demoraron unos minutos conversando.

—¿Qué tal el fin de semana?

—¿Qué fin de semana? —bromeó Pablo—. Nada como un intenso domingo de trabajo para comenzar fuerte el lunes.

Miguel sonrió. Sabía que su jefe era incapaz de desconectar de la empresa, aunque se quejara como forma de desahogo.

—Tenemos muchos asuntos que ver —comentó Pablo.

—Sí, es cierto —Miguel se tornó serio.

—Vamos, pasa —ordenó mientras él mismo se dirigía hacia su mesa—. Y cierra la puerta.

Estuvieron despachando durante algo más de media hora. Pablo le daba instrucciones y Miguel iba apuntándolas. Cuando acabó de ordenarle tareas dejó que Miguel le pusiera al corriente de lo que había sucedido en su ausencia.

—Recuerdas lo que te comenté de la policía que estuvo aquí.

—¿Volvió a llamar?

—Sí, insistió en ello, así que tuve que darle cita para esta tarde. No quería que empezara a pensar que intentábamos dificultar su labor.

—De acuerdo —Pablo torció el gesto—. ¿Y a qué hora le dijiste?

—Sobre las cinco.

Hizo otra mueca.

—Está bien. Avísame cuando esté aquí. Si no hay nada más... —añadió, dando por finalizado el despacho.

Miguel no hizo ademán de levantarse. Pablo le escudriñó con la mirada, extrañado.

—¿Y bien?

Su secretario no sabía muy bien cómo decirle lo que quería decirle. Esto incrementó aún más su curiosidad.

—¿Qué sucede, Miguel?

—Verás... Esa policía... No me gustó mucho su actitud.

—¿Por qué?

—Hizo algunas preguntas algo... inusuales. Parece que alguna de las

personas con la que se reunió le comentó algún rumor... y ella quería saber si era cierto.

Pablo se movió a disgusto en el sillón.

—¿Un rumor de qué tipo?

—Bueno, pues insistió mucho sobre la relación que había entre Sara y tú. Parecía que intentaba sacarme algo. Como queriendo decir... que podía ser algo más que profesional... ya sabes.

Pablo se quedó callado, circunspecto durante unos momentos. Después, miró a Miguel fijamente a los ojos, lo cual ocurría pocas veces, pero cuando lo hacía, hacía sentirse a este muy incómodo. Parecía que le atravesaba con sus ojos de un frío azul.

—¿Y tú, qué le dijiste?

—Pues me hice el tonto, como si no entendiera lo que estaba queriendo decir. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me parecía tan fuera de lugar que no creía que debiera entrar al trapo. Además, no me preguntó expresamente, solo dejaba caer cosas, que si Sara se quedaba aquí muchas tardes después de que yo me hubiera ido, que si despachaba más de lo habitual contigo, no sé, cuestiones que no iban directamente al asunto pero que dejaban entrever lo que intentaba averiguar. No sé si me explico.

—Perfectamente —masculló Pablo, mucho más serio ahora—. Está bien. Gracias, Miguel —agregó, zanjando la conversación definitivamente.

Este asintió y se retiró silenciosamente.

* * *

Al volver a casa Annika se tumbó en el sofá. Aunque ya era tarde no tenía nada de hambre, pero se obligó a comer algo y calentó un arroz precocinado, que picoteó con desgana. Después, se acurrucó de nuevo en el sofá junto a Wolf sin fuerzas para irse a la cama. Cerró los ojos e intentó descansar. Los pensamientos sobre la reciente tragedia iban y volvían. En algún momento el cansancio se impuso y cayó en un sueño entrecortado, con una sensación de no estar dormida pero tampoco despierta, hasta que su sueño se hizo más profundo.

Estaba en un entierro. No era el de Violeta, sino el de otra persona, no sabía quién. La gente lloraba pero ella no reconocía a nadie. Esperó a que acabara la misa y se colocó en la cola para dar el pésame. Mientras

aguardaba distinguió a Bruno entre la multitud, sentado al final de la iglesia. Se le quedó mirando, y en algún momento él pareció darse cuenta y le devolvió fijamente la mirada, sin decir nada. Ella intentaba saludarle, pero no podía. Su cara era inexpresiva, no podía deducir lo que estaba pensando sobre ella y eso no le gustaba. Cuando por fin llegó al final de la cola, reparó en que era Álvaro el que estaba ahí, agachando la cabeza cada vez que alguien le daba sus condolencias, y que su jefe, Daniel, estaba tras este, y le tenía esposado. Al levantar de nuevo la cabeza y verla, Álvaro intentó atacarla, acusándola de no haber hecho nada para salvar a Sara. Entonces miró hacia el ataúd y se dio cuenta de que estaba abierto y en él yacía la mujer asesinada, en el mismo estado en que se la había encontrado la noche del crimen. Sus heridas habían teñido de sangre el interior del ataúd, como hicieran con las sábanas. A la vez que Álvaro la culpaba, Daniel le gritaba a este que iba a ir a la cárcel, pero él en algún momento se zafó de su jefe y de las esposas y se dirigió hacia ella. Ella se puso a la defensiva, creyendo que iba a agredirla, y entonces este se le echó a los pies y le gritó: «¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Hay que salvar a Sara!».

Se despertó nerviosa, invadida por una terrible sensación de desasosiego. Se quedó meditando en un intento de que el sueño no se perdiera para siempre en el territorio del olvido. Trató de interpretarlo. Los sucesos de los días anteriores la habían confundido, se sentía perdida y sabía que todo, desde el asesinato de Sara con sus incógnitas, la red de tráfico y aquel extraño suicidio, Bruno tras la trama, el accidente de Violeta, le estaban pasando factura. El sueño estaba simplemente advirtiéndole de que todo eso estaba ahí presente, revoloteando por su mente.

Las palabras de Álvaro regresaron con claridad a su mente: «¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Hay que salvar a Sara!». Qué absurdo, nadie podía ya salvar a Sara, se dijo. Pero el sueño le hizo volver a pensar en el caso, que había olvidado desde la noticia del accidente. De repente, recordó la cita con el jefe de Sara. Había quedado a las cinco. Miró el reloj. Las siete menos cuarto. Se le había olvidado por completo. Quizá estaría aún en la oficina. Si se daba prisa, podría tener alguna posibilidad de hablar con él.

No se sentía con energía ni ganas para hacerlo, pero el sueño le había recordado la responsabilidad moral que sentía hacia ese caso. Y la alternativa no era muy apetecible, quedarse en casa recordando a Violeta era algo que acabaría del todo con sus fuerzas. Tenía que alejarse, no podía permitírselo.

Se cambió rápidamente, recuperando el traje de chaqueta que había llevado al entierro y salió apresurada hacia el coche.

* * *

Miguel empezó a recoger sus cosas. Tenía la esperanza de que el jefe no tardara en irse, pues siendo lunes, no le apetecía nada hacer horas extra. El resto de empleados empezaban también a recoger, se movían de aquí allá, impacientes por regresar a sus casas. Un grupo estaba planeando tomar unas cervezas, como solían hacer los lunes. La semana anterior, con la tragedia ocurrida todo el personal estaba demasiado acongojado, pero parecía que, con el fin de semana de por medio, finalmente empezaban a recuperar la rutina.

Los días anteriores habían sido duros. Un clima lúgubre había envuelto el ambiente, y, cuando parecía que empezaba a disiparse, la visita de la policía había vuelto a recordar lo ocurrido y a alterar a todo el mundo.

«¿Qué habría sucedido con ella?», se preguntó. Con todo lo que había reclamado esa reunión, no entendía por qué no había aparecido. Consultó de nuevo el reloj. Hacía casi dos horas que debería haber estado allí. «Menos problemas», se dijo. «Perdió su oportunidad. Porque espero que no pretenda que le dé otra cita.»

En ello andaba pensando cuando escuchó que alguien tomaba el ascensor. Esperó, interesado en saber quién vendría a esas horas, y, como se temía, al abrirse las puertas vio aparecer a Annika. Suspiró.

—Buenas tardes —dijo ella.

—Buenas tardes, señora —contestó con formalidad.

—Como recordará, tengo una reunión acordada con Pablo Velasco.

—Efectivamente, y como también recuerdo, la reunión era a las cinco de la tarde.

—Sí, disculpe el retraso. Otras labores policiales me han impedido acudir antes a la cita. ¿Podría avisar a su superior de que estoy aquí?

Miguel la miró con cara de pocos amigos, le dijo que esperara en los asientos situados a unos metros, y levantó el teléfono.

—Está aquí —susurró.

—¿Quién? ¿La policía? ¿A estas horas?

—Dice que ha tenido que encargarse de algún asunto antes.

—¿Qué le has contestado?

—Que ahora te avisaba.

—Vaya. Con la hora que es podías haberle dicho que ya me había ido. No habría sido culpa nuestra, sino suya —resopló.

—¿Le digo que pase? —preguntó Miguel, sintiéndose torpe por no haber caído en ello. No le gustaba que el jefe tuviera nada que reprocharle.

—No, no. Dame un momento que cierre unos asuntos. Ahora saldré yo a saludarla.

Miguel colgó el teléfono y le dijo a Annika a su vez que la recibiría en unos minutos.

Annika asintió aliviada. Había tenido suerte.

Hojeó una revista sobre salud para hacer tiempo. Pasaron quince minutos. Miguel parecía seguir absorto en sus tareas, como si se hubiera olvidado de que ella estaba allí. Comenzaba a impacientarse.

La gente se había ido yendo y tan solo parecían quedar el directivo y su secretario en esa planta.

Casi media hora después, ya indignada pensando que ese tal Pablo debía ser un prepotente tremendo, la puerta se abrió. Tras ella apareció un hombre relativamente joven, de unos cuarenta y pocos años, aproximadamente metro ochenta de altura y constitución atlética que se insinuaba con el pantalón de traje y la camisa que vestía. Tenía la corbata un poco floja y la camisa remangada, con el primer botón suelto.

Le sonrió, dejando entrever una hilera de dientes blancos bien alineados, a la vez que fijaba en ella unos ojos azul cielo impenetrables.

A Annika le puso un poco nerviosa esa mirada, sin saber bien por qué. Tuvo que reconocer que llamaba mucho la atención. No le extrañaba que hubiera ejercido esa atracción en Sara.

—Disculpa que te haya hecho esperar. Ya pensaba que no vendrías y andaba liado cerrando unos asuntos.

Le sorprendió que le tuteara, pues nadie lo hacía cuando estaba en acto de servicio. «No debe estar acostumbrado a tratar a nadie de usted», pensó. Pero no le importó. En su voz melódica sonaba muy bien.

—No hay problema. Soy yo quien debe disculparse, pues no he podido acudir a la hora acordada.

—Seguro que has tenido cosas más importantes que hacer. No te preocupes. Pasa, por favor.

Se hizo a un lado para dejarla entrar al despacho mientras le sostenía

galantemente la puerta, y, antes de pasar él, se dirigió a su secretario.

—Miguel, no es necesario que te quedes. Yo me iré en cuanto finalice con la señorita.

Miguel asintió con un gesto.

—Gracias —musitó.

Esa última frase hizo que Annika se pusiera en guardia de nuevo. Aunque era una costumbre social, no le gustaba que la llamaran «señorita». Le parecía ridículo que una mujer tuviera que ser «señorita» si no estaba casada, mientras que un hombre no era «señorito». La mujer parecía adquirir su completitud solo al casarse, cuando se convertía ya en toda una señora, sin diminutivos.

Además, ¿qué sabía ese hombre si ella estaba casada? y, ¿quién era él para referirse a ella de esa manera? «¿En cuanto finalice con la señorita?» Ignoraba si era prepotencia, o, al igual que el detalle de la puerta, una forma anticuada de galantería. Y no sabía cuál de ambas le molestaba más.

—Siéntate, por favor —le dijo casi en un susurro.

«Esta no va a ser una entrevista fácil. Quiere hacerme sentir inferior», dedujo rápidamente mientras tomaba asiento sin decir palabra. Si Pablo hubiera querido mantener una charla más informal, sabía que le habría invitado a sentarse a la mesa redonda ideada para reuniones. Sin embargo, le había señalado con un gesto la silla frente a su mesa de despacho, mientras él se acomodaba en su confortable sillón.

«Yo también he visto *El gran dictador*», se quedó con ganas de decirle. «Sé cómo funciona esto y no me vas a intimidar con tu sonrisa y tus cortesías, con tu informal tuteo, ni con ese gran sillón desde el que me miras.» Todo esto se lo dijo a sí misma, mientras le sostenía la mirada.

Él estuvo así unos momentos, mirándola a los ojos. Parecía estar midiéndola, calibrando sus intenciones. Tras unos segundos, su cara se relajó y sonrió.

—Tengo entendido que estás trabajando en el caso de la desgraciada muerte de nuestra trabajadora, Sara González.

—Así es.

—Ha sido un golpe muy duro para todos —afirmó, tornándose serio de nuevo—. Hemos pasado unos días muy difíciles y tristes. Sin embargo —agregó—, esto es una empresa y hay que continuar trabajando. Ya imaginarás que no es fácil sobrevivir con la que está cayendo —dijo en referencia a la

crisis global que estaba afectando muy gravemente al país y a la región—. Nuestro sector, como supondrás, no es una excepción. Son muchos los centros que han cerrado, el margen de beneficios ha disminuido y tenemos que luchar cada día para mantenernos a flote y para poder mantener a nuestro personal con nosotros. Y con la incertidumbre reinante, no sabemos lo que sucederá al día siguiente. Así que casi podría decirse que nos concentramos en poder abrir un día más.

—Claro, lo entiendo. Aunque imagino que la gente sigue enfermando igual, con o sin crisis.

—La economía impregna cada parcela de nuestra vida —replicó él—. La salud, por desgracia, no es una excepción. La gente aguanta más antes de comprar un medicamento o recurre a remedios caseros. Pero lo que de verdad nos está perjudicando son las medidas que están tomando los gobiernos. La exclusión de la financiación pública de muchos fármacos o la extensión de los medicamentos genéricos. Para reducir costes, los gobiernos están optando porque los médicos receten estos como norma habitual, y con ello nos están infligiendo un daño terrible. Esa está siendo nuestra peor crisis dentro de la crisis.

—Bueno, eso último parece bastante lógico —se dejó llevar Annika, curiosa—. ¿Por qué pagar más solo por la marca? Un medicamento no es algo que se compre por capricho.

—Permíteme decirte que ese argumento es totalmente injusto. Entendemos que la línea que se está adoptando es más que desleal. Los medicamentos que generamos han sido registrados previamente por nuestros laboratorios, y en ellos hemos invertido muchos recursos en la fase de investigación y desarrollo. Además son muchos los controles que en cada una de las etapas debemos seguir durante este proceso. Como empresa, no cabe esperar otra cosa sino intentar recuperar ese dinero en la comercialización del producto. Hacemos una importante labor social y a veces tenemos la sensación de que, en lugar de obtener ayudas de los gobiernos, como sucede en otros muchos sectores sin duda menos esenciales, nos ponen obstáculos en el camino. Eso por no hablar de la calidad de esos medicamentos genéricos. No alcanza la que tienen nuestros fármacos.

Annika no estaba de acuerdo con esa posición. Sabía que estas empresas patentaban los fármacos, adquiriendo la exclusividad del comercio el tiempo que la patente le permitía, con lo que amortizaban de sobra la inversión. Pero

además, continuaban manteniendo unos precios a su entender abusivos, aprovechándose de su posición dominante, y obteniendo unos beneficios extraordinariamente altos en un sector, el de la salud, que debiera quizá estar guiado por otros valores. Sin embargo, pensó que no era el momento de enzarzarse en un debate de ese tipo. Estaba claro que no iba a convencer de nada al gerente de una empresa que se dedicaba precisamente a eso y le interesaba granjearse su confianza. La actitud adecuada era totalmente la opuesta.

—Nunca lo había considerado desde ese punto de vista —dijo en su lugar.

Pablo sonrió de nuevo.

—Digamos que no tenemos a nadie de nuestra parte. Nadie se preocupa de contar esta otra cara de la historia. Pero, en fin, no quiero aburrirte. No has venido aquí a hablar de esto, así que, dime, ¿en qué puedo ayudarte? Me consta que ya has entrevistado a los trabajadores que se relacionaban más directamente con nuestra compañera.

—Así es, a todos menos a ti.

Pablo arqueó una ceja, como si no entendiera lo que Annika le decía.

—Al pertenecer Sara al área de gerencia, tengo entendido que despachaba contigo directamente, por lo que eres una de las personas con las que más debía relacionarse. —Él no dijo nada. Se limitó a mirarla fijamente, y esperó a que continuase. Annika tragó saliva y siguió hablando—. Como ya expliqué a tu secretario, nos gustaría tener una visión lo más exhaustiva posible de todas las circunstancias en torno al asesinato. Eso incluye la vida de la víctima anterior a la tragedia. Todo lo que sepas puede ayudarnos.

—Lo entiendo, pero no creo que pueda hacer mucho por ti en ese sentido.

—Las personas con quienes he conversado coinciden al afirmar que era contigo, Pablo, con uno de los que más trataba, al reunirse frecuentemente. Me gustaría que me hablaras de ella. Cuéntame lo primero que se te venga a la cabeza, con eso basta. Con eso, aunque no lo creas, me ayudarás a completar el perfil que nos vamos haciendo de ella.

—Está bien. Te seré sincero —sus ojos azules se clavaron nuevamente en los de Annika—. Soy un hombre de negocios. Todo lo que salga de ese nivel carece de interés para mí. No soy observador y no presto mucha atención a mis empleados. Intento ser amable, que parezca que me importan y me preocupo por ellos, pero en realidad mi cabeza está en las cifras. Lo que hago lo hago por la buena marcha de la empresa. Liderazgo emocional y todas esas

tonterías, ya sabes. Mi secretario me ayuda bastante en esa tarea. Me dice cuándo algún familiar de un trabajador está en el hospital, cuándo alguien ha tenido un hijo o cuándo se incorpora si ha estado de baja. Me indica si alguien ha traído dulces para celebrar su cumpleaños, para que me acerque a felicitarle. Cosas así. Sé que eso es importante para ellos y trato de hacerlo. Pero más allá de que me obligo a incluirlo como una parte más de mi trabajo, no les presto atención. Si te digo la verdad, ni siquiera recuerdo los nombres de todos los que trabajan en la oficina. Con las personas del área de gerencia es diferente, claro. Despacho con cada una de ellas individualmente para agilizar las gestiones. Les veo más, conozco sus nombres, pero no mucho más. No sé nada de sus vidas. Si están casados o solteros, si les gusta el fútbol o dónde fueron de viaje las últimas vacaciones. Esa es la verdad.

—¿Ese es también el caso de Sara? ¿No sabías que tenía pareja? —le espetó con poca sutileza.

Pablo permaneció callado unos segundos. Después replicó.

—Sara había pasado hacía no mucho al área de gerencia. Era una chica con potencial, tenía aptitudes, pero le quedaba por aprender. Despachaba con ella a menudo porque quería que se formara lo más rápido posible. A decir verdad, la sobrecargué de trabajo —añadió, como reflexionando para sí—. Era la única forma de que asumiera más responsabilidad y asimilara deprisa el funcionamiento del departamento. Era exigente consigo misma. Se iba cargada de tareas, muchas nuevas para ella, pero de una forma u otra las sacaba adelante. Supongo que echándole horas. Y eso era, al fin y al cabo, lo que yo pretendía.

—¿Sabes que eso le costaba serias discusiones en casa? Su pareja no toleraba muy bien su trabajo.

—Ese no es mi problema, si me lo permites. Yo marco el nivel y quien pueda que me siga. Comprenderás que no puedo entrar en las cuestiones personales de cada uno. Quien más y quien menos tiene sus problemas, pero eso queda fuera de aquí.

De alguna forma, esa posición le recordó a Daniel, su propio jefe, y por un momento aborreció a ambos.

—Sin embargo, son esas cuestiones las que más me interesan en este momento —sostuvo, consciente de que Pablo había evitado contestar a su pregunta—. Volvamos a ese punto. ¿Sabías algo de la relación que tenía con Álvaro, su pareja?

Pablo jugó con el bolígrafo que tenía entre las manos. A Annika le pareció un gesto de nerviosismo, aunque siguiera manteniendo el mismo porte y la misma mirada seria. Le vio tragar saliva antes de continuar.

—Obviamente, no podía imaginar lo que iba a suceder. Sé que soy una persona fría, pero tampoco hasta ese punto. Si hubiera intuido algo así, lo habría denunciado, o algo habría hecho, no sé.

Vio que Annika permanecía callada, probablemente esperando a que continuara y acabara contestando a su pregunta. Ahora era ella quien le mantenía la mirada. Suspiró y prosiguió.

—Sí, sabía que tenía pareja y que no era una relación fácil —ante el silencio de Annika, continuó—. Sara era una chica guapa. Y a mí, aunque ya te digo que mi prioridad es la empresa, pues me gusta... no sé, llámalo coquetear, con las chicas guapas. Ya sabes, bromear, piroppearlas de vez en cuando.

—La sedujiste —se precipitó Annika.

—No, no —replicó apresuradamente Pablo—. Bueno, o al menos no era esa mi intención. Pero a raíz de esas bromas ella me dijo un día muy nerviosa que tenía novio y tenía que volver a casa en cuanto saliera de la oficina, que la estaría esperando.

—¿Cómo sucedió eso? —quiso saber, con creciente interés.

—Fue una tarde que nos habíamos quedado hasta última hora. Estaba cansado y me apetecía tomar un Martini para acabar el día relajado, así que la invité a acompañarme. Y esa fue su respuesta.

—¿Nada más? —instó a continuar.

—No. Ya te digo que simplemente era una chica mona. No lo suficiente como para meterme en ningún tipo de problema por ella.

Annika no fue capaz de sacarle más. A partir de ahí, la conversación giró nuevamente sobre la personalidad de Sara. Varios minutos después, decidió darla por concluida. Se puso en pie agradeciéndole el tiempo que le había dedicado.

—No hay de qué. Si necesitas algo más, ya sabes donde encontrarme.

—Sí, espero que sea más fácil esta vez.

—Nunca se sabe. Los negocios son duros —aseveró—. Pero supongo que siempre podemos encontrar tiempo a última hora. Tomando un Martini, por ejemplo —apuntó sonriendo con una mirada de complicidad.

Annika dejó pasar la broma. No le parecía que tuviera ninguna gracia. Se

despidió y salió.

Mientras recorría el camino inverso para salir del edificio y llegar al coche, fue repasando la entrevista. Había estado convencida de que de ella obtendría información sobre cómo continuar, pero no era capaz de forjarse un diagnóstico sobre Pablo. Tampoco de saber si era cierto lo que decía, si había tratado de engatusarla o simplemente no había más que lo que le había contado.

La verdad es que le había parecido sincero. «Demasiado sincero», se dijo. No se había cortado a la hora de exponer su frialdad o su falta de interés hacia los demás. Era una persona insensible, distante, preocupada únicamente por sí mismo. Ni siquiera por sí mismo. Por mantener su negocio, su puesto, sus beneficios.

Cómo podía haberse enamorado Sara de alguien así, pensó, pero al momento recordó su primera impresión. Debía de haber mantenido la máscara de la que hablaba, la que veían sus empleados, y la que le había mostrado a ella misma los primeros minutos, antes de descubrirse.

Sara habría visto a un tipo guapo, amable e interesado en ella y rodeado por ese aura de atracción que solía proporcionar el poder. Sus galanterías le habrían hecho sentir atractiva también. Esto, en alguien que llevaba años interiorizando mensajes de inferioridad, habría despertado sentimientos que creía olvidados.

Pero después, cuando él había dado algún paso más, ella se había negado. O eso era al menos lo que Pablo sostenía. Se preguntó si sería verdad.

Arrancó el coche y contempló de nuevo el edificio antes de salir del aparcamiento. Había una única luz en la planta de arriba, la que debía pertenecer al despacho de Pablo. Era tarde ya, pasadas las ocho y media, de modo que imaginó que no tardaría mucho en irse. Entonces tuvo un presentimiento y decidió esperar. Sacó el coche del aparcamiento y estacionó en un lugar donde no pudiera ser vista con tanta facilidad. Tal y como esperaba, con pocos minutos de diferencia vio cómo la luz de la planta superior se apagaba y algo después Pablo salía, despidiéndose del conserje.

Se dirigió a un flamante Audi A8 de color negro, estacionado en un lugar reservado en el aparcamiento. Lo arrancó y salió. Ella se encogió en su asiento por precaución, aunque vio que iba concentrado hablando por el manos libres del teléfono móvil. Se preguntó quién estaría al otro lado de la línea. Esperó a que recorriera algunos metros y arrancó de nuevo, cuando ya no

había posibilidad de que sospechara. No quería arriesgarse pues era una zona bastante desierta a esas horas.

El edificio estaba situado cerca de un polígono en la carretera de la Vía de la Plata, paralela a la autovía del mismo nombre, construida hacía unos años. El coche de Pablo no tomó el desvío para incorporarse a la autovía, por lo que dedujo que no saldría de Mérida. Se alegró, pues se dio cuenta de que ni siquiera sabía dónde vivía. Podía perfectamente haber residido en Cáceres o en Badajoz, ya que era mucha la gente que tenía su trabajo en la capital extremeña pero iba y venía a diario. Siguió hacia la ciudad, tomando la carretera de Extremadura que, unida a la avenida Reina Sofía hacia las veces de circunvalación y, tras recorrerla prácticamente completa, algo antes de llegar a la conocida como rotonda de las tres fuentes, la entrada a la ciudad desde Madrid, vio cómo ponía el intermitente y se desviaba hacia la derecha. Annika conocía el polígono que se encontraba allí ubicado, pero recordó que, paralelo a este, había una urbanización construida recientemente, apenas unos meses antes de que se iniciara la crisis del ladrillo.

Desaceleró para dejar aún más distancia entre la gran berlina conducida por Pablo y su modesto automóvil, y, cuando este ya hubo girado, tomó ella a su vez el desvío. Pablo realizó un par de giros más y finalmente señaló con el intermitente de nuevo, esta vez para entrar en un garaje correspondiente a una vivienda unifamiliar. Paró a la suficiente distancia y se quedó observando.

«¿Y ahora qué?», se preguntó. Miró la casa. Las luces estaban apagadas. No debía de haber nadie. Por la conversación que había tenido momentos antes con Pablo, podía deducir que vivía solo pero no pondría la mano en el fuego. Decidió esperar un rato para ver si podía averiguar algo más de su vida. Al poco se encendió una luz en la planta baja. Observó la vivienda. Sabía que en algún momento había escuchado hablar de ellas. Entonces lo recordó. Por aquel entonces aún vivía con Fernando, su anterior y única pareja, que había querido que comprasen una casa juntos, y durante una época había estado investigando las posibilidades en la ciudad. Evocó el día en el que había llegado ilusionado con panfletos de varias promotoras inmobiliarias. En uno de ellos aparecían estas viviendas. Eran magníficas, recordó, pero no eran asumibles para ellos. Espaciosas, tenían un buen patio que habría hecho las delicias de Wolf, aunque este por entonces aún no existía, y una terraza en la parte superior donde cargarse de energía solar durante el día y pasar deliciosas noches de verano contemplando las

estrellas, ya que, al encontrarse en las afueras de Mérida, las luces artificiales de la ciudad no dificultaban tanto su observación. Tenían su propio garaje, y también una pequeña bodega. Materiales de primera calidad, domótica, parquet, y en general, todas las comodidades. Se habían quedado encandilados, soñando con los ojos abiertos cómo sería su vida en una casa como aquella, y por un momento Annika casi se ilusionó con el proyecto de vida que aquel chico anhelaba para los dos. Incluso hicieron números, pero no tardaron en volver a pisar el mundo real y darse cuenta de que, aunque en ese momento los bancos lo firmaban todo, estarían hipotecando no solo la casa, sino también sus propias vidas, así que, con resignación, se deshicieron del panfleto.

No había vuelto a saber de aquella urbanización. Al poco de aquello, o probablemente debido a la insistencia de Fernando, ella comenzó a ser consciente de que no deseaba lo mismo que él, y eso fue el principio del fin. Cuanto más lo anhelaba él, más veía ella que no podían seguir juntos, más sentía que le estaba engañando. Hasta que un día lo sentó junto a ella y le explicó lo que le sucedía.

Fernando trató de convencerla de que era solo una mala época, que las relaciones tenían siempre altibajos y solo había que tener paciencia y esperar. Le decía que se habían dejado caer en la rutina, pero que eso iba a cambiar.

Ella también quería creer que era así y por un tiempo se dejó llevar. Fernando aparcó el tema de la compra de la casa e intentó organizar cosas juntos. Escapadas de fin de semana, cenas románticas esperando al llegar a casa después del trabajo... No funcionaba, y, de nuevo, cuanto más se esforzaba él, peor se sentía ella. Sabía que no había nada que le pudiera reprochar, y por eso se sentía aún peor, culpándose de no ser capaz de sentir como él.

Fernando lo intentó todo. Incluso un día, viendo que nada parecía cambiar las cosas, apareció con una caja envuelta en un enorme lazo rojo. La caja se movía y emitía unos extraños ruidos. Annika la abrió y se enamoró al instante del pequeño labrador que la miraba con anhelo. Por unos días volvió a sonreír, y se volcó con aquella criatura, tan dulce, que a su vez la tomó como su madre de adopción, y la seguía torpemente por toda la casa. Si Annika se movía, el cachorro iba detrás, negándose a separarse. Cuando se iba al trabajo, gimoteaba por no tenerla cerca, pero descansaba feliz en cuanto la veía regresar, pegándose nuevamente a ella. Annika quedó prendada de Wolf,

pero Fernando no vio cumplidas sus expectativas, pues lejos de unirles más como pareja, parecía que ella se refugiaba en el cachorro.

Un día, cuando ya hacía unos meses que Wolf formaba parte de su vida, y esta había vuelto a la rutina incluyendo al cachorro en ella, se dio cuenta de que hacía mucho que no sonreía con Fernando, que vivía angustiada con un sentimiento de culpabilidad constante, y decidió acabar definitivamente con aquello. Retomó la conversación. Él intentó de nuevo, aunque esta vez con menos ímpetu, hacerla creer que era cuestión de tiempo. Probablemente empezaba a comprender que no era así. Y ella ya no estaba dispuesta a seguir en esa situación. Así que se separaron.

Fue lo más duro que había hecho en su vida desde que se vio forzada a dejar el país donde había pasado su primera infancia. Se dio cuenta de hasta qué punto había basado su vida en su pareja, de cómo dependía de él para todo, desde tomar decisiones hasta contarle sus problemas en el trabajo, o sentirse protegida mientras la abrazaba por las noches. Todo eso se esfumó de repente, y se dio cuenta de que no era tan independiente como creía. Pero esa independencia era lo que de alguna forma había deseado, de modo que construyó su nueva vida sobre lo que le había faltado al no tener que buscarlo mientras Fernando estaba allí.

Consiguió afrontar la soledad, el vacío que Fernando había dejado, un vacío que la envolvía y ahogaba los primeros días, cuando volvía del trabajo y encontraba la casa vacía, cuando se acostaba y la cama era demasiado grande para ella. Al principio le costaba sobrepasar el umbral. Abría la puerta y se quedaba allí sentada, al pie, incapaz de entrar en esa casa llena de su ausencia, mientras el perro daba vueltas a su alrededor, y acababa sentándose junto a ella, paciente, hasta que sentía la fuerza necesaria para rebasar la línea, cerrar la puerta tras de sí, y continuar con su vida. Pero poco a poco se fue habituando a esta soledad, que pasó a ser su aliada. Hasta que, antes de lo que habría podido imaginar, se encontró un día apreciándola, y deseando llegar a la tranquilidad de su casa, donde le esperaban los pequeños placeres de ser dueña de su vida y de sí misma. Aprendió a disfrutar de no tener que compartir la televisión, de decidir cuándo y qué comer, o de no tener que adaptarse a nadie. A no dar explicaciones si le apetecía quedarse todo el día en pijama, ni ceder y salir a tomar una caña si no era lo que le apetecía. O, si, como rara vez, se daba el caso contrario, a llamar a alguien y salir cuando sintiera ganas. Se dio cuenta de que le gustaba esa vida, y que las decisiones dolorosas

tomadas hasta llegar a ella habían sido las correctas.

Wolf era la excepción a todo eso. Era el que le daba el equilibrio. Equilibrio para no volverse una ermitaña, o una egoísta, pensaba ella, al tener que pensar en alguien más, y equilibrio también porque le daba compañía y cariño, y lo hacía además de la forma más desinteresada, por un amor leal y puro. Así era feliz, ¿por qué cambiar?, se dijo a sí misma recordando las emociones que Bruno le hacía experimentar, y preguntándose si era realmente aquello lo que había deseado, o si era simplemente que nunca había conocido a nadie que la hiciera sentir como Bruno.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos al ver un coche girando en el cruce e incorporándose a la calle donde estaba estacionada. Instintivamente, se encogió de nuevo en el asiento. El conductor frenó a la altura de la casa de Pablo y aparcó frente a su garaje, salió del coche y llamó a la puerta. Era un hombre, pero desde aquella distancia no podía verle bien. Sin embargo, su porte le resultaba familiar. Permaneció alerta. Entonces, Pablo abrió la puerta, y, al retirarse para dejarle pasar, la luz de la casa le iluminó. Annika ahogó una exclamación de sorpresa. Era Miguel, su secretario.

La puerta se cerró y ella se quedó allí, observando en silencio, si bien no se distinguía nada a través de las cortinas corridas. Tras el asombro inicial, una sensación de desasosiego se había apoderado de ella. Consultó su reloj. Eran cerca de las nueve y media de la noche. ¿Qué hacía allí Miguel a esas horas?

Recordaba perfectamente cómo Pablo le había dicho a su secretario que podía marcharse a casa. De eso hacía más de hora y media. ¿Qué podía significar aquello? Quizá había surgido algún asunto urgente. Recordó a Pablo hablando por teléfono nada más salir del edificio. Debía de ser entonces cuando había quedado con Miguel.

Pero... ¿Y si Miguel vivía allí también? ¿Y si eran amantes? No, estoy delirando ya, se dijo. En su lugar, esperó y esperó. Las diez y media. Las once. Medianoche. A medida que pasaba el tiempo tenía que hacer mayores esfuerzos para no quedarse dormida. Pensó en irse, pero la luz del salón seguía encendida. Supuestamente, nadie se había ido a dormir aún, y lo que fuera que estaba pasando, estaba ocurriendo en el salón. La una de la madrugada. A su pesar, empezó a dar cabezadas. Era la tercera noche sin apenas dormir y se le hacía difícil de llevar. Por fin, cerca de las dos menos cuarto de la mañana, la puerta se abrió. Se espabiló al momento. Miguel salió, se metió en su coche y se fue.

Annika dudó entre seguirlo o quedarse allí a comprobar si sucedía algo más. A esa hora sin duda llamaría la atención tanto de Miguel como de Pablo, si por alguna razón oía el ruido y se asomaba a la ventana. Finalmente decidió no moverse. No quería jugársela. Casi al instante, la luz de la planta baja se apagó y en su lugar pudo apreciar una tenue luz que emanaba desde el piso superior, probablemente de una lámpara de noche. «Hora de dormir, Pablo», susurró. Tras unos quince minutos, esta luz también se apagó y la vivienda quedó a oscuras. Esperó todavía un poco más. En torno a las dos y media, decidió que había llegado la hora de irse a la cama ella también. Regresó a casa y se quedó dormida al instante.

XII. Martes, 25 de octubre

Bruno se había pasado la mañana enredando. El lunes lo había dedicado a transcribir lo que le había contado Paquita así como a comenzar a documentarse sobre la guerra civil española, pues, si iba a escribir una historia sobre ella, creía que necesitaba poder contextualizarla, al menos, para comprenderla mejor él mismo.

Se ilustró sobre el alzamiento, sobre el complejo contexto que lo precedió y el caldo de cultivo que hizo que se fueran cocinando todos los ingredientes que desembocaron en aquel dieciocho de julio. Sobre los años de la guerra, las conquistas, la resistencia, y sobre el largo sitio a Madrid, su rendición definitiva y el comienzo del régimen. Analizó documentación referente a las represalias, durante y después de la guerra, y fue algo más allá, recorriendo la historia de España hasta el fin de aquella dictadura, cerca de cuarenta años después, y el proceso de transición a una democracia que él creía asentada, pero que cuanto más se sumergía, mejor comprendía algunas de sus carencias, de sus irregularidades, del proceso aún sin concluir, a pesar de los otros tantos años de vida democrática.

Se lamentó de las oportunidades perdidas de aquel país que le había visto crecer, de aquellos cuarenta años en los que se prohibió al pueblo decidir por sí mismo y se le oprimió en su libertad de expresarse, de opinar y de dirigir su propio rumbo. Del talento perdido, de todas aquellas personas que tuvieron que exiliarse para salvar su vida, y, también, del sufrimiento que aún residía en tantos corazones por no haber sido capaces, gobernantes y ciudadanía, de cerrar aquel capítulo de una forma más resarcitoria, con transparencia y reconocimiento.

Cuanto más leía, más le interesaba el tema. Bruno era una persona apasionada y se entusiasmaba fácilmente, como le había sucedido cuando comenzó a conocer el fenómeno del tráfico y explotación de personas. Había dado con otra injusticia que reivindicar, y esa era, de alguna forma, la gasolina que alimentaba su motor personal. En este caso, la injusticia se remontaba a más de setenta años atrás, pero, aun así, no dejaba de serlo, y consideraba que no se había restituido lo que correspondía. Contar la historia

de las personas que habían sufrido parte de esos atropellos era una forma de dignificar y reconocer lo sucedido. Una forma, la que estaba en su mano, la que conocía y se le daba bien, de hacer justicia.

En ello había estado ocupado la tarde anterior. Había llamado a uno de esos colegas de facultad, Alfredo, que participaba en una asociación para la recuperación de la memoria histórica. Aunque habían estudiado ambos en Madrid, Alfredo era también extremeño, y le había recomendado algunos libros que se centraban en la represión en la provincia de Badajoz. Se había acercado a la Biblioteca Nacional de Mérida y se había hecho con algunos de ellos. Los estuvo hojeando por la noche, hasta que le pudo el sueño y se fue a la cama, y, fruto de ello, había amanecido tarde y perezoso.

Se había conectado a las redes sociales, había perdido más de una hora entre Facebook y Twitter y actualizando su perfil de LinkedIn, que era algo que no quería dejar de hacer, en la esperanza de que algún cazatalentos le fichara para un medio serio y le hiciera un contrato en condiciones. Cuando miró el reloj era ya hora de partir para Montijo. Salió del piso y fue dando un paseo hasta el coche. No solía ser nada fácil aparcar cerca de casa en el centro de Mérida.

El día, al igual que el anterior, se presentaba nublado, y se había levantado un viento intempestivo impropio de aquella fecha. Parecía increíble cómo podía cambiar el tiempo de un día a otro. Incluso con la hora que era, pasada la una de la tarde, quedaba aún en la carretera algo de la niebla matutina, que debía de haber sido especialmente densa, como en los peores días del invierno que ya se acercaba.

Era esa una característica especial de la climatología de Mérida. Las nieblas que rodeaban la ciudad, propiciadas por el paso del río Guadiana, que la atravesaba. Brumas que la envolvían e invadían cada rincón, haciéndola cambiar de fisonomía y parecer un lugar radicalmente diferente a aquel que fuera en pleno agosto, con el sol brillante golpeando sin piedad cada rincón de la ciudad.

«Ya estamos con las nieblas de la Mártir», se dijo fastidiado. Sin embargo, a pesar de lo molestas e incluso peligrosas que podían llegar a ser al estar tras un volante, era un fenómeno apreciado y reconocido por la mayoría de emeritenses, fruto de la cultura popular y entendido ya como algo casi familiar, consustancial al paisaje propio de la ciudad. Una niebla que se palpaba, que podía ser sobrecogedora, pero que encantaba a muchos de los que la habían

conocido desde la infancia. Que la esperaban al adentrarse la época, y la respiraban, paseando a su lado, solos o en compañía, en las frías tardes de noviembre y diciembre. Y es que Bruno, que no había compartido con ella el paso de los años, no podía entender que a alguien le gustara. Era propia de un tiempo frío, de una humedad que calaba hasta los huesos y hacía la conducción más difícil.

Lo de la historia de su origen era otra cuestión. Entendía que las personas creyentes la venerasen, pues formaba parte de su ideario. Decía la leyenda que cuando Santa Eulalia, en la actualidad patrona de la ciudad, fue capturada por los romanos allá por el comienzo del siglo IV, por practicar el cristianismo, se le condenó a pasear desnuda por las calles para ser humillada antes de morir. Era tal la ignominia y la pena que suponía para la aún niña, pues contaba con tan solo doce años, que quiso Dios librarla de tal martirio tendiendo una densa capa de niebla por toda *Emerita Augusta*, nombre romano de la ciudad, para que nadie pudiese ver su cuerpo desnudo. No la libró de ser quemada viva dentro del horno de cal ni de otras torturas previas, pero sí del, al parecer, más cruel martirio de ser contemplada desnuda por sus vecinos.

Al recordar Bruno la leyenda popular no pudo dejar de hacer un paralelismo con lo que ahora sabía que había ocurrido con tantas mujeres en los pueblos de España en pleno siglo XX. El paseo por el pueblo, rapadas, marcadas, y habiéndolas obligado a ingerir aceite de ricino que les forzaba a hacerse de vientre sin remedio en mitad de las calles durante el recorrido mientras todos sus vecinos las veían y ridiculizaban.

«Qué poco ha cambiado en veinte siglos», pensó. La barbarie de los hombres siempre parecía ser capaz de inventar formas más crueles de tortura psicológica, en especial si de mujeres se trataba. La vejación arbitrada a través de sus cuerpos había sido utilizada tanto por los que castigaban por creer en las ideas cristianas, como por los que, veinte siglos después y en el mismo lugar, condenaban precisamente por lo contrario, por defender unas ideas y valores diferentes.

Pensando en estas y otras cosas se plantó en el pueblo y aparcó el coche justo cuando su madre llegaba de comprar el pan. Ella le vio y le hizo una señal con la mano, esperándole en la puerta.

* * *

Annika se despertó con una extraña sensación de no saber dónde estaba. Tardó unos segundos en reconocer su habitación y unos cuantos más en recordar todo lo demás. A pesar del cansancio le había costado conciliar el sueño, pero una vez que lo hizo había dormido de un tirón, fruto de la falta de descanso acumulada.

Escuchó la pata de Wolf arañando insistentemente la puerta del dormitorio. Entonces era así como se había despertado, entendió. Todavía se hizo un poco de rogar hasta que se percató de que a través de la persiana se colaba algún fuerte rayo de luz. Extrañada, miró el reloj.

—¡Las diez y media! ¡No puede ser! —exclamó.

Con todos los sucesos del día anterior no se había acordado de poner el despertador y aunque a menudo su reloj interno tendía a coincidir con este, esta vez le había fallado estrepitosamente. Hacía más de dos horas que debía estar en el trabajo.

Saltó de la cama ignorando el entumecimiento de sus músculos, abrió la puerta al perro saludándole precipitadamente y acto seguido se metió en el baño.

Mientras se duchaba pensó que, después de todo, era razonable que llegara algo más tarde. Aunque oficialmente Violeta y ella no eran familia y por tanto no le correspondían los días libres que sí hubiera tenido por el fallecimiento de un familiar cercano, su relación lo era a todos los efectos. Solo había dejado de acudir el día del entierro y hoy se incorporaría a media mañana. Ella no se caracterizaba por faltar al trabajo salvo que fuera estrictamente necesario. Nadie pondría pegos.

Sus pensamientos volvieron al entierro y dejó que las lágrimas brotasen, una tras otra, confundándose con el agua y escurriéndose junto a esta por el desagüe de la bañera.

Se quedó así, dejando correr el agua, hasta que, poco a poco, las lágrimas dejaron de fluir. Con un suspiro, cerró el grifo y salió de la ducha. No tenía ánimos para ir a trabajar, pero sentía que debía hacerlo. De forma pausada, como en una grabación a cámara lenta, se vistió, cogió una manzana por todo desayuno y sacó al perro a dar un paseo de ida y vuelta mientras la mordisqueaba.

De regreso, cogió las llaves del coche, y, con la misma lentitud y falta de ánimo, condujo de forma mecánica hasta la comisaría. Pasó sin saludar, se sentó en su espacio de trabajo y encendió el ordenador. Tras varios minutos,

viéndose incapaz de concentrarse en nada, y con las lágrimas a punto de aflorar nuevamente, decidió que necesitaba un café y se dirigió hacia la máquina, donde encontró a Mati con un *capuccino* humeante y reclinado en la pared conversando con Sonia. Al verla acercarse, ambos se callaron.

—Lo siento mucho, Annika —dijo este nada más llegar ella a la cafetera.

—Y yo —se sumó Sonia—. Escuché la noticia, pero hasta ayer no supe que era amiga tuya.

—Gracias —la angustia le atenazó la garganta y se vio incapaz de añadir nada más.

Annika no era santo de la devoción de Sonia. Siempre tan distante, le parecía una engreída, aunque la última semana le había hecho cambiar ligeramente su opinión, y ahora pensaba que en el fondo era muy tímida y quizá era eso lo que le hacía mantenerse alejada. Aun así, seguía sin cuadrarle mucho, pero se dio perfecta cuenta de lo que le ocurría y se sintió conmovida. Así que sin pensárselo, la abrazó.

A Annika le cogió por sorpresa. En un primer momento se quedó rígida, sin saber cómo reaccionar, pero al instante se dejó llevar. Mati miraba la escena tan sorprendido como emocionado, sin atreverse a decir nada. Cuando se separaron, Annika se limpió las lágrimas que finalmente había vuelto a derramar.

—Si hay algo que pueda hacer, solo tienes que decírmelo —dijo al fin.

—Sí, lo mismo digo —añadió Sonia.

Annika, perturbada por la espontánea muestra de afecto por parte de ambos, negó con la cabeza.

—No, no, gracias. Ahora lo importante es que Antonio, el marido de Violeta, se recupere.

Ambos asintieron.

—Está bien. De todas formas, ya sabes —Mati le guiñó un ojo afectuosamente mientras se alejaba junto a Sonia.

Annika sacó un café doble y volvió a su mesa. La conversación le hizo pensar de nuevo en el hospital y se sintió mal por no haber vuelto a preguntar. Cogió el móvil y se disponía a salir para llamar, cuando, al alzar la vista, vio que Daniel se dirigía hacia su mesa.

—¿Annika?

—¿Sí?

—A mi despacho.

No tenía la más mínima idea de lo que querría ahora su jefe. Quizá había averiguado lo de su investigación paralela. A esas alturas ya debería haber sabido que Daniel se enteraba de casi todo. Ignoraba cómo lo hacía, pero así era, y lo cierto era que no se había esforzado mucho en ocultar nada. Había ido en horario de trabajo a la empresa donde la víctima estuvo empleada y también en horario de trabajo había entrevistado a algunas de sus amigas. Cualquiera podía haberle puesto sobre la pista y no le habría llevado mucho descubrir lo que estaba haciendo. Ella había dejado claro que no estaba de acuerdo con el modo de proceder en aquel caso y solía ser bastante previsible. Cuando algo no le gustaba, toleraba muy mal conformarse y solía seguir insistiendo. En este caso no lo había hecho, así que viéndolo en perspectiva comprendió que no era difícil deducir que habría tomado un camino alternativo.

Si Daniel la había vigilado y constatado que había desobedecido sus órdenes, estaba perdida. No le temblaría el pulso a la hora de aplicar una sanción de la forma más drástica.

Todo esto pasó por su cabeza en unos segundos, pero estaba agotada y ni siquiera le afectó. Dio un largo sorbo al café, y, resignada, se levantó para seguirle en dirección a su despacho. Cuando llegó, Daniel, que estaba ya tomando asiento, le pidió que cerrara la puerta tras ella y se sentara. Empezaba a acostumbrarse a esa situación.

—Esta mañana no estabas en tu puesto de trabajo —comenzó—. Pregunté y me dijeron que ni siquiera habías aparecido.

Se quedó en silencio, esperando una contestación.

Annika no se lo podía creer. Iba a reprocharle que se hubiera incorporado dos o tres horas después el día siguiente al del entierro de Violeta. Podía haber tratado de hacerle entender cómo se sentía, pero se negó a hacerlo. Se negó a mostrarle su debilidad. Sabía que Daniel, tanto si se manifestaba comprensivo como si no, la utilizaría en su contra tarde o temprano. Siempre lo hacía, y ella hacía tiempo que había aprendido esa lección.

Cuando comenzó a trabajar con él pensó que tenía la obligación de contarle sus asuntos, que era su superior directo y por tanto debía saber si le ocurría algo, para entender si alguna vez faltaba al trabajo o si rendía menos de lo habitual. Pero el tiempo le había ido enseñando que esta información que ella ingenuamente le proporcionaba como un acto de confianza, que a ella tanto le costaba, la atesoraba él como ases en la manga que exhibía triunfante cuando

llegaba el momento. Como cuando la retiró del caso en el que llevaba meses trabajando y estaba a punto de cerrar, alegando que no estaba en condiciones para seguir con un asunto tan importante. Ella le había contado que estaba pasando por la ruptura de su relación, un día que se sintió ahogada, para que supiera que necesitaba tomarse alguna mañana a fin de resolver asuntos con Fernando. Unos días después la llamó para, muy suave pero inflexiblemente, decirle que llevara asuntos más ligeros por una temporada, hasta que se sintiera mejor. Y, sin más, la dejó fuera. A ella, que ni en los peores momentos había bajado el nivel en el trabajo, más bien al contrario, lo había utilizado como vía de escape. Y todo para finalizar el caso él y ponerse así la medalla ante sus superiores, con rueda de prensa incluida en la que se explayó sobre todos los detalles y resultados de la operación como si él mismo los hubiera ejecutado. O cuando, habiendo tenido una recaída por un esguince cervical que sufriera tiempo atrás, le había pedido entrar algo más tarde para poder ir a la recuperación por la sanidad pública, pues su sueldo no le daba para pagarse un fisioterapeuta todas las noches al salir de la oficina. Él nuevamente se mostró comprensivo, casi indulgente, asegurándole que podía tomarse el tiempo que le hiciera falta, y mientras tanto, arguyendo que le estaba haciendo un favor para aligerarla de su carga de trabajo, aprovechó esas horas para entrar en su ordenador y examinar todos sus casos. Para cuando acabó con la recuperación, un par de semanas después, Daniel ya tenía una lista de los descuidos que había cometido en los procedimientos a lo largo de su vida laboral en comisaría. Amenazó con expedientarla, aunque finalmente no lo hizo, pero sí se encargó de que se conocieran por todo el personal, dejándola como una incompetente frente a sus compañeros. Y ella solo podía morderse la lengua y maldecir la hora en la que, cuando él le preguntaba con interés si le dolía mucho, ella reconocía que sí, que necesitaba la fisioterapia para recuperarse.

Ya sabía lo que venía ahora. Daniel estaba perfectamente al tanto de la muerte de su amiga. Sin embargo, ni siquiera le había dado el pésame. Estaba esperando a que ella lo sacara para justificar su falta. Pero no. No le daría ese gusto. No la vería vulnerable. No esta vez.

De modo que se quedó callada a su vez, mirándole de hito en hito, esperando a que continuara. Finalmente, este, exasperado, volvió a hablar.

—¿Y bien?

—Tuve que resolver unos asuntos urgentemente. Me incorporé en cuanto

me fue posible —contestó, desafiante.

Daniel la miró.

—Últimamente estás muy descentrada. Sé que has encajado un duro golpe estos días —añadió, dulcificando el tono de una forma que a ella le pareció demasiado artificiosa—. Pero esta situación viene de atrás. Primero esa investigación sobre clubs de alterne sin fondo ninguno, después el empeño en abrir otras vías a un caso con un culpable manifiesto, y, mientras tanto, no veo ningún resultado. Con lo que ha sucedido este fin de semana, y créeme que lo siento, me temo que las cosas no van a mejorar.

—No volverá a pasar —rezongó ella entre dientes.

—Eso espero, Annika. Eso espero. El día a día de la comisaría es duro y necesitamos a la gente al cien por cien. No podemos permitirnos estar distraídos. ¿Tienes algo entre manos ahora?

Annika pensó unos segundos antes de contestar. Tenía el caso de Sara y tenía el de los clubs. Ninguno de ellos le valía a Daniel.

—Nada urgente —dijo al fin.

—En ese caso, te haré llegar unos cuantos expedientes para que les des salida cuanto antes.

Trabajo burocrático. Annika lo detestaba y Daniel lo sabía. Era una especie de castigo, no sabía muy bien por qué. Probablemente por haberle desafiado, a su manera, en los días anteriores.

—Perfecto —replicó en la misma línea.

—Muy bien, pues ya puedes irte. Espero que esto te haga reflexionar. Y, una vez más. Siento lo ocurrido —afirmó, dando por finalizada la conversación.

Cuando salió del despacho Annika estaba aún más desanimada. Volvió a su mesa y se quedó observando el ordenador. Quería llamar al hospital pero no se atrevía a levantarse y salir después de la reprimenda de su jefe. Y menos aún le apetecía llamar desde ahí. No tenía intimidad ninguna en ese cubículo y no quería que el resto de compañeros la escucharan.

Se quedó lamentándose de su suerte por tener un jefe como Daniel. Solían decir que no hay jefe bueno, pero ella sabía que no era así. Antes de entrar en la comisaría, había pasado por muchos trabajos para poder pagarse el piso y los estudios, trabajos de todo tipo, con jefes y jefas de todo tipo. Y nunca había dado con una persona tan mezquina. Ambicioso, acomplejado y envidioso, se sentía amenazado cuando se encontraba con alguien que

entendía, aunque no lo reconociera, más cualificado, y tenía una forma de responder a ello tan sibilina que a Annika le sacaba de quicio.

En una de las cafeterías que trabajó en sus años de estudiante había tenido un jefe que cualquier analista de recursos humanos bien podría poner como ejemplo a no seguir. Intentaba que produjera el máximo por el mínimo dinero, pagándole menos de lo que estipulaba el contrato y estrujándola para que echara todas las horas posibles; le hacía promesas de subidas de sueldo o días de descanso para conseguir más esfuerzo por su parte que después incumplía de forma sistemática; desconfiaba constantemente de ella, controlándole por sorpresa el *stock* o los horarios, intentando pillarla apareciendo cuando no se le esperaba, por más que siempre hubiera demostrado responsabilidad, y, para coronarlo, era irritable, machista, y tacaño. Toda una joya. Y, sin embargo, Annika no le guardaba rencor. A su manera, le tenía cariño y cuidaba de ella. Y le había dado trabajo en un momento en que ella lo necesitaba. Además, se le veía venir. No actuaba de mala fe. Era, simplemente, un empresario que intentaba sacar el máximo beneficio posible, a costa de sus empleados o de lo que hiciera falta. Desgraciadamente, había muchos como él.

Pero Daniel era distinto. Disfrutaba haciendo daño. No soportaba tener enfrente alguien que pudiera hacerle sombra, y que, para colmo, lo supiera y no se preocupara de esconderlo. Y quería devolvérselo, haciéndole sentir mal siempre que tuviera ocasión. Por eso le jugaba esas malas pasadas. Era muy bueno detectando los puntos débiles del contrario, y jugaba sus cartas en base a ello. El resto de compañeros creería, viéndola, que le importaba poco lo que pensarán de ella. Sin embargo, Daniel sabía que no era más que una coraza. Por eso una de sus estrategias favoritas era menospreciarla delante de los compañeros. Incluso cuando cerraba la puerta del despacho, lo hacía para que el resto de personal se diera cuenta de que le estaba reprendiendo por algo.

Por otra parte, había tenido suerte, pensó, pues no sabía nada de la investigación en paralelo sobre Sara. Por un momento había creído que lo habría descubierto todo. Había sido un aviso y debía tener mucho más cuidado a partir de entonces.

Observó cómo una compañera administrativa se acercaba con una montaña de expedientes tambaleándose.

—Hola, me ha dicho el jefe que vas a echarme una mano con todo esto.

—Hola, Beatriz, eso parece. ¿De qué se trata?

—Son expedientes sancionadores por consumo y tenencia ilícita de

estupefacientes. Es fácil, estos son todos iguales. El acuerdo de inicio ya está hecho y la mayoría no ha presentado alegaciones. Solamente tienes que adaptar el modelo de propuesta de resolución. Una vez que sacas uno, puedes hacer el resto casi sin pensar. Pero son demasiados y no doy abasto, así que corremos el riesgo de tener que archivarlos por caducidad. En seis meses tienen que estar resueltos y notificados. Y viendo cómo se nos van apilando, la verdad es que no es de extrañar que se salgan con la suya. En fin, ahí te los dejo. Si necesitas cualquier cosa, dímelo. —Comenzó a irse, pero se dio la vuelta—. Si acabas pronto, allí hay todos los que quieras —añadió en un tono algo irónico.

Annika no estaba dispuesta a seguir lamentándose. Abrió el primero de ellos y comenzó a leer. Era lo más inteligente que podía hacer. Una hora después, cuando ya había revisado varios y comenzado a elaborar la resolución que después firmaría Daniel, vio por el rabillo del ojo cómo este salía de la comisaría. Se quedó mirando discretamente por la ventana hasta confirmar que se iba. Esperó un par de minutos, y, por fin, asió el móvil y se dirigió hacia afuera.

Dudó en llamar al hospital o a Carmen. Ante la incertidumbre de cómo reaccionaría con ella y el temor de que algo hubiera ido a peor en la situación de Antonio, se decantó por el hospital, pero, por más que lo intentó, solo facilitaban detalles a la familia directa.

Finalmente, marcó el número de Carmen, que se puso al teléfono a los pocos tonos.

—¿Carmen? Soy Annika. Llamaba para preguntarte cómo está Antonio.

—Ah, sí. Ya creía que te habías olvidado de él —contestó con tono de reproche—. Se despertó ayer.

—¿De verdad? —exclamó Annika, animándose de repente—. ¡Pero eso es maravilloso!

—Bueno, parece que fue solo un momento, a última hora de la noche —replicó Carmen, suavizando el tono ante la alegría de Annika—. Y no podía hablar, ni nada. Pero los médicos dicen que es muy buena señal, que eso puede significar que está habiendo recuperación.

—¿Se le puede ver ya? —quiso saber.

—No, no, sigue en cuidados intensivos.

—De acuerdo. ¿Y sabemos algo más de las lesiones que tiene?

Escuchó a Carmen exhalar un suspiro, y, después, con la voz quebrada,

añadir:

—Está muy mal, Annika. Tiene fracturas por todo el cuerpo, pero la peor es la del cráneo, que le provocó coágulos y fue la cirugía más complicada. Los médicos no quieren pillarse los dedos porque dicen que a veces progresa y a veces no, depende del paciente. En ocasiones están en coma durante mucho tiempo. Por eso es tan importante que se haya despertado, aunque todavía no sabemos hasta dónde le puede haber afectado. Habrá que hacerle muchas pruebas.

—Bueno, en todo caso es una muy buena noticia —quiso animar Annika.

—Sí —admitió Carmen—. Me han dicho que tengo que estar preparada para lo peor. La lesión puede haberle hecho perder funcionalidad en los músculos o en cualquiera de los sentidos.

—Hay que seguir esperando —solo acertó a agregar.

Carmen no dijo nada. Tras un momento, Annika le hizo la otra pregunta que temía.

—¿Y Celia? ¿cómo está?

La voz de Carmen se endureció de nuevo.

—Pues no está bien. Leonor sigue ocupándose de ella el tiempo que estoy en el hospital, y no deja de preguntar por su mamá y su papá. Se pasa el día queriendo saber cosas sobre la muerte, qué significa, dónde va la gente que se muere...

—Mi pobre Celia —murmuró Annika—. Debe sentirse tan confundida.

—Sí, así es. Mira, sigo creyendo que te equivocaste diciéndoselo, pero ya está hecho. Lo peor es que no está con nadie conocido y Leonor ya está mayor para hacerse cargo todo el día de ella.

—Yo podría ocuparme —sugirió de nuevo—. Mientras tú estás en el hospital...

—Annika, no digas tonterías. De ese modo sería aún peor, porque tú vives en Mérida, y entonces tampoco me vería a mí.

«Pero me vería a mí», quiso decir Annika, a quien le dolía que Carmen siempre la tratara como a una extraña.

—Está bien —concedió—. Pero me gustaría ayudar. ¿De verdad no hay nada que yo pueda hacer?

—No, te lo agradezco, pero no.

Suspiró.

—De acuerdo, te llamaré mañana para ver cómo sigue Antonio. Y, por

favor, si hay cualquier cambio, avísame.

—Sí, descuida. Adiós, Annika.

—Adiós —musitó, colgando el teléfono a su vez. Volvió a la oficina y estuvo con los expedientes hasta la hora de comer, en que se fue a casa a descansar. No tenía los ánimos para relaciones sociales.

* * *

Daban las cinco de la tarde cuando Bruno llamó puntual a la puerta de Paquita. Escuchó su voz desde el salón indicándole que estaba abierto y le invitó a sentarse. El café estaba ya encima de la mesa, preparado para servirse junto a las pastas en lo que comenzaba a parecerse a una rutina. Una rutina que a Bruno no le disgustaba en absoluto.

Dejó que ella marcara los ritmos, y, también como las veces anteriores, esta esperó a que finalizaran con la merienda, y solo cuando ambos hubieron terminado, se dispuso a continuar con su relato.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

—Su padre hizo las maletas para emigrar de España.

—Sí, las maletas es un decir. No era como irse ahora de viaje, ¿sabes? Ahora pensamos que necesitamos mucho más de lo que en realidad se precisa. La gente se va una semana de vacaciones y se lleva quince kilos de equipaje. Antes no era así. Poseíamos lo justo para vivir, y menos aún era lo que podíamos llevar en un viaje de esos, que no sabíamos ni el tiempo que duraría ni dónde nos llevaría. Y, créeme, hijo —prosiguió—, cuando te ves obligada a empezar de cero una y otra vez, te das cuenta de lo innecesario de llevar la maleta llena. Hemos evolucionado hacia una cultura en la que lo que nos da seguridad son los bienes materiales, y esto es lo que menos falta hace. Son otras cosas las que cuentan. Y a veces no solo es que no sea necesario, sino que es recomendable, y casi obligado, llevar la mochila lo más vacía posible.

A Bruno le dio la impresión de que doña Paquita estaba hablando ahora en sentido figurado, o, al menos, que esta reflexión podía aplicarse también a muchas otras cosas. Sí, la mochila vacía, pensó, de prejuicios, de estereotipos, de ideas preconcebidas. Mucho mejor viajar así.

Siguió escuchando el relato, y enterándose así de que fueron muchos los que, como el padre de doña Paquita, se vieron obligados a abandonar el país

por temor a las represalias, aunque en su caso el verdadero motor que le impulsó fue la aversión y el desprecio que se adueñaron de él por lo que le habían hecho a su mujer. Unos fueron los ejecutores, pero muchos fueron los que callaron. Paquita le confesó que ella había comprendido que lo hicieron por miedo, que no se podía juzgar a las personas cuando este se apoderaba de ellas, pero su padre nunca pudo entenderlo y menos aún perdonarlo. Quizá, admitió, porque murió demasiado pronto, antes de que el dolor fuera menos reciente y pudiera desprenderse del caparazón que se colocó para soportar los duelos que tuvo que afrontar: el de la muerte de su mujer y el de la pérdida de identidad al alejarse de su tierra.

Aunque este fuera uno de los motivos para iniciar la peregrinación del exilio, su padre era consciente del peligro que corrían, pues para el bando nacional eran una familia roja, y visto el cariz que la situación iba tomando, no se sabía hasta qué punto llegarían las represalias y el exterminio ideológico. Para entonces ya se rumoreaba que el régimen fascista que dirigía Portugal hacía presos a quienes intentaban refugiarse allí. Por tanto, el destino más lógico y cercano era Francia, así que comenzaron un largo periplo guareciéndose en las regiones que aún se mantenían fieles a la República, hasta llegar, tras muchos suplicios e infortunios que doña Paquita aún recordaba vívidamente, a la frontera, donde encontraron nuevas e inesperadas dificultades.

En aquel momento ya eran muchos los que habían cruzado a Francia y su gobierno, desbordado por la situación, comenzó a tomar medidas. Se encontraron los puestos fronterizos cerrados, y, cuando al fin lograron cruzar, acabaron con sus huesos en un campo de concentración, donde muchos compatriotas esperaban masificados una solución. Allí pasaron unos angustiosos meses, durante los cuales la separaron de su padre y sufrió toda la dureza de la soledad y el desamparo. A ello se sumaron las penosas condiciones de hacinamiento, que provocaban a su alrededor las más diversas enfermedades, y en muchos casos incluso la muerte.

—¿Y los franceses no hacían nada por evitar aquello? —preguntó Bruno extrañado.

—Hijo, los franceses fueron los que nos metieron allí. No sabían qué hacer con tanto inmigrante, así que, como nosotros mismos hacemos ahora, cerraron las puertas para que nuestra situación no les perjudicara. Para que no les invadiéramos con nuestra desgracia a costas.

—Entiendo —dijo pensativo Bruno.

—¿Sabes, hijo? —continuó Paquita—. A mi edad, no deja aún de sorprenderme la poca memoria que tenemos. Hemos sido tantas y tantos los españoles que tuvimos que emigrar para sobrevivir... Algunos porque si no nos íbamos nos esclavizaban o nos mataban, otros, antes y después, porque ya vivían esclavos del hambre. Y esta región padeció mucho ambas cosas. Somos y hemos sido siempre un pueblo de emigrantes, que hemos sobrellevado las dificultades de emprender el viaje hacia lo desconocido, las de intentar comprender un idioma nunca antes escuchado, o las de sufrir en nuestra propia piel el desprecio y la hostilidad de la sociedad que esperábamos nos acogiera. Ahora son otros los que llegan a esta tierra que, aunque no es rica, es privilegiada en comparación con los lugares de donde llegan. ¿Y qué hacemos? Les tratamos con desprecio, con miedo, con rechazo. Con todo aquello que hubiéramos deseado no nos mostraran a nosotros cuando nos tocó. Porque —prosiguió—, la acogida francesa fue de todo menos acogida, así al menos la vivimos mi padre y yo. No te imaginas la xenofobia que respiraba el pueblo francés hacia nosotros, los exiliados españoles. Su actitud de prepotencia, la arrogancia y desdén que manifestaban cada día, los gestos de desprecio. Y no solo ellos. Los campos de concentración estaban vigilados por senegaleses. Senegaleses que tenían carta blanca para maltratarnos, y que, en muchos casos, desahogaban todo el resentimiento acumulado por la discriminación racial y las vulneraciones perpetradas por otros hombres blancos hacia ellos. Se vengaban en nosotros, en forma de unos castigos y una brutalidad innecesaria. Y en nosotros, a su vez, nacía el odio hacia ellos por lo que nos hacían. El pueblo francés nos despreció por necesitarles —relataba Paquita—. Nosotros acumulamos resentimiento hacia los franceses por ponérselo aún más difícil. Esa es la espiral. Y así el mundo gira y gira. ¿Cuándo nos daremos cuenta de que la única forma de parar todo esto es a través del perdón? Ahora vienen aquí y tenemos la memoria tan corta o el odio tan incrustado, que lo pagamos con otros y somos incapaces de cooperar como hermanas y hermanos. Ese sería el mejor tributo que las generaciones que vienen podrían rendirnos a los que tuvimos que emigrar, mostrar respeto, comprensión y hospitalidad a quienes hoy llegan a nuestra tierra. Además, ¿te imaginas qué fácil sería todo si solo actuáramos como nos gustaría que actuaran con nosotros? ¿Si solo tuviéramos la costumbre de ponernos en el lugar del otro antes de decir o hacer algo? Y nunca es tarde, hijo mío, nunca es tarde para pararlo —continuaba—.

Porque seguimos alimentando resentimiento, no hemos aprendido nada de nuestro pasado, y porque se nos volverá en contra una vez más, no te quepa la menor duda. Y porque cualquier persona merece ser tratada con respeto. Nosotros lo merecíamos y los que vienen igual lo merecen. Estamos a tiempo. Por eso quiero que escribas este libro —concluyó con un hondo suspiro—. Por eso quiero que, si alguien lo lee algún día, recuerde lo fácil que sería y lo felices que seríamos de esta forma.

Bruno asintió, reflexivo. Sí, entendía lo que quería decirle.

—Pero si no lo hace, si nadie lo lee, al menos tú me has escuchado —sonrió la buena mujer.

Él sonrió a su vez, asintiendo, y la instó a seguir reflexionando sobre aquello.

—Además, normalmente se nos olvida ver la cara positiva de la inmigración, pero la tiene, ¿verdad doña Paquita?

—Ya lo creo que sí, hijo mío. Nosotros no llevábamos mucho encima, pero teníamos en cambio mucho que ofrecer, y así lo hicimos. Traíamos la esperanza de un futuro que nos había sido negado y la disposición de trabajar cuanto fuera necesario para ganarnos un sitio en nuestra nueva patria. Podría contarte los beneficios que le supuso a Francia la entrada de españoles, o cómo muchos lucharon a su lado en la Segunda Guerra Mundial, aunque la mayoría por entonces no supiera verlo y nos trataran como seres inferiores, igual que ahora hacemos con los que están en esa posición. Pero sigamos con lo nuestro, que ya se acerca la hora de la misa y tenemos que ir acabando.

Así, doña Paquita le habló de cuando salió de aquel campo de concentración y se reunió de nuevo con su padre, y de cómo llegaron hasta París, donde se hospedaron y trataron de sobrevivir. Su padre murió al poco tiempo de una enfermedad que arrastraba a raíz de las penurias sufridas, de las que nunca fue capaz de sobreponerse, y ella probablemente también habría muerto de pena y desesperación si no hubiera conocido a un francés que, con su amor, la rescató y le devolvió la esperanza. Aunque no le duró mucho, concluyó la señora amargamente, contándole cómo el terror se instaló de nuevo en su vida. Llegó la Segunda Guerra Mundial y ella la vivió en París, mientras su ya esposo, François, se iba al frente a luchar. Se quedó callada unos momentos, con los ojos vidriosos, como decidiendo si continuar. Alzó la vista para consultar la hora que marcaba el reloj de pared y pareció decidirse.

—Ya está bien por hoy. Estoy algo cansada y en un rato tengo que

prepararme para ir a la iglesia.

—Vaya, siempre me deja en lo más interesante —protestó Bruno.

—Así vienes con ganas el próximo día —sonrió ella, reponiéndose—. Por cierto, ¿cuándo será?

Bruno dudó.

—¿Qué tal el viernes?

—Muy bien. Entonces, nos vemos el viernes, a la misma hora. Te estaré esperando.

Se despidieron y Bruno se fue con una extraña sensación. De una parte, satisfecho por todo lo aprendido y por cómo se habían organizado para la siguiente sesión, ya que de ese modo le quedaban tres días de trabajo para darle forma al nuevo fragmento de la historia y seguir documentándose. Y también para volver, en algún momento, sobre el asunto del club. Pero, por otro lado, tras aquellas charlas sentía cómo una amarga tristeza se le colaba por dentro y le calaba hasta lo más hondo. Le pareció que ese era el sabor de la injusticia.

Iba tan embebido en sus pensamientos en el camino a casa que no vio venir a Paco.

—Pero, tío, ¿qué haces tú por aquí? —exclamó mientras se acercaba a darle un apretón de manos.

—¡Hombre, Paco! ¡Qué alegría, no te había visto!

—Ya, ya. Ya veo que estás en la parra, ibas concentrado en tus cosas. ¿Cómo es que estás por el pueblo hoy, un martes?

—Bueno, es una historia un poco larga de contar.

Paco le miró de hito en hito.

—Una especie de trabajillo de investigación que estoy haciendo por aquí.

—Ajá. ¿Sobre Montijo?

—Más o menos.

—Qué bueno. Y tu madre encantada, claro.

—No sabes cuánto —sonrió.

—Pues habrá que tomarse unas cañas para celebrarlo —exclamó Paco.

—La verdad es que ya me iba, pero claro, una caña no hace mal a nadie. ¿Y Paqui? —no pudo dejar de preguntar.

Paqui era la novia de Paco. Cuando comenzaron a salir, Bruno le había gastado muchas bromas con el juego de palabras, asegurando que estaban predestinados y por eso Paco había esperado tanto tiempo, pues su amigo

nunca había tenido una relación seria, nada que hubiera durado más de unos cuantos fines de semana. A él no le importaban esas bromas, ya que estaba convencido de que era su verdadero amor. Y Bruno se había ido dando cuenta, muy a su pesar, pues Paco había comenzado a distanciarse de todo el mundo, incluido él. Se había ido encerrando en su relación de pareja, haciéndose cada vez más dependiente de Paqui y dejando de quedar con sus amigos de siempre. Bruno creía que Paco se equivocaba con esa actitud, aunque había visto cómo lo mismo le había sucedido a muchas de sus amistades. Empezaban a salir con alguien e iban relegando el resto de las relaciones que hasta entonces habían tenido. Si un día las cosas empezaban a ir mal, podían darse cuenta de que se habían quedado solos. Pero Paco era su amigo y tenía que respetarlo. A fin de cuentas, él no era nadie para decir qué era lo correcto. Si actuaba de esa forma, sería porque era lo que le parecía mejor, y, si algún día las cosas salían mal, pues volvería a empezar y ya está. Siempre se puede volver a empezar, se dijo a sí mismo, en parte pensando en la historia que Paquita le acababa de contar. Así que optaba por no meterse en la vida de su amigo y recibir bien lo que se encontrara. Y realmente le apetecía tomarse algo en el bar con él.

—Ah, pues está en un curso, en el centro joven que antes era el cuartel de la guardia civil —contestó Paco—. Ahora le ha dado por la pintura, y la verdad es que no lo hace nada mal. Estaba aburrido en casa y había salido a dar una vuelta.

—¿El que está impartiendo Elena?

Su amigo le miró sorprendido.

—Sí, ese mismo. Vaya con el periodista, para no venir nunca por aquí estás bien informado. Yo ni siquiera me había enterado que Elenita había vuelto al pueblo hasta que Paqui supo de lo de las clases. Va a ser verdad que a ti lo que se te da bien es el periodismo de investigación.

Bruno soltó una carcajada.

—El mérito no es mío, no te creas. Tengo las mejores fuentes. Y en mi propia casa.

Ahora fue Paco el que se rio, acordándose de la madre de Bruno. Siempre le había hecho gracia que una foránea, a la que incluso se le seguía distinguiendo el acento italiano después de tantos años, conociera la vida y la historia de cada persona del pueblo mejor que muchas que llevaban allí toda la vida.

Llegaron al bar y comenzaron a ponerse al día de las novedades en sus vidas.

Desde que tenía novia parecía que Paco pretendiera ver a todos sus amigos emparejados, así que siempre le sacaba ese tema.

—Poco que contar —se quejó Bruno.

—Vamos, vamos. Nunca se te ha dado mal. Seguro que algo hay —le pinchó su amigo.

—Qué va, tío. Te diría que estoy centrado en mi trabajo, pero es que ni siquiera tengo esa excusa —bromeó él.

Paco le miró incrédulo.

—Que es verdad —protestó—. Ha habido una chica que me gustaba mucho, y creía que podríamos tener algo, pero no parece estar mucho por la labor...

—A ver, a ver. Cuéntame —demandó su amigo, frotándose las manos.

Bruno comenzó a relatarle su historia con Annika. Sin saber cómo, acabó hablándole también del trabajo que había empezado a hacer para ella, aunque obviando los detalles más confidenciales. Le contó que estaba detrás de algo ilegal y que había ido a un club a ver si podía extraer información. Eso llamó la atención de Paco.

—¿En serio estuviste en un puti tú solo? —exclamó divertido—. Vaya, yo no he ido a ninguno desde aquella vez que nos llevaron en la despedida de Ángel, ¿te acuerdas?

Bruno asintió con gesto de desagrado.

—Yo tampoco estoy especialmente orgulloso de aquello. Pero en su momento pareció una buena idea —se excusó—. Bueno, cuéntame tu visita allí. Me da curiosidad.

Bruno no quería referirle nada relacionado con la mafia que dirigía aquello, así que le habló de los detalles del local, las chicas que vio, y la conversación con el camarero que le había descrito a las mujeres como si de la carta de un restaurante se tratase.

Paco parecía indignado.

—No sé cómo la gente puede prestarse a eso. No piensan en la vida de esas mujeres, solo pagan sus cincuenta o sesenta euros y la meten.

Bruno le miró sorprendido. Nunca había tenido una conversación de ese tipo con su amigo, pero no esperaba una reacción tan firme. Supuso que el hecho de compartir la vida con Paqui también le había hecho empatizar más con las mujeres, ser capaz de ponerse en su piel ante una situación como esa.

En ese momento entró en el bar Santiago, un conocido de ambos. Santiago era algo mayor y no era de su grupo, pero las últimas veces que había ido a Montijo Bruno se había tomado las cañas con él, ya que la mayoría de sus amigos no estaban en el pueblo o hacían vida de casados, como era el caso de Paco. Santiago, en cambio, era de los habituales en el bar.

—¿Qué pasa, tronco? ¿Otra vez por aquí? Ya veo que al final te vas a aficionar al pueblo otra vez —dijo mientras le daba la mano a Bruno—. Hombre, y tú también aquí, Paco, esto sí que es una novedad. ¿Te ha dejado venir tu mujercita? —se burló mientras tomaba asiento junto a ambos.

Paco se sonrojó y se puso algo tenso. Echó un vistazo al reloj.

—Bueno, yo en realidad me iba ya —farfulló mientras se levantaba—. Juan, cóbrame las dos cañas —añadió dirigiéndose al camarero.

—Pero, Paco, espérate un rato más. No hagas caso a este subnormal —dijo, bajando la voz para que Santiago no pudiera oírle.

—Si no es eso —mintió Paco. Luego pareció cambiar de opinión y se sinceró—. Bueno, es verdad que no le aguanto, pero además es que Paqui sale ahora del curso y me voy a acercar a recogerla.

—Está bien. A ver si nos vemos pronto —dijo, mientras le daba un abrazo. Para cuando se dio la vuelta, Santiago ya le había pedido otra caña.

—No, no, que yo también me tengo que ir —se quejó.

—Sí, hombre. O sea, que llego yo, y os vais los dos en desbandada, ¿no?

—Tienes razón —accedió Bruno—. Pero al menos que sea sin, que tengo que coger el coche.

—Está bien, Juan, ponme una sin para la señorita.

Bruno suspiró. A veces se preguntaba qué tenía en común con algunos chicos del pueblo.

—Bueno, ¿y qué, de qué iba el tema hoy?

—Estaban hablando de putas —terció con guasa el camarero.

Bruno se dio cuenta de que no había sido nada prudente. A veces hablaba en confianza pensando que solo le escuchaba la persona que tenía enfrente y olvidaba que estaba en un sitio público rodeado de gente. Y a Juan no solía escapársele ninguna conversación.

Santiago parecía encantado.

—¿En serio? Vaya con los dos finos. Vais de progres y luego os liais con putas como cualquier otro —se regocijó.

—No es eso —protestó Bruno.

—Anda que no. Juan, estaban hablando de putas, ¿sí o no?

—Sí, pero que conste que yo no me meto en las conversaciones de nadie. A ver, Bruno, no te enfades, si estáis hablando de que si una brasileña, una africana, una no sé qué y una no sé cuánto, del puticlub ese que hay a las afueras de Badajoz, ¿no?

—¿De Badajoz? —dijo Santiago a su vez—. Buah. Yo ahí no he estado nunca. Pero ni falta que me hace, sabes que te digo. Sobre todo ahora que aquí han traído mercancía nueva. Unos bellezones rubios... Que no viene nada mal, porque estas ya tienen sus años, ¿sabes?

Bruno se puso alerta. Tuvo un presentimiento y decidió cambiar de estrategia.

—¿Ah, sí? ¿Han traído chicas nuevas? ¿Y cuándo ha sido eso?

—Pues sí, desde hace unos meses hay varias nuevas. Yo tardé en enterarme porque no están en la barra esperando a que llegues para entrarte, y seguía como un panoli yéndome con la Jacqueline, que no lo hace mal pero ya aburre, y entonces un día que me estaba tomando un whisky un conocido de la Puebla salía y nos quedamos un rato charlando, y me contó lo de las nuevas. Que ya le vale al Frasco no haberme dicho nada, que soy un buen cliente, ¿sabes? Tampoco es que vaya mucho, pero, joder, nunca he dejado nada a deber ni he montado ningún número como hace más de uno. Yo voy, pago mi consumición, me subo con la Jacqueline o con la que esté, y me voy para mi casa tan a gusto, sin dar guerra. Así que le dije al Frasco que estaba aburrido de ver siempre las mismas caras, y que me largaba, que no me apetecía montármelo con esa pesada, y le dejé ahí el billete de la copa e hice como que me iba —continuó relatando Santiago—. Y funcionó, vaya si funcionó. No había cruzado la puerta y ya me estaba llamando. Que si me apetecía probar algo nuevo lo hubiera dicho antes, me dijo. Desde entonces cada vez voy con esas, que hay varias.

Bruno se había quedado boquiabierto. Había muchas similitudes con lo que él mismo había visto en Badajoz. ¿Podría tratarse de la misma red? De ser así aumentaba la gravedad y la magnitud del delito que se estaba cometiendo.

Santiago se rio.

—Vaya cara se te ha quedado, tío. Y tú yéndote hasta Badajoz. Y tienes que venir al pueblo para que un ignorante como yo te lo cuente, ¿eh?

—La verdad es que no tenía ni idea. Y entonces, ¿son jovencitas? —preguntó recomponiéndose e intentando poner cara de pícaro.

—Ya te digo. Esas no tienen mucho más de dieciocho. Tienen cara de

ángeles, aunque son otra cosa bien diferente.

La conversación le estaba repugnando por momentos, pero ahora que había dado con algo no iba a dejarlo escapar.

—Oye, y si yo fuera allí, ¿qué tendría que decir para tener acceso a esas chicas?

—Pues no sé, yo es que soy un buen cliente, ya te lo he dicho. No creo que sean para todo el mundo. Pero no se te ocurra decir que te lo he contado yo, ¿eh? A nadie le gustan los chismosos. Porque tú has sacado el tema, que si no yo no digo esta boca es mía.

—¿Y si vinieras tú conmigo? —se le ocurrió a Bruno de repente—. Verían que soy de confianza, ¿no?

—No sé, no sé.

—Venga, ¿qué pasa?, ¿te las quieres quedar para ti solito, o qué?

Santiago se quedó pensando.

—Pero yo no voy a ir hoy. Esto no es para todos los días, tronco. Es una pasta.

—Mira, el viernes vuelvo por el pueblo otra vez —se apresuró a decir—. Vendré para el bar como a esta hora. Y, si tienes pensado ir, pues me acerco contigo.

—Eso es otra cosa, el viernes ya es fin de semana. Bueno, ya veremos.

Cuando Bruno se despidió de él y se puso en carretera ya estaba bien entrada la noche. Tenía que llamar a su madre en cuanto llegara a casa o empezaría a preocuparse.

Lo de Santiago había sido un inesperado golpe de suerte. Pensó en cómo a veces los hechos se encadenaban de un modo fortuito. Había estado desorientado sin tener un hilo del que tirar y de repente todo había cambiado. Iría a ese club, pero esta vez no le pillarían desprevenido. Lo prepararía todo a conciencia y si aquello era lo que parecía, obtendría las pruebas necesarias.

Cuánto daría por ver la cara de Annika cuando le dijera que había recabado pruebas de algo más gordo que lo que ella había pensado en un principio. Tendría que reconocerle que la había sorprendido. Sonrió y encendió la radio para escuchar algo de música hasta llegar a casa.

* * *

Annika salió de la ducha, fastidiada aún por la repentina lluvia que le había

pillado en mitad del parque con Wolf sin sitio donde cobijarse. Aunque había regresado corriendo, se había calado hasta los huesos.

Tras la ducha caliente se sentía un poco mejor. Intentó secar al perro con una vieja toalla reservada para él y empuñó la fregona, porque este se había estado sacudiendo el agua y lo había puesto todo perdido. Echó un buen rato poniendo la casa en orden de nuevo, tras lo cual se sentó en el sofá a ver la televisión.

Pensó en qué podría hacer hasta la hora de acostarse. Era temprano y tenía la mente aún demasiado activa. Querría haber corrido un buen rato y así haberse cansado lo suficiente para caer rendida en la cama, pero la tormenta le había estropeado el plan.

El día había sido penoso. Primero Daniel con su charla, luego el regalito de los expedientes, a los que había dedicado toda la jornada y para colmo Carmen seguía sin permitirle ocuparse de Celia. Se le ocurrió que aunque no pudiera cuidarla, al menos podría saber cómo estaba. Era tan fácil como llamar a la vecina de Carmen y pedirle que se pusiera la niña al teléfono.

Decidida, buscó en la guía el número y lo marcó. A los pocos tonos reconoció la voz de la señora.

—¿Dígame?

—Hola, Leonor, soy Annika, ¿me recuerdas, verdad? La amiga de Violeta — ante el silencio de la señora, añadió—: de la mujer de Antonio, el hijo de doña Carmen. Llamaba para saber cómo está la niña.

—Ah, *Anita*, claro, hija no te reconocía la voz. Pues Celia está bien, bueno, sigue triste y todo esto, ya sabes, pero tranquila, que está bien cuidada, ya me encargo yo de que coma y se acueste a sus horas.

—¿Podría hablar con ella?

—Pues... claro, si se quiere poner. Espera un momento. Celia, ven, alguien quiere hablar contigo.

—¿Mamá? —escuchó decir a la niña al otro lado del teléfono, volviendo a sentir ese ya conocido dolor en el pecho.

—No, cariño, soy tu tía Annika —corrigió con un hilo de voz.

—Ah, hola —respondió apocada.

—Solo quería saber cómo estabas. Tengo muchas ganas de verte.

La niña no contestó.

—Celia, ¿estás bien?

—Quiero que vengan mamá y papá. Que mamá deje de estar muerta y que

papá salga del hospital.

Annika no había pensado que podría ser tan difícil y no supo qué contestar.

—Escucha, Celia, papá va a tardar todavía un poquito en salir del hospital. Se tiene que poner bueno y allí le curan más rápido. Tienes que ser una niña buena hasta que él vuelva, ¿vale?

No se oía nada.

—Celia, ¿me oyes?

—Sí —dijo esta vez.

—¿Me prometes que vas a ser buena?

—¿Si te lo prometo vendrán papá y mamá?

Annika suspiró.

—Si me lo prometes, seguro que papá se pone bueno pronto, y puedes verlo —pensó un momento y añadió—. E iré yo a verte a ti. ¿Eso te gustaría?

—Sí —afirmó la pequeña—. Ven a verme, tita.

—Está bien. Mañana iré a verte y jugaremos un rato. Dame un beso.

Pero la niña ya se había separado del teléfono y fue Leonor quien le respondió.

—Se ha ido para la habitación.

—Está bien. Quiero acercarme mañana, cuando acabe en el trabajo. Llamaré antes de salir, ¿de acuerdo?

—Sí, claro, hija. Le vendrá bien.

—Gracias por todo, Leonor.

—Adiós, *Anita* —se despidió.

Al colgar el teléfono se sintió aún más abatida. Si por ella fuera habría cogido las llaves del coche y se habría ido directa a por Celia. Tendría que esperar al día siguiente.

Siguió mirando la televisión sin enterarse de lo que estaba emitiendo, mientras su mente vagaba por los acontecimientos del día anterior. Hasta entonces había aparcado el tema, decaída como estaba, pero en ese momento se volvió a preguntar qué significaba la extraña visita nocturna del secretario de Pablo a su casa. Recordó la entrevista. Aún se sentía igual de confusa sobre la veracidad de lo que le había contado.

Hizo un esfuerzo por evocar el encuentro desde el principio. Rememoró la conversación inicial sobre la proliferación de los medicamentos genéricos y esto le llevó a pensar que no sabía casi nada de la empresa en la que la asesinada había trabajado. Dejando aparte el debate sobre las bondades e

inconvenientes de los medicamentos de marca y los que no lo eran, no tenía ni idea de cómo funcionaba una empresa de ese tipo.

Sin otra cosa que hacer y necesitada de algo con lo que entretener la mente, encendió el ordenador y se dispuso a averiguar algo más sobre la industria farmacéutica, saltando de un documento a otro, asombrándose al constatar las enormes cifras que movía a nivel global, pero no solo en investigación, como Pablo le había señalado, sino también y muy especialmente, en *marketing* de sus productos, o, como también pudo comprobar, en los desproporcionados salarios de que solían gozar sus ejecutivos. Aquí recordó a Pablo, y se dijo que ahora entendía mejor que defendiera con tanto ahínco sus argumentos a favor del sector.

Muchas de las páginas por las que navegó hacían referencia a la polémica sobre los precios de los medicamentos, algunas bastante críticas sobre el hecho de que fuera este sector el principal impulsor del sistema de patentes y el que más presión ejercía sobre los países empobrecidos para hacerles seguir este modelo, poniéndoles aún más difícil su propio desarrollo y la atención adecuada de la población enferma.

Eran muchas las críticas vertidas en la red hacia la industria farmacéutica, que parecía tener aún peor fama de la que ella creía. Entre las acusaciones estaba la de promover enfermedades al medicalizar algunos problemas de la vida rutinaria de Occidente, como el estrés o el insomnio, con tal de incrementar las ventas. O la de crear nuevos medicamentos con el único objetivo de cubrir el espacio que dejaba uno anterior cuya patente había vencido, gozando por tanto nuevamente del margen de beneficios que esta permitía durante sus años de duración. Y todo a costa del dinero público que los financiaba. Como siempre, salía del mismo sitio, del bolsillo de la gente corriente. Cuanto más leía, más le disgustaba el asunto y peor le iba cayendo el seductor ejecutivo.

Se preguntó cuánto de todo aquello se pasaba por alto en la delegación emeritense, pensando que no podría trabajar en un sitio donde los únicos valores fueran los puramente económicos, aunque después se dijo que debía de haber también muchas personas dedicadas en cuerpo y alma a conseguir nuevas fórmulas que facilitarían la curación de enfermedades. Sin embargo, quienes estaban arriba solían ser siempre los que carecían de escrúpulos. Y era ahí donde todo se desvirtuaba.

Pero lo que más le preocupó fue la cuestión de los medicamentos falsos.

Leyó con atención que cada vez proliferaban más las redes de venta de fármacos adulterados y falsificados, que estaban aumentando de una forma tan espectacular como terrible. Alguna vez había escuchado hablar de ello, pero lo cierto era que en Extremadura no habían tenido que enfrentarse nunca a algo parecido. Ahora, sin embargo, le asombraron los datos que iba descubriendo. Sin ir más lejos, hacía menos de un mes que una operación coordinada por la Interpol había desactivado una red que funcionaba en más de cuarenta países.

Eran casi las dos de la mañana cuando el escozor de ojos la obligó a parar. Decidió acostarse, y, en contra de lo que esperaba, se quedó dormida al instante.

XIII. Miércoles, 26 de octubre

El despertador sonó y Annika lo apagó de mala gana. Se levantó fatigosamente, pues seguía sin ánimo de ir a trabajar, menos aun sabiendo la tarea que le esperaba. Solo tenía la cabeza para Celia, esperando ansiosa que llegara la hora para ir a verla.

Nunca había tenido esa sensación. Normalmente le gustaba su trabajo y disfrutaba de él, aun cuando a veces pudiera ser rutinario o burocrático. Nunca tenía prisa por acabar su jornada. Pero la voz desesperada de la pequeña se le había incrustado muy dentro y no podía dejar de recordarla. Quería mimarla, protegerla y decirle que todo iría bien.

Con esa idea fija en la cabeza llegó a la comisaría y, desganada, abrió el expediente en el que se había quedado el día anterior. Lo que Beatriz le había dicho era cierto, eran todos muy similares y el trabajo se realizaba de forma casi mecánica. Solo había encontrado un par de ellos en que habían transcurrido más de seis meses desde su notificación, por lo que la propuesta tendría que ser de archivo de las actuaciones, y uno más que se encontraba prescrito, pues al repasar el expediente ante la alegación en este sentido, constató que efectivamente el acuerdo de incoación se había realizado con más de un año desde los hechos. Esos tendrían suerte, se dijo, pues las reglas eran las reglas, de modo que los documentos que elaboró proponían eximir de la sanción a los recurrentes.

Pero era la excepción. El resto, uno tras otro, los iba cumplimentando siguiendo el procedimiento administrativo, elaborando en un corta y pega propuesta tras propuesta.

A media mañana ya estaba harta de expedientes y aún le quedaba un buen montón encima de la mesa. Se levantó a por un café y vio a Mati, que esta vez estaba solo.

—Hola, Mati —saludó.

—Hola, Annika. ¿Qué tal estás? —quiso saber él.

—Digamos que he estado mejor.

—Vaya tostón los expedientes que te ha encasquetado el jefe —dijo este, sin atreverse a hablar de la muerte de Violeta por no incomodarla—. Ha sido muy

injusto.

—Bueno, alguien tiene que hacerlos —contestó, diplomática.

—Sí, pero no tú. Ayer lo hablamos algunos en la comida. Aquí hay administrativos que se están tocando las narices. Tendrían que reorganizarse las funciones y la carga de trabajo de cada uno. Y de paso, controlarles un poco más. Hay quien se va a tomar el desayuno fuera y no vuelve hasta una hora después, o quien se pasa media mañana hablando con su pareja por teléfono. Y nadie les dice nada. Y a ti, solo porque llegas tarde un día, te carga con una labor que no te corresponde. Con todos los delitos que se cometen día tras día. Es absurdo.

—Ya. Mira, Mati, sé que tienes razón, pero si lo enfoco así, me amargaré tanto que acabaré yendo a su despacho a decirle todo lo que pienso de él. Y eso no es una buena idea.

Mati sonrió. Con el temperamento que tenía Annika, la veía perfectamente capaz de hacer algo así. Habría deleitado a todo el personal de la comisaría que alguien le pusiera las pilas a Daniel, pero sin duda este se encargaría de que se arrepintiera de haberlo hecho.

—Tienes razón. No es una buena idea. Aunque más de uno disfrutaríamos viendo la cara que se le iba a quedar al jefe —no pudo dejar de decir.

Annika sonrió a su vez. Se quedó allí, tomando el café junto a Mati, pues necesitaba compañía y siempre era agradable charlar con él. Este comenzó a contarle anécdotas de alguno de los compañeros y le hizo reír. Una de ellas, sobre un auxiliar de administración que se ponía casualmente enfermo cada vez que se le encargaba alguna tarea especialmente tediosa, le hizo recordar la investigación sobre la industria farmacéutica que le había llevado unas cuantas horas la noche anterior. Decidió preguntarle a Mati sobre ello:

—Oye, he estado mirando algo sobre las redes de medicamentos falsos. Parece que se están extendiendo a gran velocidad. Por aquí nunca nos ha llegado nada de eso, ¿verdad?

Mati la miró con curiosidad.

—No que yo sepa. No se ha detectado nada. Sin embargo, sí se está empezando a controlar. Se comercializan fundamentalmente a través de Internet, así que es la Brigada de Investigación Tecnológica la que está detrás.

—Anda, ¿y tú cómo sabes tanto de esto?

—Pues, a decir verdad, el que sí sabe del tema es Raúl. Hace unos meses acudió a un congreso sobre delitos informáticos en Madrid y fue uno de los

temas que más se trató. Como dices, está en auge ahora. Vino flipado y estuvo unos cuantos días hablándonos del asunto en la comida. No sé si ya se le ha pasado, pero si te interesa puedes hablar con él.

Annika comprobó una vez más cuánto se perdía al alejarse de sus compañeros y compañeras de trabajo. Durante la jornada, cada cual estaba metido en sus tareas y era a la hora de la comida cuando todos se reunían y las ponían en común. Era así como se había enterado del suicidio de aquella prostituta, que le hubiera pasado desapercibido si no les hubiera acompañado aquel día a la pizzería.

Le agradeció la información a su compañero y le señaló que era hora de regresar a sus expedientes.

La conversación había avivado el interés que empezaba a sentir por el tema, así que abrió Internet y siguió documentándose. Mati tenía razón, las fuerzas de seguridad habían comenzado a prestarle más atención a este fenómeno y ya se había impartido formación sobre ello en varios lugares de España. Después entró en la página web de la empresa de Pablo y se informó de lo que hacía. La delegación de Mérida parecía ser una de las más importantes en España y se dedicaba tanto a investigación y desarrollo como a fabricación, preparación y comercialización de los medicamentos. Ahora entendía por qué le había llamado la atención su tamaño. Ella había accedido solo a la parte de oficinas, pero había otras secciones en aquel enorme edificio dedicadas a cada una de las fases por las que pasaba el producto.

Pablo era el director gerente de todo aquello y por tanto uno de los más importantes de la empresa en España. De hecho, formaba parte del consejo de administración de esta, cuya central radicaba en Barcelona. Por eso viajaba tanto, pensó. Se sorprendió de lo rápido que había ascendido, pues era un hombre bastante joven.

Entre una cosa y otra llegó la hora de comer. Recordó la reflexión anterior y decidió unirse al grupo. Así podría preguntar a Raúl. Además, sabía que si se quedaba sola seguiría pensando en Celia, y necesitaba distraerse.

Hasta el camino de vuelta no encontró ocasión para hablar con él. Le alcanzó y, andando a su paso, le sacó el tema.

—Raúl, he oído que te interesan las redes de tráfico de medicamentos falsos —le lanzó.

—Sí, desde que lo escuché por primera vez he recabado cuanta información he podido —contestó, contento de que alguien le preguntara sobre el tema.

—Y, ¿cómo es eso? Creía que lo que realmente te gustaba eran los temas informáticos —siguió intentando sonsacarle Annika.

Raúl, aunque oficial de policía, era considerado por los compañeros como «el informático» de la comisaría. Podía resolver cualquier duda, y a menudo lo hacía mejor que el chico con la plaza de técnico informático, que entendía poco más que de formateos y averías poco complicadas.

—Y así es —confirmó—. De hecho, ambas cosas están intrínsecamente relacionadas. Las redes transnacionales de medicamentos falsos no existirían si no fuera por la estructura que mantienen a través de Internet, al igual que tampoco lo harían, por ejemplo, las de pornografía infantil. Es cierto que estos medicamentos también se venden directamente, pero en un porcentaje muy pequeño. El ingente flujo de dinero que producen se mueve a través de la red de redes.

—Entiendo. Entonces quienes crean estos productos están en contacto con los que después los venden a través de páginas web, ¿es así?

—Bueno, algo así. A veces me da la sensación de que dedicamos mucha atención y esfuerzos, humanos y materiales, a otro tipo de delitos, mientras descuidamos algunos como estos, que me parecen de lo más detestable, pues están jugando con la salud de las personas —continuó Raúl—. Y, además, de las personas más vulnerables, puesto que la mayoría de los medicamentos se venden en los países más pobres, donde hay menos regulación y menos controles, y, a su vez también menos recursos públicos y mayor pobreza, de forma que ante los precios inalcanzables de los productos legales, la gente se ve tentada a comprar estos otros. Es por eso por lo que me interesa tanto el tema, ¿entiendes?

Annika le atendía con atención. Ahora era ella la que estaba encantada de escucharle. Empezaba a darse cuenta de que tenía mucho más en común con sus colegas de trabajo de lo que había creído. Su batalla era diferente a la de Raúl, pero al final tenían un nexo común, luchar contra las injusticias que se cometían contra las personas más vulnerables.

—Productos inalcanzables precisamente debido al elevado precio impuesto por las industrias farmacéuticas, libres de competencia debido a las patentes —completó ella.

Raúl la miró como si la viera por primera vez, felizmente sorprendido de que alguien le entendiera.

—Eso es. No sabía que controlarás tan bien el tema.

—Bueno, digamos que comienza a interesarme la cuestión —respondió complacida—. Pero, dime, ¿cómo nos afecta aquí, en España, si se venden en las zonas más pobres?

—Es donde hay mayor flujo, desde luego, pero en España no estamos libres de ello. Aunque hay un control mucho mayor, pueden comprarse algunos medicamentos. En especial, lo más vendido son los productos relacionados con «dietas milagrosas» y los que funcionan contra la impotencia, esto es, las falsificaciones de Viagra. Mucha gente cae en la tentación de recurrir a Internet para conseguir perder esos kilos de más o bien para, digamos, ejem, estar a la altura. Ambas imposiciones sociales que les llevan a poner en peligro su propia salud. Además, y esto ya es mi opinión, creo que con el empobrecimiento que muchas familias están sufriendo por la crisis, se va a ver aumentado el riesgo de que se amplíen los productos que se compran de este modo y no sean ya solo los superfluos, sino también algunos necesarios. Por eso estoy tan preocupado con el tema.

—Pero vayamos un poco atrás —quiso volver ella—. Hemos dicho que estas industrias imponen unas condiciones que hacen inaccesibles los medicamentos. De ahí que surja un mercado negro de productos más baratos. Imagino que estas mismas industrias estarán interesadas en acabar con ese mercado, ¿no? Si tienen tanto poder como para conseguir que en muchos países los gobiernos regulen a su favor en relación a la investigación y a las patentes, también podrán tenerlo para hacer que haya más control con las redes que creen los medicamentos falsos.

—¿Sabes? Te vas acercando al *quid* de la cuestión. Eso fue justo lo que yo me pregunté cuando empecé a interesarme por esto. Teóricamente así es, y, de hecho, en algunas de las operaciones que han destapado estas redes de tráfico, han colaborado importantes laboratorios farmacéuticos, que estaban afectados puesto que eran los creadores de las marcas falsificadas.

—¿Pero? —preguntó Annika, que intuía que había algún «pero».

—Pero —sonrió Raúl—, no siempre es así. Piensa que son estas propias compañías las que propician que surja este mercado paralelo. Y, por tanto, podrían ser estas mismas las que se encargaran de que exista.

—No entiendo —admitió Annika, ahora algo confundida.

—Piensa un poco. Su imagen está bastante deteriorada. La idea de que juegan con la salud de la gente para conseguir mayores beneficios ha calado bastante. Sin embargo, si dedican recursos a luchar contra «los malos», lavan su imagen.

Consiguen sustituir la idea de que sus laboratorios investigan más para obtener beneficios que soluciones contra las enfermedades, por la de «salvadores» encargados de crear medicamentos que curan a las personas, y que a su vez luchan contra los que las ponen en peligro.

Annika asintió. Empezaba a ver dónde quería llegar.

—Todo eso —continuó Raúl—, por no hablar de los grandes beneficios que estas redes ilegales también generan, saltándose todos los controles que, a través de los cauces legales, tendrían que pasar.

—¿Estás diciendo que esas mismas industrias farmacéuticas podrían ser las creadoras, o impulsoras, de esos subproductos?

—Algo así. Es extremadamente difícil de probar, pero sí, creo que en algunos casos, hay conexiones entre ambas. Se necesitan la una a la otra para sobrevivir.

Se habían quedado rezagados hablando, pero ya habían llegado a la comisaría, así que cada uno se dirigió a su mesa.

—Bueno, hora de seguir con el trabajo —rezongó Annika.

—Sí, hora de volver. Ánimo —contestó Raúl, señalando con la mirada el aún abultado montón de expedientes que descansaban sobre la mesa de su compañera—. Ya seguiremos hablando de esto. Ya que te interesa, creo que hay algo que te gustará saber —añadió guiñando un ojo.

Esto último la desconcertó. Desde luego, retomaría el tema en cuanto tuviera ocasión, aunque no sabía si le llevaba a alguna parte. Pero le gustaba aprender cosas nuevas, y había despertado su instinto policial. Suspiró hondo y volvió a la carga con el documento que había dejado a medias.

* * *

Bruno había comenzado el día en estado de hiperactividad. Se había despertado temprano inundado por una sensación de tener muchas cosas por hacer. Cosas que quería encauzar cuanto antes. Así que se levantó, desayunó y volvió a la habitación para sentarse frente a su escritorio.

Primero elaboró una lista de las tareas que tenía por delante. Era algo que solía hacer, pero que tenía algo olvidado pues en los últimos meses el trabajo había escaseado tanto que no había necesitado de ningún recurso para organizarse. Ahora, sin embargo, se le habían acumulado dos asuntos a la vez y los dos le entusiasmaban. Cada uno a su manera, aunque fueran muy diferentes

entre sí. Pero con ambos, de alguna forma, sentía que podía reparar injusticias escribiendo sobre la verdad, tanto si esta formaba parte de la historia como del presente.

Había tres cosas que quería dejar hechas cuanto antes. Por una parte, transcribir la sesión con Paquita de la tarde anterior y seguir documentándose. Si el último día lo hizo sobre la guerra civil, ahora le tocaría adentrarse en el exilio forzado de los vencidos y en la Segunda Guerra Mundial y cómo se vivió en el París de aquella época.

De otra parte, quería volver al reportaje sobre la explotación de mujeres. Pretendía idear un plan para su visita al club cercano a Montijo y para ello necesitaba refrescar todo lo que había escrito. No le ocurriría lo mismo que en la visita a Badajoz, no sería tan ingenuo. Esta vez nada le cogería por sorpresa.

Y ahí era donde entraba la tercera cosa que se disponía a hacer. Necesitaba algo con lo que conseguir las pruebas que le faltaban para poder denunciar públicamente la red y salvar a las chicas secuestradas. Se acercaría a los grandes almacenes de electrónica que habían abierto a las afueras de Mérida y se haría con una grabadora de vídeo en miniatura. Eso era lo que necesitaba. Algo que pasara desapercibido y con lo que pudiera registrar tanto imágenes como audio. Era algo caro, pero lo vio como una inversión a largo plazo. Si iba a ser un periodista de investigación tendría que dotarse del material necesario.

Decidió empezar por las compras, así que se dio una ducha y se vistió. Se asomó a la ventana. Parecía que el tiempo había mejorado. No llovía y la temperatura se había suavizado. Dudó un momento y finalmente dejó el abrigo al que había dado uso los últimos días y recuperó la chaqueta de entretiempo del armario. Se la puso, asió las llaves del coche y se encaminó en esa dirección. Con un poco de suerte, encontraría algo a buen precio y le quedaría el suficiente efectivo para llenar la nevera.

* * *

A media tarde Annika hizo una parada para llamar a Carmen, como se había comprometido el día anterior, pero tenía el teléfono apagado. Extrañada, lo intentó un par de veces más, sin éxito. Se preguntó si habría ocurrido algo, si habría alguna novedad con respecto a Antonio. Se quedó dándole vueltas y decidió llamar de nuevo al hospital. Esta vez le dijo a la voz que se encontró al

otro lado de la línea que era su hermana. No parecía muy convencida, pero le explicó que no lograba dar con su madre, que estaba fuera de Badajoz y solo quería asegurarse de que no había pasado nada. Finalmente, la chica que le atendía accedió a darle la información y le pidió que esperara mientras lo consultaba. Al poco, volvió a la línea.

—El paciente Antonio Solera no ha experimentado ninguna novedad. Sigue en cuidados intensivos.

—¿Se ha despertado? —quiso saber.

—Lo que me han dicho es que hoy no ha habido ninguna novedad —repitió.

—Está bien. Muchas gracias, de verdad.

Se despidió y colgó, volviendo al trabajo. Al menos se quedaba más tranquila. Supuso que a Carmen simplemente se le habría gastado la batería del móvil.

En cuanto terminó la jornada, desconectó el ordenador y salió la primera de la comisaría. Llamó a Leonor. Nadie respondía al teléfono. Tras un rato de espera, cuando ya debía estar a punto de cortarse, esta descolgó.

—¿Leonor? Hola, soy Annika. Vaya, por un momento creí que no estaríais en casa. Salgo para allá, ¿de acuerdo? Estaré en unos cuarenta minutos.

—*Anita, Anita*, espera.

—¿Sí? ¿Pasa algo? —preguntó ahora, pues con la impaciencia ni siquiera la había dejado hablar y se disponía ya a colgar cuando la interrumpió.

—No puedes venir hoy.

—¿Cómo que no puedo ir?

—Verás, es que... Celia está en casa de mi hija, con mis nietos.

—No entiendo. Le dije ayer que iría al salir del trabajo.

La señora parecía algo apurada.

—Es que he tenido que hacerlo así. Yo tenía que salir y la niña necesitaba distraerse un poco, así que la llevé con mis nietos.

Annika inspiró profundamente antes de hablar. Estaba muy contrariada.

—¿Y a qué hora la recogerá?

—No lo sé, me la traerá mi hija, puede que después de cenar. O quizá se quede a dormir con ellos, si ven que se siente bien allí.

—Pero... —Annika no sabía qué decir—. ¿Y Carmen, sabe de esto?

—Por supuesto que lo sabe —ahora la señora parecía algo indignada—. A ella le parece razonable que pase un poco de tiempo jugando con niños de su edad.

—Claro, claro. En fin, es que tenía muchas ganas de verla, y me había hecho a la idea. Y... se lo prometí.

La señora se suavizó, como arrepentida del arrebató anterior.

—Tranquila, hija, lo que necesitaba era entretenerse, y nada mejor que hacerlo con chiquillos de su edad. Seguro que con la novedad ni se acuerda de lo que le dijiste ayer.

—En fin, pues entonces llamaré mañana. Adiós, Leonor.

—Adiós, hija —contestó la señora, colgando el teléfono.

* * *

Bruno había vuelto contento con su compra.

La cámara no era la mejor del mercado pero la calidad era bastante aceptable, y, sobre todo, era fácil de camuflar. La dejó a un lado y siguió, diligente, con sus tareas. Estuvo todo el día documentándose y transcribiendo lo que sería el segundo capítulo en la vida de Paquita. Había parado a comer y continuado sin interrumpir su labor por la siesta.

Cuando empezó a oscurecer y se vio forzado a encender la luz, echó un vistazo al reloj y decidió que ya había hecho bastante. Se desperezó y se fue al salón. No había nadie en casa. Encendió el televisor pero no le parecía que hubiera nada interesante. Entonces recordó su nueva adquisición y decidió probarla para que no pudiera jugarle una mala pasada. Tras media hora trasteando con ella quedó satisfecho.

Sonó el teléfono. Era su madre para preguntarle qué tal el día. Se lo relató minuciosamente, pues sabía que a ella le gustaba escucharle. Al hablarle de su nueva compra, Carla, pragmática como la mayoría de las madres, le recordó que guardara bien el ticket. «Siempre los pierdes antes de los dos años de garantía», le regañó. Él farfulló algo pero sabía que estaba en lo cierto. De hecho, ni siquiera se acordaba ya de donde lo había puesto.

Cuando colgó el teléfono se quedó fastidiado. Su madre tenía razón, era un desastre para esas cosas. Y, si no fuera por ella, lo sería aún más. Tenía que prestar más atención, pues no era la primera vez que le costaba un disgusto, así que con resignación echó mano a la cartera pero no lo encontró. En la bolsa que le habían dado en el establecimiento tampoco estaba. Revolvió todo lo que se le ocurrió y el maldito ticket no aparecía. ¿Se le habría caído en el coche? Tendría que ir a mirar. Fue a por un abrigo y entonces recordó la chaqueta. «¡Ya

está! Seguro que lo he metido en un bolsillo.» La sacó del armario y la registró. Un *kleenex* arrugado, un bolígrafo, el envoltorio de un caramelo... «¡Aquí hay algo! ¡Bingo!» Sacó un papel doblado, y al punto se dio cuenta desilusionado de que no era lo que buscaba. Lo desdobló y lo miró con extrañeza. Era algo escrito a mano, aunque la letra no era suya. Empezó a leer y su rostro reflejó cada vez más perplejidad. Parecía algo muy personal, las reflexiones de alguien que se hablaba a sí mismo a través del papel. Resultaba muy angustiante. Quien quiera que lo hubiera escrito no parecía pasar por un buen momento. Pero lo que menos entendía era cómo había ido a parar a su chaqueta ese folio que, desde luego, no iba dirigido a él. Pensó en tirarlo, pero algo le dijo que no lo hiciera y lo guardó en un cajón de su escritorio, continuando con la búsqueda del dichoso ticket. Cuando llegó al coche, echó mano de la llave, que se había guardado en el bolsillo trasero del pantalón. Junto a ella, salió un papelito que casi se le vuela de las manos. «No me lo puedo creer...», se dijo, dándose la vuelta para regresar al piso. Lo había tenido encima todo el tiempo.

Al regresar reparó en que la luz estaba encendida. Abrió extrañado, y se alegró al ver que Julio acababa de llegar.

—¡Julio! ¿Qué tal el día? —se dio cuenta que estaba tomando cada vez más aprecio a su compañero. Aunque al enterarse de lo de su contagio no había sabido cómo reaccionar, poco a poco se adaptaba a la nueva situación y comprendía que no había de qué tener miedo. Además, quería apoyarle en lo que pudiera: bastante difícil tenía ya que ser.

—Bueno. Así así —musitó.

Bruno le miró con atención. En los últimos días le había visto algo más animado y parecía que pese a todo estaba remontando el mal momento, pero ahora parecía de nuevo deprimido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras se sentaba junto a él en el sofá, dispuesto a escucharle.

—Aún se me hace raro hablar de estas cosas.

Julio dudó unos instantes, tras lo cual decidió confiar en su compañero.

—A ver, recuerdas que te he contado que he estado hablando con todos los tíos con los que me había acostado para avisarles, ¿verdad?

Bruno asintió.

—Y que no sabía quién me lo había contagiado, por eso me tocó hacer esa lista incluyendo a los de los últimos años.

Volvió a asentir.

—Pues creo que ya lo sé.

Hubo un silencio, y después Julio prosiguió.

—He pasado muchas horas cavilando sobre eso. Una parte de mí quería saberlo, daría cualquier cosa por saberlo, sin embargo sentía que había otra que prefería no enterarse nunca. Tenía miedo a mi propia reacción. Miedo a saber.

—¿Y ahora, cómo te sientes?

—Pues no lo sé —Julio soltó una carcajada nerviosa—. No lo sé, la verdad. Sé que no tengo derecho a enfadarme, porque estas cosas pasan. Pero es que me ha jodido la vida, ¿sabes? —ahora su tono había cambiado, reflejando toda la amargura acumulada.

—Tienes derecho, claro que lo tienes. Si te sientes enfadado, pues déjalo ahí. No huyas de ello. Es lo normal. Yo me sentiría mucho peor. Yo igual iba y me cargaba a ese tío.

—Sí, tú dame alas —intentó bromear—. No, en serio, es que eso es lo que quiero evitar. Porque yo, a la vez, también he podido contagiárselo a otros. Tengo la misma culpa que quien me lo pegó a mí.

Bruno asintió de nuevo. Sí, ahí Julio llevaba razón.

—Y, ¿cómo lo has averiguado? —preguntó, en parte porque no sabía qué otra cosa decir, y en parte por curiosidad.

—Bueno, pues he ido siguiendo la pista de todos a los que se lo contaba. Algunos, como Antonio, me llamaron en cuanto se hicieron la prueba, la mayoría no, supongo que porque les daba negativo y lo que querían era olvidarse de la pesadilla, pero yo esperaba un par de semanas y les llamaba para preguntar. Empecé de los más recientes a los más antiguos, y lo sorprendente era que con los que conseguí hablar, todos me iban diciendo que no estaban infectados. Había un chico, Ramón, con el que estuve liándome varios meses. Cuando se lo dije se quedó muy callado, no sé, su reacción me pareció algo extraña. Ya voy teniendo experiencia en ello, ¿sabes? —dijo con una mueca—, y desde entonces no había podido contactar con él, no me cogía el teléfono ni me devolvía las llamadas. Hasta cierto punto es normal que no quieran volver a verme, pero yo necesitaba saber y seguí insistiendo. Hoy por fin me respondió al teléfono, y se lo saqué.

—¿El qué? —preguntó expectante Bruno, que recordaba a Ramón porque Julio lo había traído al piso varias noches. Una mañana al levantarse se los había encontrado desayunando en el salón y Julio se lo había presentado.

Después de aquello, no le habría visto más de dos o tres veces.

—Pues que sí, que sí que tiene el VIH, y que ya lo sabía. Es decir, que no lo sabía cuando tuvimos relaciones, claro, pero que poco después empezaron los síntomas y fue entonces cuando se hizo las pruebas y lo descubrió, hace solo un par de meses. Me cabreeé muchísimo y le grité que cómo no me lo había dicho, pero me soltó que bastante tenía encima ya, que estaba hundido y necesitaba tiempo para encajarlo. ¡Estúpido egoísta! —exclamó.

—Joder, qué irresponsable. No todo el mundo es como tú, Julio —agregó después, pues no quería echar más leña al fuego—. Y entonces... —no sabía cómo preguntarlo delicadamente— ¿es el único que está infectado?

—Bueno, de momento parece que sí. Al menos el último antes de él, con el que también estuve bastante tiempo, ya me ha confirmado que ha dado negativo. Y no usamos protección ni una sola vez —añadió, bajando la voz algo avergonzado—, así que si hubiera sido él, o uno anterior, hay bastantes probabilidades de que hubiera dado positivo, digo yo.

—Y, por suerte, aunque antes no lo viera así —prosiguió—, no es que haya tenido muchas historias desde entonces. Solo un par de ellos. Con uno usamos protección y con el otro... bueno, con el otro aún no he podido contactar. Así que todavía no sé si le contagié yo a él.

Bruno se quedó pensando. Le tenía por mucho más promiscuo. Si no recordaba mal, de la historia de Ramón haría cosa de un año. Después de todo, la vida sexual de Julio no parecía mucho mejor que la suya, se consoló.

—¿Pero me estás escuchando? —se quejó éste.

—Sí, sí —Bruno salió de su ensimismamiento—. Que entonces no sabes si le contagiaste o no —le repitió, como confirmándole su atención.

—Pues eso. Para mí sería importante saber que no he contagiado a nadie; sería un alivio. No quiero cargar con esa culpa. Pero este tío tampoco me coge el teléfono. En fin, seguiré intentándolo. Al menos parece que ya sé dónde empezó todo. No sé si me sirve de algo, pero en fin.

—Te sirve. Yo creo que sí te sirve. No para odiarle, pero quizá sí para situar las cosas. Supongo que el enfado dará paso a otros estados y podrás seguir adelante.

—Sí, tienes razón. Me gusta hablar contigo, Bruno. Me ayudas a verlo todo más claro.

A Bruno le enterneció esa confesión y le dio un abrazo. Después se puso en pie y cambió de actitud.

—Venga, unas cervezas. Vale ya de ñoñerías.

—Claro, no te vayas a dejar llevar por el sentimentalismo, un machote como tú —bromeó Julio, más animado, y se levantó a la cocina a por ellas.

XIV. Jueves, 27 de octubre

Era de madrugada cuando a Carmen la despertó suavemente un enfermero. Aunque se había quedado dormida, se espabiló al momento. Tras varias noches en los sillones de la sala de espera ya había comenzado a acostumbrarse. Los días se le hacían eternos, pero las noches no eran un problema para ella. No necesitaba dormir mucho, y, aunque le viniera mejor una cama, las pocas horas de sueño que precisaba igual podía pasarlas en esos confortables sillones. O eso era al menos lo que se decía a sí misma y lo que le hubiera dicho a cualquiera que hubiera preguntado. Lo que estaba claro era que no estaba dispuesta a dejar a su único hijo solo en el hospital. En algún momento tenía que pasar por su casa, pero trataba de que fuera el menor tiempo posible. Sabía que tarde o temprano algo ocurriría, y bajo ningún concepto quería que la sorprendiera lejos de su hijo.

Y ese momento acababa de llegar.

—Señora, su hijo ha despertado de nuevo.

A Carmen le dio un vuelco el corazón. Estaba tan contenta que no se atrevía ni a preguntar.

—Lleva un rato consciente. Recuerda todo lo que pasó y quiere verla. La doctora ha dado su visto bueno.

Carmen se alisó rápidamente el vestido y se dispuso a seguir al enfermero.

Había soñado con ese momento desde que ocurriera el accidente, pero a la misma vez se dio cuenta cuánto lo temía. Enfrentarse al dolor. Al dolor de verle y de que él mismo se viera en ese estado, al dolor de saberle sufriendo al constatar que su mujer había muerto, al dolor de la impotencia de no poder hacer nada.

Habían llegado. La doctora que había estado siguiendo el proceso de Antonio, que casualmente esa noche se encontraba de guardia, les esperaba en la puerta.

—¿Cómo está? —preguntó temerosa.

—Sorprendentemente, recuerda todo lo que pasó. No parece haber perdido memoria —se interrumpió un momento y dijo algo que Carmen quería y a la vez temía saber—. Ya sabe que su mujer ha fallecido —respiró y continuó—.

No tenía ningún sentido ocultárselo. Él recuerda incluso su imagen tras el accidente, pues no perdió la consciencia en el acto.

Carmen asintió.

—¿Puedo pasar?

—Adelante. La está esperando —invitó, abriéndole la puerta—. No le canse mucho. No más de diez minutos.

Aunque ya le había visto varias veces desde el accidente, al verle ahora despierto y encontrar su mirada, la pena volvió a inundarla. Hizo lo posible por reprimir las lágrimas y se acercó a él, emocionada.

—Mi niño —musitó, agarrándole la mano.

—Madre —susurró él.

Así estuvieron unos momentos, simplemente mirándose. Luego, él pareció hacer acopio de fuerzas para hablar.

—Lo sé todo —murmuró abatido.

—Sí, la médica me lo ha dicho —replicó afligida por no poder consolarle.

—¿Y Celia? ¿Dónde está?

—No te preocupes, tu hija está bien. Está con Leonor.

—Pobre Celia. ¿Por qué está con ella?

—Porque yo estoy aquí contigo y Leonor está encantada. Ya sabes que te quiere mucho, y a tu hija igual, la está atendiendo como a una nieta más. Y ya se ha hecho amiga de sus nietecitos.

Antonio asintió sin parecer muy convencido. No añadió nada más y ambos se limitaron a permanecer juntos, con las manos entrelazadas. Tras unos pocos minutos, la enfermera le hizo una señal.

—Tengo que irme, hijo, tienes que descansar. Estoy muy contenta de que te hayas despertado, pero necesitas recuperarte. Mañana vendré a verte.

Carmen le besó en la frente como cuando era pequeño y le daba las buenas noches antes de dormir, y abandonó la habitación, regresando a la misma sala dispuesta a esperar, ya sin dormirse, a que la noche diera paso al día y con él a una nueva oportunidad de ver a su hijo.

Horas más tarde, cuando ya hacía rato que los rayos de luz se colaban por las ventanas, y cuando, a pesar de su reticencia, no había resistido el hambre y el cansancio y había bajado a la cafetería a desayunar, por fin la doctora la llamó a su despacho.

—Lo que ha ocurrido anoche es una muy buena noticia, Carmen —le aseguró—. Aunque nada puede garantizarnos la recuperación de su hijo, el hecho de haber despertado y poder hablar de forma coherente, es una gran señal.

Ahora que parecía que el peligro de muerte había pasado, Carmen preguntó lo que más temía a continuación.

—Pero... ¿podrá hacer vida normal? ¿Le quedarán secuelas?

—Es muy pronto para eso, señora. Hasta el momento, nos hemos concentrado en que pase el peligro inminente de muerte. Si todo sigue evolucionando de modo favorable, pronto podremos empezar a realizarle pruebas para confirmar si hay partes afectadas. Un traumatismo craneoencefálico como este reviste mucha gravedad. Antonio habla y parece orientado, pero quedan muchas cosas que constatar para ir descartando secuelas. Esto es lo que más nos preocupa —continuó—. Tiene varias costillas rotas y la clavícula derecha y la cadera fragmentadas. Pero todo eso es recuperable con tiempo, esfuerzo y perseverancia. Lo preocupante es que pueda haber quedado afectada la médula o alguna parte del cerebro.

Carmen asintió con gravedad.

—¿Sigue despierto?

—Sí. Anoche le dimos un calmante y volvió a dormirse, pero acabo de visitarle y está despejado. En unos minutos podrá verle. Recuerde que por el momento no debe hacer esfuerzos de ningún tipo: debe ahorrarle cualquier merma de energía, incluso de tipo emocional o intelectual. Ha de ir recuperándose por sí mismo, sin presiones ni factores externos.

—¿Y si pregunta? Anoche me preguntó por su hija.

—Si pregunta, intentando no engañarle, debe ser muy cauta y evitarle preocupaciones. No le saque ningún tema delicado, hablele de cosas normales, que reconozca, del día a día, como si todo estuviera en su sitio. Que se sienta lo menos extraño posible. Eso, y verle a usted animada, le hará bien.

Con estas últimas palabras, la doctora dio por terminada la consulta. No había nada más que pudiera decirle por el momento a Carmen, y esta lo que quería era volver a ver a Antonio, así que le agradeció mucho todo lo que estaba haciendo y salió de su despacho para esperar de nuevo hasta que le indicaran que podía pasar a la habitación donde, rodeado de cables y aparatos, yacía su hijo. Los minutos se convirtieron en horas, o así al menos le pareció a doña Carmen, y no fue hasta media mañana cuando por fin le

permitieron entrar.

* * *

Annika había dormido mal. El desplante de Leonor resultó un duro golpe para ella. Había puesto todas sus expectativas en ver a Celia, por el amor que sentía hacia la niña y, también, como refugio contra el dolor por la muerte de Violeta.

El cambio de planes y de actitud tan repentino de Leonor la había descolocado. Le dio muchas vueltas, llegando a especular que Carmen le había prohibido que le dejara ver a Celia, pero se negaba a creer algo así. Y tampoco podía preguntarle a la vecina, pues bastante estaba ya haciendo la buena señora cuidando, con sus setenta y tantos años, de una niña que no tenía nada que ver con ella. Así que, envuelta en frustración e impotencia, volvía al tema una y otra vez intentando encontrar una respuesta, y sin ser capaz de dar con ninguna buena.

A veces el trabajo se convertía para ella en el mejor refugio para no pensar, aunque esta vez no la estaba ayudando mucho. Se centró en los expedientes que le quedaban, pero no necesitaba demasiada concentración para ello y su mente volvía a torturarse recordando a Celia, a Carmen, a Violeta y a Antonio. Por fin acabó el último de ellos y se quedó sin nada que hacer. Pensó que podía retomar su propia investigación, pero corría el riesgo de que Daniel le mandara otra tarea. También podría pedirle más expedientes a Beatriz pues al menos eso ya lo controlaba. Sin embargo, lo descartó de inmediato: la idea no le agradaba en absoluto. Dejó pasar el tiempo navegando por Internet, vigilando cada poco el despacho del jefe, a fin de que no saliera y la viera sin hacer nada, y entonces se le ocurrió algo. Se levantó y fue hacia la mesa de Raúl.

—¿Qué tal? ¿Con qué andas liado? —preguntó a modo de saludo.

—Hombre, Annika. Pues mira, como tenía un hueco me he puesto con el tema del que hablamos ayer, ¿recuerdas que te dije que había algo que te podía interesar?

Annika asintió, expectante.

—¿Estás muy atareada tú? —quiso saber.

—En realidad, no. Justo he acabado con las sanciones y me preguntaba si podía echar una mano en alguna otra cosa.

—Eso es perfecto. Acércate, que te voy a mostrar en lo que ando metido —

añadió bajando la voz.

Annika dudó un momento, echando otro vistazo hacia el despacho de Daniel y finalmente asintió y fue a por una silla. Lo que Raúl comenzó a contarle entonces captó toda su atención. El oficial, que había vuelto de su formación en la capital con un gran interés por uno de los delitos que más se estaban expandiendo, se había puesto manos a la obra a investigar sobre este en la región. Al principio se había centrado en las plataformas que vendían los productos en Internet, no habiendo encontrado nada que tuviera origen en Extremadura y tampoco había dado con ningún comprador de estos productos. Entonces, cuando estaba a punto de desistir, pensó en las delegaciones ubicadas en la región. Al descubrir que la principal industria farmacéutica de Extremadura estaba radicada en Mérida, simplemente por curiosidad había comenzado a interesarse por su funcionamiento. La empresa marchaba bien, se dedicaba a la producción de un amplio abanico de fármacos y obtenía buenos beneficios. No parecía haber nada extraño. Pero entonces la casualidad hizo que tuviera un golpe de suerte. Un domingo, jugando al pádel en las pistas de su propia urbanización, uno de los vecinos se trajo como pareja de juego a un amigo, y, entre ellos, empezaron a hacer unas bromas que Raúl no acababa de entender. Cuando les preguntó sobre ello, el amigo de su vecino le comentó que trabajaba en la delegación emeritense y se dedicaba a la producción de un tipo de medicamento utilizado contra la disfunción eréctil. A esas alturas Raúl ya lo sabía todo sobre la empresa y no se le escapaba que en ella no se comercializaba ese producto, así que le preguntó directamente que cómo era posible. Este le contestó, sin darle mayor importancia, que producían diferentes fármacos, algunos para su propia compañía y otros para vendérselos a otras encargadas de comercializarlos.

A Raúl no le sorprendió demasiado que la política de esa empresa pasara por primar la obtención de beneficios sobre la transparencia y sin embargo algo no le cuadraba. Sabía que los medicamentos para estos tratamientos, el conocido como Viagra y todos los de composición similar eran precisamente lo que más se vendía a través de este tipo de plataformas, y eso hizo que le saltaran las alarmas. De modo que desde aquel día se había dedicado a investigarlo y había ido atando más cabos.

—El problema es que el jefe no lo sabe, así que tengo que dedicarle solo los ratos libres —le confesó a Annika, que se dio cuenta complacida de que no

era la única que actuaba de ese modo. Eso le llevó a preguntarse si era menos hábil, o si lo que sucedía era simplemente que Daniel la vigilaba a ella más de cerca y por eso solía descubrirla. De todas formas, le lanzó la pregunta a Raúl aparentando ingenuidad.

—¿Y por qué no se lo explicas?

—Pues ya sabes como es. Si algo no sale de él, no le interesa. Y cuando comencé con esto no tenía nada, así que no quería su negativa expresa para investigarlo. Mejor hacerlo por mi cuenta y presentárselo si finalmente obtenía algo.

—¿Y crees que con los indicios que tienes ahora lo rechazaría? —le siguió preguntando.

—Pues la verdad es que no lo sé. Podría intentarlo —recapacitó, sopesando la situación—. Sí, quizá lo haga. Si me da el visto bueno podría dedicarle todo el tiempo, o al menos mucho más que ahora, y así sería más sencillo llegar a alguna parte. Y —añadió, a medida que se iba ilusionando con el tema— tú podrías ayudarme. Podríamos llevarlo entre los dos. Sería aún más fácil.

A Annika le gustaba la idea, pues si había algo sucio detrás de esa empresa quería saberlo, pero bastaba que ella se lo propusiera a su jefe para que se negara. Tenía que ser más hábil.

—¿Sabes qué creo? —le dijo a Raúl en su lugar—. Que es una excelente idea. Tienes que presentárselo muy bien para que vea que aquí hay algo y que la comisaría tiene que estar detrás de ello. Pero no creo que yo deba decirle que quiero formar parte, porque entonces sabrá que hemos estado hablando de ello a sus espaldas y no ha sido el primero en saberlo.

—Tienes razón —dijo con tono preocupado—. Pero sería fantástico tener a alguien trabajando conmigo.

—Claro, pero eso lo tiene que decidir él, no tú. ¿Entiendes?

Ahora a Raúl se le iluminó la cara.

—Eso es. Primero le convenceré para abrir una línea oficial de investigación y después le haré ver que es algo muy delicado y que exige mucho tiempo, y le pediré que si hay alguien que no esté muy ocupado en este momento, le dé instrucciones para formar parte de ella.

Annika sonrió.

—Eso podría funcionar.

—Entonces le pediré hablar con él en cuanto acabe la reunión que tiene

hoy.

—Y yo volveré a mi sitio para que no sospeche nada —concluyó ella, guiñándole un ojo y regresando a su mesa mucho más animada.

* * *

Su hijo yacía en la misma posición que la noche anterior, pero con la luz del día a Carmen la escena le pareció aún más dolorosa. Los cables, aparatos, vendas y demás material sanitario que le envolvían le daban una apariencia de vulnerabilidad que le rompía el corazón. Ahora se fijó en su cara, todavía hinchada y deformada como consecuencia del golpe, con unos hematomas violáceos que le recorrían el lado izquierdo. Incluso bajo esta apariencia podía ver la tristeza reflejada en sus ojos. Inspiró profundamente, dispuesta a transmitirle el ánimo que la doctora le había recomendado.

—Buenos días, hijo, no sabes lo feliz que estoy de verte. La doctora está muy contenta con tu evolución. ¿Has descansado algo?

Antonio hizo un gesto en un intento de levantar los hombros en señal de indiferencia, seguido en su lugar por una mueca de dolor.

—No te muevas, Antonio, sé paciente —riñó afectuosamente su madre.

Este la miró sin reflejar ninguna expresión en su rostro y cerró los ojos durante un largo lapso que a Carmen se le hizo eterno aunque aguardó con paciencia siguiendo las indicaciones de la doctora. Cuando ya creía que se dormiría sin poder hablar más con él, abrió los ojos y la miró profundamente.

—Madre, no sé cómo voy a salir de esta.

—Pues bien, saldrás bien, cómo vas a salir, si eres un testarudo y siempre consigues lo que te propones —le alentó.

Viéndole abatido, sacó un tema que estaba convencida de que podría animarle.

—¿Sabes? Cuando me echen de nuevo, pues solo puedo verte unos minutos al día, me iré a casa a preparar macarrones para Celia y la recogeré de la guardería. Se va a poner tan contenta cuando le diga que su papi se ha despertado y ha preguntado por ella... Ya verás. Y mañana volveré y te lo contaré todo, y así todos los días, hasta que pueda venir a contártelo ella. Que será muy pronto, de eso estoy segura.

Permaneció un rato taciturno, como reflexionando sobre lo que su madre acababa de decirle y ponderando algo, tras lo cual pareció haber retomado

fuerzas y habló de nuevo.

—El mismo día del accidente Violeta y yo hablamos de muchas cosas. Pasó algo que supongo que nos hizo recapacitar sobre las cosas importantes, y, aunque al principio no lo entendí así, ahora siento que fue premonitorio. Todo sucede por alguna razón, ¿verdad?

Carmen no quería que Antonio se esforzara ni se torturara pensando, pero se limitó a escucharle. No sabía a dónde quería ir a parar.

—Violeta me dijo que si alguna vez nos pasaba algo, quería que Annika se hiciera cargo de Celia. Estaba empeñada en ello y realmente yo no entendía por qué. Volvió al tema varias veces ese día y me hizo prometerle que lo solucionaríamos todo para que si algún día algo nos ocurriera ella pudiera encargarse de nuestra hija. Yo acabé dándole la razón para zanjar el tema, y mira lo que ha pasado. Violeta muerta —se interrumpió un momento, pareciéndole aún hueca e irreal esa palabra— y yo aquí sin poder moverme.

Carmen no pudo reprimirse.

—Antonio, hijo, tienes que evitar pensar en cosas sin sentido. Eso no te hace nada bien. Tú saldrás de esta y cuidarás de tu hija como el padrasto que eres y mientras tanto ella está encantada con su abuela. Esa chica era muy amiga de tu mujer, pero es una joven irresponsable. Y, de todas formas, no tiene sentido hablar de ello.

—No es irresponsable, madre. ¿Sabes? Cuando me lo planteó Violeta fue eso mismo lo que yo pensé. Pero desde que desperté lo he estado valorando y creo que tenía razón. Annika es joven y buena, y quiere a Celia como a una sobrina, como a parte de su familia.

—Sí, claro que sí. Pero no tiene sentido que pienses esas cosas. Tú lo que tienes que hacer es ponerte bien, que es lo mejor que le puede pasar a tu hija, y yo estoy aquí para cuidar a mi nieta, faltaría más. ¿Qué otra cosa mejor podría hacer?

—Sí, madre. Tienes razón, como siempre. Pero no trates mal a Annika, ¿de acuerdo? Violeta la quería mucho. Era su familia.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Desde cuándo trato yo mal a nadie? Qué tonterías dices, hijo —dijo Carmen, indignada.

En ese momento la puerta se abrió y la enfermera le señaló que se le había acabado el tiempo.

—Tienes que descansar —susurró, besándole de nuevo la frente y alejándose con tristeza—. Mañana te veré de nuevo.

Carmen se quedó pensando en lo que su hijo le había dicho. La razón por la que había reaccionado indignándose cuando le pidió que tratara bien a Annika era porque de alguna forma se había sentido descubierta. Sabía que no se había comportado bien con esa chica. Después de todo, cada uno intentaba hacer las cosas lo mejor que sabía. Y Annika, con su poco tacto y su desconocimiento sobre cómo proceder con una niña pequeña, había metido la pata, pero quizá eso no era razón para hablarle como lo había hecho o para decirle a Leonor que le diera largas y no le permitiera ver a Celia. No, eso no había estado bien. Pero ella solo intentaba proteger a la niña, por eso cuando se enteró de que Annika había llamado a Leonor y se disponía a ir a verla, se enfadó y actuó de esa forma, diciéndose a sí misma que era una descarada al llamar a su vecina directamente, como si la niña le perteneciera.

El caso era que había achacado a Annika la tristeza de su nieta, y al recapacitar entendió que no era la culpable. La niña había perdido a su madre y no sabía tampoco nada de su padre. Tarde o temprano, alguien tendría que explicárselo. No había culpables y eso era lo más difícil de todo. Verse obligada a aceptar las cosas sin poder recriminárselas a alguien para suavizar el golpe. Ya en casa, lloró en silencio mientras preparaba la comida para Celia, aceptando, por fin, la desgracia que le había tocado a su pequeña nieta.

* * *

Annika clavaba la vista impaciente en el despacho. No había sido hasta la tarde cuando había atendido a Raúl y ahora estaba dentro explicándole la investigación que tenía entre manos. Deseaba fervientemente que el jefe estuviera de acuerdo en abrir una línea oficial y que la incluyera en ella, pero no quería crearse muchas expectativas. Ignoraba la habilidad de Raúl para llevarse a Daniel a su terreno. Finalmente su compañero salió del despacho. Se dirigió a su mesa sin decir nada, pero, justo al pasar a su lado, hizo una señal, casi un imperceptible asentimiento sumado a una mirada de complicidad.

Annika sonrió para sus adentros: «¡Bien! Lo había conseguido». Estaba en el equipo. Ahora podría dedicar todo el tiempo a saber la verdad sobre Pablo y su empresa, y, quizá, también sobre Sara.

Al poco, Raúl se acercó y le preguntó con un desmedido formalismo si tenía un momento para reunirse con él. Ella asintió sin poder evitar sonreír. Su

compañero disimulaba bastante mal, no sabía cómo había podido engañar a Daniel. El resto de la tarde se pasó volando mientras ambos intercambiaban la información que tenían sobre la empresa farmacéutica y se ponían al día de los detalles de sus respectivas investigaciones.

XV. Viernes, 28 de octubre

Carmen se había ido a dormir por primera vez a su casa desde que ocurriera el accidente.

Después de que Antonio despertara, sus mayores miedos habían quedado a un lado y se había permitido abandonar el hospital. Decidió pasar el día con la pequeña, pues, ahora que su hijo estaba consciente, quería comenzar a normalizarlo todo, previendo que el proceso sería largo y por tanto cuanto antes se adaptaran a él, mejor sería.

Por otra parte, liberaría a Leonor, que llevaba ya muchos días haciéndose cargo de la niña. Aunque ella era la primera en ofrecerse a ayudar a sus vecinas, entre las que existía un sentimiento de solidaridad que les hacía volcarse cuando una familia pasaba por problemas de salud, siempre se sentía en deuda cuando sucedía el caso contrario y eran otras quienes hacían algo por ella. Y a Carmen, como a muchas de las mujeres de su generación, no le gustaba estar en deuda con nadie, resultándole siempre más fácil dar que recibir. Así que en cuanto pudo permitírselo fue a casa de su vecina para agradecerle nuevamente lo que estaba haciendo por ella y asegurarle que iría a recoger a la niña y pasaría el día con ella.

Leonor, tan solícita como siempre, se alegró mucho por las noticias, pero insistió en que no había ningún problema en que la cría siguiera durmiendo en su casa y que lo veía mejor para no confundirla, a lo que Carmen aceptó, pues sabía que aún le quedaban muchas noches de hospital. Sin embargo, y también debido a la insistencia de su vecina, decidió quedarse a dormir ella en su casa, pues tras el día entero sin parar, se dio cuenta de que estaba agotada. Ahora que sentía el peligro más lejos por fin dejó cedió al cansancio acumulado y este la alcanzó en toda su intensidad.

El día había sido bonito junto a Celia, aunque seguía más apática que antes. Sin embargo, con toda la atención y el cariño de su abuela centrados en ella había acabado animándose a jugar y sonriendo ante sus muestras de afecto.

Tras cenar la llevó de nuevo a casa de la vecina, pero esta vez fue ella quien la acostó y le dio las buenas noches. Al volver a su casa llamó por última vez al hospital, confirmando que Antonio ya estaba dormido y se fue

ella misma a la cama, a esa cama que había sentido grande y vacía cada noche desde que su marido muriera tiempo atrás, para descubrir sin embargo cuánto la había añorado en aquella última semana.

Era de madrugada cuando se despertó sobresaltada. Al principio le costó saber qué ocurría. Tardó unos segundos en reaccionar. El teléfono sonaba insistentemente en el salón. Miró el reloj. Las 5.07. Se levantó trabajosamente y se dirigió hacia allá lo más rápido que le permitió su cuerpo fatigado. Un miedo instintivo le atenazó el pecho, antes siquiera de racionalizar lo anormal de una llamada a esas horas de la noche.

Antonio había tratado de convencerla en varias ocasiones para que pusiera un teléfono auxiliar en la mesita de noche, pero ella, testaruda, se había negado siempre, arguyendo que no se pasaba el día en la cama como para necesitar algo así. Para Carmen, la pereza era uno de los peores defectos. Ahora lo lamentó, pues el teléfono se cortó a la vez que ella descolgaba el auricular. El dispositivo era de los de toda la vida, de los que ya quedaban pocos, pues se resistía a cambiar lo que aún funcionaba y entrar dentro de la dinámica del usar y tirar que se extendía a su alrededor a toda velocidad. También esto lo lamentó mientras miraba el teléfono que comunicaba, aún levantado, pues no tenía opción de saber de dónde provenía la llamada.

Finalmente, colgó y se sentó en el sillón. Decidió prepararse una tila, pues el incidente le había dejado demasiado nerviosa como para irse a la cama de nuevo. Cuando el aparato volvió a sonar, se precipitó hacia él.

—¿Carmen Peña?

—¿Sí?

—¿Es usted?

—Sí, soy yo.

—Le llamo del Hospital Infanta Cristina. La situación de su hijo se ha agravado y se encuentra ahora mismo siendo atendido por los médicos.

—Dios mío. Voy ahora mismo para allá.

Carmen llamó al servicio de taxis y fue a toda prisa a la habitación a cambiarse el camisón por las ropas que había llevado el día anterior, que aún yacían pulcramente extendidas sobre una silla junto a la cómoda.

* * *

Hacía unos minutos que Annika se había despertado cuando sonó la alarma que

le recordaba que debía levantarse. Le encantaba amanecer así, tras haber descansado bien y sin que un ruido estridente la sacara del sueño en que se hallaba. Se desperezó e hizo unos estiramientos antes de meterse en la ducha. Tras pasar por el ritual, ducha, desayuno y breve paseo matutino junto a su mascota, cogió todo lo que necesitaba y se dispuso a ir al trabajo. Al echar mano del móvil se percató de que tenía varias llamadas perdidas de un número de Badajoz. Marcó el número extrañada y al instante una voz contestó.

—Hospital Infanta Cristina, buenos días.

Le dio un vuelco al corazón.

—Bu... Buenos días, tengo varias llamadas perdidas de este número en la madrugada.

La voz pareció vacilar un momento.

—¿Tiene usted algún familiar directo hospitalizado aquí?

Annika dudó. Sí, decidió que era familiar directo.

—Sí. Su nombre es Antonio Solera Peña.

—Déjeme consultarlo, señora —comunicó la voz, mientras le pasaba a una línea de espera donde solo pudo oír una música relajante durante un par de minutos.

Al regresar, la voz sonó mucho más solemne.

—Antonio Solera ha sufrido una recaída. Venga en cuanto le sea posible, el doctor la recibirá y le dará los detalles.

* * *

Bruno estaba motivado, pues era un día importante.

Por la tarde tendría otra sesión con Paquita y ardía en deseos de conocer las nuevas historias que le contaría la señora y qué le habría ocurrido tras casarse con aquel francés. Pero lo que realmente le mantenía en estado de agitación era lo que podría suceder después. Había quedado en encontrarse con Santiago a última hora de la tarde en el bar de Juan. Aún no sabía si acudiría. Si no lo hacía tendría que esperar a otra ocasión o pensar en una estrategia diferente. Santiago era la solución adecuada para su plan, un cliente habitual, de confianza, que le introduciría sin levantar sospechas y así poder averiguar cuanto necesitaba. Le estaba utilizando, aunque no se sentía mal por ello. Tendría el máximo cuidado en no ser descubierto, por lo que Santiago no correría ningún riesgo. A él era al primero que le interesaba, pues era quien más

se exponía, mucho más después de las amenazas. Como mucho, a Santiago podrían considerarle como un cómplice, y no sería difícil para este hacerles ver que no sabía nada de lo que Bruno tramaba. Y, de otro lado, no simpatizaba en absoluto con ese hombre, mucho menos después de haber escuchado de sus propios labios su forma de pensar.

A lo largo del día anterior se había dedicado a refrescar todo el estudio elaborado hasta el momento y estaba más que nunca decidido a hacer lo que estuviera en su mano para conseguir ese reportaje y sacar a la superficie todo lo que esa mafia infiltrada en Extremadura se traía entre manos. Decidió dedicar la mañana a avanzar un poco más y dejar todo preparado para la posible incursión en el club de esa noche e irse después a Montijo para comer con su madre, lo cual, para alegría de esta, comenzaba a convertirse en una rutina.

* * *

Annika hizo el viaje angustiada, acompañada muy a su pesar por una desagradable sensación de *dèjà vu*. En el hospital no le habían facilitado detalles a pesar de su insistencia, y no había tenido más opción que coger el coche y dirigirse hacia allí para averiguarlo. De camino, había llamado a Raúl para explicarle la situación. No tenía ganas de enfrentarse a Daniel, y, dado que ahora formaba parte del equipo de Raúl, esperaba que fuera este quien informara a su jefe de los motivos por los que no había acudido al trabajo. Sabía, además, que de este modo sería más difícil que expusiera algún inconveniente.

No se atrevía a pensar en lo peor. Sin embargo cuando llegó, nada más ver el estado de la madre de Antonio tuvo la terrible certeza de lo que había ocurrido. Una oleada de tristeza la inundó, y abrazó a Carmen, mientras la mujer se deshacía en sollozos preguntándose el por qué de la tragedia.

Al poco, una enfermera vino y las separó.

—Vamos a darle un calmante —le dijo a Annika refiriéndose a Carmen—. Ya le dimos uno esta madrugada, pero al verla ha vuelto a empezar.

La mujer se dejó llevar sin oponer resistencia, con una mezcla de indiferencia y dolor.

Annika, no atreviéndose a preguntar, esperó en la misma sala hasta que un médico acudió.

—Me han dicho que es usted familiar del fallecido.

—Algo así —se recompuso dirigiéndose al doctor, que era la primera vez que veía—. Era familia de su mujer, que murió en el accidente.

El médico asintió.

—A su madre —comenzó— le hemos dado tranquilizantes. Ha sido un golpe muy duro, y tener que soportarlo en soledad lo hace mucho más difícil.

—No me enteré hasta esta mañana. He venido de inmediato —se justificó ella, que no sabía si aquello había sido un reproche.

—Imagino que ya sabe lo sucedido.

—En realidad, no.

—Esta madrugada Antonio entró de nuevo en coma. Este tipo de lesiones son impredecibles. Aunque parezca que hay progresos, nunca se sabe con certeza cómo pueden evolucionar. Incluso cuando el paciente parece que está fuera de peligro, cualquier hemorragia puede volver a producirse y las consecuencias pueden llegar a ser las más trágicas. Lamentablemente, este ha sido el caso de Antonio. Lo siento mucho.

Después de que el médico se fuera dejándola allí sentada, Annika permaneció inmóvil tratando de encajarlo. Una vez más en tan breve período de tiempo, tuvo la sensación de que todo se derrumbaba a su alrededor y comenzó a sollozar en silencio.

* * *

Carla esperaba impaciente con novedades.

—Vamos, hijo, se va a enfriar el guiso. Ya sabes que recalentado no está igual. No sé por qué tienes que apurar siempre tanto.

—Lo siento, madre —se disculpó Bruno mientras le daba un beso en la mejilla—. Me lie con el ordenador y se me hizo tarde. Estaba trabajando en la biografía de tu amiga —añadió como excusa, sabiendo que eso la apaciguaría.

—Está bien, está bien. Venga, lávate las manos y ayúdame a poner la mesa —cedió al momento.

Una vez sentados y como era habitual, su madre comenzó a contarle las últimas noticias que circulaban por el pueblo. Un chico, que se había casado hacía menos de un año con una mujer mucho mayor que él, ya se había separado. Se había celebrado la primera boda de una pareja de chicas en el pueblo. Su amiga María había sido abuela por tercera vez. Y, lo mejor de todo,

la madre de Elenita le había dicho que le iba muy bien con los cursos en el Espacio para la Creación Joven y que iba a ampliarlos, animándole a que propusiera él algo relacionado con su titulación.

Carla calló y miró a su hijo. Nunca le pasaban desapercibidos sus estados de ánimo y se dio cuenta de que no estaba prestando atención a lo que le contaba.

—¿Te pasa algo, Bruno? —quiso saber—. Pareces inquieto.

—Sí, tienes razón —confesó sabiendo que no podía engañarla pero sin estar dispuesto a confesarle el plan para aquella noche—. Es que tengo ganas ya de ir a ver a Paquita. Me está interesando mucho su historia.

Su madre sonrió.

—Si quieres, para que llegue antes la hora, podemos dar un paseo aprovechando el buen tiempo. O puedes ayudarme con el patio. Quiero darle una nueva mano de pintura.

—Un paseo me parece una buena idea —dijo él, sonriendo a su vez.

Sabía que no conseguiría dormirse la acostumbrada siesta y no le apetecía quedarse aumentando su nerviosismo. Sería una buena manera de pasar el tiempo. Sin embargo, no sopesó los riesgos. Una vez recogida la mesa y puestos en marcha, Carla atacó de nuevo.

—Eso de que te hayas ilusionado con la biografía de Paquita está muy bien, Bruno. Pero no esperarás que tu madre se crea que es el motivo de ese reconcomio que tienes hoy. Sé que hay algo más. Pero claro, si no quieres contárselo a tu madre, pues no lo hagas.

«Otra vez chantaje emocional», pensó tomando una decisión intermedia, y decidiendo contarle que Edu llevaba días sin aparecer por el piso y que lo había estado hablando con Julio y temían que fuera a dejarlo.

—Vaya. Bueno, si no encontráis a nadie más, siempre puedes volverte aquí. Eso era precisamente lo que quería evitar.

—Pero, ¿y qué pasa con Julio? ¿Cómo voy a dejarle tirado? —se excusó.

—Bueno, bueno, Julio es mayorcito y sabrá buscarse la vida, como haría cualquiera. Estoy segura que él haría lo mismo en tu lugar.

—Eso es muy egoísta, mamá. Y mucho más ahora... —se le escapó.

—¿Ahora? ¿Y por qué ahora? —preguntó escamada Carla.

—No, porque está pasando un mal momento... Una ruptura —agregó tratando de que sonara convincente.

—¿Ah, pero tenía pareja por fin ese chico? Pues ni me había enterado. No me cuentas nada.

—Bueno, a ti que más te da si tiene pareja o no. Te cuento mis cosas, no las de los demás —gruñó.

—Está bien, está bien. No puede una decir nada.

Y era cierto. Bruno estaba tan irritable que perdía la paciencia con facilidad. Dieron el resto del paseo en silencio, y, al llegar la hora, se despidió de ella con un beso, sin añadir nada más pero con un ligero sentimiento de culpa por su actitud.

—Vienes a cenar, ¿verdad?

—No puedo, madre. Se me haría muy tarde para volverme a Mérida.

—Pero si ya es fin de semana...

—Es viernes. Y tengo mucho trabajo. Además, ahora vengo mucho más. Pero prometo llegar antes la próxima vez —se apresuró a agregar antes de que le insistiera para quedarse a dormir.

Al llegar a casa de Paquita, Bruno se encontró la puerta abierta como era usual. Llamó, y, al no escuchar a nadie, pasó cautelosamente.

No se veía a la señora por ninguna parte. La vivienda parecía desierta. Se asomó a la cocina y se extrañó aún más al no percibir el habitual olor a café. No había nada preparado, ni allí ni en el salón. Escamado, llamó más fuerte. No sabiendo qué hacer, pensó en volverse para atrás, pues quizá había tenido que salir y él no era quien para meter las narices en su casa, pero pensó que no habría dejado la puerta abierta, y decidió avanzar por la casa. Se introdujo en el largo corredor, que tenía varias puertas a los lados. Una de ellas, al fondo, estaba entreabierta.

Llamó con suavidad.

—¿Doña Paquita? ¿Está usted ahí? —inquirió a la vez que dudaba si empujar la puerta.

Creyó escuchar un ruido y tras un momento se decidió a asomarse. Al hacerlo, la vio en camisón incorporándose en la cama.

—Hola, hijo, me he quedado dormida. Ahora mismo me levanto —contestó con fatiga.

—Oh, perdón, no sabía... —se excusó, retrocediendo para regresar al salón, donde esperó sintiéndose un idiota por haberse asustado y haber violado la intimidad de la señora.

A los pocos minutos apareció ya vestida, pero aún despeinada y con un

aspecto desaliñado.

—Lo siento, doña Paquita. Llamé y nadie contestó, pero no debí haberme asomado —se disculpó nuevamente.

—No te preocupes, hijo. La culpa es mía. Pensé en avisarte para que no vinieras, pero cambié de opinión.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, ahora algo alarmado.

—Un constipado a estas edades no es cualquier cosa, ¿sabes? Deja a una exhausta —explicó—. Razón de más para que continuemos con nuestra historia. No me voy a ir a ninguna parte sin acabarla. ¿Te importa preparar tú la merienda hoy? No tengo muchas fuerzas y quiero dedicarlas a lo esencial. Tenemos mucho trabajo por delante.

Minutos después, algo más recompuesta tras el café, Paquita retomó la historia.

—Bueno, a ver, a ver, ¿por dónde nos habíamos quedado?

Bruno no dijo nada, pues empezaba a conocerla y sabía que recordaba perfectamente el punto en el que lo había dejado, así que se limitó a esperar, dispuesto a escuchar lo que quisiera contarle.

—Ah, sí —prosiguió como era de esperar—. La muerte de François. Eso fue un golpe muy duro, ¿sabes? Lo fue por dos razones, y la verdad, no te sabría decir cuál de ellas fue peor. Yo estaba enamorada hasta las entrañas de ese francés, que me había tratado como ningún otro lo había hecho, ni en Francia ni en España. Con él conocí lo que era el amor y viví momentos muy bonitos. No podía aceptar que se hubiera ido para siempre, justo cuando acababa de llegar y nos esperaba toda una vida por delante, con tantos sueños que habíamos proyectado por cumplir. Pero se fue, como se fue mi madre primero y mi padre después. Me lo mataron en el frente y volví a quedarme sola. Y esa era la segunda parte de mi desdicha. Una mujer sola en aquella época lo tenía muy difícil. No es que ahora sea fácil, pero hay muchos derechos conquistados, mucha más libertad. Las chicas jóvenes están decididas a hacer con su vida lo que quieran. Pero entonces no era así. Una mujer casada, aunque fuera una chiquilla como aún lo era yo, era una mujer respetable. Podía ser la más humilde, incluso inmigrante, pero al menos tenía un estatus. Y alguien que la mantuviese. Pero cuando se quedaba sola, todo era diferente. Tuve que buscarme la vida —continuó, ya centrada en la narración

—. Dicen que las penas compartidas son menos penas, y en este caso, ese era el único consuelo. Había muchas como yo. Mujeres, de todas las edades, que habían perdido a sus maridos en la guerra. Mujeres que habían tenido que mantener su hogar mientras ellos estaban lejos y que ahora que, algunas con más certeza que otras, sabían que no volverían, tenían que buscarse la vida por ellas mismas. La guerra trajo también una nueva concepción del mundo, en la que, aunque por necesidad ante la falta de hombres, quedó demostrado que las mujeres tenían la misma capacidad para desempeñar el trabajo productivo. Nos incorporamos al mundo laboral. Al visible, al que se paga, quiero decir. Aunque nadie nos eximió de la otra carga, la de la casa y los cuidados, que seguimos llevando. Pero esa es otra historia.

Bruno sonrió. Ignoraba si Paquita era consciente de ello, pero era una feminista en toda regla, como debía haberlo sido su madre. Quizá no tan activista, quizá no propagaba sus ideas a los cuatro vientos, ni exigía y peleaba por sus derechos, pero tenía las cosas muy claras. Mucho más que algunas de sus amigas más jóvenes, recordó, que presumían de feminismo pero en el fondo seguían actuando con los mismos patrones que la mayoría, sin entender las relaciones desiguales entre sexos, más que para su propio beneficio de vez en cuando. Ninguna de ellas le llegaba a la suela del zapato a doña Paquita.

Volvió a concentrarse en lo que le estaba contando.

—El caso es que, aun muerta de la pena como estaba, tenía que comer. Fue la primera vez en mi vida que me quedé sola de verdad. Aunque había tenido muchos momentos duros, siempre había habido alguien allí para protegerme. Incluso en el campo de concentración, lejos de mi padre, en el fondo sabía que él estaba allí, en alguna parte, velando por mí. Pero ahora ya no tenía a nadie. Eso me hizo una mujer dura y también muy independiente. No entonces, que todavía era una cría que se sentía víctima de algo que no entendía, pero sí con el tiempo. Hice de todo, todos los trabajos que las francesas no querían, porque volvía a ser una inmigrante más. Y poco a poco, fui sobreviviendo.

—Así pasaron los años, muchos años. Visto hacia atrás, el tiempo voló. Me centré en mi trabajo y en mis estudios, pues cada franco que lograba ahorrar lo destinaba a formarme. Me había tenido que marchar de España muy pequeña y no quería ser una analfabeta. Estudié, estudié y estudié, absorbiendo cada libro que pasaba por mis manos. Me hice un círculo de amigas, algunas españolas como yo, y otras francesas, con las que salía a pasear los domingos, que era el día en que encontrábamos un respiro, y mi

vida, con sus más y sus menos, podría decirse que fue relativamente feliz durante un buen período. Los hombres no me interesaban. Presumía de que no los necesitaba, pero creo que lo que en el fondo tenía era pánico a volver a perder a alguien querido, a volver a sufrir. Rechazaba pretendientes y evitaba cualquier contacto con ellos que pudiera conducir hacia algo que me esforzaba por evitar. Hasta que conocí a Edin. Por entonces yo ya tenía cerca de cuarenta años y él algunos cuantos más. Era un diplomático de la antigua Yugoslavia radicado en París. Mis convicciones se vinieron abajo cuando comencé a conocerle. Él se fijó en mí desde el primer momento y empezó con galanterías, pero yo le ignoraba como a los demás. Sin embargo, era diferente. Tenía una expresión afable, y a su lado, sin saber muy bien por qué, siempre me sentía bien.

Bruno contempló a doña Paquita. Estaba abstraída, sonriendo y mirando a alguna parte en el vacío y parecía totalmente transportada a aquella época, reviviendo los dulces momentos de tantos años atrás. Le pareció una escena tan tierna que sonrió a su vez. Continuó escuchando.

—Para qué enrollarme más. Me acabé enamorando de nuevo —le confesó—. Eso de que el primer amor es el verdadero es una tontería. Fue quizá algo diferente a lo que sentí con François, algo más pausado, como más cocinado a fuego lento. Cuanto más tiempo pasaba con él, más quería pasar. Así que, para regocijo de todas mis conocidas, incumplí la palabra que en tantas ocasiones me había jactado de mantener y acabé volviendo a casarme. Aunque, eso sí —aclaró—, mantuve mi independencia. Él viajaba mucho y yo seguía haciendo mi vida, y, cuando estaba en París, pasábamos todo el tiempo posible juntos. El mayor cambio fue el de domicilio. Al ser un diplomático expatriado, tenía derecho a una residencia en París, de modo que cogí las cuatro cosas que había ido acumulando con el paso de los años y me mudé allí. Por primera vez en mi vida disfruté de un poco de lujo, y lo cierto es que no sentaba nada mal. Vivía en un amplio tercer piso en pleno centro de la ciudad, con unas vistas extraordinarias a los monumentos parisinos más emblemáticos. Allí convidaba a mis amigas a café con la menor excusa. Sí, me volví un poco presuntuosa, he de reconocerlo. Aunque no había maldad en ello, y ellas disfrutaban casi más que yo alardeando de tener una amiga bien colocada y de pasar así las tardes, como señoras que la vida nunca nos había permitido ser.

—Pero Edin ya era mayor, no le quedaban muchos años para jubilarse, y quería acabar su carrera en su país. Me convenció, y, en cuanto le concedieron

el ansiado traslado, nos tocó hacer las maletas de nuevo.

En este punto doña Paquita se detuvo para pedirle a Bruno que le acercara un vaso de agua y descansó del esfuerzo de la narración durante unos minutos. Se la seguía viendo bastante desmejorada, lo que preocupó al chico, que sin embargo no se atrevió a interrumpirla. Al poco, retomó la historia y comenzó a hablarle de su vida en Yugoslavia. Una vez más, llegó a un país en el que todo le resultaba extraño. Allí vivió muchas nuevas experiencias, aunque su situación económica era holgada por aquel entonces, lo que facilitó su integración. Además, tenía un gran apoyo en su marido. Había cedido porque este le había prometido que pasarían mucho más tiempo juntos, y así fue. En su nueva posición, se habían acabado los viajes y los únicos que realizaba eran junto a ella, para enseñarle los rincones más extraordinarios de su país, o, de vez en cuando, haciendo alguna escapada en que le mostraba las bellas ciudades europeas que había conocido en su trabajo a lo largo de los años.

Pasó el tiempo y Paquita era dichosa. A veces se preguntaba si podría haberlo sido más si hubiera tenido descendencia, pero eso era algo que nunca sabría. El destino no lo había querido así, pensaba ella. Los hijos nunca habían llegado, quizá porque se conocieron algo tarde para ello, quizá por otras razones, pero a ninguno de los dos les preocupaba. Entonces, en lo que ella sentía el mejor momento de su vida, ya sobrepasados los sesenta años, la fatalidad entró en escena. A Edin le diagnosticaron un cáncer y murió a los pocos meses. Para cuando se lo detectaron estaba ya muy avanzado; solo les quedó esperar. Y Paquita volvió a quedarse sola.

Por aquel entonces ya se sentía tan unida a Sarajevo como lo había estado a París. No conocía otro hogar, y era donde tenía sus amistades y relaciones sociales, pues habían sido muchos los años residiendo allí. Pero poco después, cuando comenzaba a aceptar que Edin ya se hubiera marchado y a adaptarse a su nueva vida sin él, las cosas comenzaron a complicarse. Las tensiones que habían estado latentes en el país comenzaron a hacerse intolerables tras la caída del Muro de Berlín y del conocido como telón de acero. Un nuevo y complejo orden mundial empezó a instaurarse, y en este contexto, la que hasta entonces había sido República Federal Socialista de Yugoslavia inició su largo y penoso camino de desmembramiento. Lo que se originó como irregularidades políticas, que destaparon los nunca bien cerrados conflictos históricos, fue llevando a una situación de disputas con ideas de independencia basadas en las etnias y en el afán de control del

territorio. Los nacionalismos, junto a la pobreza y las desigualdades, azotes de la desesperación y la frustración y resentimiento crecientes, fueron algunos de los ingredientes que se sumaron a la olla a presión que se iba cocinando.

* * *

Annika había pasado el día en Badajoz. Poco a poco, había ido aceptando la idea de que Antonio había muerto y decidió coger el toro por los cuernos. Tras permanecer toda la mañana en el hospital, se ocupó de los trámites para el entierro, pues, como sucediera con Violeta días atrás, no había nadie para encargarse más que ella y la pobre Carmen, y prefirió aligerarle la tarea en lo posible.

Evitó reflexionar sobre la situación de Celia. Se había quedado huérfana y suponía que era mucho papeleo el que habría que afrontar para regularizar su estado. Trámites que escapaban a su conocimiento y que por otro lado le atemorizaba considerar. No quería imaginar a la pequeña desatendida, ni que las autoridades decidieran que fuera a un centro de menores, como fue su caso y el de Violeta. No es que no atendieran bien allí a los niños, era sencillamente que era una vida muy dura, lejos de los afectos que una familia podía darle. Sabía que el mayor deseo de Violeta había sido crear el entorno de seguridad que ella no tuvo. Ahora más que nunca entendió todos los esfuerzos que había hecho. Todos los que ella le había reprochado, poniendo más de su parte que el propio Antonio y anteponiendo el bienestar de él y de la niña al suyo mismo, y se dio cuenta de que precisamente lo que anhelaba era lo que le había faltado en su infancia, lo que siempre había añorado. Lo había querido para el resto de su vida, y para la vida de su pequeña. Y lo había conseguido.

Violeta, Antonio y Celia eran una familia feliz como pocas. No era solo la imagen idílica que a uno le gustaba ver. Era que, como ella sabía, aquella imagen de pareja enamorada jugando con su hija en el parque y haciéndose carantoñas mutuas no era un espejismo. Violeta había encontrado a un hombre para el que su familia era tan importante como para ella misma, y, aunque a veces se acomodaba y dejaba que llevara la carga de la responsabilidad, se desvivía por ella y por la niña. Pero ahora su hija se había quedado, antes de cumplir los cuatro años, tan huérfana como lo había sido ella misma.

A media tarde Annika recibió una llamada de la comisaría que le sacó de su ensimismamiento.

—¿Sí?

—Hola, soy Raúl. Oye, no sé si es buen momento, llamaba solo para saber cómo había ido todo.

—Sí, sí, tranquilo —se apresuró a contestar—. Pues... peor de lo que esperaba. El marido de mi amiga ha fallecido.

—Vaya, lo siento mucho —Raúl no supo qué otra cosa decir.

—Pues sí, esperábamos que saliera adelante y ha sido otro golpe. Solo tenía a su madre, que te puedes imaginar como está, así que estoy encargándome yo de todo lo que puedo.

—Claro. Pues no te preocupes por nada, yo se lo comentaré a Daniel, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, gracias —contestó confortada por el apoyo de Raúl.

—Oye, Mati me dice que te dé muchos ánimos de su parte. Y otra cosa... —pareció no saber cómo seguir.

—¿Sí?

—Bueno, esto ahora es lo de menos, pero para cuando vuelvas... tengo algo muy gordo.

Annika meditó un momento. No se sentía capaz de pensar en la investigación.

—¿Puede esperar al lunes? —dijo al fin.

—Supongo que sí —aceptó Raúl, sin poder evitar que la desilusión se reflejara en su voz.

* * *

Eran casi las nueve cuando Bruno salió de casa de Paquita.

A pesar de que parecía agotada y se había visto obligada a parar en un par de ocasiones, había insistido en que continuaran. El resfriado le había recordado su propia vulnerabilidad, y esto había desarrollado en ella la fuerza para proseguir. Uno de los motores de la existencia de Paquita pasaba precisamente por la convicción de que tenía que dar a conocer sus memorias al mundo y no iba a permitir que nada se la llevara antes de cumplir lo que entendía como su misión.

Se dirigió hacia el bar de Juan apresurado temiendo que Santiago se

hubiera cansado de esperar. Cuando llegó, miró con desasosiego a su alrededor, confirmando que no andaba por allí. Sí estaban, en cambio, algunos de los otros conocidos con quienes acostumbraba a tomar cañas o echar unas cartas de vez en cuando. Uno de ellos le hizo una seña y se acercó hasta allí.

—Qué bueno verte de nuevo por estos barrios —saludó Nono, un chico algo más joven que él.

—Sí, es verdad, últimamente paro bastante. Me estoy dando a la mala vida —bromeó, mientras pedía una cerveza a Juan.

Se sumó a la conversación, que versaba sobre el partido de fútbol que tendría lugar el día siguiente entre el Real Madrid y el Betis. Aunque la Liga llevaba aún pocas jornadas, la sorpresa la estaba dando este último, que se había colocado segundo en la clasificación. Si, contra pronóstico, ganaba al Madrid en el Bernabéu, se situaría a la cabeza de la Primera División. Algún culé se frotaba las manos solo de pensarlo, pues ya que a ellos no se les estaba dando bien el comienzo de la temporada, al menos les satisfacía pensar que un equipo modesto le arrebatara el liderato a su máximo rival.

Mientras tanto, Bruno se preguntaba cada vez con mayor impaciencia si Santiago se habría largado al no verle por allí y estaba a punto de abandonar cuando lo divisó a través de la cristalera del bar.

Se reenganchó al debate con fingido interés y permaneció a la espera hasta ver qué sucedía. Un momento después Santiago entraba en el bar y pedía la acostumbrada caña. Se la tomó conversando con otros contertulios en la barra y solo cuando la hubo acabado se acercó al grupo en el que Bruno se encontraba.

—¿Qué tal, cómo lo lleváis? —dijo a modo de saludo.

Se quedó allí durante un rato sin ninguna prisa, bebiéndose la segunda, y luego la tercera, y, cuando, casi una hora más tarde, ya se habían ido despidiendo la mayoría de cuantos andaban por el bar, retirándose a cenar a sus casas, comentó él mismo que se iba también, a la vez que hacía una casi imperceptible señal a Bruno, que este reconoció al instante.

—Y yo —se apresuró a decir—. Voy a dormir en Mérida y ya se me ha hecho tarde. Hasta otra, chicos.

Pagó las consumiciones que había tomado, se despidió y salió. Se desconcertó al no ver a Santiago, pero al momento reparó en que le estaba esperando unos metros más allá.

—Ya veo que sigues animado —dijo este.

—Claro, no iba a dejar pasar la oportunidad.

—Está bien. Pero escúchame. Yo voy en mi coche y tú en el tuyo. No hemos ido juntos, sino que nos encontraremos allí. Yo solo te echaré un cable si veo que Frasco no se fía de ti.

—De acuerdo —accedió Bruno, dirigiéndose hacia su vehículo.

Cuando llegaron al club, Bruno comprobó que había cambiado muy poco desde su anterior visita, años atrás. Un aire de decrepitud lo envolvía. La figura característica de mujer con curvas voluptuosas y las letras rojas de neón eran las mismas de la pasada vez. El edificio, de color verde, pedía a gritos una mano de pintura. Todo ello parecía formar parte del código no escrito de estos locales. Uno podía identificarlos en cualquier lugar sin el mínimo riesgo de equivocarse.

Suspiró, aparcó el coche junto al de Santiago y encendió la videocámara que llevaba escondida en uno de los bolsillos superiores de la chaqueta para grabar desde el primer momento todas las conversaciones.

Cuando entró en la zona del bar, el camarero, que intuyó sería el Frasco que Santiago mencionaba, estaba ya sirviéndole a este un *gin tonic*.

El local aparecía más concurrido que el que había visitado en Badajoz, aunque supuso que se debería al fin de semana. Había varios hombres, un par de ellos solos, como Santiago y él mismo, y un grupo de tres o cuatro charlando juntos, acompañados por dos chicas en las que estos parecían interesados.

—Buenas —dijo, imprimiéndole a su tono de voz una seguridad que no sentía.

—Buenas noches —contestaron el camarero y Santiago al unísono, volviendo a conversar entre ellos.

Bruno se colocó cerca de Santiago, aunque no demasiado, como si hubiera caído en esa zona de la barra por casualidad.

—Ponme a mí otro cacharro de esos cuando puedas —le dijo al camarero con el mismo tono de voz.

Este le preguntó qué ginebra quería y asintió ante su respuesta. Cuando le sirvió, se le quedó mirando fijamente.

—Tú eres forastero, ¿no?

—¿Este? —intervino Santiago—. Qué va, hombre. Este es del pueblo. Lo

que pasa es que para poco, ¿no, Bruno?

—Vivo en Mérida —contestó algo vacilante.

—Puff, eso es más o menos como ser del pueblo. ¿A dónde crees que vienen la mayoría de los de Mérida? Pero a ti no te he visto antes.

Bruno pensaba aún en qué decir cuando Santiago terció para echarle una mano a su manera.

—Porque al muy atontao le gusta más la gran ciudad y se va a Badajoz.

—¿Ah, sí? —ahora le miró con desconfianza—. Pues ya te digo yo que aquí no tenemos nada que envidiarles. Más bien al contrario —añadió con una sonrisa.

—Eso suena bastante bien —dijo Bruno, recuperando su aplomo.

Se introdujo en la charla de ambos como de forma distraída, mientras pensaba fríamente. Había sido lo suficientemente avisado para no seguir bebiendo alcohol en el bar de Juan tras la primera cerveza, y no quería que el *gin tonic* le enturbiara la mente y le pudiera inducir a cometer algún error. Lo degustó a sorbos muy pequeños mientras dejaba que fuera Santiago quien llevara el hilo de la conversación.

Cuando terminó la copa, este miró al camarero y le dijo:

—Yo me subo. ¿Está libre la del último día?

—Claro, está reservada para ti —respondió el que se hacía llamar Frasco con algo de sorna.

—Pues voy para allá —replicó haciendo caso omiso al tono burlón.

Bruno intervino en el diálogo.

—¿Y para mí? ¿Qué hay para mí?

—¿Cómo que qué hay? —contestó el camarero de forma socarrona—. Tendrás pocas para elegir a tu alrededor.

—¿Estas? —se infló de coraje—. Un poco gastadas ya, ¿no te parece? ¿No decías que aquí no había nada que envidiar al de Badajoz? Pues yo no lo veo.

Frasco pareció vacilar. Miró a Santiago, que le hizo un gesto desganado.

—Venga hombre. Que es de confianza.

Dudó un momento más y finalmente pareció decidirse.

—De otra cosa te podrás quejar, pero del material no. Tengo una que acaba de llegar hace dos días.

—¿Cómo? —exclamó Santiago—. ¿Y no se la ofreces a un buen cliente?

—Tío, tú ya has dicho que querías repetir, ahora no te quejes. Vamos a darle a probar la nueva al recién llegado.

Y luego, bajando la voz, aunque no lo suficiente como para que Bruno no pudiera oírle:

—Y tranquilo, que la tuya es del estilo. Solo que la nueva es una yegua salvaje. Está por domesticar aún —añadió con una carcajada.

Santiago secundó la risa y desapareció tras unas amplias cortinas que hacían las veces de separación con otra zona del edificio.

Bruno no hablaba, pues le daba la sensación de que si lo hacía el corazón se le escaparía por la garganta. Aguardó a que Frasco acabara de reponerle las bebidas al grupo del fondo, tras lo cual salió de la barra y le hizo un gesto para que le siguiera. Atravesaron a su vez las cortinas y recorrieron un amplio pasillo que le recordaba al de una pensión de mala muerte. Después, el proceso que ya conocía se repitió. Sacó un manojito de llaves del bolsillo del pantalón e introdujo una en la cerradura.

Bruno, resignado, ya sabía lo que le tocaba y preparó la cartera.

—No, no, hombre. Si Santiago dice que eres de confianza, eres de confianza. Cuando te vayas.

Tras desbloquear la cerradura se dio la vuelta y regresó al bar.

Bruno se quedó observándolo mientras se alejaba y cuando le vio atravesar nuevamente las cortinas extrajo la parte superior de la videocámara de la chaqueta, de forma que el objetivo quedara descubierto.

Miró la empuñadura y armándose de valor empujó la puerta. Muy lentamente, se introdujo en la habitación y observó a su alrededor. La luz del corredor y la del propio bar eran bastante pobres, de forma que no le costó mucho acostumbrarse a la también escasa que reinaba en la habitación. Cuando lo hizo, le costó creer lo que veían sus ojos.

—¡¡Tú!! ¿Qué haces aquí?

La chica que tenía delante era Alma, la misma que había visto en aquella minúscula habitación en Badajoz. Solo que esta vez le pareció aún más vulnerable. Tenía una parte de la cara algo hinchada y un cardenal le cubría el ojo izquierdo. Ella le miró con las pupilas desorbitadas. No habría sabido decir si reflejaba más miedo o sorpresa.

—¿Qué te han hecho? —no pudo dejar de preguntar.

Alma retiró la mirada.

—Desgraciados —susurró—. Escucha, he venido para conseguir pruebas. Te dije que te salvaría y pienso cumplir mi palabra.

La joven no contestó, pero volvió a mirarle. Era una mirada vacía, y sin

embargo creyó percibir algo, quizá una pizca de una esperanza casi perdida, y continuó. Tenía que intentarlo.

—No tienes de que preocuparte, voy a protegerte. Pero necesito tu ayuda. Necesito que me cuentes cómo has llegado aquí, quién te tiene encerrada. Y es necesario que me dejes grabarlo.

La chica dijo algo en una lengua extranjera.

—No te entiendo —Bruno había esperado que conociera el idioma lo suficiente para poder comunicarse con ella, pero ahora se dio cuenta de que quizá se había equivocado.

Aun así, continuó hablándole serenamente, y poco a poco consiguió transmitirle confianza. Logró que ella volviese a hablarle. Solo conocía unas cuantas palabras en español, que intercalaba de vez en cuando, pero incluso así, pudo entenderle y finalmente accedió a su petición. Lentamente se sentó en la cama, envuelta en las sábanas y comenzó a relatar su historia. Al principio de forma pausada e insegura, pero a medida que avanzaba las palabras brotaban de sus labios con mayor fluidez, sumida en una especie de histeria que parecía haberse apoderado de ella.

Bruno estaba invadido por una mezcla de emoción y frustración. Parecía estar consiguiendo su objetivo, pero no entendía lo que le estaba contando. Siguió concentrado prestando la máxima atención, aunque con escaso resultado. De repente, en uno de los momentos en que ella parecía más alterada, escuchó un nombre que le puso en guardia.

—Repíte eso.

La chica parecía desconcertada.

—Repíte eso último —volvió a pedirle con vehemencia—. ¿Qué has dicho?

Al ver que ella no sabía qué era lo que quería, tanteó.

—¿Patricia? ¿Has dicho Patricia?

La joven asintió, aún algo asustada.

—¿La chica de Badajoz? ¿La conociste?

Ella pareció no entender, y tras un momento de duda, optó por seguir contando su historia. «Patricia, sí, ha dicho Patricia.» Era la chica que se había suicidado. ¿Qué habría tenido que ver en esto? ¿Por qué la habría mencionado Alma?

Siguió absorto en su misterioso idioma, aunque no fue capaz de desentrañar nada más. Al poco, ella calló de forma abrupta y Bruno se quedó sin saber qué

decir. Al consultar el reloj comprobó que llevaba más de media hora ahí dentro. Se preguntó cuál era la media de tiempo que se solía tardar y le dio la sensación de que debía irse pronto o empezarían a extrañarse y pondría en riesgo todo de nuevo.

—Escucha, Alma, ahora tengo que irme —se despidió—. No digas nada, ¿entiendes? Vamos a sacarte de aquí. Te lo prometo —quiso tocarla para darle seguridad, pero recordó como se asustó la última vez, probablemente reaccionando de forma instintiva debido a las palizas, y se levantó de la butaca donde se había sentado frente a ella sin decir nada más. Cerró la puerta tras de sí y recorrió el pasillo en sentido inverso hasta alcanzar la línea divisoria de las cortinas.

Al llegar al bar constató que Santiago estaba de nuevo en la barra. Le esperaba con una amplia sonrisa.

—¿Bueno, qué?

El camarero, que también le vio llegar, le miraba expectante.

Bruno tragó saliva.

—Bien, bien. No tengo queja —dijo parcamente.

Ambos se echaron a reír.

—¿Qué te dije? A este le van las duras. Si yo tengo ojo para este tipo de cosas.

Bruno forzó una sonrisa, incómodo.

—Ponle otro copazo, anda, que invito yo —indicó Santiago.

—No, no, que tengo que conducir. —Bruno quería salir de allí cuanto antes. Santiago le miró, de repente muy serio.

—¿Ahora me vas a venir con tonterías?

—Vale, tienes razón —cambió de opinión, pues lo que menos quería era enfadar a nadie allí—. Una no me hará nada, total, Mérida está aquí al lado.

—Eso ya está mejor —se relajó Santiago.

Esa copa se le hizo eterna a Bruno, que no podía evitar mirar de reojo a Frasco y preguntarse si sospechaban algo.

Por fin, media hora después, Santiago pareció darse por satisfecho.

—Bueno, hora de ir a dormir. Mañana tengo un encarguillo y me toca levantarme temprano.

—Pues yo también me voy, ya he hecho todo lo que tenía que hacer hoy.

Tanto Bruno como Santiago pagaron lo que adeudaban, insistiendo este último en invitar la segunda copa, y salieron del bar.

Santiago se despidió al entrar en el coche.

—Hasta otra, vaquero.

Bruno se subió al suyo e intentó controlar la respiración. Arrancó, salió tras Santiago y tomó la dirección contraria, rumbo a la capital extremeña. Cuando perdió de vista el club exhaló con fuerza y una sensación de euforia y estrés desencadenado se apoderó de él. ¡Lo había logrado!

XVI. Sábado, 29 de octubre

Annika se despertó con una sensación de malestar que le recordaba mucho a una mala resaca, de esas que hacía mucho que no tenía. Dolor de cabeza, mal sabor de boca e impresión de haber pasado una noche entrecortada, repleta de pesadillas turbulentas. Poco a poco, fue tomando contacto con la realidad.

El día anterior había decidido volverse a Mérida a última hora de la noche, cuando entendió que ya no podía hacer nada más. Esperó a que Antonio fuera trasladado al tanatorio, recogió a Carmen del hospital y la llevó allí, mientras le explicaba con mucho tacto los trámites realizados. La señora, probablemente aún bajo los efectos de la sedación, asentía a todo con apatía.

Una vez que la última de las visitas que habían pasado a dar sus condolencias se retiró, trató de convencerla para llevarla a su casa a descansar, pero se negó. Fue en ese único momento cuando pareció salir de su estado. Le dijo con rotundidad que no dejaría a su hijo pasar su última noche desamparado, solo en aquel lugar extraño. A Annika no le gustaba la idea de que la señora se quedara allí toda la noche, pero sabía bien lo testaruda que era y poco podía hacer. El encargado del tanatorio la tranquilizó diciéndole que había seguridad las veinticuatro horas en aquel lugar y no tenía nada de qué preocuparse. En la sala donde yacía Antonio había unos sofás donde podría descansar y le aseguró que nadie la molestaría. Algo menos apurada, decidió por fin retirarse.

Al coger el coche, pensó en ir a ver a Celia. Le tentaba mucho esa posibilidad, pero en el último momento se resistió, consciente de que a Carmen podía no gustarle, y decidió esperar a que todo aquello pasara. Menos que nunca quería ponérsela en contra, pues era el nexo de unión con la niña.

Ahora, una vez levantada, no pudo reprimirse por más tiempo y llamó a casa de Leonor para preguntar por ella. Contestó al teléfono su hija, que le explicó que se había ido a la peluquería a arreglarse para el entierro y que la niña estaba con los nietos en el patio. La mujer no puso ninguna objeción cuando le pidió que llamara a Celia para que se pusiera al teléfono.

Hablar unos minutos con la niña le reconfortó, pues la sintió algo más animada que la última vez, aunque volvió a apenarse al recordar que todavía

tenía que afrontar la noticia de que tampoco volvería a ver a su padre.

Sentada en el salón miró a Wolf y se preguntó qué hacer hasta la tarde. A diferencia de Leonor, no tenía el más mínimo interés en ir a una peluquería a arreglarse el pelo para el entierro, lo cual habría sido una forma de hacer pasar el tiempo. Entonces rememoró la charla con Raúl del día anterior. Aunque se había preocupado por su situación, el verdadero motivo de su llamada había sido el descubrimiento de algo nuevo en la investigación, y no le había pasado desapercibida su decepción cuando le dio a entender que se olvidara de ella hasta la semana siguiente. Ahora cambió de idea y pensó en tratar de localizarle. Raúl no tenía turno ese día, pero intuía que no le molestaría lo más mínimo contarle sus nuevos hallazgos. En el poco tiempo que habían pasado juntos, había comprobado que, como ella, cuando tenía algo entre manos se volcaba en ello.

Marcó el número de su móvil y contestó a las pocas llamadas.

—¿Sí?

—Raúl, soy Annika —dijo vacilante—. No sé si es buen momento, pero ahora estoy en casa y pensé que quizá podíamos hablar sobre lo que me comentaste.

—Claro, claro. Oye, ¿te puedo llamar en un rato? Es que estoy en el súper haciendo la compra con Andrea y las niñas. Pero estamos terminando, en una media hora ya estaremos de vuelta en casa.

—De acuerdo, sin problema. Hasta luego entonces.

Colgó y se quedó con la mirada perdida. Como no sabía en qué emplear el tiempo, hizo algo que prácticamente solo los fines de semana se podía permitir. Se puso a limpiar la casa. Algo menos de una hora después, el móvil sonó y vio que era Raúl devolviéndole la llamada.

—Ya estoy de vuelta, disculpa. ¿Te cuento? —preguntó impaciente.

—Sí, claro.

—Bueno, la verdad es que prefiero no darte muchos detalles por teléfono. El caso es que, después de lo que me contaste, seguí esa pista, hablé con algunas personas y descubrí algo... Como no podía esperar para saber si estaba en lo cierto, tras unas comprobaciones me fui para allá después de acabar en la comisaría. Sinceramente, no creía que fuera a dar con nada, pero a medianoche estaba vigilando cuando algo pasó...

—¿Qué? —le interrumpió Annika, cada vez más interesada.

—No quiero contártelo por teléfono, pero podemos quedar esta tarde.

Antes no puedo, que le he prometido a Andrea que vamos a ordenar el trastero.

—Esta tarde me resulta imposible —la voz de Annika se tornó más ruda—. Es el entierro, y no puedo comprometerme a nada. No sé cuánto se alargará, ni si tendré que echar una mano con algo allí.

—Oh, vaya, claro, perdona, lo había olvidado. De todas formas, creo que esta noche también me acercaré. Si finalmente puedes y te sientes con ánimos, llámame.

—De acuerdo.

Annika se quedó pensativa. La conversación había incrementado su curiosidad. ¿Qué habría descubierto? Tendría que esperar para saberlo.

* * *

Bruno no se había acordado de detener la grabación hasta estar a medio camino entre Montijo y Mérida, tal era la excitación que le había dominado. Nada más llegar y una vez que comprobó que estaba solo en el piso, revisó el material obtenido.

La calidad no era muy buena pero se entendía todo desde el principio. Las conversaciones iniciales en el bar eran indicios de lo que se escondía detrás. Y una vez que había entrado en la habitación, podía verse que la chica que estaba recluida en ella era muy joven, incluso posiblemente menor de edad, y apreciarse las señales de violencia física en su cara y cuerpo.

Quedó satisfecho con lo que tenía, pero aun así le costó conciliar el sueño, y, cuando lo hizo, escenas de esa noche aparecieron una y otra vez en forma de pesadilla recurrente, no siempre con un final tan afortunado como el que había tenido.

Cuando se levantó seguía con la principal preocupación que le había mantenido despierto hasta tarde. La confesión de la chica, si es que lo era, pues desconocía qué había tratado de decirle. De lo que le hubiera contado dependía el éxito de su misión, pero no sabía cómo averiguarlo.

Ni siquiera sabía cuál era la lengua en la que le había hablado. Y aun cuando lo averiguara, contratar a alguien para la traducción era algo a descartar. Era un material demasiado sensible: exponerlo era multiplicar los riesgos, más si cabe sin conocer su contenido. En un intento de salir de dudas, se conectó a Internet y comenzó a indagar, pero tras un par de horas de

búsqueda pensó en desistir. Lo único que había averiguado era que parecía ser de base eslava, lo cual tenía bastante sentido ya que un alto porcentaje de las chicas con las que traficaban estas mafias provenía de países de lengua eslava.

La frustración de la búsqueda le había puesto de mal humor. Ensimismado, recordó a Annika y se preguntó qué estaría haciendo. Qué buena idea sería quedar con ella para comer. Recordó la cena en el restaurante vegetariano y se sintió tentado de llamarla, pero se rebeló contra la idea. No la llamaría hasta que no lo tuviera todo resuelto y bien atado. Entonces la deslumbraría ofreciéndole todas las pruebas para desmontar la trama. Él lo publicaría en los medios y ella atraparía a los culpables.

Sí, mantendría esa estrategia. Si tenía paciencia, las cosas saldrían a su manera. Sin embargo pensó que no tenía nada de malo ponerla sobre aviso. Se deleitó pensándolo, y no pudo resistirse.

Pensó durante un momento y escribió.

Hla Annika, q tal? Espero bien. Solo xa dcirte sigo con investigación. Nuevas pruebas. Todo muy bien, y bajo control ;) T llamo pronto xa contart, tng q atar algs cabos aún. Bss, Bruno.

De mejor humor, fue a ver qué encontraba en la nevera.

* * *

Annika escuchó el móvil y se lo acercó con indiferencia. Se desconcertó al ver que era un mensaje de Bruno. Con un ligero cosquilleo en el estómago que le cogió por sorpresa, lo abrió y le costó entender lo que le estaba diciendo. La investigación. Pruebas. Tardó unos segundos en recordar. Le daba la sensación de tener más frentes abiertos de los que podía abarcar. La muerte de Violeta y de Antonio. Celia. Carmen. La investigación por el asesinato de Sara. La de la trata de mujeres. Y ahora también la de la empresa farmacéutica. Y entre todo eso, veía un mensaje de Bruno en el teléfono y algo se le removía por dentro. Negó con la cabeza, confusa. Después trató de centrarse. Con todos los acontecimientos de los últimos días ni siquiera había vuelto a recordar la trama de tráfico y trata de mujeres, y eso que había ocupado casi con obsesión su cabeza durante los últimos meses. La última vez que pensó en ello fue el día que quedó con Bruno en el parque. Después llegaron el resto de problemas. Y

ahora le escribía para decirle que tenía nuevas pruebas. Raúl tenía algo muy gordo, Bruno tenía pruebas... La cabeza le daba vueltas. Sintió que se mareaba y decidió acostarse, pues aunque era la hora de comer no tenía apetito. Puso el despertador; ya no se fiaba de su reloj interno.

A las cuatro de la tarde la alarma sonó de forma insistente. Se despertó desorientada, con peor sensación aún que en la mañana. El entierro era a las cinco y había tres cuartos de hora de viaje. No le quedaba mucho margen, de modo que se colocó el traje oscuro que llevara solo cinco días atrás al entierro de Violeta y salió por la puerta.

La iglesia estaba aún más abarrotada de lo que lo había estado el tanatorio en la ceremonia oficiada para Violeta. Como sabía lo católica que era la madre de Antonio, había cerrado el acto del funeral con la iglesia donde este y Violeta habían contraído matrimonio varios años atrás. Aunque mucha gente había acudido a dar el pésame por la muerte de su amiga, el funeral de Antonio movilizó a una multitud. Después de todo, ella era la única familia de Violeta, que se había criado en un centro de menores, mientras que Antonio lo había hecho en San Roque, un barrio de Badajoz que a esos efectos funcionaba como un pequeño pueblo, y todo el vecindario había acudido a la cita para expresar sus condolencias.

Se enfrentaba algo confundida a aquello, sin saber qué papel adoptar. Decidió que le correspondía un rol más secundario que en el entierro de Violeta y se acomodó en la segunda fila de bancos, dejando que fueran algunas de las vecinas y amigas de Carmen las que se sentaran junto a ella, pensando que se sentiría más cómoda con personas de su confianza. Mientras el cura aguardaba paciente a que la gente acabara de tomar asiento, Leonor se acercó y viendo que la primera fila ya estaba ocupada, se sentó junto a ella.

—Hola, *Anita* —dijo tocándole el hombro en señal de afecto.

Annika la saludó y continuó esperando, taciturna, a que la misa comenzase.

En cuanto terminó, una media hora después, la señora se despidió de ella.

—Voy a darle el pésame a Carmen y me voy. No voy a ir al cementerio porque mi hija se ha quedado en mi casa esperando y es su día de descanso.

—¿Está Celia con ella? —preguntó Annika, a la vez que asentía comprensiva a lo que Leonor le decía—. Me gustaría verla —musitó.

La mujer se tornó muy seria. Tras un instante en el que pareció vacilar, le

contestó.

—Mira, cielo, yo no soy quien para meterme en las cosas entre tú y Carmen. Pero creo que tenéis que resolverlo vosotras. Yo cuido a la niña de mil amores, pero por favor, no me pongáis en medio.

Annika la miró sorprendida.

—Leonor, no sé a que te refieres. ¿Es por lo del otro día?

La mujer volvió a dudar, percatándose de que quizá había hablado más de la cuenta. Annika insistió.

—Te dijo ella que no me dejaras ver a la niña, ¿verdad?

—Ya te he dicho que yo no quiero estar en medio. Aclarad vosotras lo que tengáis que aclarar —recalcó con firmeza aunque con un atisbo de pena en la voz, y se alejó.

Su evasiva le había confirmado sus sospechas. Annika estaba furiosa, pero sabía que era el momento menos indicado para hacer nada y optó por irse ella misma también. Cogió el coche dirigiéndose de nuevo hacia Mérida, mientras el resto de vehículos se dispersaban, algunos de camino al cementerio para continuar con el rito, otros a sus respectivos hogares, una vez considerado cumplido el trámite.

Cuando llegó a casa la rabia seguía dominándola. Se cambió y se fue a correr con Wolf durante más de hora y media, hasta que el propio perro, agotado, pareció renunciar a continuar siguiéndola e hizo que reaccionara y bajara el ritmo.

—Tienes razón, Wolf. Ya es hora de volver a casa —cedió, poniendo rumbo en esa dirección.

Al llegar se duchó y se puso el pijama. Miró el reloj. Eran las nueve y llevaba sin comer desde por la mañana. Sacó una pizza precocinada del congelador y la metió en el horno. Mientras se hacía, se sentó a esperar en el sofá y decidió contestar a Bruno. No sabía muy bien qué ponerle, pero la reflexión que había tenido días atrás estaba empezando a hacer su efecto. Una brecha comenzaba a abrirse en el muro que ella con tanto ahínco había levantado. Comenzó a escribir, borrando varias veces, desistiendo alguna que otra, para finalmente quedarse con algo simple, pero que cumplía el objetivo que pretendía, dejar de parecer una borde que no tenía ningún interés en él ni en lo que pudiera contarle.

Una vez enviado, lo releyó, aún no muy conforme.

Hola Bruno. He tenido algunos días difíciles. Pero aquí seguimos, en la lucha. ¿Nuevas pruebas? Me has intrigado, ya me contarás. Cuídate. Besos, Annika.

«¿Cuídate. Besos?» «No me gusta», se dijo. Lo había reescrito al borrar el «Ten cuidado», que era lo que realmente quería decir, porque tras su desastrosa incursión en el club no se fiaba mucho de sus capacidades como investigador, pero no quería dar la impresión de que seguía recriminándose. Y ahora ya no sabía qué impresión daba. Suspiró y soltó el móvil.

El horno pitó y fue a la cocina a por la pizza. Aunque no bebía a menudo, consideró que aquel era un día idóneo para tomarse una cerveza, así que sacó una lata del frigorífico y se lo llevó todo a la mesa del salón, donde comió con parsimonia mientras veía las noticias. Cuando acabó, pensó en qué haría a continuación. No tenía ganas de quedarse en casa, y sabía que no le resultaría fácil dormirse. Llamar a alguna conocida para tomar algo quedaba descartado. Necesitaba ocuparse la mente con algo, pero no estaba para fiestas. Así que decidió llamar a Raúl para ver si finalmente se había puesto en marcha como le había dicho.

Contestó rápidamente.

—No me digas que te has animado.

—No tengo la cabeza para quedarme en casa dando vueltas a todo —respondió a modo de excusa—. Y menos aún para irme de fiesta.

—Pues has elegido la opción correcta —sonrió.

—¿Dónde estás?

—En casa aún. Los animales nocturnos no se cazan tan temprano —replicó crípticamente—. Si me dices dónde, puedo recogerte en unos cuarenta minutos.

Annika pareció titubear, pues no le gustaba que nadie supiera dónde vivía. Después recapacitó. Quería dejar de ser tan desconfiada, así que hizo un esfuerzo y le dio su dirección.

—De acuerdo. Te pego un toque al móvil cuando esté abajo —se despidió.

A pesar de ser reacia a reconocerlo, su estado de ánimo comenzó a cambiar. Llevaba la acción en las venas y su mente comenzó a funcionar como una policía. No sabía lo que le esperaba, así que fue a lo seguro. Sustituyó el

pijama por una ropa cómoda, tomó todas las precauciones necesarias e hizo inventario de lo que llevaba en la mochila, incluyendo la pistola reglamentaria. Normalmente no la sacaba si no estaba de servicio, pero la realidad era que tampoco iba de paseo por el parque. Cuando el teléfono sonó, llevaba ya varios minutos sentada en el sofá de nuevo, esta vez esperando impaciente. Bajó a la calle, divisó a Raúl y trepó al todoterreno donde le estaba esperando, un Toyota Land Cruiser gris metálico bastante nuevo.

—Vaya, buen coche. Nunca me había fijado.

—En realidad es de mi mujer. Yo uso un Ibiza, pero para estas ocasiones me lo presta. Y eso que no le hace ninguna gracia esto que estamos haciendo. Pero es mucho más cómodo para hacer vigilancia, y más seguro para cualquier cosa que pueda ocurrir.

—¿Se ha enfadado contigo?

—No, bueno, no creo. Es solo que no le gusta. Pero ya sabía a lo que se atenía cuando se casó con un policía. Aun en un sitio como Mérida, esta profesión tiene sus riesgos.

—Y tú que tomas algunos más de la cuenta —sonrió Annika.

—Me parece que no eres la más indicada para recriminarme eso —replicó divertido. A nadie en la comisaría se le escapaba que Annika se había saltado el protocolo más de una vez, cuando estaba convencida de que con ello estaba cumpliendo con su idea de justicia. Y después de que ella le confesara los pasos que había estado dando en relación con el gerente de esa empresa, no podía negarle que estaba en lo cierto.

El comentario hizo reír a Annika.

—Está bien, entonces, ¿podrías decirme por fin a dónde vamos?

—A un sitio que creo que ya conoces —Raúl continuaba igual de enigmático.

Continuaron en silencio hasta que llegaron al edificio que Annika viera por última vez en su entrevista con Pablo. Si bien aquel lugar estaba alejado de casi todo, un sábado a medianoche parecía aún más aislado.

Raúl había apagado las luces del coche una vez que dejaron atrás el polígono que estaba a unos escasos cientos de metros del edificio, y, en lugar de continuar por la carretera principal, había seguido por un camino paralelo sin asfaltar. Cuando comenzaron a divisar las traseras del edificio, aparcó a un lado y paró el motor.

—Este puede ser un buen sitio —dijo en voz baja.

No parecía haber rastro de vida humana a aquellas horas. Annika esperó unos minutos sin decir nada, hasta que la impaciencia y la curiosidad pudieron más que ella.

—¿Y bien? —susurró.

—¿Y bien qué? —le contestó Raúl en el mismo tono.

—¿Vas a explicarme qué hacemos aquí, o qué?

—Ayer me enteré de algo más en relación a los medicamentos —pareció decidirse al fin a desvelar el misterio—. Siguiendo la pista, verifiqué que no constaba que se los vendieran a nadie. Ni las Viagras, ni tampoco otra serie de productos relacionados con dietas adelgazantes. O al menos, no lo hacían oficialmente. Ya tenía la certeza de que los producían, pero después el rastro desaparecía. Así que pensé que de alguna forma tenían que salir de la nave. Aunque no tenía mucha esperanza, como te dije no podía esperar para comprobarlo, de modo que decidí dar una vuelta. Llegué poco después de que cerraran y pasé unas cuantas horas. Como soy un poco testarudo...

—Cabezón, diría yo —bromeó Annika.

—Lo que sea —se rio—. El caso es que aquí aguanté, sin cenar ni nada, solo por ver si sucedía algo raro. Me hubiera ido antes si no fuera porque como a las diez de la noche, bastante después de que todo pareciera oficialmente cerrado, divisé a dos hombres en la trasera del edificio. Yo estaba situado en el otro lado, frente a la puerta principal y parecía que habían salido por una puerta de atrás. Estaban fumando y hablando tranquilamente, como si estuvieran haciendo un descanso. Si no hubiera sido por la luz de los cigarrillos y porque se movieron aquí y allá, como estirando las piernas, ni siquiera me habría dado cuenta. Al poco, dejé de verlos. Probablemente regresaron al interior, a hacer lo que fuera que estuvieran haciendo. Durante las dos horas siguientes no sucedió nada más, pero yo ya sabía que esos hombres estaban ahí y no iba a moverme hasta que algo más pasara. Imaginaba que en algún momento se irían o saldrían otra vez. Y entonces —prosiguió, haciendo una parada como para darle emoción al relato, y comprobando complacido que Annika estaba absorta escuchándole—, sucedió lo más interesante.

—¿Síiiii?

—Llegó una furgoneta y aparcó en la trasera de la nave, en la zona donde había visto a los hombres. Desde donde estaba no apreciaba mucho y no me atreví a moverme pues me habrían descubierto. Pero vi lo suficiente para tener

la seguridad de que estaban cargando la furgoneta. Un buen rato después, el tiempo suficiente para acabar con esa tarea, se alejó nuevamente. Y ya cerca de las dos vi salir a dos coches, uno detrás de otro, probablemente los de los dos hombres.

—¿Pudiste verles las caras? —interrogó Annika, fascinada por el descubrimiento.

—No —replicó contrariado—. Y tampoco tengo ninguna prueba, pues no iba preparado para nada así.

Annika pareció algo decepcionada.

—Pero para eso estamos hoy aquí —señaló extrayendo de su mochila con aire triunfal una cámara réflex con un aparatoso módulo de visión nocturna incorporado.

—Eeeeh, ¿desde cuándo tenemos presupuesto para aparatos así? —exclamó asombrada mientras se la quitaba de las manos, admirándola.

—Desde nunca. La fotografía es uno de mis *hobbies* favoritos. Es una afición cara, pero de vez en cuando Andrea me regala algún accesorio. Así, a base de cumplir años, me voy haciendo con algunos juguetitos. Trípode, mando a distancia, diferentes objetivos... esto fue del último cumpleaños. Casi no he tenido tiempo de probarlo. Veremos qué tal.

Después de eso continuaron en silencio un buen rato, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Al fin, Annika preguntó lo que ambos sospechaban.

—¿Crees que se trata de una red de medicamentos falsos?

—Sí —contestó tajante—. No tiene ningún sentido cargar una furgoneta a esas horas. Aquí hay algo que quieren ocultar y todo apunta a que pueda ser eso.

Eran las tres de la mañana cuando ambos, que ya habían agotado los temas de conversación, decidieron dar por terminada la incursión.

—¿Sabes? Quizá después de todo no fuera muy buena idea —admitió Raúl—. No tenemos ningún indicio de que hoy también fueran a cargar algo, y, por otra parte he estado pensando que hoy es la peor noche de la semana para hacer algo así.

Annika le miró interrogante.

—Los sábados hay mucha gente circulando. Y como consecuencia, también mayores controles. Imagínate que les dan el alto en un examen rutinario de

alcohol, notan algo raro y les registran. No pueden permitirse correr un riesgo tan tonto.

—Tienes razón —concedió—. Hay que ponerse siempre en el lugar del delincuente.

—Efectivamente. Lección de principiante.

—Vámonos a casa.

—Sí.

XVII. Domingo, 30 de octubre

La vigilancia nocturna había tenido al menos un efecto positivo para Annika. Se había distraído y cuando llegó a casa estaba tan cansada que se fue directamente a la cama. Para su asombro al despertar, había dormido de un tirón. Si había soñado con sus preocupaciones al menos no lo recordaba. Pero una vez en marcha se enfrentó de nuevo a la situación. La madre de Antonio había impedido que viera a Celia y ella no estaba dispuesta a permitir eso. Iba a defender con uñas y dientes su derecho a estar con ella.

Iría a ver a Carmen y lo afrontaría. Le apenaba tener que plantear algo así con el entierro de Antonio tan reciente, pero no le había dejado otra opción.

Mientras pensaba en ello, el teléfono sonó. No reconocía el número. Lo cogió.

—¿Hola?

—Eeeeh... Buenos días... ¿Annika Kaunda?

—Sí, soy yo —la voz le resultaba conocida pero no era capaz de identificarla.

—Hola, soy Lourdes Tapia. No sé si me recuerda. Estuvo en mi casa la semana pasada, para hablar sobre Sara.

Ahora cayó en la cuenta.

—Claro que sí, buenos días, Lourdes.

—Verá, usted insistió mucho en que si recordaba cualquier cosa sobre Sara la llamara, así que me pasé la semana dándole vueltas, y... quizá no sea importante, pero hay algo que me gustaría contarle.

—De acuerdo. ¿Qué tal si me acerco a su casa en una media hora? ¿Estará allí?

—Sí, sí, perfecto, aquí la espero.

Annika estuvo lista en unos minutos. La casa de Lourdes no estaba muy lejos y decidió ir andando para estirar las piernas.

Cuando llegó reparó en que Lourdes estaba asomada al balcón, probablemente esperándola. La saludó con la mano y bajó a abrirle la puerta. Pasaron por el

espacio diáfano de la planta baja destinado a sala de baile y subieron al piso superior.

—¿Día de descanso? —preguntó Annika al recorrer la sala vacía.

—Sí, aunque fue una semana dura. Ayer tuve un curso intensivo todo el día. Pero salió muy bien, estoy satisfecha. Por eso no la llamé hasta hoy —se justificó.

Tomaron asiento, y Lourdes fue al grano.

—Cuando hablamos de Sara el pasado sábado le conté todo lo que sabía. Como le dije, ella era muy reservada y yo no la presionaba cuando veía que no le apetecía hablar. Aquella última vez que la vi... —se paró un momento, tomó aire y continuó— estaba nerviosa, y no me contó por qué. Sin embargo... hubo algo que dijo... Lo recordé después de que usted viniera, y, cuanto más lo pensaba, más creía que podía ser de utilidad, aunque no entienda muy bien cómo.

—Adelante —la animó a continuar.

—Dijo que había cosas que era mejor no saber. Que podían destrozarte la vida. Que fue feliz en la ignorancia, hasta que lo entendió todo. Lo recuerdo porque la forma en que lo dijo me heló la sangre, aunque en su momento no le di mayor importancia, pues lo relacioné con los maltratos de Álvaro, pero ahora ya no sé qué pensar. Quizá se refería a otra cosa. Quizá se había enterado de algo que este había hecho...

Annika continuó durante un rato tratando de que fuera más específica, pero no logró nada más. Era solo eso. ¿Podía significar algo? ¿Habría descubierto Sara algo sobre Álvaro como Lourdes pensaba? Una idea empezaba a fraguarse en su cabeza.

* * *

Bruno se dirigió pesadamente a casa de doña Paquita. El estofado que había preparado su madre estaba tan bueno que había repetido y ahora se daba cuenta de que había comido demasiado. Consecuencia de ello se había quedado profundamente dormido, y si no fuera por la siempre atenta Carla, que le llamó insistentemente, habría llegado tarde a su cita.

«Si hoy me pone pastas, no probaré ni una», se prometió a sí mismo.

Su madre le había dicho que la señora ya se encontraba algo mejor, aunque había pasado un par de noches muy malas y cuando llegó vio que

efectivamente así era. Seguía algo más demacrada de lo normal, pero estaba peinada y aseada, y el café volvía a esperar humeante en la mesita del salón.

—Me alegro de verla mucho mejor, doña Paquita —le dijo sinceramente.

—Una no es tan fácil de tumbar, hijo —sonrió ella, al parecer de bastante buen humor una vez que la crisis hubo pasado.

Tras el café de rigor, charlaron sobre lo que ella le había contado en su última sesión, y al recordar su etapa en Sarajevo, la mirada de la señora se ensombreció.

—¿Sucedo algo? —le preguntó Bruno.

—No, hijo, tranquilo. Es solo que hablar de aquella época aún me resulta un poco difícil. Tenía conocidas, buenas amigas allí, que sufrieron mucho... Pero veamos cómo puedo empezar —dijo reponiéndose.

—Disculpe, doña Paquita —una idea se le había venido a la cabeza a Bruno y no pudo aguantarse. Le pareció muy improbable, pero había que intentarlo. De hecho, se preguntó cómo no había caído antes.

—Dime —a Paquita no le gustaba que le interrumpieran, pues le hacía perder el hilo de lo que estaba pensando.

—Usted... ¿qué idioma hablaba cuando vivía en Yugoslavia?

—Pues un poco de todo —contestó, extrañada ante la pregunta—. Con mi marido hablaba casi siempre en francés, aunque él entendía bastante bien el castellano y a veces me pedía que le hablara en mi lengua materna. Y a mí me gustaba hacerlo, porque no podía practicarla a menudo. Y con las amistades que teníamos, como eran la mayoría del círculo diplomático de Edin, pues dependía según el caso. Con algunas personas en francés, pero teníamos varios conocidos que habían vivido en América del Sur con quienes podíamos conversar en español. Y a veces en inglés, que, aunque nunca lo he dominado, aprendí a defenderme a lo largo de mi vida y mis viajes con Edin.

—Pero... supongo que necesitaría alguna otra lengua para desenvolverse en la vida en Yugoslavia —tanteó—, ¿qué era lo que se hablaba allí, el yugoslavo?

—Oh, qué pregunta —exclamó—. Veamos. Has dado con un tema sensible, que era otro motivo de controversia allí. La relación entre la política lingüística y la realidad de la lengua era algo sobre lo que habría mucha tela que cortar. El idioma oficial instaurado cuando yo vivía allí era el serbocroata —continuó—. Desde que el país se disolvió, esta lengua, que era una especie de expresión simbólica y uno de los principales medios de

cohesión, desapareció para dar paso al croata y al serbio, y más tarde, al bosnio y el montenegrino, que emergían como expresiones de los nuevos estados que se iban creando.

A estas alturas Bruno ya se había perdido, y a Paquita no le pasó desapercibido.

—En fin, concretando, lo que en Sarajevo se hablaba por aquel entonces era el serbocroata.

—¿Y aprendió a desenvolverse en él? —tanteó.

—Pues claro —contestó ligeramente indignada—. ¿Cómo crees que iba a hacer si no? Pasé cerca de veinte años de mi vida allí, hijo.

—Entonces, ese idioma... ¿ya no se sigue hablando? —preguntó algo decepcionado.

—Como te digo, el serbocroata desapareció. Pero lo cierto es que no hay prácticamente dificultades de entendimiento entre las lenguas que fueron reconociéndose tras la desmembración del Estado.

—Estas lenguas han ido distanciándose —continuó—, supongo que para, de alguna forma, demostrar su diferencia, y ya no es tan sencillo comprenderlo todo como lo era cuando se oficializaron.

—Ajá... —Bruno volvió a interesarse—. Y... esa lengua, o esas lenguas... ¿son eslavas?

—Claro, hijo. ¿Pero a qué viene tanta pregunta?

—Es que me pierdo un poco en ese tema —se justificó.

—Y... la última pregunta... —añadió apurado, pero sin querer dejar pasar la oportunidad de que Paquita le clarificara algo todo aquel embrollo—, ¿las lenguas eslavas también se entienden entre sí?

—Algunas sí y otras no. Depende, hay muchas. Es como decir que el portugués y el castellano se entienden entre sí, o el francés, o el rumano...

—Claro, claro, eso me parecía —dijo, no muy seguro aún.

—Bueno, entonces, ¿me dejas seguir contando? —se impacientó Paquita.

—Sí, perdone, cuente.

La señora inspiró profundamente y se concentró de nuevo.

—Como ya te dije, fue una combinación de factores muy compleja la que propició los conflictos que se fueron desarrollando. Exaltación nacionalista y separatista, crisis social, fin del comunismo... Todo se fue cocinando, y, una vez que inició, parecía que no hubiera forma de pararlo. Primero se disolvió el país, y dos de sus partes hasta entonces, Croacia y Eslovenia, emprendieron

un proceso de independencia; ahí comenzó la sangría.

Paquita siguió desmenuzando todo lo que aconteció a nivel político y social durante aquellos años mientras Bruno escuchaba con atención. Aunque había conocido a través de los telediarios de esa época las desgracias que esos pueblos habían sufrido, nunca había llegado a entender bien toda aquella trama de circunstancias. Religiones, ideologías, identidades, fronteras, y, en medio, decisiones políticas que habían conducido a que personas que vivían una al lado de la otra se odiaran hasta el punto de cometer las mayores barbaridades entre sí.

Lo peor de todo, relataba Paquita, era lo que llamaban limpieza étnica. Tras el referéndum para la independencia de Bosnia todo se recrudeció y ella empezó a temer de nuevo por su vida. Lo que se definía como territorio bosnio estaba inmerso en una cruenta guerra que pasaba por la pretensión de exterminar a hermanos y hermanas.

Mientras que buena parte del territorio iba cayendo en manos de las fuerzas serbias, Sarajevo resistía y el terror se acrecentaba. Fueron cuatro años de un asedio que consistía en infligir el mayor sufrimiento posible a la población para que las autoridades bosnias se rindieran y aceptaran las demandas de las fuerzas contrarias.

Y aquello, una vez más, se cebó con el sexo femenino. Las violaciones de niñas y mujeres en masa se utilizaron como arma de guerra, como un medio más de limpieza étnica y genocidio.

Paquita paró un momento. Tragó saliva y continuó. Bruno la miró, y vio que las lágrimas resbalaban por sus mejillas, lo cual le sorprendió, pues a pesar de todas las circunstancias adversas que le había ido relatando desde que se sumergiera en aquel encargo, era la primera vez que la veía llorar. Ella siguió hablando y le explicó cómo a varias de sus conocidas y también a las hijas de estas, las encerraron en centros de detención donde las violaron sistemáticamente. Aunque todo el mundo hablaba de lo que pasaba ahí dentro, nadie lo sabía con certeza. Hasta que un día, la hija de una buena amiga suya consiguió escapar de uno de aquellos centros. Cuando esta, que llegó en un estado lamentable, les relató lo que había vivido, Paquita no pudo soportarlo. La chica tenía aproximadamente la edad que había tenido su madre cuando las fuerzas franquistas la encerraron, más de cincuenta años atrás. En ese momento, la certeza de lo que su madre había vivido antes de que la fusilaran, como aquella mujer, como tantas y tantas otras, la golpeó con tanta

fuerza que se derrumbó. Estuvo varios días encerrada en su casa, sin poder hablar con nadie, y cuando salió de aquel estado en que el dolor le había sumido, se dio cuenta de que solo le quedaba una opción.

Y así fue como doña Paquita, que se creía endurecida ante el dolor de la guerra, se enfrentó cara a cara con el sufrimiento acumulado y no pudo escapar a la aflicción y la angustia que había estado alejando de sí durante toda su vida. Fue entonces cuando, aceptando la realidad y entendiendo tristemente que la atrocidad no tenía límites, se fue de allí.

Para cuando enmudeció, también Bruno había derramado alguna lágrima. Transcurrieron varios minutos, ambos en silencio, sin mirarse el uno al otro, hasta que la señora quiso pasar página.

—Bueno, pues yo creo que por hoy ya está bien.

Bruno accedió, sin atreverse a decir nada más, y se levantó. Antes de irse, en un impulso, se acercó y le dio un beso en la mejilla. Después se fue, cerrando silenciosamente la puerta tras de sí.

Como ya le había ocurrido en las ocasiones anteriores, le costaba pensar en otra cosa tras las profundas sesiones con aquella mujer, así que tomó una dirección al azar y comenzó a pasear para aclararse las ideas. Tras media hora, ya se sentía con fuerzas para volver a la vida normal y se encaminó hacia la casa de su madre, pues le había prometido que pasaría allí la noche. Cuando llegó comprobó que no había nadie. Probablemente habría salido a comprar o a casa de alguna vecina. Se sentó en el salón y entonces volvió a acordarse de una idea que le había surgido al comienzo de la charla, y después, con todo lo que le refirió, había relegado al olvido.

Algunos de los países de Europa oriental donde más se movían los delitos de tráfico de personas coincidían con la zona de los Balcanes. Estaba convencido de que la lengua en la que Alma se había dirigido a él era eslava, pero podía provenir de la República Checa, de Ucrania, o de cualquier otro lugar donde se hablara alguno de los idiomas de esa extensa familia. Aun así, quizá doña Paquita pudiera reconocer aquella lengua. Aunque no lograra una traducción fiel, si la señora le ayudaba, quizá sabría lo suficiente como para decidir el paso a dar a continuación.

Se armó de coraje y tomó una determinación. Rebuscó en la maleta la videocámara, que había traído consigo pues no quería separarse de su valiosa

grabación, la comprobó, la guardó en su bolsillo y se encaminó de nuevo hacia la casa de doña Paquita.

Cuando llegó, empujó la puerta y comprobó que estaba cerrada con llave. «Qué extraño», se dijo. Probó a llamar, pero nadie le contestó. Esperó unos minutos y al poco divisó a la señora calle abajo, acompañada de otras dos vecinas de su edad.

—Hijo, ¿qué haces aquí? —le preguntó nada más llegar.

—Llamé, y como no había nadie, decidí esperar.

—Estaba en misa. Pero pasa, pasa —dijo mientras abría la puerta y le dejaba entrar.

Bruno entró nervioso y esperó a que Paquita tomara asiento. Esta le observaba con curiosidad.

—¿Quieres tomar algo?

—No, no, gracias.

—¿Ni un vaso de agua?

—Vale, sí, un vaso de agua estaría bien, gracias —aceptó impaciente.

Paquita fue a la cocina y regresó al poco con una jarra y dos vasos. Sirvió con calma el agua en sendos recipientes, bebió un sorbo, y por fin se concentró en él, dispuesta a escuchar lo que le había traído de nuevo.

—Verá... No sé por dónde empezar. Estoy con una investigación periodística... hay algo que quiero denunciar. Lo había dejado aparcado porque no sabía por dónde seguir, pero ahora las cosas han cambiado. Creo que tengo una prueba... sin embargo, no sé cómo interpretarla.

Ella le miró, todavía sin saber a dónde quería ir a parar.

—Lo que le pregunté sobre el idioma antes, ¿recuerda?

Esta vez, Paquita asintió.

—Tengo una grabación. Una chica relatando algo. Pero aún no sé si es una prueba o no. Lo hace en una lengua que no entiendo. Y pensé... no sé, quizá usted pudiera ayudarme. Quizá entienda algo de lo que dice. ¿Me ayudaría, doña Paquita?

—¿Por qué no? —replicó tras unos segundos de reflexión, curiosa ante la petición del chico— ¿La has traído contigo?

Bruno no perdió el tiempo. Se sacó el aparato del bolsillo y pulsó el botón de «reproducir». Lo había dejado preparado, de modo que empezaron a

escuchar justo en el momento en que Alma comenzaba a hablar.

Bruno observaba expectante a Paquita. Al principio pareció algo asombrada, pero después su rostro se endureció y no fue capaz de descifrar lo que pasaba por su cabeza. Así transcurrió la escucha hasta que, cerca de media hora después, poco antes de que su propia voz se oyera despidiéndose de la chica, cortó la reproducción. Paquita seguía sin hablar. «No ha entendido una palabra», se dijo desilusionado.

—¿Qué? —se aventuró a decir.

El rostro de Paquita continuaba impasible.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó al fin.

—Lo grabé el otro día. Es de un club que hay aquí al lado, a solo unos kilómetros del pueblo.

—Vete —ordenó doña Paquita con una frialdad que le desconcertó.

—Pero... —protestó.

—Vete de mi casa. No quiero tener nada que ver con esto.

Bruno se levantó contrariado. Hizo un amago de volver a hablar, pero la señora levantó la mano para cortarle en un gesto autoritario, de modo que recogió la cámara y se fue, cabizbajo.

De regreso a casa, se preguntó con desazón qué haría ahora. No solo no había conseguido nada, sino que doña Paquita le había echado de su casa. ¿Qué era exactamente lo que había oído? ¿Había entendido algo? Probablemente, lo suficiente para discernir que aquel era un negocio con el que no quería tener nada que ver. ¿Y ahora? ¿Querría seguir viéndole? ¿Lo había fastidiado todo de nuevo? Y, casi lo peor de todo, ¿le contaría doña Paquita a su madre en lo que andaba metido? Solo de pensarlo un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

XVIII. Lunes, 31 de octubre

Bruno se despertó en su cama de toda la vida. Abrió los ojos con una deliciosa sensación y se permitió el lujo de quedarse un rato más, desperezándose vagamente. Se había propuesto llegar pronto a Mérida, pero miró el reloj y confirmó que aún no era tarde. Saliendo después de desayunar podría estar a media mañana ya de vuelta sentado en su ordenador. Transcribiría las sesiones de los dos últimos días y después ya vería qué solución encontraba para la traducción. Quizá pidiera ayuda a Annika después de todo.

Pensó de nuevo en la posibilidad de que Paquita le contara a su madre su visita extraordinaria del día anterior. Era algo bastante probable. Acaso fuera mejor que se lo contara él mismo, se dijo. Así le podría quitar importancia de alguna manera, aunque estaba seguro de que se iba a llevar un disgusto.

El estómago le rugió y decidió levantarse a desayunar y enfrentarse a la situación.

Nada más asomarse a la cocina, Carla, que debía andar en alguna de las habitaciones, le escuchó llegar y apareció.

—Vamos, ¿pero qué horas son estas?

—Si no son ni las diez... —protestó débilmente.

—Hace ya más de una hora que llamó doña Paquita.

—¿Doña Paquita? —repitió, aún sin la mente despejada antes del primer café.

—Sí. Me dijo que fueras a verla cuando te levantas.

Eso sí que no se lo esperaba. Se bebió el café a toda prisa y en diez minutos se plantó en la puerta de la señora.

La encontró sentada en su sofá. La miró fijamente pero constató una vez más que la mujer, cuando quería, se ponía una máscara de imperturbabilidad que hacía imposible leer lo que pasaba por su cabeza.

—Buenos días, doña Paquita.

—Buenos días, Bruno. Te ofrecería un café, pero ya casi es la hora del aperitivo.

—No se preocupe, acabo de tomármelo —replicó, haciendo caso omiso al comentario reprobatorio—. Me ha sorprendido su llamada. Anoche cuando

me echó de su casa pensé que quizá no me querría ver más...

La mujer suspiró.

—Anoche me asusté. Y me pareció injusto que te metieras en mi casa con algo así, sin ni siquiera avisarme de lo que iba la cosa. Me cogió por sorpresa y reaccioné con rabia.

—Entonces, ¿lo entendió?

Paquita asintió, confirmando su sospecha.

—Mira, hijo, yo ya he tenido muchos problemas en la vida. Si me vine a este pueblo es precisamente para morir tranquila.

—¿Entonces? —preguntó inseguro.

—No quiero saber nada que ponga en peligro mi tranquilidad. Que me haga revivir el dolor y el sufrimiento humano. Para eso te he llamado. Para disculparme por mi reacción de ayer, pero también para que quedemos todo claro y podamos continuar con nuestro acuerdo.

Sin saber si iba a acabar de estropearlo, Bruno hizo un último intento.

—Sin embargo, usted me está contando todo lo que ha conocido en su vida. De ese modo, también lo está reviviendo.

—Eso es diferente —replicó—. Lo hago por un motivo.

—Recuérdemelo.

La mujer le miró con tristeza. Suspiró.

—Lo sabes muy bien. Lo hago para que, a través de mi historia, otras personas puedan ver a lo que conduce el odio y las guerras, lo irracional que es, sin necesidad de pasar por ello de nuevo.

—¿Como una forma de poner de su parte para dejar un mundo mejor?

La mujer hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—De ayudar a otros que vengan después, para evitar de alguna forma el sufrimiento que ya usted vivió —continuó él.

—Así es.

—Y para eso me pidió ayuda. Para ayudarla a ayudar a otros.

Asintió de nuevo.

—Y, ¿no es acaso lo mismo, doña Paquita, lo que yo le estoy pidiendo ahora? Muchas mujeres están sufriendo de forma injusta. Están siendo pisoteados sus derechos más básicos, las están tratando peor que a animales, peor que a objetos, solo para hacer dinero con sus cuerpos. Se han aprovechado de su propia situación de vulnerabilidad, de no tener esperanza en su propio país, para engañarlas y traerlas a un país desconocido, donde no

entienden el idioma, donde están solas, donde no tienen a nadie en quien confiar. ¿No le recuerda a algo? Usted pasó por situaciones muy duras, es cierto, pero estas chicas han tenido aún menos suerte. Y aquí, ilegales en un sistema de por sí injusto, están encerradas sin escapatoria, sin derechos, expuestas a una explotación sexual que no es otra cosa que lo que me contaba ayer. Violaciones sistemáticas. Esta vez no es un centro de detención, sino un club de alterne en mitad de una carretera por la que transitan miles de ciudadanas y ciudadanos extremeños cada día, sin siquiera mirarlo. Desconociendo en gran medida lo que pasa, y sin mucho afán tampoco por quererlo conocer. Esta vez —continuó Bruno, ahora encendido— no son militares los que las violentan, sino hombres que entregan un billete a cambio. Sus vecinos, los hijos, o incluso, en algunos casos, los nietos de sus vecinos. Hombres de todas las edades y condiciones que no ven en esas chicas más que un cuerpo que poseer, al que tienen derecho por haber pagado por ello. El sistema les hace sentirse impunes, y prefieren no cuestionarse nada, porque es mucho más fácil y cómodo seguir contando con ese privilegio. Todo eso —continuó—, todo eso que me ha contado, lo tiene a diez minutos de aquí. No tiene que irse mucho más lejos, ni remontarse al pasado. Y usted dice que quiere luchar contra ello, mientras esas chicas continúan allí cada día y cada noche, sin que nadie haga nada por ellas. Tiene la oportunidad de cambiar las cosas, doña Paquita. Aquí y ahora.

Bruno calló abruptamente. Se dio cuenta de que aquello le estaba afectando más de lo que creía, pues en el calor de su argumentación había alzado la voz sin haberlo pretendido.

Miró a Paquita. Su rostro había cambiado. Ahora estaba blanca, tan blanca que se preocupó. El muro de contención que le había hecho mantener una apariencia impávida había caído, y ahora temblaba sin poderse contener.

—Yo, yo... —no supo qué decir, alarmado—. Lo siento, no quería...

—No, no, está bien, hijo —dijo, lívida aún—. Está bien. Tienes razón.

Calló durante un momento, y al poco, añadió:

—Te ayudaré.

* * *

Annika se sentía más animada. Cuando la noche anterior había llamado a Carmen para pedirle que hablaran, le había sorprendido diciendo que ella

también estaba pensando en llamarla, de modo que habían quedado en reunirse aquella tarde. Al salir del trabajo iría a Badajoz y aclararían el tema.

Y en la oficina, parecía que su situación se restablecía. No más trabajo de administrativa, al menos por el momento. La investigación en la que estaban sumergidos Raúl y ella la tenía absorta. Y cada vez estaba más segura de que tenía que ver con el atractivo Pablo y probablemente también con aquella visita nocturna de su secretario que ella había presenciado. A veces las cosas simplemente sucedían así. Indagando en relación a un caso, de repente una se encontraba con algo que le conectaba a otro totalmente diferente.

Esa mañana tenían reunión de coordinación, por tanto las dos primeras horas las pasó escuchando a Daniel. Bueno, claro, nada era perfecto. Después cada uno hizo un resumen del trabajo que estaba desarrollando y de los avances en los casos que tenían asignados. Cuando les tocó el turno a ellos, Annika se mantuvo en un segundo plano y dejó que fuera Raúl quien explicara al resto la tarea en la que estaban enfrascados. Como era de prever, omitió la vigilancia al edificio, tanto la suya propia del viernes anterior, como la del sábado en la que ella también había participado. Sonrió al constatarlo. Una vez más, sintió que no estaba tan sola en aquella comisaría y no era la única que actuaba saltándose algunas reglas en pro de conseguir resolver los casos.

Por último, Daniel, retomando de nuevo su soliloquio, dio cuenta de la evolución de algunos casos que habían llevado en primera instancia desde la comisaría. Sin duda el más mediático, por trágico e inusual, había sido el del asesinato por violencia de género de aquella chica, Sara, que tanto había implicado emocionalmente a Annika. Cuando Daniel lo mencionó, ella, que había ido perdiendo la atención con el discurso monótono y adormecedor de su jefe, se puso alerta.

Daniel relató los pasos que se habían dado. La Fiscal pedía veinticinco años para Álvaro por un asesinato con las agravantes de alevosía y ensañamiento. El juicio aún tardaría varios meses en celebrarse, durante cuya espera permanecería en prisión provisional. Recordar a aquel chico le dejó un mal sabor de boca. Era triste que se produjeran situaciones así. Como ya tantas otras veces hiciera, se preguntó por qué algunos hombres dejaban de respetar a las mujeres. Ciertamente que la sociedad estaba articulada de manera que, aún en un contexto de aparente igualdad, a través de miles de micromachismos que se iban aprendiendo, se guiaba a los hombres a que se

consideraran seres superiores a las mujeres. Pero, aun así, algunos optaban por rechazar estos mensajes y trataban a sus compañeras desde posiciones de respeto, mientras que otros se dejaban llevar y conducían esos mensajes al extremo, comportándose de forma posesiva y paternalista, convencidos de ser dueños de las mujeres con las que compartían sus vidas. ¿Cuánto de culpabilidad podía atribuírsele a Álvaro y cuánto a la sociedad en la que se había criado y socializado? Esto era algo sobre lo que reflexionaba a menudo sin llegar nunca a una conclusión. De lo que sí estaba convencida era de que la violencia de género no dejaría de existir hasta que las personas se educaran en plena igualdad. Sin roles, sin estereotipos y sin sexismos. Hasta entonces, siempre habría hombres que se creyeran con derecho a hacer uso de los cuerpos y de las vidas de las mujeres.

La reunión concluyó al fin y ella volvió al trabajo. Se repartió las tareas con Raúl y se centró en la faena. Una hora después, cuando estaba pensando en hacer una parada técnica para pasar por la máquina de café, Raúl se le acercó. Le brillaban los ojos y nada más verle supo que tenía algo que contarle.

—¿Qué es? —inquirió emocionada.

—Lo del viernes fue casualidad —comenzó—. Casualidad y que tengo una suerte que a veces no me la creo.

—¿Y eso?

—A través de mi contacto he comprobado que los lunes y los jueves hay unas alteraciones en el ritmo de producción. Dos compañeros, siempre los mismos, entran y salen más tarde. Es poco más que una corazonada, pero creo que se debe a que son los días que la furgoneta pasa a recoger la mercancía. Sin embargo, parece ser que últimamente esta rutina había sufrido algunas irregularidades. La semana pasada no se dio ninguno de los dos días... hasta el viernes. Algo debió de alterar los planes. Y justo estaba yo allí para verlo.

—Eso significa...

—Que hoy es el día —completó Raúl con cara de satisfacción.

—De acuerdo —contestó resuelta Annika.

* * *

Paquita habló en un débil susurro.

—¿Has traído el reproductor contigo?

—Lo tengo en casa —con las prisas por saber a qué se debía la llamada no

había pensado en que pudiera necesitarlo.

—Ve a por él.

Bruno recorrió de una carrera los escasos cuatrocientos metros que separaban su casa de la de Paquita. Su madre le vio entrar atropelladamente y le preguntó qué pasaba. Farfulló algo de que no se preocupara, cogió la cámara y volvió a salir. Cuando regresó, la señora le esperaba en el mismo sillón, ya algo más repuesta. Tomó asiento de nuevo y esperó un momento para recuperar el ritmo de la respiración.

Después hizo retroceder el vídeo hasta el momento donde la chica comenzaba a hablar, el mismo desde donde lo había puesto en marcha la tarde anterior. Cuando lo localizó, pulsó el botón de pausa y la miró.

—¿Está preparada?

Ella asintió con gravedad.

—De acuerdo. Lo pararé cada medio minuto aproximadamente para que pueda ir traduciendo lo que entienda.

Dicho esto, puso en marcha su grabadora.

Casi una hora después llegaron al final de la grabación. Para la sorpresa de Bruno, la transcripción de Paquita había sido mucho más exacta de lo que esperaba. Esta le aseguró que la chica hablaba bosnio, y aunque desconocía algunas palabras, en esencia la entendía perfectamente.

Bruno se sentía mareado. Ahora comprendía por qué doña Paquita había reaccionado de aquella manera. De hecho, una vez conocido el significado de la confesión de la chica, le extrañaba que hubiera accedido a implicarse. Aquello era mucho más que una prueba de que esa mujer había sido sometida a explotación sexual. La película que tenía en sus manos era una bomba de relojería.

—Deberías llevarla a la policía —dijo Paquita.

Bruno sabía que tenía razón. El asunto le iba demasiado grande. Sin embargo, aún le quedaban algunos interrogantes que quería resolver antes de entregar la grabación.

—Prométame que no dirá nada —le pidió.

—Hijo, no sé si eres consciente de que lo que tienes en tus manos te pone en peligro a ti también. Y a todos los que lo conozcamos.

—Se lo entregaré a la policía —concedió para calmarla.

—Y debes hacerlo enseguida. Hay que parar a esa gente —añadió ella, a quien volvía a temblarle la voz.

—Quédese tranquila, doña Paquita. Lo que usted ha hecho hoy no tiene precio.

Bruno se despidió de ella y se fue directo al coche. Había algo que tenía que comprobar cuanto antes.

De camino, llamó a su madre para decirle que ya se marchaba para Mérida.

—*Ma, figlio*, ¿cómo haces las cosas así? ¡Si no has cogido ni la maleta!

—No pasa nada madre, tenía una muda y poco más. El próximo día que venga la recojo.

—Pero bueno, y sin ni siquiera despedirte —le reprochó—. Y yo que te estaba haciendo croquetas para que te llevaras...

Eso sí lo lamentó Bruno de verdad. Pero no había tiempo que perder.

* * *

Annika llamó a Carmen. Después de que Raúl le contara lo que había averiguado gracias a su contacto, cada vez estaba más convencida de que aquella trama tenía que ver con Pablo.

Quería llegar al fondo de la cuestión, de modo que había decidido que era necesaria otra visita al ejecutivo, y, de paso, ir cerrando asuntos. Lo que Lourdes había contado le había hecho reflexionar y pretendía asegurarse de una vez por todas de que estaban actuando correctamente en relación a Álvaro. Pondría a Pablo contra las cuerdas y le haría confesar si existió o no algo entre Sara y él. Si había sido así, tenía que saber mucho más de lo que le había contado. Le obligaría a decir cuanto supiera de esta y de su relación con Álvaro.

Pero antes tenía que ocuparse también de otras cosas. No quería seguir cometiendo el error de anteponer su trabajo a todo lo demás. Había quedado con Carmen y no podía llamarla para posponer la conversación que tenían pendiente.

La señora se puso al teléfono tras varias llamadas.

—¿Dígame?

—Carmen, soy Annika. Escucha, se me ha complicado el día en el trabajo, pero no querría aplazar nuestro encuentro. ¿Te parecería bien que me acercara a la hora del almuerzo?

—Claro, prepararé algo para que comamos las dos.

—Oh, no te preocupes —se apresuró a añadir—. Podemos comer en algún sitio, yo invito.

—Nada de eso, qué tontería, ya ves lo que me cuesta echar un poco más en la cazuela. ¿A que hora vendrás?

Annika calculó, aún sorprendida con el cambio de actitud de Carmen.

—Intentaré estar allí algo antes de las tres.

—De acuerdo —accedió—. Aquí te espero.

* * *

Bruno estacionó el coche en un vado frente al edificio donde vivía y subió a toda prisa por las escaleras, demasiado impaciente para esperar al ascensor. Al entrar casi se dio de bruces con Julio.

—Hombre, Bruno, me preguntaba dónde estarías —saludó amigablemente.

—Hola, Julio, voy con algo de prisa, luego te veo, ¿vale? —le dijo casi sin mirarle, dirigiéndose a su habitación. ¿Dónde lo habría puesto? «Vamos, vamos, Bruno, dime que no lo has tirado», murmuró para sí mientras rebuscaba en la mesita, en la papelería... De repente se acordó. «Sí, ¡eso es!» Abrió uno de los cajones del escritorio y allí estaba la nota que encontrara en su chaqueta días atrás. La leyó nuevamente.

Qué puede ser peor.

A Álvaro no puedo recurrir. Le mataría a él, sí, pero también me mataría a mí.

A mi familia tampoco. He rechazado su ayuda demasiadas veces. No volveré para pedírsela, después de lo que les he hecho sufrir, y mucho menos para esto.

Saldré yo sola, y entonces, cuando todo esté en orden, volveré. Solo entonces.

Tengo que alejarme. Tengo que alejarme de los dos. Dejar el trabajo, irme fuera de Mérida, fuera de Extremadura. No sé cómo lo voy a hacer, pero tengo que empezar desde cero. No hay otra alternativa.

¿Y qué pasa con todo esto?

Si lo denuncio, irán a por mí. Pero, si no lo hago, es muy posible que también me busquen. Sé demasiado. Y me encontrarán. Me meta donde me

meta, acabarían encontrándome. Y yo viviría siempre con miedo. Estoy harta de pasar miedo. Por eso me voy a ir. Para alejarme del miedo para siempre.

Al menos quizá la policía me pondría algún tipo de protección.

Pero, ¿cómo se supone que iban a protegerme de algo así?

Pero si no lo destapo, seguiré corriendo peligro siempre. Supongo que tendré que asumir el riesgo, y rezar porque todo...

La carta acababa así. Quien la hubiese escrito se había visto interrumpida por algo. Y, aunque seguía sin entender algunas cosas, creía que tenía la respuesta a lo que estaba pasando. Llamó a Annika, pero comprobó con disgusto que no estaba disponible al escuchar su buzón de voz.

—Annika, llámame en cuanto lo escuches. Es muy importante. Creo que he entendido lo que ocurre. Y —añadió— es una locura.

Estuvo reflexionando durante un buen rato. Aún confuso, salió de la habitación.

—Julio, perdona, tenía que confirmar algo... ¿Julio?

La puerta de la entrada estaba abierta. Se asomó pero no le vio. La cerró y se dirigió hacia el salón. «Qué extraño», se dijo. No había nadie. Se dio la vuelta para volver a su habitación, sin embargo, nunca llegó. Sintió un fuerte golpe en la cabeza y de repente todo se volvió oscuro.

* * *

Annika llamó al timbre.

—Vaya, qué puntual. Aún le faltan unos minutos al cocido.

Se deleitó solo de pensarlo. Sin haberlo pretendido iba a almorzar comida casera.

—¿Y Celia? Tengo muchas ganas de darle un beso.

—Le pedí a Leonor que, excepcionalmente, la recogiera y se quedara a comer en su casa un día más. Tenemos que hablar de algunas cosas y es mejor que ella no esté presente.

Annika se sintió decepcionada al saber que tendría que irse sin ver a su pequeña, pero asintió, intrigada por saber qué era lo que Carmen tenía que decirle.

Esta retiró la cazuela del fuego y sirvió su contenido en dos platos. Annika

trató de ayudarla pero ella insistió en que ya estaba todo listo y que se sentara a la mesa. Comieron en silencio, Annika olvidando por un momento los problemas y concentrándose en saborear una perfecta muestra del famoso cocido extremeño. Cuando terminaron, rechazó el café que le ofrecía.

—Carmen, no tengo demasiado tiempo, y me gustaría que habláramos de lo que me ha traído aquí.

La mujer asintió.

—Tienes razón. Se me hace aún muy difícil y no sé cómo decírtelo —suspiró hondo, tras lo cual comenzó—. No me he portado bien contigo. Toda esta situación me ha sobrepasado, y, la verdad, prácticamente no te conozco. No tenía ningún otro apoyo, pero aun así, lo único que sabía de ti es que eras amiga de la mujer de mi hijo.

—La mejor amiga —matizó.

—Sí, lo sé, la mejor amiga, sé que erais como una familia la una para la otra. Violeta era una chica estupenda, pero de ti no sabía nada. Estuviste aquí desde el principio —continuó—, queriendo ayudar, pero yo a veces lo sentía como la intromisión de una extraña. Sobre todo cuando te metiste en casa de Leonor y le contaste todo a la niña.

Annika suspiró. Sabía que eso era algo que Carmen no le había perdonado.

—No, no, no me malinterpretes —añadió rápidamente—. No te estoy culpando de nada, solo intento que me entiendas. El caso —prosiguió—, es que admito que me puse en tu contra. No simpaticé contigo y no me inspiraste confianza. Y para colmo, sentí que me ponías las cosas aún más difíciles. Así que yo tampoco te las puse fáciles a ti —confesó la mujer—. Solo podía pensar en que Antonio se pusiera bien y la cabeza no me daba para nada más. No podía pensar en la niña, ni en nada. No por el momento. Por eso, cuando Leonor me contó que habías llamado para decirle que irías a ver a Celia, me enfadé mucho. Sentí que te metías en mi terreno, que me saltabas para controlar a la niña y tenía miedo de que se me fuera de las manos, o de que le dijeras algo que pusiera las cosas más difíciles... No lo sé muy bien, la verdad. El caso es que le dije a Leonor que no te dejara verla.

Carmen se calló y miró a Annika temiendo su reacción, pero esta se limitó a devolverle la mirada con tristeza y aguardar a que continuara, de modo que eso hizo.

—Quiero que sepas que a Leonor esto le hizo sentirse muy mal, porque no quiero que la culpes a ella. La puse en un compromiso, como si no

tuviera bastante haciéndose cargo de la niña. Lo cierto es que estuvo mal —siguió arrepentida—. Quería pedirte perdón por ello, y que sepas que no volverá a ocurrir algo así.

—Está bien —dijo Annika con generosidad—. Me dolió mucho pero eso ya corresponde al pasado y hay que seguir adelante. En las circunstancias complicadas a veces no actuamos racionalmente. Es normal. Nos dejamos guiar por lo que sentimos en el momento. Pero creo que es hora de que empecemos a pensar en Celia.

—Lo sé. También quería hablarte de eso. Cuando Antonio se despertó hablamos de algo...

—¿Cómo?

Carmen la miró sorprendida.

—¿No lo sabías? Oh, vaya, es cierto, no te avisé. Ha sido todo tan precipitado, tan caótico...

Ahora Annika se exasperó, pero logró mantener a raya lo que sentía.

—Un día antes de que muriera —Carmen tragó saliva—, Antonio salió del coma. Daba la sensación de estar bien dentro de lo que cabe, no parecía tener afectado nada importante. Yo me convencí de que todo iba a salir bien. Y, justo entonces, cuando me disponía a normalizarlo, cuando por primera vez me vine a casa a dormir, me llamaron del hospital de madrugada para que fuera corriendo. Pero cuando llegué ya no había nada que hacer.

Annika le cogió la mano para ayudarla a continuar.

—¿Entiendes ahora por qué ha sido tan duro? —alcanzó a decir.

—Sí —susurró Annika.

—Tuve ocasión de hablar muy poco con él. Si hubiera sabido... —a Carmen le estaba costando mucho seguir—. Yo solo quería que descansara para que se repusiera cuanto antes. Pero, de alguna forma, creo que él presentía lo que iba a pasarle, e insistió en hablarme de algo. No sé qué estaba pasando entre Violeta y él, pero hubo algo que les hizo reflexionar sobre el futuro —continuó—. A Violeta le preocupaba mucho que Celia siempre estuviera bien atendida.

Annika asintió.

—Ella le había insistido en que si alguna vez no estaban, fueras tú la que te hicieras cargo de la niña. Y fue lo que Antonio quiso que yo supiera antes de morir. Al principio no lo tomé en serio, ni siquiera después, cuando él ya no estuvo. Pensé en no decirte nada, pues yo soy su única familiar directa y la

tutela pasaría a mí, pero estos días he estado meditando mucho, he empezado a entender algunas cosas. Primero, que era la voluntad de ambos, tanto de su madre como de su padre, y yo no soy quién para oponerme amparándome en que ya no están. Y segundo, que, aunque me cueste mucho reconocerlo, lo cierto es que yo no tengo ya edad para criar a una niña tan pequeña. Soy muy mayor, y no tengo ni la energía, ni, probablemente, la capacidad de conectar con ella y entenderla. Por eso quiero que te plantees la posibilidad de adoptar a Celia —concluyó.

A Annika la proposición le cogió tan por sorpresa que le faltó el habla.

—Yo, yo...

—No hace falta que tomes una decisión ahora. Tómate tu tiempo. Mientras tanto, estará bien conmigo.

—Pero... —empezó a decir Annika— yo no tengo ni idea de cuidar a una niña.

—Eso se aprende, hija mía. Los hijos vienen cuando el Señor decide — Carmen era profundamente católica— y se aprende de la experiencia, del día a día. Lo importante es que haya amor y responsabilidad. Y, aunque en algún momento dudé de lo segundo, estoy convencida de que posees todo lo necesario para darle una vida feliz. Ahora que ni su madre ni su padre están, sé que es la mejor de las opciones. Eres una buena chica, y la niña te quiere. Lo harás bien.

Ya de vuelta a Mérida, Annika seguía igual de confundida. Antes de irse, Carmen le había sugerido que se pasara por la casa de Leonor para saludar a la niña. Al entrar comprobó que el talante de la vecina también había cambiado, y supo por su mirada que ambas ya habían hablado del tema. Estiró en lo posible los minutos que le quedaban junto a la chiquilla, que se había aferrado a ella sin querer soltarla y se había echado a llorar cuando se fue. Al estrecharla entre sus brazos fue aún más consciente de cuánto había sufrido por ella y de que no soportaría saber que acababa abocada a algo que su madre había hecho todo lo posible por evitar.

Se limpió las lágrimas que insistían en rebosar de sus ojos e intentó concentrarse en lo que tenía por delante aquella tarde. Quedaban unas horas para acabar la jornada y tenía un plan que diseñar.

* * *

Bruno se despertó sin saber dónde estaba. Tardó varios minutos en comprender lo que sucedía. Tenía un dolor de cabeza agudo que le impedía pensar y a su alrededor solo había oscuridad. Lentamente comenzó a recordar, y, a medida que fue tomando conciencia de su situación, el pánico se fue apoderando de él. Alguien le había golpeado en su propia casa y ahora estaba en un lugar desconocido. Intentó moverse y comprobó que tenía las manos atadas a la espalda. Después trató de gritar, pero estaba amordazado. Se levantó torpemente y dio unos pasos inseguros, chocando contra una pared. Lo intentó de nuevo, ahora más despacio, hasta que dio nuevamente con un muro. Así, poco a poco, fue tomando conciencia del espacio en el que se encontraba, una habitación de unos diez metros cuadrados. Sin poder hacer más, se apoyó en una pared y fue resbalando hasta quedar sentado en el frío suelo. Desde ahí, escudriñó nuevamente la oscuridad y esta vez pudo percibir al fondo, en uno de los extremos del cuarto, una débil luz que debía provenir de alguna otra habitación. Esa era la puerta por la que debían de haberle introducido. Se levantó de nuevo y se dirigió hacia allí. La golpeó con el cuerpo. Buscó el picaporte y se giró para agarrarlo con las manos. Cuando lo consiguió, este no se movió. Estaba cerrada con llave. Dio unos pasos hacia atrás y la golpeó de nuevo con todas sus fuerzas, varias veces, hasta que, exhausto, volvió a dejarse caer. Respiró varias veces profundamente para intentar controlar el ataque de ansiedad que estaba comenzando a sentir.

* * *

Annika acabó la jornada laboral y se dirigió a su apartamento. Quería ver a Pablo pero no lo haría en el despacho. Esperaría a que saliera del trabajo y le seguiría hasta su casa. Sacó a Wolf, se dio una ducha y eligió una ropa confortable. Unas mallas negras, una camiseta violeta y una chaqueta deportiva a juego. Revisó la mochila asegurándose de que llevaba todo lo que podría necesitar si las cosas se ponían feas. Probablemente tras su visita a Pablo no le diera tiempo a volver por casa y se había comprometido con Raúl a recogerle para vigilar la nave. En esta ocasión llevaría ella el coche. Si todo iba como estaba previsto, algo debía suceder en la madrugada y ellos estarían allí para verlo.

Habían estado discutiendo sobre si debían hacer partícipe o no a Daniel

de la operación, y finalmente decidieron que esa noche solo observarían e intentarían obtener alguna prueba. Si todo salía bien, al día siguiente se la presentarían con la excusa de haber conseguido la información en el último momento, y él daría el visto bueno para planificar una operación con los suficientes medios.

Cruzó los dedos porque Pablo no estuviera en uno de sus viajes. Llegó con tiempo para ver salir a los empleados de la oficina y comprobó con alivio que la luz de su despacho estaba encendida. La tarde caía deprisa y ya no debían de quedar más que él y Miguel. Al cabo de un rato vio que las luces se apagaban y un momento después ambos salían conversando en dirección a los aparcamientos. Se despidieron y cada uno tomó un rumbo distinto. Annika esperó un poco y arrancó. Creía conocer el camino que iba a tomar Pablo, de modo que, a menos que no se dirigiera a su casa, no necesitaba acercarse demasiado. Tuvo suerte porque así fue. Su coche recorrió el mismo trayecto de la última vez y en solo unos minutos entraba en el garaje de la vivienda situada al otro lado de la ciudad. Aparcó al otro lado de la calle, inspiró profundamente y apagó el motor. Hora de saber la verdad.

Llamó al timbre y aguardó con paciencia frente al portero automático, sabiendo que estaría siendo observada a través de la cámara que este llevaba incorporada. Tras unos instantes de espera, escuchó un sonido y la cancela se abrió. Pasó al interior, subió los escalones que le separaban de la puerta principal, y, antes de que le diera tiempo a llamar nuevamente, se abrió y un sonriente Pablo apareció tras ella.

—Qué agradable sorpresa —expresó con halago—. ¿A qué se debe tan inesperada visita? Si no fuera por tu vestimenta diría que has decidido aceptar ese Martini.

—Buenas tardes, Pablo. No, no era esa mi intención, aunque sí me gustaría tener una charla contigo.

—Bueno, no suena mal de todas formas. Y, después de todo, nadie dijo que fuera necesario ir de etiqueta. Tengo reservas suficientes para prepararte aquí los cócteles que hagan falta.

Annika pasó por alto el comentario y le agradeció su invitación a pasar. No se había creído ni por un momento que le agradara su visita; cada vez estaba más segura de que aquello no era más que una máscara con la que ocultaba lo que realmente pasaba por su cabeza.

Al entrar se sintió impresionada con la decoración. La casa no era nada

del otro mundo por fuera. Era de las viviendas en serie más caras de Mérida, pero aun así para las cifras astronómicas que ganaban los directivos como él, no era algo extraordinario. Sin embargo tras esa fachada idéntica a las del resto de la calle, se escondía un interior más acorde con su salario. Minimalista y con apariencia comfortable, que invitaba a sentirse en casa, estaba decorada con un extraordinario buen gusto.

A Pablo no le pasó desapercibida su admiración.

—Me gusta el interiorismo. Es uno de mis *hobbies*. Y nada mejor que poder aplicarlo en la casa de uno mismo, ¿no crees?

Annika estaba de acuerdo pero se repuso de la fascinación inicial y se centró en lo que le había llevado hasta allí.

—¿Podemos sentarnos?

—Por supuesto —dijo él, tomando asiento e indicándole un sillón del mismo conjunto que el suyo, aunque con un diseño asimétrico.

—Bonitos sillones.

—¿Verdad? Y muy cómodos. Es un diseño en exclusiva de Fabrice Dubois.

Annika no tenía la menor idea de quién era ese señor.

—Entonces, ¿no te traigo nada de beber?

—No, muchas gracias. Pablo, voy a serte muy clara. Creo que no has sido sincero conmigo. Es más, sé que no lo has sido.

El semblante de Pablo se tornó mucho más solemne.

—No sé por qué dices eso —dijo imprimiendo a su voz una nota de disgusto.

—Sara tenía amigas, ¿sabes? No estaba tan sola como parecía. Ya sabes la necesidad que a veces tenemos las personas de contar las cosas, sobre todo cuando pasa algo importante en nuestras vidas. No nos vale con guardárnoslo para nosotros mismos, tenemos que sacarlo fuera. Y eso es exactamente lo que ella hizo. Te di la oportunidad de contar la verdad. No la aprovechaste —continuó, implacable—. Ahora te la estoy dando por segunda y última vez. Es tu decisión, pero, si insistes en tu actitud, tendré que tomar otras medidas.

Pablo exhaló lentamente. Pareció querer medirla nuevamente con la mirada pero al encontrar sus ojos algo le hizo cambiar de opinión.

—Muy bien. Es cierto. Sara y yo salíamos juntos. Me gustó desde el día que la vi. Al principio no entendía a qué se debía tanta timidez, pero después fui comprendiendo que estaba asustada y utilicé todas mis estrategias para

conquistarla, para que confiara en mí. Poco a poco lo hizo, y yo descubrí una persona mucho más interesante de lo que había imaginado. Lo que empezó como una simple conquista de la nueva empleada, se convirtió en algo mucho más serio.

Annika controló su emoción. Su estrategia había funcionado.

—Pero ella tenía pareja... —le incitó a continuar.

—Sí, un cobarde desgraciado que no la trataba como se merecía.

—¿Y qué pasó entonces?

—¿Cómo que qué pasó? Pues que ese desgraciado la mató.

Annika le miró con atención. Seguía sin saber cuándo decía la verdad y cuándo no.

—¿Y por qué lo hizo? —probó a preguntar.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Supongo que porque se emborracharía y se volvería loco por cualquier cosa. Ese tipo de hombres están enfermos. Deberían encerrarlos para siempre.

Annika tanteó sus opciones y continuó.

—Pablo, ¿es esa la verdad?

La pregunta le pilló por sorpresa y pareció descolocarle.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—¿Y para qué iba a hacerlo? Sara ya estaba muerta, nadie podía salvarla. ¿Qué solucionaría eso? Solo me supondría más problemas.

Annika se paró un momento a pensar, sin saber muy bien cómo seguir. Tomó una decisión. Sabía que estaba arriesgándose mucho, pero no estaba dispuesta a irse de allí sin respuestas. Se dejó llevar por el instinto y lo jugó todo a una carta.

—Hay algo más —comenzó.

—¿A qué te refieres?

—Hay algo más que aún no me has contado.

—No sé de qué me estás hablando. Ahora sí te lo he contado todo. Sara y yo empezamos a salir, ella volvía a ser feliz, y entonces ese tío la mató. Fin de la historia.

—No lo creo, Pablo, no lo creo. Lo sabemos todo. Los medicamentos falsos, la producción, las entregas, todo. En unas horas, el juego habrá acabado y serás detenido oficialmente. Y lo peor es que esto demuestra que tenías un móvil para asesinar a Sara. Ella lo descubrió, ¿verdad? Lo sabía, e

iba a contarlo.

Pablo se puso en pie. Cuando habló, la voz le temblaba. El aplomo que le caracterizaba se había esfumado definitivamente.

—¡No sé a qué viene esa sarta de tonterías! Pero para acusar a alguien, hay que tener pruebas. Existe algo que se llama presunción de inocencia, y tú, que eres policía, te la estás saltando.

—Está bien —Annika sacó el móvil.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó alarmado.

—Mis compañeros están esperando. Ellos te informarán sobre los derechos que te asisten. Es una lástima que las cosas tomen este rumbo.

—¡No! Espera. Yo no la maté —Pablo parecía más alterado por momentos—. Es cierto, ella lo sabía todo... Pasaba mucho tiempo en el despacho conmigo y escuchó cosas que no le cuadraron. Entonces empezó a husmear y se enteró de lo que hacíamos. Me pidió que lo dejara, pero una vez que te metes no es tan fácil. No te lo permiten. Eso es lo que yo intentaba hacerle ver.

—Pero no lo conseguiste, ¿verdad? —dijo Annika, que se había acercado discretamente la mochila para tener a mano el arma reglamentaria. Pablo estaba perdiendo los nervios y no sabía cómo podría reaccionar. Era corpulento. Si la atacaba no las tenía todas consigo para zafarse.

—¡Estaba en ello! Y te repito que yo no la maté. La quería, ¿sabes? Estaba enamorado de ella. Después de tantos años centrado en mi trabajo, había descubierto que quería vivir de otra forma. Compré esta casa pensando en ella, para vivir juntos y formar un hogar cuando se separara de ese miserable.

—En cuanto a lo otro... —Pablo había entrado en estado de histeria y aunque intentaba mantener la compostura, su voz, que había adquirido un tono chillón, le delataba—, podemos solucionarlo de otra manera, estoy seguro. ¡Yo no hacía nada! Dejaba hacer, es cierto, y me llevaba un buen pellizco por ello, pero nada más.

—No te creo, Pablo. ¿Por qué ibas a ser sincero ahora?

—¡Porque es la verdad! —gritó desesperado—. Y porque ya no tengo nada más que perder —añadió, bajando la voz.

—Está bien. Te daré una, y esta sí es la última, oportunidad. Cuéntamelo todo.

Algo más de media hora después, Annika salía de casa de Pablo.

Al revisar el móvil comprobó que tenía un mensaje de voz. Cuando lo escuchó, un terrible presentimiento le sacudió. Intentó devolver la llamada pero nadie respondía.

Frenética, marcó el número de Raúl.

—Hola, espero que no hayas cambiado de plan. Ya he pactado con Andrea ir al teatro el sábado a cambio de escaparme esta noche... —comenzó a relatar.

Annika le interrumpió.

—Estoy en tu casa en tres minutos. Estate preparado, ¡rápido! No hay tiempo que perder.

Raúl estaba esperando cuando Annika llegó.

—Vamos, ¡deprisa, deprisa, sube al coche!

—¿Qué es lo que pasa?

—No estoy segura, pero tengo la sensación de que algo horrible puede ocurrir. Tenemos que llegar cuanto antes.

* * *

Bruno desconocía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero calculaba que habían pasado varias horas desde que despertara, y aún no había aparecido nadie. La ansiedad había dado paso al pánico, y este a una especie de aceptación. Solo esperaba que alguien viniera en algún momento y salir de la incertidumbre. De repente escuchó voces que se acercaban y de forma inconsciente se acurrucó en el rincón en el que llevaba horas sentado.

La puerta se abrió y la luz le cegó tras tanto tiempo sumido en la oscuridad.

Una de las voces volvió a hablar.

—Así que éste es el figón. Vaya, vaya.

—Has ido demasiado lejos, chico. Una pena. Y ahora ya es tarde para enmendar nada —ahora la voz se dirigía a él.

—No será porque no le avisamos —señaló la otra.

Bruno conocía esa segunda voz. Ese acento, esa entonación... ¡Era el matón que le había echado a patadas del club de Badajoz! Tembló al recordarlo. ¿Qué le haría esta vez?

—Bueno, pues ya sabes lo que toca —replicó el primero, dando respuesta sin saberlo Bruno a la pregunta que acababa de formularse.

Poco a poco, los ojos de Bruno fueron adaptándose a la luz. Primero

percibió las sombras de los dos hombres y, lentamente, estas fueron rellenándose. Sí, no había duda, con uno de ellos ya se había enfrentado una vez. En cuanto al otro... No le había visto nunca. Era bastante joven, no tendría muchos más años que él. Quizá treinta y cinco, cuarenta todo lo más.

—¿Quiénes sois? —gritó recobrando algo de serenidad.

—¿Has oído eso? —dijo el matón—. Aún tiene ganas de saber más. Estos periodistas no tienen remedio.

—Puedes decirle lo que quieras. Total, ya no se lo contará a nadie. Tómallo como su última voluntad —dicho esto, el más joven salió por la puerta, dejando al mayor a solas con él.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Bruno temeroso.

—Lo que has oído —contestó el otro, acompañando la frase de una sonora carcajada—. Cuando quiere, el jefe es muy claro. Pero ya que tienes tanta curiosidad, te lo explicaré. Nuestra forma de hacer negocios no le gusta a la policía. Tenemos que tener mucho cuidado, porque si se enteran nos jugamos muchos años de cárcel. Y eso no nos gusta. Por eso cuando alguien mete las narices, nos molesta, como hiciste tú. Te avisé y debería haberte bastado, pero no. Hablaste con esa furcia y luego seguiste incordiándonos. ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no te he mandado vigilar todo este tiempo? No sé cómo averiguaste que habíamos llevado a Alma a un club diferente, pero cuando fuiste a verla firmaste tu sentencia de muerte. Ella ya lo sabe —se sonrió— y es hora de que tú también lo sepas. No es que tenga nada en tu contra, chico, pero no podemos permitir que nos estropees el negocio.

Bruno mantuvo la cabeza fría. Por el momento lo único que se le ocurría era hacer tiempo.

—¿Y Patricia? ¿Qué hicisteis con ella?

—Patricia... Eso también te interesa, ¿verdad, mequetrefe? Patricia era otra que no sabía limitarse a sus propios asuntos. Cometimos varios errores con ella. El primero fue utilizarla para alejar a ese tal Álvaro la noche que murió su novia. No le valían las amenazas, y se puso muy pesada queriendo saber por qué le habíamos pagado para hacer aquello. Me desafió diciendo que iba a ir a la cárcel a verle y contarle la verdad. Y después, para colmo, la muy puta me robó algo que yo tenía guardado. Y no me quiso decir dónde lo tenía.

—Así que era verdad —balbuceó Bruno—. No se suicidó, la matasteis...

—Es lo bueno de trabajar con farmacéuticos —soltó una estrepitosa carcajada—. No hace falta ensuciarse las manos, saben cómo hacer para que parezca otra cosa... He aprendido mucho de ellos. En mi país, las cosas eran menos sutiles.

A Bruno un escalofrío le recorrió el cuerpo. Pero aún le quedaban más preguntas.

—¿Y qué era lo que te robó? —aunque imaginaba la respuesta.

—Un papel de la tipa a la que nos quitamos de en medio. En ese caso, tuve que ser bastante menos delicado. Tenía que parecer que la había matado el novio en un ataque de celos o algo así. Ahí fue donde vino el segundo error. Ella había estado escribiendo algo que podía delatar a mi jefe, o, al menos, ponerle en apuros —ahora bajó la voz— y fui tan estúpido de guardármelo en lugar de destruirlo, pensando que podría utilizarlo en el futuro, si dejábamos de llevarnos bien. Pero se volvió en mi contra cuando ella me lo quitó. Lo negó una y otra vez, pero fue ella. No pudo ser nadie más.

—¿Y a esa chica por qué? ¿Por qué tantas muertes?

—Amigo, la vida no es fácil. Hay que sobrevivir, y a veces hay que hacerlo a costa de otros. La ley del más fuerte es la única que cuenta. O haces lo que tienes que hacer, o te hunden. Esta también sabía más de lo que debía, o eso decía el jefe. Eso a mí me incumbía menos, porque parecía que estaba dando problemas con los productos que se fabrican aquí. Las Viagras y todo eso, ¿sabes? Pero yo obedezco órdenes.

—Os atraparán. En este país no hay impunidad. Lo averiguarán todo y os meterán en la cárcel de por vida —aseveró Bruno.

—Oh, no te creas. Está muy bien pensado —explicó este con lo que a Bruno le pareció verdadero deleite—. Una pobre desgraciada a la que mata su novio en el calor de una discusión doméstica. Una de tantas, lo dan en las noticias, y pasa a sumar un número más de la lista. Las feministas se quejan un poco y ya está. Por otro lado, una puta a la que la vida no le ha traído más que desventuras que decide quitarse la vida. Nada más normal. Y sí, lo reconozco, lo tuyo es algo más problemático, por eso te di varias oportunidades. Pero ya está arreglado. Nada de sangre. Como te digo, tenemos todos los medios a nuestro alcance. Un pinchacito y en un rato todo habrá acabado. Cuando venga la furgoneta cambiará el cargamento por una noche. Te dejará en el parque de las afueras del *Peri*, en la zona donde todo el mundo sabe que se pasa la droga. Cuando te encuentren, no serás más que

un joven que se pasó de la raya y ha muerto de sobredosis. A la gente le impresionará un poco, lo comentará, pero a nadie le gusta escarbar mucho en esos mundos. A quien le costará algo más aceptarlo será a tu madre, pero acabará haciéndolo, resignándose a la cruel verdad de que ningún padre conoce a sus propios hijos, y seguirá adelante. Nadie más preguntará.

Dicho esto salió de la habitación, cerrando la puerta tras él. Bruno se desesperó al darse cuenta de que aquel hombre tenía razón, y era muy probable que las cosas sucedieran tal y como le había relatado. Iba a morir. Su vida pasó ante sus ojos, y comenzó a llorar de la frustración. Le quedaban muchas cosas que hacer, era demasiado joven. Cuánta razón tenía doña Paquita cuando le advirtió que no se metiera en líos, y Patricia, y Annika al pedirle que dejara la investigación porque se había vuelto peligrosa. Él no había querido escuchar a nadie, había sido un irresponsable. «Los buenos solo ganan en las películas», se dijo. Pero era demasiado tarde para dejar de ser utópico, tenía que haberlo visto antes.

El matón volvió, esta vez portando una jeringa y varios botes con un contenido incierto para Bruno, pero cuyo resultado ya sabía cuál sería. Una muerte horrible. El hombre empezó a prepararlo todo. Ya no sabía qué más decir para retrasar el momento.

En ese instante llegó el otro hombre.

—Val, ¿aún estamos así? Date prisa, la furgoneta está al caer y para cuando llegue este tío ya tiene que estar frito. No le vamos a meter ahí con convulsiones.

La desesperación a veces hace reaccionar en formas insospechadas y eso fue lo que le pasó a Bruno. Sin siquiera pensarlo, le gritó a aquel hombre.

—¡Te ha traicionado! ¡Él te ha traicionado!

—¿Qué está diciendo? —le preguntó el más joven al que se había dirigido como Val.

—Yo qué sé, supongo que quiere confundirnos. No le hagas ni caso — contestó nervioso, acabando de preparar la inyección.

—¡Estoy diciendo la verdad! ¡Quería destruirte! ¡No te fies de él! ¡Tenía una prueba de que querías matar a esa mujer, por eso asesinó a Patricia!

—¿Qué dice este tío? —volvió a preguntar el joven, visiblemente alterado —. ¿Quién es esa tal Patricia?

Val iba a hablar pero Bruno se le adelantó.

—La prostituta a la que mató haciéndolo pasar por suicidio.

Ahora cambió de actitud.

—Por eso actuaste por tu cuenta —al comprenderlo, sacó una pistola y apuntó directamente al pecho de Val—. A lo mejor debería ser a ti a quien inyectáramos eso —dijo señalando la jeringa con el cañón.

—No le escuches, no es cierto. Le he contado todo como me dijiste y lo ha aprovechado para inventarse esa patraña. No caigas en la trampa —reclamó comenzando a alterarse también él.

Bruno aprovechó el momento de tensión. Sabía que no tendría otra oportunidad. Había ido incorporándose poco a poco sin que los otros se dieran cuenta y ahora se acercó y pegó una patada al más joven, haciéndole perder el equilibrio. Este, desprevenido, se tambaleó, lo que Val aprovechó para arrebatarse la pistola y encañonarle a su vez, invirtiendo los papeles.

—Bueno, bueno, más tranquilito ahora, ¿no, jefe?

Mientras tanto, Bruno echó a correr por el pasillo que tenía ante él.

—¡Estúpido, se nos escapa!

Val miró a Bruno, luego a su jefe, luego de nuevo a Bruno, que se alejaba rápidamente, y tomó una decisión.

—Luego aclararemos esto —dijo mientras se lanzaba a correr tras el periodista.

Bruno no tenía la menor idea de donde se encontraba. El pasillo daba a una zona mucho más amplia, donde la luz era muy escasa. Debía de ser una especie de sótano, una planta subterránea de una nave industrial. Había cajas dispersas aquí y allá, palés para transportarlas, y toda una serie de aparatos dedicados al embalaje de productos. Siguió avanzando. Sus movimientos eran bastante torpes, pues continuaba con ambas manos atadas tras la espalda. Sumado al desconocimiento del lugar, sabía que no tenía ninguna posibilidad frente a Val, que le seguía de cerca. Trató de buscar un sitio donde esconderse. Se agachó tras un palé en el que había apoyado un gran paquete y esperó hasta que dejó de escuchar los pasos de su perseguidor. Contuvo la respiración. No oía nada. Pasaron varios angustiosos minutos y comenzó a preguntarse qué hacer a continuación.

De repente, alguien le agarró por detrás.

—Muy divertido. Final del juego —Val estaba ahora claramente enojado. Le sujetó con fuerza por los brazos y exhibió la aguja que había llevado con él todo ese tiempo. Se disponía a inyectársela en el cuello sin más dilación cuando oyeron pasos de nuevo.

—¿Jefe? —llamó inseguro.

Los pasos sonaron más cerca. La tensión aumentó y Val agarró a Bruno con más fuerza. Apuntó con una linterna y entonces la vio, avanzando entre las sombras.

—¡Alto! ¡Alto, policía! ¡Sal con las manos arriba!

La voz de Annika resonó con eco en el edificio. Al saberse descubierta, le encañonó de forma instintiva.

Tras un momento de desconcierto, Val se recobró con rapidez y empujando a Bruno bruscamente lo colocó delante de él.

—Anda, pero mira quién es, tu amiguita —dijo mirando a Bruno—. Si intentas algo, le inyecto esto hasta atrás. No durará más de diez minutos —aseguró desafiante a la policía.

Annika se quedó un momento dudando sin saber qué hacer. La visión de Bruno con una jeringuilla apretándole en la yugular hizo que un espeso pánico le invadiera.

—Está bien —cedió finalmente bajando el arma.

—Buena chica. Ahora, despacio, muy despacio, colócala en el suelo y pégale una patada hacia acá.

Vio que ella vacilaba de nuevo y gritó con más fuerza a la vez que comenzaba a pinchar la aguja en el cuello de Bruno, que intentaba zafarse sin resultado.

—¡Ahora!

Ella obedeció aterrada. Val recogió la pistola con el brazo libre, mientras que con el otro seguía clavando a Bruno la jeringa.

—Ahora voy a salir —dijo bajando el tono—. Y tú no te moverás de ahí.

—Ni hablar —otros cuatro policías aparecieron, apuntando todos con sus armas hacia él—. Solo saldrás esposado o con los pies por delante —aseguró uno de ellos.

—¡Esto no es un juego! —gritó Val amenazante—. ¡Le mataré!

Alguien disparó al aire y se desató el caos. Annika vio cómo Val inyectaba con decisión el contenido de la aguja en la yugular de Bruno y gritó, abalanzándose hacia delante para evitarlo. Entonces, este la apuntó con el

arma. Se oyeron dos nuevos disparos y la confusión se volvió aún mayor.

Sobrevino el silencio. Por un momento nadie pareció saber lo que había ocurrido. Unos segundos después, los agentes comprobaron con alivio cómo el enorme cuerpo de Val se desplomaba y Annika llegaba hasta él para intentar salvar al periodista.

Todo lo demás sucedió muy rápido. Las ambulancias llegaron tan solo unos minutos después, llevándose los cuerpos inconscientes de Bruno y Val.

Epílogo. Sábado, 12 de noviembre

Bruno vio llegar a Annika y sonrió. Habían quedado en el restaurante donde cenaran la primera vez. Ella aparecía con quince minutos de retraso, pero esta vez no se había preocupado. Sabía que llegaría.

A su pesar, se puso algo nervioso cuando cruzó la puerta y tomó asiento junto a él.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien, bien. Los primeros días me encontraba muy mal, pero poco a poco mi cuerpo se fue recuperando y ya estoy como nuevo. Mira, incluso me he atrevido con una cerveza —sonrió, levantando la jarra que tenía ante sí.

Por suerte, Val no había llegado a inyectarle ni la mitad del contenido de la jeringa que le tenía preparado y la rapidez de los servicios de urgencias había hecho que todo quedara en poco más que un susto, de modo que tras veinticuatro horas en el hospital le habían dado el alta.

Annika había estado pendiente en todo momento, llamándolo a diario desde entonces. En esos días habían tenido oportunidad de conocerse mejor, aunque era la primera vez que se veían tras el incidente.

—Y tú, ¿cómo estás? Te veo muy guapa.

Annika sonrió. Había dormido poco últimamente, pues había estado muy atareada, pero de forma distinta al caos de las semanas anteriores. Durante las horas de trabajo se había dedicado a atar los cabos sueltos de la investigación, que ahora sí parecía ser un caso prácticamente cerrado. Y todo el tiempo que le restaba lo había dedicado a reorganizarse la vida para dar cabida en ella a Celia. Había comprendido que era algo a lo que no podía renunciar y la idea le entusiasmaba más a cada momento.

—Estoy contenta —respondió—. Supongo que será eso.

—¿Cómo van los trámites con Celia?

—Bueno, hay mucho papeleo que hacer. Pero como Carmen está colaborando en todo, nadie nos está poniendo impedimentos. Casi más difícil está siendo lo demás. Buscar un centro infantil aquí, organizar el apartamento... es agotador.

—No parece que te resulte así.

—Lo que pasa es que lo estoy haciendo con mucha ilusión. Nunca pensé que pudiera gustarme tanto la idea de compartir mi apartamento —bromeó alegre.

—¿Y a ella? ¿Qué le parece todo esto?

El semblante de Annika se tornó ahora serio.

—Bueno, sigue preguntando mucho por su madre y su padre. Los echa mucho de menos, como es normal. Pero creo que ya va entendiendo que hay que seguir adelante y le gusta su nuevo hogar.

—Pero entonces, ¿ya está contigo? —se sorprendió Bruno.

—Ha pasado un par de noches en casa. Está encantada con Wolf y va a ayudarme a elegir la decoración para su habitación.

—¿Y dónde la tienes escondida? —bromeó él.

—Hoy la he llevado a Badajoz. El trato con Carmen es que pasará con ella parte de los fines de semana. Celia necesita del contacto con los referentes que ha tenido hasta ahora, y de todo el afecto que podemos darle. Pero cuéntame tú —quiso cambiar de tema—. Tu reportaje ha sido un éxito. Llevo todos estos días escuchándote hablar en los medios.

—El mérito es todo tuyo —afirmó—. Si no hubieras aparecido, hoy no estaría aquí contándolo... Aún no entiendo muy bien cómo lo enlazaste todo.

—Porque soy una chica lista —bromeó—. No, en serio, supongo que fue un poco de instinto policial y un poco de buena suerte. Cuando una de las amigas de Sara me llamó para decirme que esta había tenido miedo de algo que descubrió, comencé a conectar los datos que tenía. Todo apuntaba a que había mantenido una relación con Pablo que se había estropeado por algo que a ella le asustaba e intuí que la red de medicamentos falsos tenía mucho que ver en ello. Lo que realmente me sorprendió —prosiguió—, es que fuera Miguel quien estuviera detrás de la trama. Nunca caí en que al ser el secretario de Pablo tenía acceso a toda la información y podía dirigir las operaciones desde aquella mesa, incluidas las más oscuras. Él era el verdadero jefe, el cerebro de estas redes, pero no lo vi hasta el final. Siempre creí que el asesino de Sara había sido, o bien Álvaro, o bien Pablo.

—Aún me lío un poco con algunos nombres. Álvaro era el marido de Sara, ¿no?

—Era su pareja, sí. No estaban casados, aunque llevaban varios años en una relación de convivencia caracterizada por los maltratos.

—Por eso Miguel vio la oportunidad perfecta para quitársela de en medio

sin que nadie sospechara.

—Eso es. Miguel era un gran observador, y, como más de uno en la oficina, sospechaba que Sara era una víctima de violencia de género. Además, era el confidente de Pablo y cuando este le contó preocupado que ella lo sabía todo y le estaba presionando para que lo dejara, le sacó la información necesaria para llevar a cabo su plan.

—¿Y realmente Pablo no sabía que fue Miguel quien ordenó la muerte de Sara?

—No, estoy convencida de que no. Al principio yo tampoco le creí, pero después me di cuenta de que era verdad que había estado enamorado de Sara. Pablo es un tipo indeseable, pero nunca habría hecho algo así.

—Ese Miguel sí que es un indeseable —dijo Bruno indignado.

—Sí, lo es. Tanto como ese tal Val, que era el ejecutor, pero Miguel era quien articulaba toda la trama del negocio de tráfico, tanto del de mujeres como del de los medicamentos.

—Una muerte más... —murmuró Bruno acordándose de Val.

—Si Mati no le hubiera disparado, quién sabe lo que habría pasado. Y, en fin, yo no debería decir esto, pero... el mundo estará mejor sin él.

—Me cuesta creer todo lo que había montado en torno a esa nave industrial —admitió Bruno ensimismado.

—Bueno, como Pablo me explicó, un negocio les fue llevando a otro. Creo que cuando alguien lleva mucho tiempo haciendo algo, por ilícito o inmoral que pueda ser, acaba sintiendo una cierta impunidad... Algo así fue lo que les pasó. Los beneficios que les generaban los medicamentos les hicieron introducirse cada vez en más operaciones delictivas, conectando con redes transnacionales... y vieron la oportunidad de ganar más dinero soportando el tráfico de las mujeres que traían de Bosnia. Comenzaron por los clubs extremeños y fueron extendiéndose por el resto de España. Por cierto, ¿cómo está la chica de la grabación? Gracias a ella descubrimos que la red no se quedaba en Extremadura.

—A ella y a su tatuaje de la buena suerte —sonrió Bruno—. Pues bien, creo. Aún con el miedo en el cuerpo, pero estoy seguro de que va a salir adelante.

—El trébol de cuatro hojas —recordó Annika—. Bueno, después de todo sí han sido afortunadas. No es fácil salir de ahí.

—No todas —dijo Bruno apenado—. Recuerda que de las cuatro chicas

que se lo hicieron como señal de amistad antes de partir engañadas desde su país solo hemos podido rescatar a tres. Sigue sin haber rastro de la cuarta, ¿no es así?

—Sabina, la segunda «S» —Annika asintió pensativa—. Seguiremos buscándola. Hemos desmontado esta red, pero puede estar en cualquier parte. Quizá incluso esté a salvo. Quizá lograra escapar y empezó una nueva vida.

—Quizá —quiso creer Bruno—. Pero tengo una buena noticia.

—¿Sí?

—Alma, Sanela y Azra ya han podido verse. Ya sabes que doña Paquita acogió a Alma durante estos días. Pues bien, no sé cómo pero la convenció para hospedar a sus amigas el fin de semana en su casa y así poder reunirse. Fui a verlas ayer. La escena era de lo más emotiva. Y a doña Paquita se la veía feliz —sonrió.

—La fuerza de la amistad —sonrió Annika a su vez.

—Sí. Como dice doña Paquita, la amistad es la fuerza más poderosa que existe, y la mejor aliada de la paz. No sabes cómo me alegro de que se esté volcando con esas chiquillas. Tienen suerte de haberla encontrado. Quizá el trébol haya ayudado —le guiñó un ojo.

Annika asintió. Le pareció que Bruno había madurado mucho en poco tiempo.

—Creo que a ti también te ha venido muy bien tu relación con doña Paquita —sonrió—. ¿Y su libro, cómo va?

—Pues la verdad es que en estas semanas ni lo he tocado. Pero en cuanto pase todo este jaleo me centraré en él. Es una buena historia y estoy convencido de que conseguiré que me lo publiquen.

—Me pido un ejemplar dedicado —se entusiasmó Annika.

Continuaron charlando el resto de la velada, mientras disfrutaban de la *moussaka* y el resto de manjares que habían pedido.

—Aún hay algo que no he logrado entender —le confesó Bruno.

—¿Sí?

—A Patricia la mataron porque estaba creando problemas. Ella sabía algo, por eso robó a Val el papel que se había llevado de la casa de Sara y al enterarse de que yo era periodista me lo metió en el bolsillo aquella noche cuando me abrazó... ¿Pero qué era lo que sabía? ¿De qué forma estaba vinculada con Sara?

—En realidad no era a Sara a quien conocía. Era a Álvaro —explicó

Annika.

Bruno la miró expectante.

—Álvaro había tenido un lío con Patricia.

—Pero, bueno...

—Ya, ya, es una buena pieza. Creo que en parte era su sentimiento de culpa lo que le hacía guardar silencio sobre aquello. El caso es que la había conocido y se había acostado varias veces con ella. Después le había dicho que no quería volver a verla, que quería arreglar las cosas con Sara, o al menos eso me contó a mí. Y Patricia, como sabes, había trabajado para el club de Badajoz.

—¿Ya no lo hacía?

—En realidad no lo sé. Parece que quería cambiar de vida, pero cuando no se conoce mucho más, es complicado. Supongo que iba y venía, según lo necesitada que anduviese. Y allí sabían de su relación con Álvaro. No me preguntes por qué, probablemente comenzó en aquel local. No quise ponerle las cosas más difíciles pidiéndole detalles, ya se sentía bastante mal.

—¿Y aún te preocupas de cómo pudiera sentirse un tipo así? Eres demasiado buena —exclamó Bruno, a medio camino entre la indignación y la ternura.

—Supongo que todo el mundo merece una segunda oportunidad —Annika se encogió de hombros y prosiguió—. En fin, lo aprovecharon para alejar a Álvaro aquella noche. Así se aseguraban de que no molestaba y sobre todo de que no tuviera ninguna coartada. Patricia le llamó insistiendo en que tenía que quedar con él. Álvaro no quería ir pero ella utilizó un argumento infalible. Le dijo que estaba embarazada y le amenazó con contarle todo.

—Vaya... Y después se arrepintió —se adelantó Bruno.

—Lo hizo por dinero y también porque nadie se negaba a lo que Val disponía. Allí todas le temían. Pero cuando se enteró de lo que había pasado empezó a sospechar que Álvaro era inocente y que Val había tenido algo que ver y le exigió respuestas. Y ya sabes cómo reaccionó él.

Bruno asintió, taciturno. Cuando Patricia se subió a su coche ya tenía firmada su sentencia de muerte. Todo por querer hacer justicia. Ella le pidió a él que no se pusiera en peligro por ayudar a nadie, pero fue precisamente eso lo que acabó con su vida. Quizá lo presentía y por eso actuó de aquella forma.

Acordarse de aquella chica le ponía triste. Cambió de tema.

—Y en el trabajo, ¿qué tal? Supongo que te habrán recibido como a una

heroína.

Annika soltó una carcajada.

—No, hombre, no, tampoco tanto. Además, fuimos los dos, Raúl y yo, quienes dimos la voz de alarma.

—Pero tú fuiste la que lo ató todo.

—Gracias a Raúl. Él dio con la pista de la producción ilegal y descubrió la trama. Yo solo lo hilé con lo que ya sabía.

—Pues para mí lo eres.

Annika se sonrojó, aun sin saber si Bruno bromeaba o hablaba en serio, y continuó hablando para que no se diera cuenta.

—Pues no te creas que a mi jefe le parezco tan fantástica.

—Debería estar encantado.

—Tal vez, pero las cosas no funcionan así. En realidad Raúl y yo le ignoramos todo el tiempo, y fue en el último momento, de camino a toda prisa hacia la nave, cuando le llamamos para que movilizara refuerzos.

—Ya sería por algo.

—¿Cómo?

—Que si le ignorasteis sería por algo.

—Porque no nos habría dejado actuar como lo hicimos.

—En cuyo caso yo ahora estaría muerto. Lo dicho, que eres mi heroína — concluyó Bruno poniéndole ojitos.

Annika sonrió, pero sabía que todo aquel embrollo no había fortalecido su relación con su jefe. Al contrario, Daniel había tenido que tragarse cómo todo el personal se prodigaba en felicitaciones a Raúl y a ella por la resolución conjunta de los dos casos. La mayoría del departamento había estado presente en su día, cuando ella quiso seguir investigando la muerte de Sara y Daniel la ridiculizó y le dio instrucciones para que no lo hiciera. Y, tras su oportuna intervención aquella noche en la nave industrial, todo se había aclarado en beneficio del hasta entonces imputado, que ahora estaba libre de cargos y dispuesto a comenzar un proceso de rehabilitación para maltratadores. No, no tenía un aliado en Daniel. Sabía que ahora tendría que andarse con más cuidado que nunca.

—Oye —Annika no quería estropearse la cena pensando en su jefe—, ¿y qué hay de tu compañero de piso? El otro día cuando te llamé, ¿me dijiste que por fin había aparecido?

—Sí. Julio y yo ya creíamos que Edu no pasaría nunca más por allí, pero

anteayer llamó con mucha formalidad para que le esperáramos a la hora de la cena y se presentó con su novia, Laura, para comunicarnos que se han prometido y se van a ir a vivir juntos.

—Vaya, qué buena noticia.

—Sí, la verdad es que ya prácticamente vivían juntos, y encima con nosotros dos, así que seguro que les va a ir bien —bromeó Bruno. Luego, poniéndose más serio, añadió algo más—. Lo mejor es que no ha tenido nada que ver con el tema de Julio. Bueno, algo sí, porque nos contó que al enterarse de la noticia se fue porque se sintió incapaz de reaccionar. Entonces comenzó a reflexionar sobre su vida y aquello le sirvió para darse cuenta de algunas cosas importantes, como que quería casarse con Laura. Se fue a una joyería, le compró un anillo y fue directamente a pedírselo. Y claro, ella le dijo que sí. Julio se echó a llorar de la emoción cuando lo escuchó.

—¿Y por qué tardó tanto en contároslo?

—Bueno, dice que comenzaron a ver pisos para irse de inmediato, y no fue hasta que tuvieron eso resuelto que hicieron público el compromiso.

—Una bonita historia —concluyó Annika conmovida—. ¿Y vosotros qué vais a hacer?

—Pues poner carteles, a ver quién quiere vivir con nosotros. Pero no tenemos prisa. Con todo esto del reportaje yo, que era quien más problemas económicos tenía, ando más desahogado, así que de momento nos podemos permitir vivir los dos si nadie llama. Y, a largo plazo, ¿quién sabe? Quizá el libro de doña Paquita se convierta en un *best seller*, hagan una película, y viva de ello el resto de mis días —dijo él entre risas.

Bruno estaba feliz, pues todo parecía enderezarse. Ahora que su relación con Julio se había asentado, estaba más cómodo que nunca viviendo con él. Además, este había logrado por fin contactar con el chico que le quedaba por confirmar y ahora sabía que no le había contagiado el virus a nadie, lo cual le había dado una gran tranquilidad y se podía decir que era el mismo de antes. Igual de optimista, aunque mucho más sereno. Se alegraba de corazón por él.

Pidieron el postre estrella de la casa, una única porción del jugoso bizcocho de tomate verde, que compartieron. Cuando acabaron, Bruno la miró.

—La última vez que cenamos aquí, te iba a invitar a un mojito en mi terraza cuando te sonó el móvil...

Annika se sacó el teléfono del bolso y lo apagó. Le sonrió.

Bruno le devolvió la sonrisa, la abrazó y salieron juntos del restaurante.

**¿Le gustaría leer más títulos
publicados por ANANTES?**

**Entre en la web
www.anantescultural.net y vea cómo
conseguirlos en digital o en papel**

Notas

[←1]

. Colmeiro, José. *La novela policiaca en España. Teoría e historia crítica*. Barcelona, Anthropos, 1994.

[←2]

. Vosburg, Nancy. «La novela detectivesca femenina en España», en Josefina de Andrés y Rosa García Rayego (eds.); *Las damas negras. Novela policiaca escrita por mujeres*. Madrid, Editorial Fundamentos, 2011; p. 276.

[←3]

. Vosburg, Nancy. «La novela detectivesca femenina en España», en *Josefina de Andrés y Rosa García Rayego (eds.); Las damas negras. Novela policiaca escrita por mujeres. Madrid, Editorial Fundamentos, 2011; pp. 277-278.*